Introducción a la egiptología

Estado, métodos, tareas

Erik Hornung

Traducción de
Francesc Ballesteros

TROTTA
EDICIONS DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA
PLIEGOS DE ORIENTE

Introducción a la egiptología
Estado, métodos, tareas

Erik Hornung

Traducción de Francesc Ballesteros Balbastre



T R O T T A
EDICIONS DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de Inter Nationes, Bonn



PLIEGOS DE ORIENTE
SERIE PRÓXIMO ORIENTE   DIRECTOR: GREGORIO DEL OLMO LETE

Título original: Einführung in die Ägyptologie

Sagasta, 33. 28004 Madrid
teléfono: 91 5939040
fax: 91 5939111
e-mail: trotta@infornet.es
http://www.trotta.es

diseño de colección
JOAQUÍN GALLEGO

ISBN TROTTA: 84-8164-383-1
ISBN EUB: 84-8338-174-5
depósito legal: VA-333/00

impresión
Simancas Ediciones, S.A.

CONTENIDO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Escribir un prólogo a un libro de las características de la *Introducción a la egiptología* del profesor Erik Hornung podría parecer una tarea inmodesta; a lo sumo, se puede hacer una presentación. En efecto, poco se puede decir que no haya sido ya explicado en él y que se relacione con el ámbito de una introducción. La percepción de la enorme utilidad que este libro podría tener para quienes de un modo u otro albergan interés por las antigüedades egipcias, entre los que se incluye el que esto escribe, ha sido el motivo principal de la realización de esta traducción, en la idea de que, con ella, se podría facilitar esta tarea a muchos otros. Su propósito fundamental, pues, ha sido realizar una modesta contribución no solo a la divulgación de esta ciencia, sino también, en la medida de la posible, a la potenciación de su desarrollo en el ámbito hispanófilo, en la convicción de que un mejor conocimiento de las fuentes y de los recursos bibliográficos disponibles puede contribuir básicamente a este objeto.

La egiptología está experimentando en nuestro país un cierto auge que, de alguna manera, supone la apertura de un horizonte cultural relativamente nuevo. Por supuesto, para aquellos que, procedentes de determinados ámbitos universitarios o sectores públicos y privados, están ya familiarizados o especializados en temas afines —unos pocos—, este no es el caso. Ellos reconocerán en este libro muchos de los problemas con que se han encontrado. Para los demás, para muchos, la egiptología es una cosa relativamente desconocida, aún poco arraigada en el ámbito cultural y universitario; una disciplina exótica, una actividad de distracción. Para otros, un mundo al que solo se puede acceder a través de los conocimientos regurgitados por la literatura histórica. Para otros, en fin, quizá para la mayoría, algo totalmente desconocido. El libro del profesor Hornung romperá los esquemas de todos ellos. Parece sorprendente que una cultura tan vasta y tan antigua sea al mis-

mo tiempo tan desconocida. El exotismo responde aquí de nuevo, como en tantos otros casos, al desconocimiento, más que a la propia idiosincrasia, de los fenómenos expuestos. Se trata de una disciplina eminentemente histórica cuyas competencias de base son la filología y la arqueología. En realidad, el aprendizaje de la lengua está íntimamente relacionado con los aspectos arqueológicos de la egiptología (las fuentes escritas proceden sobre todo de las inscripciones y de los papiros), si bien las habilidades lingüísticas y gramaticales pueden obtenerse, por su complejidad, independientemente de aquellos. No obstante, si bien la investigación egiptológica se basa fundamentalmente en la arqueología, no toda la investigación está completamente absorbida por ella. Y esto por dos razones. En primer lugar, la publicación de los trabajos arqueológicos convierte inmediatamente sus resultados en fuentes de investigación, cobrando vida propia, como material pendiente del examen y de la reelaboración posterior por parte del egiptólogo de gabinete. En segundo lugar, el acceso a este material no está necesariamente restringido a la consideración del especialista, sino abierto a la inspección de cualquiera, al igual que sucede con las fuentes griegas o romanas, si bien el grado de conocimiento de la lengua egipcia ha sido hasta ahora un alto impedimento. Se impone aquí una distinción básica entre el egiptólogo formado explícitamente en egiptología y el egiptólogo que accede a ella a partir de una especialidad distinta. Esta distinción es, en el estado actual de las cosas, muy importante, porque garantiza la expectativa de que la egiptología salga de su situación de reclusión, por lo demás inevitable, en que hasta ahora parece haber estado anclada y, de este modo, abrirse al horizonte cultural general. El Antiguo Egipto no es un mundo acotado más de lo que puede ser cualquier otra especialidad de las ciencias humanas. Mucho es lo que, en este sentido, queda todavía por hacer y cabe esperar que la divulgación de la lengua egipcia alcance cotas que la rescaten del carácter casi inaccesible en que todavía permanece.

Por lo demás, Egipto está anclado en nuestros orígenes culturales más de lo que parece a primera vista. Acaso existe la latencia de una afinidad inconsciente de fondo, o bien la de ramificaciones intelectuales extendidas por toda la variedad de conocimientos esotéricos que impregnan buena parte de la historia intelectual de Occidente. Por poner algún ejemplo, y sin ánimo completivo, reflejos de Egipto reverberan en el neoplatonismo, verdadera corriente subterránea filosófica que discurre a lo largo de la cultura europea. Algunas de estas ramificaciones están siendo actualmente investigadas por el mismo Erik Hornung, cuyos resultados darán respuesta, sin ninguna duda, a muchas cuestiones. Además de él, también han sido abordadas desde los análisis de la psicología profunda gracias a la obra de C. Gustav Jung (las referencias temáticas a la religión egipcia se hallan diseminadas en la obra

de este psicoanalista, aunque se pueden destacar los análisis realizados en *Símbolos de transformación*). Más recientemente, otros enfoques destacables han sido aportados por Emma Brunner-Traut[1] y su concepto de la «aspectiva», en contraposición a la «perspectiva», para comprender una multiplicidad de fenómenos culturales egipcios. La discusión sobre la «aspectiva» presupone amplias discusiones en la egiptología moderna. Otros, todavía, más centrados en el dominio de lo teológico, y en el marco de lo que los egiptólogos de Heidelberg denominan como «recepción de lo egipcio» (*Ägyptenrezeption*), discuten, entre otros temas de largo alcance, las relaciones entre el monoteísmo y el cosmoteísmo egipcio (Jan Assmann[2]). No obstante, la valoración de su carácter extraño y distante prevalece por encima de cualquier consideración, quizá porque la actitud existencial del hombre moderno se mueve entre la revelación religiosa y el nihilismo ateo, entre el materialismo económico y la fascinación por morfologías culturales donde la ideología económica no era autoconsciente. Tanto el curioso como el historiador escrutan en esta distancia en busca de una respuesta a la insuficiencia espiritual de nuestro tiempo. Pero la respuesta depende siempre de la orientación de la pregunta, y en egiptología —como por lo demás en el resto de las ciencias humanas— no se hallará nada acerca de lo que uno no se haya preguntado previamente. La pura actitud científica no comporta un avance mecanicísticamente causado en el análisis de la totalidad de lo fenomenológicamente dado. No es un afán por abarcar hasta el último aspecto de «lo real». Las nuevas situaciones generan nuevas motivaciones. La historia no es un proceso clausurado, culminado. Esto también es visible en la naturaleza de las cuestiones científicas. En este sentido, quedan aún muchas preguntas por responder en relación a la historia de Egipto. Nuestra implicación en ellas no debe ser teórica, sino *teorética*. Una implicación, no obstante, a la vez práctica, no simplemente práctico-inerte, por emplear el poco empleado concepto sartriano: no una historia estática y muerta, sino una historia iluminada por el sentido de las preguntas. Sin duda, la egiptología trasciende de este modo las tareas tradicionales de la historia y de la arqueología, buscando su terreno propio en aquellas regiones que desde el principio parecían ajenas: la filosofía (sobre todo la filosofía de la historia, pero también la antro-

1. Véase, en especial, *Frühformen des Erkennens. Aspektive im Alten Ägypten*, Darmstadt, [3]1996. Los interesantes análisis de esta egiptóloga están referidos a ámbitos tan diversos como el arte, la historia, las reglas gramaticales, la matemática, etc. Sobre la «aspectiva», véase también «Aspektive», en *Lexikon der Ägyptologie*, vol. I, pp. 474-488.

2. Véase JAN ASSMANN, «Monotheismus und Kosmotheismus. Ägyptische Formen eines "Denkens des Einen" und ihre europäische Rezeptionsgeschichte», *SBHAW* 1993/2. La discusión en torno al monoteísmo ha sido especialmente fértil desde los primeros estudios científicos de la religión egipcia.

pología, la ética o la ontología; algunos de estos aspectos han sido abordados por la citada obra de Erik Hornung *Geist der Pharaonenzeit*), la ciencia y la historia de las religiones y, desde luego, la estética y la historia y la teoría del arte; pero también la imbricación de la medicina, la astronomía o la biología, desde una perspectiva histórica. Todas estas dimensiones aparecen inextricablemente trabadas; su transversalidad no es una mera exigencia interdisciplinar, sino el reflejo de una «crisis» (en el sentido etimológico del término) en las tendencias y en las orientaciones de las ciencias humanas de los últimos decenios. Son también un ensayo por descongestionar y descentralizar las múltiples orientaciones etnocéntricas de las que somos autoconscientes desde la época de la Ilustración. En definitiva, lejos del riesgo de comportar un ingenuo romanticismo histórico, la egiptología inaugura y potencia profundos debates cuyo alcance debe ser precisamente meditado y revelado. El público debe saber de ellos tanto como el estudioso. Porque, en postrer instancia, la visión del pasado es, al mismo tiempo, la visión del futuro, la inflexión de una tensión vital e intelectual en cuyo centro nos encontramos indefectiblemente involucrados.

La primera edición de la *Einführung in die Ägyptologie* data de 1967. Desde entonces se han realizado tres ediciones más: 1984, 1990 y 1993, esta última mejorada respecto a las anteriores. La presente traducción ha sido elaborada sobre las nuevas modificaciones añadidas por el profesor Hornung en 1996 para la traducción francesa, por lo que puede considerarse una edición sobradamente válida (sobre todo teniendo en cuenta las limitaciones bibliográficas que desgraciadamente lastran cualquier intento de avance en la egiptología hispanófona) y, sin duda, una excelente guía de referencia para cualquier trabajo que se quiera realizar desde esta ciencia. Entre tanto, se han publicado algunas obras nuevas de considerable importancia, así como algunas traducciones. Ruego la condescendencia del lector por todas aquellas omisiones que, inevitablemente, se habrán producido.

La transcripción de los nombres propios egipcios ha sido realizada según los criterios propuestos por el profesor Josep Padró en su artículo «La transcripción castellana de los nombres propios egipcios»[3]. Aunque se trata de un ensayo incompleto, proporciona unos criterios sobre el método de transcripción de los nombres inexistentes anteriormente, por lo que, de algún modo, ha aportado algo de orden al desconcierto reinante en este tema. En ausencia de otros criterios o modificaciones justificadas, es el modelo que debería respetarse desde una actitud científica, a la espera de tratados completos como los que ya existen para la transcripción de los nombres griegos.

3. *Aula Orientalis*, 5, 1987, pp. 107-124.

Desde el espacio que se me ha concedido, quisiera agradecer aquí la atención dispensada desde el principio por Editorial Trotta, cuyo inestimable concurso ha sido decisivo para que esta traducción viera la luz. También, naturalmente, expreso mi gratitud al propio profesor Erik Hornung, el cual sabe perfectamente de las peripecias por las que ella ha atravesado. Con la traducción de esta obra, no hay ninguna otra manera de mostrar agradecimiento a este eminente egiptólogo, admirado por el que más, por su visión humanista de una ciencia que, sin él, sería demasiado árida. Por último, quisiera expresar mi agradecimiento al Institut Interuniversitari d'Estudis del Pròxim Orient Antic de la Universidad Autónoma de Barcelona —así como a todas aquellas personas e instituciones relacionadas con la egiptología— por sus esfuerzos en esta dirección; su contribución al desarrollo de esta disciplina y, por extensión, de las demás ciencias afines, su aportación y el trabajo de todos ellos hacen que libros como el presente del profesor Hornung tengan un sentido.

FRANCESC BALLESTEROS BALBASTRE

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Desde Heinrich Brugsch, hace ya 75 años, no se ha vuelto a intentar una exposición científica del conjunto de la egiptología. Las razones de ello son evidentes: un solo individuo no puede alcanzar a ver la totalidad de todos sus sectores; el estado de las investigaciones solo excepcionalmente permite acceder a resúmenes definitivos; nuestra imagen de conjunto de la cultura antigua egipcia continúa sometida a un movimiento incesante. Solo el deseo de poner al alcance de la mano del no especialista interesado, de los detentores de las especialidades contiguas y de los estudiantes que están empezando una guía dentro de la enorme riqueza, ha llevado al autor, pese a haberlo reflexionado mucho, a realizar la tarea de presentar en un máximo de 170 hojas un esbozo lo más completo posible de su especialidad. Que ha estado en juego el placer por experimentar (¡pues este ensayo no puede ser ante todo ninguna otra cosa!), debo reconocerlo con franqueza.

La incumbencia del autor, como la de cualquier otro especialista, está limitada; de ahí que solo la colaboración crítica de todos los interesados puede llevar a que esta guía llegue a ser con el tiempo un instrumento de trabajo útil y comprensible en todas sus partes por igual. Solicitamos aquí explícitamente esta colaboración, la indicación de lagunas, fallos o complementos deseables; damos las gracias ya de todo corazón a H. Brunner por su colaboración crítica previa a la impresión.

En consonancia con este conjunto de objetivos está el escollo de ser un escrito que pide una continuación, no el de una exposición informativa; evidentemente, se ha intentado hacer una introducción que no sea una pura sinopsis bibliográfica. No se ha querido evitar que, dentro de lo que es una selección limitada y necesariamente subjetiva, haya prevalecido la literatura más reciente, lo cual no pretende disminuir el valor de los trabajos antiguos; por lo general, la bibliografía proporcionada remite también al lector a los escritos antiguos. El uso general

de las abreviaturas está descifrado en el anexo I; en el anexo II se hallará una cronología complementaria. En vez de un índice, que sacrificaría un espacio limitado, las múltiples referencias transversales y la elaboración sistemática de la materia deberían facilitar la búsqueda.

Se ha puesto mucho énfasis en las cuestiones abiertas y discutidas de nuestra especialidad, así como en las lagunas de investigación y de documentación, con el fin de evitar la apariencia engañosa de que nuestro saber es un área sólidamente cerrada. Tenemos la esperanza de que el usuario de esta guía no se conforme con las informaciones abreviadas de cada una de las secciones, sino que inicie el camino a las fuentes, las únicas que pueden conducir a una certeza en la materia y a una valoración crítica de la bibliografía secundaria.

Wolbeck (Westf.), enero de 1967.

ERIK HORNUNG

NOTA A LA CUARTA EDICIÓN REVISADA

Al cumplirse los 25 años de esta *Introducción a la egiptología*, los proyectos de traducción han recomendado con urgencia la revisión del texto y de las informaciones bibliográficas. Ciertamente se dispone de poco tiempo para realizar una revisión. De ahí que el texto solo haya sido modificado donde era inevitable y lo permitía la división de la materia. De la amplísima bibliografía moderna se ha tenido que hacer una selección muy estricta. Solo me cabe esperar que al hacerla no haya omitido nada importante, y doy las gracias a G. Roulin, B. Schibler, Th. Schneider, A. Wiese y S. Winterhalter por su ayuda en la tarea de búsqueda.

Basilea, octubre de 1992 y febrero de 1997.

ERIK HORNUNG

I
LA CIENCIA DE LA EGIPTOLOGÍA

§ 1. ORIGEN

Solo desde el desciframiento de la escritura jeroglífica por Jean-François Champollion (1822) puede hablarse de una egiptología científica. Ya el Renacimiento y el Barroco (Atanasius Kircher, 1601-1680) se habían ocupado intensamente del Antiguo Egipto y de sus monumentos escritos, aunque partían del presupuesto falso de que la escritura egipcia era de carácter silábico al estilo del chino; pese a este error, pronto se alcanzaron los primeros resultados del desciframiento, sobre todo con J. J. Barthélemy (1716-1795), D. J. Åkerblad (1763-1819) y Thomas Young (1773-1829). La comisión científica francesa que acompañó a Napoleón en 1798 a Egipto y se apropió de los monumentos del país creó, con el inmenso trabajo textual y archivístico de la monumental *Description de l'Égypte* (1809-1828), una base general para el trabajo sobre los testimonios textuales y arqueológicos. Desde mediados del siglo XVIII, los viajeros europeos han elaborado descripciones y copias muy exactas de los monumentos que sirvieron de base material a la egiptología antigua y que continúan conservando su valor. Pero la comprensión de estas fuentes primarias solo se logró cuando Champollion (1790-1832) superó las hipótesis de trabajo equivocadas que habían impedido un desciframiento previo y en pocos años se llegó a una comprensión fundamental de la escritura y de la lengua egipcias. El descubrimiento de Champollion chocó inicialmente con el rechazo general, debido a que las hipótesis antiguas continuaban imperando; tras su muerte prematura, la joven ciencia se arrastró en un decenio de oscura existencia antes de que sus fundadores hallaran, en distintos países, a sus dignos sucesores.

Como «fuente originaria» de la egiptología cabe señalar la carta de Champollion, *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques emplo-*

yé par les Égyptiens pour inscrire sur les monuments les titres, les noms et les surnoms des souverains grecs et romains, que Dacier confió el 27 de septiembre de 1822 a la Academia Parisina de Inscripciones (publicada en París en 1822, edición facsímil Aalen, 1962). El boceto completo de su descubrimiento fue presentado por CHAMPOLLION dos años después (Paris, 1824) en su *Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens*.

Biografía del descifrador: H. HARTLEBEN, *Champollion. Sein Leben und sein Werk*, 2 vols. (1906). La misma autora ha editado sus cartas: *Lettres de Champollion le jeune*, 2 vols. (Paris, 1909). Una biografía reciente procede de J. KETTEL, *Jean-François Champollion le Jeune* (París, 1990); véase también el exposición general de M. DEWACHTER y A. FOUCHARD, *L'égyptologie et les Champollion* (Grenoble, 1994).

Sobre el desciframiento y el papel, importante aunque no decisivo, de la trilingüe piedra de Rosetta, véase A. ERMAN, *Die Entzifferung der Hieroglyphen* (*SBPAW* 1922); C. ANDREWS, *The Rosetta Stone* (London, 1981).

Sobre los ensayos frustrados del siglo XVIII, JH. M. V. DAVID, *Le débat sur les écritures et l'hiéroglyphe aux XVII et XIX siècles* (Paris, 1965).

§ 2. DESARROLLO EN LOS SIGLOS XIX Y XX

A mediados del siglo pasado se inició un desarrollo progresivo de la investigación gracias a los franceses Emmanuel de Rougé (1811-1872) y Auguste Mariette (1821-1881), así como a los alemanes Carl Richard Lepsius (1810-1884) y Heinrich Brugsch (1827-1894). Siendo Mariette el primer director del Servicio de Antigüedades Egipcias, fundado en 1858, comenzó un período de brillantes descubrimientos en el valle del Nilo. Lepsius, que concluyó la tarea de desciframiento iniciada por Champollion (véase § 8), recibió en 1842, en Berlín, la primera cátedra de egiptología alemana. También fue puesto al frente de la expedición prusiana a Egipto en 1842-1845; creada por el rey Federico Guillermo IV, dio sus primeros frutos con los enormes volúmenes de los *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien* (1849-1850). Brugsch, el más polifacético y genial de los seguidores de Champollion, se encargó sobre todo de las inscripciones tardías de los templos, dando inicio a nuestro conocimiento del demótico (§ 10).

Los años que van de 1881 a 1914 son conocidos como la «edad de oro» de la egiptología. La persistencia de esta etiqueta es algo que solo el futuro, con su inmensa perspectiva, podrá enseñar. Lo cierto es que las guerras mundiales frenaron durante mucho tiempo el avance paulatino de la investigación y que la pérdida de este valioso crecimiento ha significado un profundo corte de su desarrollo científico. El primer decenio de esta «edad de oro» supuso una reestructuración fundamental de los métodos de investigación y de la imagen de conjunto de la egiptología. Adolf Erman (1854-1937) elaboró los fundamentos de la gramática egipcia y permitió con ello el desarrollo de traducciones

más exactas: la *Neuägyptische Grammatik* (1880) y la *Ägyptische Grammatik* (1894). Al mismo tiempo, creó la primera historia de la cultura popular elaborada sobre fuentes originales: *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* (1886), obra que despejó el terreno de muchas ideas equivocadas y que, con su afortunada mezcla de exactitud científica e intuición vital, arrastró a muchos círculos hacia la nueva ciencia. Un año después (1887), Eduard Meyer (1855-1930) presentó su *Geschichte Ägyptens*, que más tarde dio paso a su monumental *Geschichte des Altertums* y, en contra de las múltiples informaciones erróneas de los escritores antiguos, colaboró en justificar las afirmaciones de los monumentos. Al mismo tiempo, Sir Flinders Petrie (1853-1942) iniciaba la hasta hoy llamada «búsqueda del tesoro» de las tumbas que, a la caza de hallazgos valiosos y museísticos, destruyó muchos monumentos, despreocupándose de publicar exactamente la mayoría de sus trabajos mediante una forma de grabación sistemática que incluía incluso lo más aparentemente inverosímil. Con sus trabajos en Nagada y Abido, completados en Hieracómpolis por los hallazgos de Quibell, Petrie pudo, en las postrimerías del siglo, poner a disposición del horizonte científico el Egipto histórico y arcaico. Como continuador de Mariette al frente del Servicio de Antigüedades Egipcias (*Service des Antiquités*), Gaston Maspero (1846-1916) se dedicó desde 1881 a la organización de los grabados y a la protección de las antigüedades. Con el descubrimiento y la investigación de los *Textos de las Pirámides*, así como el hacinamiento de momias, comenzaron sus fecundas horas de despacho. Con sus *Études de mythologie et d'archéologie* (1893 ss.) y su *Histoire ancienne des peuples de l'orient classique* (1895 ss.), Maspero marcó durante muchos decenios nuestra imagen de la religión egipcia y la historia y los métodos de investigación.

En el campo de la investigación, el siglo XX se caracteriza por unas empresas constantes y sistemáticas que han puesto materiales más recientes y fiables a la disposición de nuevas valoraciones de forma más estricta. Los desórdenes políticos y las dificultades económicas de nuestra época, así como la ausencia de arqueólogos debidamente capacitados, forzaron la interrupción prematura de muchas de estas empresas. Así, las fructíferas excavaciones de las pirámides de Guiza (desde 1902), de las ruinas urbanas de Tell el-Amarna (desde 1908) y de las «colonias obreras» de Deir el-Medina y su necrópolis (desde 1915) se han visto interrumpidas durante mucho tiempo, y aún están muy lejos de su conclusión. Algo parecido ocurre con Hermópolis (excavaciones alemanas entre 1929 y 1939), mientras que los trabajos franceses de las ruinas de Tanis (desde 1929) se reemprendieron después de un tiempo. Los monumentales trabajos de restauración de los templos de Karnak (tras el derrumbamiento de columnas de 1899) no han dado resultados menores para la ciencia que las excavaciones. Entre los resultados

más significativos de la egiptología moderna hay que incluir, finalmente, dos grandes empresas epigráficas: el inventario epigráfico y arquitectónico del templo de Medinet Habu por el Oriental Institute de la Universidad de Chicago, desde 1924, y el inventario de las inscripciones de los templos ptolemaicos y romanos por los colaboradores del Institut Français d'Archéologie Orientale de El Cairo, desde 1896. Tampoco estas empresas han concluido aún. El hecho de incluir, desde finales del siglo XIX, la arquitectura y la ingeniería en el terreno de la investigación es un mérito debido a Ludwig Borchardt (1863-1938), quien, desde 1904, estableció sólidos fundamentos para el trabajo de los eruditos alemanes en la Deutsches Haus de Tebas y el Deutsches Archeologisches Institut de El Cairo. El Schweizerisches Institut für ägyptische Bauforschung de El Cairo, precisamente fundado por Borchardt, ha constituido una digna continuación de las investigaciones de aquel en el sector de la historia de las construcciones.

La edificación de la presa de Asuán desencadenó tres operaciones internacionales que han convertido la región nubia situada entre la primera y la segunda cataratas del Nilo en la zona de África mejor investigada arqueológicamente. El primer informe sobre Nubia se realizó en 1907-1911, antes de la primera elevación del antiguo dique; la segunda en 1923-1934, antes de la segunda elevación. Cuando empezó a perfilarse la construcción del nuevo dique principal, Nubia se situó en el centro del interés; tras el llamamiento de la UNESCO en 1960, los territorios de Egipto y Sudán que, entretanto, habían sido inundados por la nueva presa, fueron otra vez sistemáticamente investigados con la colaboración internacional; un dispendio técnico sin precedentes permitió el traslado de templos enteros y la salvación de la mayoría de los monumentos importantes de la zona.

La ejemplar colaboración internacional ha permitido también el nacimiento y desarrollo de dos grandes empresas ajenas a la investigación de campo; en el mismo 1897 se iniciaron los trabajos del berlinés *Wörterbuch der ägyptischen Sprache* (editado por A. Erman y H. Grapow entre 1926-1963) y, a iniciativa de L. Borchardt, el *Catálogo general del Museo Nacional de El Cairo* (alrededor de cien volúmenes desde 1901). Sin el trabajo colectivo paciente y abnegado, tanto en lo grande como en lo pequeño, las sólidas bases de nuestra ciencia serían más débiles. Pero la irrupción hacia nuevos conocimientos y nuevas formas de ver las cosas, la transformación y la profundización decisiva de nuestra imagen de Egipto deben agradecerse también al esfuerzo de los individuos del siglo XX. Las bases puestas por Erman para la comprensión de la gramática egipcia y para la interpretación de los textos fueron ampliadas y apuntaladas por Kurt Sethe (1869-1934), Sir Alan Gardiner (1879-1963) y Hans J. Polotsky (1905-1991). Tras unas primeras tentativas, Heinrich Schäfer (1869-1957) pudo elaborar con

claridad la autonomía de las representaciones de la escultura y de los bajorrelieves egipcios; de este modo, elevó el arte egipcio a la altura de «un Erman». Hermann Kees (1886-1964) ordenó el caos de títulos funcionariales y sacerdotales con criterios claros según la estructura y el funcionamiento de la administración egipcia. Junto a Sethe y Alexandre Moret (1868-1938), Kees ha ejercido un influjo permanente en la metodología de investigación y de interpretación de la antigua religión egipcia, hasta que Henri Frankfort mostró una vía más apropiada sobre la autonomía de las formas religiosas del mundo egipcio (§ 30). También en el ámbito de la literatura y de la historia han proliferado los signos de nuevas orientaciones. Para finalizar esta sinopsis histórica, hay que nombrar, a medio camino entre la justicia y la brevedad exigida, a Hermann Junker (1877-1962); con sus investigaciones en todos los sectores de la especialidad, Junker es el último representante de una egiptología universal imposible de realizar en la actualidad. Los especialistas ya existían en los tiempos de Lepsius y Maspero, pero las dimensiones actuales de nuestra especialidad obligan a las investigaciones a limitarse a un ámbito concreto.

De este modo, el camino es el mismo que el experimentado en su momento por las ciencias de la Antigüedad clásica. Pese a sus 170 años de historia, la egiptología es una ciencia joven, tanto por su evolución discontinua como por su relativo reconocimiento. La zona del Nilo, sin duda, tiene reservadas algunas sorpresas a las excavadoras, y, teniendo en cuenta lo que ya se ha excavado, el número de investigadores capacitados es demasiado pequeño.

Hasta ahora falta una historia de la egiptología; existen someras recensiones recientes, por ejemplo H. KEES en *HO*, Sección I, Volumen I, Parte I, 1959, pp. 3-17; W. WOLF, *Kulturgeschichte des alten Ägypten* (1962), pp. 1-15; J. VERCOUTTER, *À la recherche de l'Égypte oubliée* (Paris, 1986), trad. cast. *Egipto, tras las huellas de los faraones* (Barcelona, 1997); S. DONADONI, S. CURTO, A. M. DONADONI ROVERI, *Egypt from Myth to Egyptology* (Milano, 1990).

La prehistoria de la Antigüedad hasta el descriframiento ha sido tratada por E. IVERSEN, *The Myth of Egypt* (Copenhagen, 1961); los capítulos más importantes de la investigación arqueológica, en W. WOLF, *Funde in Ägypten. Geschichte ihrer Entdeckung*, 1966 (*Sternstunden der Archäologie* 5), y L. GREENER, *The Discovery of Egypt* (London, 1966).

Historia de la egiptología en los diferentes países: Egipto: D. M. REID, *JAOS* 105, 1985, pp. 233-246; Estados Unidos: J. A. WILSON, *Signs and Wonders upon Pharaoh. A History of American Egyptology* (Chicago, 1964); Alemania: W. HELCK, *Ägyptologie an deutschen Universitäten* (1969); E. BLUMENTHAL, *Altes Ägypten in Leipzig* (1981); Inglaterra: J. D. WORTHAM, *British Egyptology 1549-1906* (University of Oklahoma Press, 1971); T. G. H. JAMES, *The British Museum and Ancient Egypt* (London, 1981); R. M. JANSSEN, *The First Hundred Years. Egyptology at University College London* (London, 1992); Francia: G. MASPERO, *L'Égyptologie* (Collection La Science Française, 1915), y P. MONTET, *Isis ou à la recherche de l'Égypte ensevelie* (Paris, 1956); Holanda: W. D. VAN WIJNGAARDEN, «Van Heurnius tot Boeser», *MVEOL* 2, 1935.

Amplio material sobre la historia de la ciencia se encuentra en las biografías, noticias e informes de viajes. Breves reseñas sobre distintas personalidades (incluidos coleccionistas, comerciantes, diplomáticos, etc.) significativas en el desarrollo de la egiptología, en M. L. BIERBRIER, *Who was Who in Egyptology* (London, [3]1995) (excluye a las personas vivas).

Autobiografías importantes: H. BRUGSCH, *Mein Leben und mein Wandern* ([2]1984); E. A. W. BUDGE, *By Nile and Tigris* (1920); A. ERMAN, *Mein Leben und mein Wirken* (1929); CH. DESROCHES-NOBLECOURT, *La grande Nubiade ou le parcours d'une égyptologue* (Paris, 1992) (trad. cast. *Las ruinas de Nubia*, Barcelona, 1997); A. H. GARDINER, *My Working Years* (London, 1962); H. JUNKER, *Leben und Werk in Selbstdarstellung*, 1963 (*SBÖAW* 242); M. A. MURRAY, *My First Hundred Years* (London, 1963); W. M. FLINDERS PETRIE, *Seventy Years in Archeology* (London, 1931); J. A. WILSON, *Thousands of Years* (New York, 1972). Hay además extensas biografías sobre Breasted (CH. BREASTED, *Vom Tal der Könige zu den Toren Babylons*, 1950), Ebers (H. FISCHER, *Der Ägyptologe Georg Ebers. Eine Fallstudie zum Problem Wissenschaft und Öffentlichkeit im 19. Jahrhundert*, 1994), Lauer (C. LE TOURNEUR D'ISON, *Une passion égyptienne - Marguerite et Jean-Philippe Lauer*, Plon, 1996), Lepsius (G. EBERS, *Richard Lepsius, Ein Lebensbild*, 1885, y B. LEPSIUS, *Das Haus Lepsius*, 1933), Mariette (E. DAVID, *Mariette Pacha 1821-1881*, Paris, 1994), Petrie (M. S. DROWER, *Flinders Petrie. A Life in Archeology*, London 1985) y Carter (T. G. H. JAMES, *Howard Carter. The Path to Tutankhamun*, London-New York, 1992).

§ 3. DELIMITACIÓN DE LA MATERIA EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Surgida como una sección de las ciencias de la Antigüedad, la «arqueología egipcia» se transformó rápidamente en una ciencia autónoma y hacia 1850 ya se empleaba el vocablo «egiptología». Esta se ocupa de manera especial del Antiguo Egipto, si bien agrupa en un todo, con un carácter insólitamente multidisciplinario, a la filología, a la arqueología, a la etnología y a las ciencias de la historia y de las religiones. Puesto que desde el comienzo la egiptología también ha incluido el copto, el objeto de su estudio abarca temporalmente desde la prehistoria hasta la actualidad. Sin embargo, la coptología (ciencia del Egipto cristiano), gracias a la brutal ampliación de su material experimentada desde el hallazgo de los textos gnósticos y bíblicos del Alto Egipto, está obteniendo una posición cada vez más autónoma, por lo que en fecha no muy lejana podría llegar a considerarse una ciencia propia a medio camino entre la egiptología y la teología cristiana. Se ha convenido en situar el límite cronológico de la egiptología en sentido estricto en la conquista de Egipto por Alejandro Magno (332 a.e.), fecha en que la cultura egipcia salió de la época faraónica y entró en la época helenística. Para la etapa subsiguiente de dominación ptolemaica y romana y para su «cultura sincretística», la egiptología solo es parcialmente competente y se ve obligada a trabajar en estrecha colaboración con las ciencias clásicas de la Antigüedad, especialmente la papirología.

Desde el punto de vista geográfico, el campo de investigación egiptológica abarca, junto a los límites actuales de Egipto, la región septentrional de la actual República del Sudán. Durante el segundo milenio antes de Cristo, existió aquí una extensa zona colonial egipcia confiada a la protección de las poderosas fortalezas; más allá de ella estaban los reinos indígenas de Méroe y Napata y de una cultura «meroítica» independiente de la egipcia, cuyos testimonios se extienden en el espacio hasta el este y el sur de Jartum. G. Reisner y F. Ll. Griffith, ya a principios del siglo XX, incluyeron el norte del Sudán como campo de investigación; las actuaciones iniciales para la salvación de las antigüedades nubias (§ 2) han exigido el estudio de la cultura, de la lengua y de las historia meroíticas, aunque también la Nubia de la época cristiana. Mediante los intensos intercambios entre las culturas egipcia y sus vecinas africanas y asiáticas, la egiptología se ve forzada a entrar en estrecha colaboración con la africanística y la etnología africana, por una parte, y, por otra, con la arqueología del Asia Menor y los estudios semíticos.

Sobre el entrelazamiento de la egiptología con las diversas ciencias, S. MORENZ ha dado una sinopsis bien clara: «Die Ägyptologie im Kosmos der Wissenschaften», *Saeculum* 12, 1961, pp. 345-357; de modo correspondiente, en M. KRAUSE, «Die Koptologie im Gefüge der Wissenschaften», *ZÄS* 100, 1974, pp. 108-125.

§ 4. VALOR Y SIGNIFICADO

Así como en la Edad Media se discutía el valor del estudio de la Antigüedad clásica, en la actualidad se suele cuestionar el valor, el sentido y la utilidad de la egiptología. Existe una extensa bibliografía apologética que no ha conseguido liberar a la egiptología del limbo de lo extraño, de lo esotérico. Siempre ha infundido respeto la idea, todavía extendida en la actualidad, de que la Antigüedad ha servido de puente para transmitir al mundo occidental una plétora de pensamientos y formas egipcias. La mirada sobre todo lo que nos une al Antiguo Egipto es, no obstante, menos fructífera que la mirada sobre las diferencias más significativas, sobre la autonomía de la antigua cultura egipcia, tal como se manifiesta claramente en los «diagnósticos de contraste» con otras culturas. La consideración extraordinariamente buena de sus orígenes y su desarrollo casi ininterrumpido de dos mil años de influencias exteriores hacen de la cultura superior egipcia un paradigma sin precedentes en la historia de la humanidad. La consecución de un orden cósmico logrado en una fase tan temprana de la humanidad puede también convencer al hombre moderno y motivarle en su creatividad. Es significativo el enorme interés que Egipto (¡y no solo como lugar de viaje!) despierta hoy entre el público.

Decisivas tanto para el valor de la egiptología, como para el efecto y la repercusión en el cosmos del espíritu, son las cuestiones que suscita su material. Estas exigen también un afán de síntesis que, por su parte, dispara nuevas preguntas y, al mismo tiempo, promueve la investigación en detalle, base ineludible de cualquier síntesis. En nuestra especialidad, el ejemplo de la «piramidología» (§ 89) muestra bien cómo cautiva y ofusca ese vacío de pseudociencias que surge de la ausencia de síntesis. Mediante un intercambio dialéctico entre análisis y síntesis, la egiptología se dedica a la autorrealización del hombre, al origen y a los fundamentos de su cultura; por ello, la egiptología siempre podrá reclamar plena actualidad.

K. SETHE, *Die Ägyptologie*, 1921 (AO 23/1); T. E. PEET, *The Present Position of Egyptological Studies* (Oxford, 1934); A. M. BLACKMAN, *The Value of Egyptology in the Modern World* (Liverpool, 1936); W. WOLF, «Wesen und Wert der Ägyptologie», *LÄS* 8, 1937; S. R. K. GLANVILLE, *The Growth and Nature of Egyptology* (Cambridge, 1947); S. SAUNERON, *L'égyptologie* (Paris, 1968); D. VALBELLE, *L'égyptologie* (Paris, 1991). S. MORENZ (1965) en el volumen final (*Summa historica*) de *Propyläen-Weltgeschichte* ha proporcionado un «diagnóstico de contraste» del horizonte cultural egipcio, mesopotámico y griego.

§ 5. HERRAMIENTAS AUXILIARES

La única exposición de conjunto realizada hasta ahora de esta especialidad, muy utilizada y útil para su tiempo, se debe a H. Brugsch: *Die Aegyptologie* (1891, ^{2}1897). Después de W. Helck, E. Otto, *Kleines Wörterbuch der Aegyptologie* (1956, ^{2}1970), y G. Posener, *Dictionnaire de la Civilisation Égyptienne* (1959, ^{2}1970) (título en alemán *Knaurs Lexikon der ägyptischen Kultur*, 1960), desde 1972 ha aparecido el diccionario de W. Helck, E. Otto y W. Westendorf (eds.), *Lexikon der Ägyptologie*, que en 1992 concluyó con siete volúmenes. Los diferentes artículos que aparecen en él son de diversa calidad, pero al menos suponen una guía; en el ámbito de esta introducción, solo excepcionalmente nos referiremos a los distintos artículos del *Lexikon*. La *Real-Encyclopedie der classischen Altertumswissenschaft* de Pauly-Wisowa comprende una serie de importantes artículos, así como el *Reallexikon der Vorgeschichte*, el *Reallexikon der Assyriologie* y el *Reallexikon für Antike und Christentum*. En el manual editado por B. Spuler, *Handbuch der Orientalistik* (Leiden, desde 1952), se tratan someramente algunos temas concretos de nuestra especialidad en la sección primera (lengua y escritura en el volumen 1, sección I; literatura en el volumen 1, sección II; historia en el volumen 1, sección III; religión en el volumen 8, sección I; derecho en el volumen suplementario III). J. M. Sasson, *Civilizations of the Ancient Near East*, 4 vols.

(New York, 1995), aborda el tema para el conjunto del Antiguo Oriente. Para el Egipto copto existe ahora *The Coptic Encyclopedia*, 8 volúmenes, editada por A. S. Atiya (New York, 1991).

La egiptología está bien provista de bibliografías. Año tras año, el flujo creciente de publicaciones especializadas se reseña, desde 1947, en el *Annual Egyptological Bibliography* (hasta 1963 editado por J. Janssen, después por M. Heerma van Voss, J. J. Janssen, L. M. J. Zonhoven); en 1947 comprendía 337 publicaciones, mientras que en 1985 eran ya 1446 (a modo de comparación: 54 en el año 1860, según Jolowicz). Junto a la casi absoluta totalidad en el registro de las contribuciones, incluso las más nimias, el valor de esta bibliografía consiste en el resumen del contenido y del significado que se añaden al título. La bibliografía más antigua se encuentra casi completamente en las dos bibliografías de H. Jolowicz, *Bibliotheca Aegyptiaca* (1858 con suplemento de 1861) e Ibrahim Hilmy, *The Literature of Egypt and the Soudan from the Earliest Times to the Year 1885 Inclusive*, 2 vols. (London, 1886-1888). Para el período 1886-1946 la situación es peor, pues deben combinarse diferentes ayudas bibliográficas, todas incompletas; la más importante aquí es I. Pratt, *Ancient Egyptian Sources of Information in the New York Public Library* (New York, 1925; suplemento de 1941); y, para los años de guerra, J. Janssen, *Bibliographie der ägyptologischen Veröffentlichungen erschienen außerhalb Deutschlands von 1939 bis Mitte 1947* (*Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 16; suplemento de 1950), y W. Federn en la revista *Zeitschrift Orientalia N. S.*, vols. 17 (1948) a 19 (1950), en todo caso para el período 1939-1947. Para la bibliografía publicada entre los años 1822 y 1946, véase Ch. Beinlich-Seeber, *Göttinger Miszellen* 86, 1985, pp. 45-53. Sobre la mayoría de los egiptólogos más significativos existen bibliografías individuales dispersas en diferentes publicaciones y conmemoraciones. Entre los catálogos de bibliotecas más útiles hay que indicar, junto al de la New York Public Library (véase más arriba), la de H. Munier, *Catalogue de la Bibliothèque du Musée égyptien du Caire* (Le Caire, 1928) (continuado por Dia Abou-Ghazi y Abd el-Mohsen el Khachab, 6 vols., Le Caire, 1966-1992). Antes de la Segunda Guerra Mundial, la revista *JEA* aportaba extensas y periódicas informaciones bibliográficas.

Un lugar especial ocupa la obra de B. Porter y R. Burney, *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings* (7 vols., Oxford, 1927-1952, ^{2}1960 ss.), continuación de la iniciada por B. Porter y R. Moss. En ella se agrupan por yacimientos el material y las publicaciones pertinentes (el vol. 7 también para fuera de Egipto); la segunda edición abarca con gran detalle la totalidad del material publicado, permitiendo el acceso a los distintos sectores de la bibliografía; con sus múltiples índices, esta obra es una de las herramientas generales más importantes de nuestra especialidad.

En sus inicios, la egiptología tenía que servirse de las revistas arqueológicas, teológicas y orientalistas. No fue hasta 1863 cuando H. Brugsch creó una primera revista especializada, la *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* (*ZÄS*, *AZ*), que todavía hoy aparece como el órgano más importante de la arqueología alemana (hasta ahora 123 volúmenes). Le siguieron en 1870 el *Recueil de travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiennes et assyriens* (Paris, hasta 1923, 40 volúmenes) para el sector de todo el antiguo Oriente y en 1880 la *Révue égyptologique* (Paris, hasta 1921). Además de la ya citada *ZÄS* aparecieron en ese momento como revistas de especialidad exclusivamente egiptológica el *Journal of Egyptian Archeology* (*JEA*, desde 1914), la *Révue d'Égyptologie* (*RdE*, desde 1933), la *Chronique d'Égypte* (CdE, desde 1926), los *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte* (*ASAE*, desde 1900) y los *Studien zur Altägyptischen Kultur* (*SAK*, desde 1974), además de *Enchoria als Zeitschrift für Demotistik und Koptologie* (desde 1971); el *Bulletin de l'Institute Français d'Archéologie Orientale* (*BIFAO*, desde 1901) incluye el ámbito de la arabística y de las antigüedades del Oriente Medio; la revista *Aegyptus, Rivista Italiana di egittologia e di papirologia* (desde 1920) incluye la conflictiva época grecorromana de Egipto. Algunas revistas de reciente aparición (*Beiträge zur Sudanforschung*, *Archéologie du Nil Moyen*) centran su mayor atención en la arqueología del Sudán y en la meroística. Otras revistas especializadas como el *Journal of Near Eastern Studies* (*JNES*, desde 1942) comparten la egiptología con las demás especialidades orientalísticas. Tanto para el especialista como para el lego que quiere «estar al día» y orientarse en la plétora de nuevas publicaciones, hay dos revistas inevitables que incluyen recensiones en todos los sectores de la orientalística y que, de este modo, abren espacio a la egiptología: la *Orientalistische Literaturzeitung* (*OLZ*, desde 1898) y la *Bibliotheca Orientalis* (*BiOr*, desde 1943) editada por el *Niederländisches Institut für den Nahen Osten.*

Una lista muy completa de las publicaciones periódicas ha sido ofrecida por É. Drioton y J. Vandier, *L'Égypte* (colección «Clio», Paris, 1952, ^{4}1962), pp. VII-XXIV; además de las revistas, esta incluye el resumen de monografías por series. Estos listados se editan en gran medida sobre todo por la Egypt Exploration Society de Londres, el Institut Français d'Archéologie Orientale de El Cairo, el Oriental Institute de la Universidad de Chicago y el Deutsches Archeologisches Institut. Hay que añadir los numerosísimos trabajos egiptológicos que aparecen en las actas o también en los tratados de muchas academias (Berlín, Bruselas, Gotinga, Heidelberg, Copenhague, Leipzig, Maguncia, Múnich, París, Viena), así como el ingente material de las conmemoraciones de egiptólogos y representantes de disciplinas análogas.

Las revistas y otras publicaciones periódicas, y a veces también importantes monografías, citan la bibliografía especializada en forma abreviada. Estas abreviaciones ahorran tiempo y facilitan el trabajo científico, si se emplean con sentido y homogéneamente. Abreviaciones familiares como *ÄZ* (para *ZÄS*) o *Journal* (*JEA*) son confusas y deben evitarse. Durante algún tiempo, fueron determinantes las abreviaciones acuñadas por J. Janssen, *CdE* 24, 1949, pp. 80-93, que el *Annual Egyptological Bibliography* adoptó con posterioridad. En la actualidad se siguen las abreviaturas empleadas en el *Lexikon der Ägyptologie*. Quien trabaja con bibliografía especializada debe familiarizarse con estas abreviaturas, por lo que también se emplean en esta introducción (véase la lista completa de ellas en el anexo I).

§ 6. TÉCNICA DE TRABAJO

Para el éxito del trabajo en las ciencias del espíritu (*geisteswissenschaftliche Arbeit*), a la hora de proceder, lo decisivo no es la técnica, sino el método. Con harta frecuencia, importantes resultados de nuestra especialidad se alcanzan con medios insuficientes y maneras de trabajar poco racionales. Una técnica de trabajo inteligente no es ninguna garantía, pero sí al menos un apoyo para el éxito de la investigación; el paulatino aumento de las fuentes y de la bibliografía secundaria hace que la investigación vaya más allá de lo requerido para obtener los resultados necesarios, pues incluso para los diferentes sectores de nuestra especialidad el cerebro humano tiene un límite como almacén de información.

Con la introducción de los ordenadores en la mayoría de las instituciones, hay un sinfín de proyectos para la creación de bancos de datos que podrían ser de gran utilidad en la esforzada investigación; pero los proyectos se enfrentan con el problema de la costosa y problemática introducción de los datos. ¡El ordenador no le exime a uno de discriminar lo importante de lo secundario ni de llegar a una ordenación inteligente del material! Aún no han podido sustituirse los siempre apreciados «ficheros» del investigador individual, pese al desarrollo de herramientas informáticas más sofisticadas. La cuestión será siempre determinar qué medios tiene sentido emplear para qué fines.

El personaje típico de la investigación de nuestra especialidad es el siempre desacreditado, aunque afortunado, «sabio de gabinete» convencional, lo que permite al autodidacta enormes posibilidades de contribuir al progreso del trabajo científico. La investigación de campo en Egipto ha comportado una serie de institutos permanentes, entre ellos el Institut Français d'Archéologie Orientale (IFAO), escindido en 1898 de la Mission Archéologique permanente, es el de mayor significación.

Junto a él trabajan, en El Cairo, el Deutsches Archeologisches Institut (desde 1907), el Schweizerisches Institut für ägyptische Bauforschung und Altertumskunde, el American Research Center y otras instituciones; en Luxor, el Oriental Institute de la Universidad de Chicago, y, en Karnak, el Centre Franco-Égyptien. Desde hace mucho tiempo, el Institut d'Égypte de El Cairo ha sido un lugar de estrecha colaboración entre especialistas de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu en la investigación de Egipto; fundado por Napoleón Bonaparte durante la expedición francesa el 22 de agosto de 1798 y recuperado en 1859 como Institut Égyptien, al igual que la Société Royale de Géographie (fundada en 1875 por G. Schweinfurth), ha perdido su valor con la nacionalización de la vida científica en Egipto.

Sobre la historia del IFAO, véase GARNOT, *Aspects de l'Égypte antique* (1959), pp. 225-234, y J. VERCOUTTER, *L'École du Caire* (Le Caire, 1980), para la del Institut d'Égypte, GUÉMARD, *BIE* 6, 1924, pp. 43-84 y pp. 135-157; también sobre los orígenes, J. E. GOBY, *BSFE* 66, 1973, pp. 15-36.

En algunos países los estudiosos del Antiguo Egipto se han agrupado en sociedades científicas abiertas también a los extranjeros. En 1882 se fundó en Inglaterra, tras algunos primeros ensayos infructuosos, la Egypt Exploration Fund (desde 1919 Egypt Exploration Society); en Francia, en 1925, la Société Française d'Égyptologie; en Bélgica, en 1923, la Fondation Égyptologique Reine Élisabeth; en los Países Bajos, en 1933, la Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux. Además, en los últimos años se han formado cada vez más sociedades de ámbito regional. Si bien participaba antes con una sección propia en el Congreso Internacional de Orientalistas y en el Congreso Alemán de Orientalistas (Deutscher Orientalistentag), la egiptología ha entrado desde hace un tiempo en una problemática situación de aislamiento, con asociaciones cada vez más especializadas. Desde 1976 tiene lugar cada tres años el Congreso Internacional de Egiptología, y, en el ámbito germanófono, se ha consolidado la Ständige Ägyptologenkonferenz (SÄK) (Conferencia Permanente de Egiptólogos). Parece que los congresos en general han entrado en una crisis de sentido de la que solo pueden surgir nuevas soluciones.

II
LA ESCRITURA Y LA LENGUA

§ 7. LA INVENCIÓN DE LA ESCRITURA

La cuestión de si hay que atribuir a Sumer o a Egipto la prioridad de la invención de la escritura solo será decisiva cuando los datos sobre la cronología de la época antigua de Mesopotamia y de Egipto sean más seguros (§ 74). Cronológicamente, Sumer parece ser anterior, aunque la dependencia mutua de la invención de ambas escrituras parece fuera de discusión. Lo único seguro es que todas las características esenciales de la escritura egipcia, incluida la coexistencia de jeroglíficos monumentales (§ 8) y de la escritura hierática (§ 9), ya eran identificables bajo los primeros reyes del estado unificado antes del 2900 a.e. Pese a las muestras incipientes de posible escritura en la cerámica prehistórica, la ausencia de documentos anteriores a esta época ha conducido a un abandono general de la primitiva hipótesis del desarrollo gradual «de la imagen a la letra» (Sethe). Como los demás sistemas de escritura, los jeroglíficos parecen ser el producto de una invención ocurrida en suelo egipcio al final de la prehistoria o poco antes del 3000 a.e. El desarrollo de esta invención en los siglos posteriores no alteró en principio este invento, sino que, en todo caso, lo amplió y lo mejoró: los caracteres se multiplicaron y adquirieron formas más elegantes; la ortografía se hizo más precisa y, de este modo, más comprensible para nosotros. Como no se escribían textos muy largos, la estructuración lineal no era necesaria; la escritura de textos línea a línea solo apareció en el transcurso de la Dinastía III.

Posteriormente, a lo largo de su desarrollo, la escritura egipcia, puramente consonántica, hizo uso de la posibilidad de indicar las vocales (§ 11); solo el egipcio romano, al incorporar los caracteres griegos, completó el paso de los múltiples signos a un alfabeto, complementado con algunos caracteres suplementarios demóticos, dando así lugar al

alfabeto copto. El «alfabeto» jeroglífico de veinticuatro caracteres y sus transliteraciones, que el estudiante actual debe memorizar para aprender la lengua egipcia y para utilizar los diccionarios, es una construcción de la ciencia moderna. El egipcio poseía también desde el principio unas marcas vocales para cada sonido consonántico, pero durante tres milenios rechazó reducir su escritura a estos veinticuatro caracteres. Las razones de ello estriban en la enorme riqueza expresiva que posee la escritura jeroglífica frente a la escritura alfabética y silábica, así como su carácter sacro, siempre desligado del dominio de las exigencias «prácticas». La misma época tardía se esforzó por complicar, en vez de simplificar, el sistema de escritura. Pese a ello, parece que el tronco de nuestro alfabeto se remonta, más allá de romanos, griegos y fenicios, hasta el Antiguo Egipto. En el período de entreguerras los egiptólogos creyeron encontrar en la escritura sinaítica descubierta por Petrie en 1905 (hacia el siglo XV a.e.) el eslabón perdido entre los jeroglíficos y los caracteres fenicios; tras el descubrimiento de otras escrituras alfabéticas datadas en el segundo milenio a.e. en Siria y Palestina, la investigación se ha vuelto más pausada. Los semitas occidentales, en el ámbito de influencia egipcio, tomaron prestado por lo menos los principios de la escritura consonántica, así como la dirección de la escritura de derecha a izquierda de los escribas egipcios. Continúa vigente la discusión en torno a los préstamos, es decir, sobre determinados jeroglíficos o caracteres hieráticos como imágenes primitivas de los caracteres fenicios; la escasa aparición de nuevos materiales no ha hecho sino agravarla.

H. BAUER, «Der Ursprung des Alphabets», *AO* 36, 1937; K. SETHE, *Vom Bilde zum Buchstaben*, 1939 (*UGAÄ* 12); S. SCHOTT, «Hieroglyphen. Untersuchungen zum Ursprung der Schrift», *Abh. Mainz* 24, 1950; *HO* vol. I, sección I, 1959; B. SASS, *The Genesis of the Alphabet and its Development in the Second Millenium B. C.* (Wiesbaden, 1988). Sobre la simplificación de los caracteres hieráticos, W. HELCK, *Ugarit-Forschungen* 4, 1972, pp. 41-45, y K.-Th. ZAUZICH, *Enchoria* 3, 1973, pp. 155-157.

Sobre la invención de la escritura y su ambiente cultural sigue siendo importante A. SCHARFF, *Archäologische Beiträge zur Frage der Entstehung der Hieroglyphenschrift*, *SBBAW* 1942, cuaderno 3.

Sobre la escritura sinaítica («protosinaítico»), véase finalmente W. HINZ, *ZDMG* 141, 1991, pp. 16-32.

§ 8. LOS JEROGLÍFICOS

Desde el siglo XXX a.e. hasta el IV d.e., los jeroglíficos han sido cincelados en piedra, tallados en madera, marfil o estuco, o moldeados en diferentes materiales. Cada carácter representa la tipificación clara de

un ser o de un objeto procedente del medio ambiente del Antiguo Egipto. La clasificación habitual vigente de los caracteres por grupos de imágenes como hombres, partes del cuerpo, mamíferos, aves, armas, tejidos, etc., ya fue empleada por Zoëga en 1797 (*De origine et usu obeliscorum*); actualmente, los jeroglíficos se citan siguiendo la lista tipográfica de Gardiner: los caracteres grandes A-Z y Aa indican los grupos, los números siguientes indican diferencias dentro de los grupos; por ejemplo A 14 indica el «enemigo» abatido, G 14, el buitre (*gyps fulvus*), N 14, la estrella, etc. No existe una lista completa de todos los jeroglíficos, lo cual se ve agravado por la ausencia de una paleografía jeroglífica suficientemente buena como para poder interpretar las diferentes formas de los caracteres a lo largo del tiempo, y, con ello, la importancia de la datación de los caracteres. Los tipos de Gardiner, reunidos por Davis (§ 86), se basan en los caracteres de la Dinastía XVIII, mientras que los tipos ideados por Weidenbach de la fundición de tipos F. Theinhardt, ampliamente aceptados con anterioridad, no se circunscriben a ninguna época determinada. La lista de los tipos de Gardiner abarca unos mil caracteres, aproximadamente el mismo número que normalmente debió de emplearse a la vez entre el Reino Antiguo y el Reino Nuevo. En época tardía, y sobre todo en época ptolomeico-romana, este número se dispara, de modo que el catálogo tipológico del IFAO de El Cairo (última edición de 1983), que en cierta medida incluye también la totalidad de los caracteres de los templos tardíos, comprende actualmente unos siete mil quinientos caracteres.

Para la restitución de las citas jeroglíficas, ya en 1832 (fecha en que murió Champollion) J. Klaproth empleó los primeros caracteres. Actualmente, se usan casi sin excepción los caracteres de Gardiner; solo las publicaciones del IFAO han empleado hasta hace poco los caracteres en negro de la Imprimerie Nationale (por primera vez en 1842) que luego serían muy habituales junto a los caracteres Theinhardt. Entretanto, se han comenzado a realizar jeroglíficos generados por ordenador, cuya calidad ha mejorado mucho tras los primeros intentos. Los textos largos, por razones de coste, suelen estar hechos a mano. Este procedimiento es esencialmente más barato que el de la composición de jeroglíficos, ahorra correcciones y permite una reproducción más fiel de la escritura originaria, así como de la ordenación de los caracteres. En todo caso, lo importante es que la reproducción no solo sea legible, sino también agradable e inconfundible, y que pueda emplearse desde el principio en las clases. Desde las *Urkunden des ägyptischen Altertums*, la transcripción y el orden de los textos jeroglíficos y otras obras generales se ha restituido en la escritura de izquierda a derecha, aunque los textos jeroglíficos originales suelen estar escritos predominantemente de derecha a izquierda o bien de arriba a abajo y, en los libros (§ 9), de derecha a izquierda. En las publicaciones originales es conveniente el máximo de claridad mediante este sistema, pese a no existir un orden de escritura previamente establecido por motivos de presentación estética. Las dificultades resultan de la ordenación «retrospectiva» de algunos textos, de manera que se restituya la dirección original de los caracteres (al principio mismo del texto).

El sistema de transliteración del egipcio internacionalmente válido (*ZÄS* 27, 1889, pp. 1-4) no puede sustituir la reproducción de los jeroglíficos sin distinguir los muchos homónimos y sin interpretar los determinativos o los complementos fonéticos. Además, aunque se ha mejorado el antiguo sistema de transliteración de 1874 (*ZÄS* 13, 1875, pp. 1 ss.), pese a la desventaja de símbolos poco frecuentes (*s/ś*, *ḳ*, *ṯ*, *ḏ*) para algunos sonidos, estos siguen siendo insustituibles en el empleo del diccionario (§ 16); de ahí que los modernos trabajos filológicos utilicen cada vez más los símbolos útiles (*z/s*, o, en menor medida *č*, *ǧ* o *ǰ*).

La diferenciación de tres grupos de jeroglíficos, entre los cuales puede haber mezclas, se remonta en principio a Champollion. Las imágenes (*ideogramas*, o mejor *logogramas*) deben leerse como la representación de objetos o acciones. Mientras que los indicadores semánticos (*determinativos*) permanecen sin pronunciarse y existen como meras señales simbólicas a cuyo grupo de representaciones pertenece una palabra. Este sistema impide la polisemia en la escritura sin vocales y, situados al final de la palabra, actúan como discriminadores de palabras, inexistentes en egipcio. Los signos fonéticos (*fonogramas*) son independientes de su valor simbólico y deben leerse como consonantes individuales o como series de dos o tres consonantes. En 1837 Lepsius pudo redondear la obra descifradora de Champollion con la importante diferenciación entre signos monolíteros y polilíteros, que se emplean redundantemente. Hoy en día solo hay unos pocos signos cuya lectura es insegura o desconocida; en número algo mayor (grupo Aa de Gardiner), sigue abierta la cuestión de qué es lo que representan. Importante y único en la historia de la escritura es el hecho de que los signos jeroglíficos no solo se diferencian por la forma, sino también por los colores.

Además de las obras citadas en § 7, hay que añadir A. ERMAN, *Die Hieroglyphen*, ²1923 (sel. Göschen); M. BURCHARDT, *PW*, «Hieroglyphen»; P. LACAU, *Sur le système hiéroglyphique* (Le Caire, 1954); K. SETHE, *Das hieroglyphische Schriftsystem*, 1935 (*LÄS* 3); J. JANSSEN, *Hiërogliefen* (en holandés, 1952).

Sobre la tipografía jeroglífica, J. JANSSEN, «Remarques sur les listes des signes hiéroglyphiques», *CdE* 27, 1952, pp. 88-97.

Una relación de los tipos de GARDINER se hallan en su gramática (véase § 15b), más exhaustivamente en *Catalogue des caractères d'impression hiéroglyphiques égyptiens d'après les matrices appartenant à Alan H. Gardiner* (Bruxelles, 1928; suplemento de 1953).

Importante, además, C. R. LEPSIUS, *Liste der hieroglyphischen Typen aus der Schriftgießerei F. Theinhardt in Berlin* (1875), y É. CHASSINAT, *Catalogue des signes hiéroglyphiques de l'imprimerie de l'IFAO* (Le Caire, 1907; suplemento general de 1930, reedición de 1983); a iniciativa de F. DAUMAS, de la Universidad de Montpellier, ha sido editada una nueva relación de los jeroglíficos de época grecorromana: *Valeurs phonétiques des signes hiéroglyphiques d'époque gréco-romaine* (Montpellier, 1988-1995) (los resultados de un simposio preparatorio en el anexo 14, 1974 de la *Göttinger Miszellen*, aún no han sido publicados en la lista basilea de los caracteres preptolemaicos.

H. BRUNNER, *Hieroglyphische Chrestomathie* (1965, [2]1992) (selección fotográfica de textos jeroglíficos típicos de diferentes épocas, con breves explicaciones); K.-TH. ZAUZICH, *Hieroglyphen ohne Geheimnis*, 1980 (introducción al autoaprendizaje); H. G. FISCHER, *Ancient Egyptien Calligraphy* (New York, 1979, [3]1988) (introducción a la escritura jeroglífica); ídem, *L'écriture et l'art de l'Égypte ancienne* (Paris, 1986); P. VERNUS, en A.-M. CHRISTIN (ed.), *Écritures*, 2 vols. (Paris, 1982-1985); A. SCHOTT, *Schrift und Schreiber im alten Ägypten* (1989). Sobre el *canon cromático* de los jeroglíficos, E. STAEHLIN, en E. HORNUNG, *Zwei ramessidische Königsgräber* (1990), pp. 101-119; sobre la ampliación de los conocimientos de la escritura, J. BAINES, *Man* 18, 1983, pp. 572-599; ídem y C. J. EYRE, *Göttinger Miszellen* 61, 1983, pp. 65-96; L. H. LESKO, *FS M. Lichtheim* (1990), pp. 656-667.

§ 9. LA ESCRITURA EN LIBRO (EL HIERÁTICO)

Siguiendo el modelo de los autores antiguos, suele designarse como *hierático* a la forma primitiva de la escritura cursiva, aunque ahora se emplea también la expresión *escritura en libro*, pues este tipo de escritura es la que se encuentra con mayor frecuencia en los papiros (§ 12). Aún más antiguo, atestiguado desde la época histórica más antigua, es el empleo de signos en vasijas de barro. El material originario del Reino Antiguo es muy escaso, si bien existe una amplia base para el Reino Medio, sobre todo gracias a los papiros de Illahun (1889), el Informe Hekanajt y los papiros del rameseo. El inmenso material de papiros, ostracas (Deir el-Medina, § 95) e inscripciones de cerámica del Reino Nuevo solo ha sido parcialmente vaciado. En la administración y en general en el sector «mundano», el hierático fue sustituido a lo largo del siglo VII a.e. por el *demótico* cursivo (§ 10), aunque para los papiros religiosos se mantiene en uso hasta el final de la cultura egipcia antigua. Determinados grupos de textos (*Textos de los Sarcófagos*, *Libro de los Muertos*, *Libros del Más Allá*) emplean caracteres cursivos («cursiva del *Libro de los Muertos*») que, por su forma, se aproximan más a los jeroglíficos que a la cursiva.

Como auténticos «manuscritos», los caracteres hieráticos experimentan una rápida evolución y diferencias individuales más importantes que los jeroglíficos. La posibilidad de diferencias simultáneas tanto en la escritura como en los caracteres queda patente, de modo espectacular, en el protocolo oracular del 4.10.651 a.e. publicado por Parker; los cincuenta protocolos autográficos de este papiro, que nos proporcionan la escritura original de los principales sacerdotes y funcionarios tebanos de aquella época, bien podrían datarse en épocas diferentes. Se muestran aquí los límites y las dificultades a la hora de determinar la antigüedad paleográfica de los textos hieráticos, que puede oscilar en torno a un siglo. Para determinar las formas de los caracteres y los diferentes nexos empleados en las distintas épocas de escritu-

ra, la mejor ayuda continúa siendo la paleografía de Georg Möller (1876-1921); como complemento y perfeccionamiento pueden emplearse las listas paleográficas de las nuevas ediciones monumentales de papiros. Al trabajar con los textos hieráticos, no solo hay que indicar las fotografías y los facsímiles, sino también la transcripción jeroglífica, al igual que ocurre con la conversión de nuestros manuscritos en mecanoscritos. Los mismos egipcios realizaban ya transcripciones de las copias hieráticas en las paredes de las tumbas o de los templos, así como transcripciones jeroglíficas en estelas en forma de «publicaciones» de los textos, gracias a lo cual algunos caracteres hieráticos se han filtrado posteriormente a la escritura jeroglífica. La transcripción directa sobre piedra de los textos hieráticos era bastante rara (Estela hierática BM 138 de la Dinastía XXI). En general, la moderna transcripción jeroglífica se sirve actualmente de las reglas expuestas por Gardiner (*JEA* 15, 1929, pp. 48-55), en concreto la exigencia de conservar el sentido original de la escritura de derecha a izquierda y de permitir que los jeroglíficos sean lo más reconocibles posible y qué carácter hierático aparece en el original. Las *rúbricas* pueden indicarse mediante el subrayado o el resaltado, en caso de no disponerse de impresión en color.

G. Möller, *Hieratische Paläographie*, 3 vols. (1909-1912; suplemento de 1936); ídem, *Hieratische Lesestücke für den akademischen Gebrauch*, 3 fascículos, 1909-1910 (reedición de 1961); A. Erman, «Die ägyptischen Schülerhandschriften», *APAW* 1925; H. Goedicke, *Old Hieratic Paleography* (Baltimore, 1988) (desde el R. A. hasta principios del R. M.); M. Megally, *Considérations sur les variations (...) des formes hiératiques du papyrus E. 3226 du Louvre* (Le Caire, 1971) (Dinastía XVIII); St. Wimmer, *Hieratische Paläographie der nicht-literarischen Ostraka der 19. und 20. Dynastie* (Wiesbaden, 1995).

Protocolo oracular: R. A. Parker, *A Saite Oracle Papyrus from Thebes in the Brooklyn Museum* (Providence, 1962).

§ 10. DEMÓTICO

La escritura hierática tardía de los escribas se desarrolla ya siempre en forma cursiva, y desemboca, en la Dinastía XXV (715-664), en el «hierático anormal», viéndose suprimida por la escritura *demótica* aún más cursiva de los escribas de la Dinastía XXVI. Los papiros demóticos más antiguos (Rylands I y II) provienen de la época de Psamético I (664-610); bajo Amasis (570-526) el demótico se convierte en la escritura oficial de la administración y de la justicia, apareciendo entonces como «escritura popular» junto a las fuentes hieráticas y jeroglíficas de carácter religioso. Los textos literarios solo empezaron a escribirse en demótico a principios de la época ptolemaica. Las inscripciones demóti-

cas más recientes, todas de la isla de File, pertenecen a la segunda mitad del siglo V d.e., es decir, ya en época bizantina. Además de papiros, ostracas y tablillas de madera, el demótico se empleó predominantemente como escritura hierática de libros incluso en las inscripciones monumentales de piedra, por ejemplo en los decretos multilingües de los sacerdotes de época ptolemaica o en las estelas funerarias. Siete caracteres demóticos han sido incorporados al alfabeto copto como elementos adicionales de la escritura.

Es absurdo buscar una transcripción perfecta del demótico, puesto que la escritura histórica y la fonética están superpuestas. De ahí que se prescinda de la escritura consonántica (§ 8) con indicaciones esporádicas de vocales. Por la dificultad de esta escritura, el demótico se ha convertido en el terreno de unos pocos especialistas y se halla algo al margen de las clases académicas.

H. GRAPOW, *Vom Hieroglyphisch-Demotischen zum Koptischen* (*SBPAW* 1938); W. ERICHSEN, *Demotische Lesestücke* (1937-1940); J. H. JOHNSON, *Thus Wrote «Onchsheshonqy»*, Chicago, 1986, [2]1991 (*SAOC* 45) y otros métodos auxiliares en § 15c.

Falta una paleografía demótica. Sobre el hierático anormal, M. MALININE, *Choix de textes juridiques en hiératique «anormal» et en démotique*, 2 vols. (Paris, 1953 y Le Caire, 1983).

§ 11. FORMAS ESPECIALES: ESCRITURA AGRUPADA Y CRIPTOGRAFÍA

En las palabras egipcias la estructura consonántica de la escritura jeroglífica es suficiente para dejar clara su pronunciación. En las palabras mágicas y en las extrañas, así como en los nombres de lugares y personas extranjeros, no se limitaban a indicar la pronunciación vocálica. En estos casos, ya desde el Reino Antiguo, se empleaba la llamada escritura *silábica* («escritura agrupada»), que se consolidó definitivamente a principios del Reino Nuevo. Este tipo de escritura suele emplear jeroglíficos, con ortografías incluso poco habituales; destacan las vocales débiles, en aras a la interpretación vocálica. Normalmente, grupos de dos (con menor frecuencia de tres) jeroglíficos se juntan en torno a un valor silábico (consonante más vocal), que, en muchos casos, ofrece dudas y debe ser aclarado mediante la restitución cuneiforme de las mismas palabras. En época ptolemaica, con ocasión de escribir determinados jeroglíficos de nombres extranjeros, la restitución de las vocales griegas se solventa de manera distinta mediante la indicación de un valor vocálico.

Fundamental W. F. ALBRIGHT, *The Vocalization of the Egyptian Syllabic Orthography* (New Haven, 1934; reimpresión New York, 1966); desde entonces, nu-

merosas lecturas nuevas por Albright, Edel y otros. Resumen en W. HELCK, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien* ([2]1971), pp. 505-575, complementado por E. EDEL, *Die Ortsnamenliste aus dem Totentempel Amenophis' III*, 1966, y O. RÖSSLER, «Das ältere ägyptische Umschreibungssystem für Fremdnamen», *Hamburger Beiträge zur Afrika-Kunde* 5, 1966, pp. 218-229; formulación de las nuevas consecuencias en Th. SCHNEIDER, *Asiatische Personennamen in ägyptischen Quellen des Neuen Reiches* (1992).

Desde finales del Reino Antiguo circula, paralelamente a la escritura jeroglífica «normal», una escritura especialmente cerrada que suele indicarse como escritura *enigmática* o «criptografía». Su florecimiento principal se sitúa a principios del Reino Nuevo, y se extiende hasta la época tardía y ha influido permanentemente en las inscripciones de los templos ptolemaicos. Los esfuerzos no deben dirigirse a hallar nuevos signos de escritura, sino a deducir nuevos valores fonéticos inusuales de los jeroglíficos conocidos; la ortografía habitual se modifica radicalmente y algunos caracteres contienen un aspecto inesperado (por ejemplo la boca en vista lateral, y no frontal). Además, esta escritura, secreta y juguetona, trabaja con fórmulas rebuscadas y se esfuerza por dar a un solo carácter muchas lecturas posibles, estimulando, de este modo, la perspicacia del escribiente codificador. Pocas veces sirve la criptografía de auténtico encubrimiento; los *Libros del Más Allá* (§ 21) «traducen» las ideas enigmáticas de un texto casi siempre a la ortografía normal, y también en los escarabeos se emplean los criptogramas más bien con finalidad enfática. Así, este tipo de escritura es, más que nada, un ingenioso juego practicado por escribientes cultos, una variante imaginativa de la monosemia y de la claridad en que se esfuerza la escritura jeroglífica. Sus reglas solo son válidas cuando coinciden con las de la primera elaboración escrita y, por lo tanto, contribuyen a ilustrar el origen de la escritura.

Las investigaciones de los nombres, fórmulas y textos enigmáticos están diseminadas por numerosos artículos; la mayoría proceden de la pluma de ÉTIENNE DRIOTON (1889-1961), quien, entre otras cosas, ha reunido una plétora de fórmulas enigmáticas en escarabeos; véase la rica bibliografía hasta 1956 de É. DRIOTON en *BIFAO* 56, 1957, pp. 1-18, y E. HORNUNG-E. STAEHELIN, *Skarabäen und andere Siegelamulette* (1976), pp. 173-183; E. HORNUNG, *JSSEA* 13, 1983, pp. 29-34.

§ 12. MATERIALES DE ESCRITURA

El egipcio escribió sobre casi todos los materiales; junto a la piedra, el papiro y la arcilla, el resto de los materiales de escritura (madera, metal, piel, tejidos, huesos) aportan escaso significado, debido en parte a lo difícil de su conservación. También el papiro, el material preferido

para la confección de los libros (§ 9), constituye uno de los materiales de escritura más perecederos y se ha podido conservar en gran medida solo gracias al favor de un clima seco. Como la inmensa mayoría de los papiros conservados descansan inéditos en las salas de los museos, las apreciaciones cuantitativas son provisorias. Según un cálculo de Posener, de los 9 600 metros que como mínimo tenían las actas administrativas del templo funerario de Neferikare (aprox. 2446-2427 a.e.), solo se han conservado 13.5 y estos fragmentos constituyen casi el único papiro conservado del Reino Antiguo, de manera que del total de papiros de esta época se han conservado, en el mejor de los casos, 1/100 000 parte. Para las épocas más recientes, la relación apenas mejora, pues los *Libros de los Muertos* recién aparecidos (§ 36c) resultan ser la mayoría de los conservados, si bien, al mismo tiempo, permiten engrosar la parte originaria. Rollos enteros de papiros solo se han conservado unos pocos, siendo el más largo de ellos el Gran Papiro Harris del Museo Británico, de 40.5 metros de longitud. En general, los papiros reciben el nombre de su descubridor, su primer propietario o el lugar de conservación y se cita el texto por columnas y líneas. Antiguamente, solo se escribía sobre la parte frontal (*recto*: cosido horizontal); en el Reino Nuevo y más tarde, a causa de las necesidades crecientes, se escribía también en la parte posterior (*verso*: cosido vertical). La herramienta para la escritura de los libros era un tallo de junco, cuyo final se deshilachaba en forma de pincel y se humedecía en un pequeño barreño. Las tintas se producían con hollín (para el negro) u ocre (para el rojo, *rubrum*); para las ilustraciones se empleaban también otros colores; para ello se proporcionaba incluso el uso de láminas de oro en los papiros del Reino Nuevo y de época tardía (Sh. Alexander, *JEA* 51, 1965, pp. 48-52). El equipo completo del escritor (paletas de madera, juncos, colores y barreños) no solo se ha conservado en los signos de la escritura, sino que también nos han llegado muchos originales.

A causa de la carestía de papiro, la supresión y reutilización (*palimpsesto*) de manuscritos es relativamente frecuente. Por un motivo parecido, para las prácticas académicas y otras composiciones menores se emplearon ostracas, esto es, cascos de piedra calcárea o cacharros cuyas dimensiones oscilaban entre unos pocos cm^2 y 88.5 x 31.5 cm (*óstraca*, *ashmoleo* del *Sinuhé*, calcárea). Las excavaciones francesas de Deir el-Medina han sacado a la luz una serie de materiales especialmente abundantes en ostracas con textos de la vida diaria e inscripciones de obras literarias (cf. § 95).

J. Černý, *Paper and Books in Ancient Egypt* (London, 1952); M. Weber, *Beiträge zur Kenntnis des Schrift- und Buchwesens der alten Ägypter* (1969).

La estadística de los papiros, en G. Posener, *Histoire et Égypte ancienne*, *Annales (Économies. Sociétés. Civilisations)* 17, 1962, pp. 631-646, el archivo fue pu-

blicado por P. POSENER-KRIÉGER y J. L. de CÉNIVAL, *The Abu Sir Papyri* (London, 1968) (texto), y P. POSENER-KRIÉGER, *Les archives du temple funérarie de Néferirkarê-Kakai* (Le Caire, 1976) (comentario).

Para la época grecorromana se encuentra una amplia sinopsis y bibliografía en H.-A. RUPPRECHT, *Kleine Einführung in die Papyruskunde* (Darmstadt, 1994).

§ 13. LA POSICIÓN LINGÜÍSTICA DEL EGIPCIO

Desde que en 1860 Lepsius introdujo el concepto de lengua «camítica», la lengua egipcia pasó a considerarse un híbrido de lenguas semíticas y camíticas; tras la Segunda Guerra Mundial, se consolidó la idea de que las lenguas semíticas y las «camíticas» (entre estas últimas las lenguas bereberes, las lenguas cushitas, el hausa) formaban un único tronco al que pertenece el egipcio como una de sus tres o cuatro ramas. Entretanto, sigue discutiéndose la articulación exacta de este gran tronco lingüístico; también se cuestionan las diferencias y las dependencias históricas desde múltiples puntos de vista. Aunque el egipcio es, de largo, la lengua escrita más antigua del camito-semítico, su estructura se escapa a la hipotética protoforma de este tronco lingüístico en mayor medida que las lenguas llamadas «camíticas», esencialmente más recientes; la conjugación carece de las formas verbales típicamente configuradas; las formas del plural, como las lenguas bereberes, se desvían también del esquema habitual. En cuanto al léxico, existe un acervo fundamental común camítico-semítico (o afroasiático) en los sectores «elementales» (partes del cuerpo, relaciones y divisiones sociales, actividades más importantes y propiedades del hombre), cuya investigación y delimitación aún están en curso.

La mayoría de las gramáticas citadas en § 15 hacen una introducción a la posición lingüística del egipcio; sobre todo G. LEFEBVRE, quien, en su estudio introductorio «Étude sur l'origine de la langue égyptienne», *CdE* 11, 1936, pp. 266-292, presenta un excelente esbozo de la historia de la investigación y del estado de las investigaciones de su época. Desde entonces se han desarrollado nuevos enfoques de la cuestión, sobre todo por M. COHEN, *Essai comparatif sur le vocabulaire et la phónetique du Chamito-Sémitique* (Paris, 1947), y O. RÖSSLER en diferentes artículos, el último «Das Ägyptische als semitische Sprache», en F. ALTHEIM-R. STIEHL, *Christentum am roten Meer I* (1971), pp. 263-326. Véase además J. VERGOTTE, *De verhounding van het Egyptisch tot de Semietische talen* (Bruxelles, 1965), W. v. SODEN, «Zur Methode der semitisch-hamitischen Sprachvergleichung», *Journal of Semitic Studies* 10, 1965, pp. 159-177; A. LOPRIENO, *Das Verbalsystem im Ägyptischen und im Semitischen* (1986); K. PETRÁCEK, *Altägyptisch, Hamitosemitisch* (1988); D. COHEN (ed.), *Les langues chamito-sémitiques* (Paris, 1988).

Sobre la investigación comparada del léxico egipcio y semítico, los fundamentos se hallan en A. EMBER, *Egypto-Semitic Studies* (1930, cerca de quinientas etimologías), y F. CALICE, *Grundlagen der ägyptisch-semitischen Wortvergleichung* (1936, 948 etimologías). Las dudas y los problemas que continúan aquí existiendo

(¡solo pueden darse por seguras entre una quinta y una décima parte de las etimologías establecidas!) están bien demostradas en el artículo sinóptico de W. VYCICHL, «Grundlagen der ägyptisch-semitischen Wortvergleichung», *MDAIK* 16, 1958, pp. 367-408. P. BEHRENS, *Sprache und Geschichte in Afrika,* 6, 1984-1985, pp. 135-216, ha hecho una investigación especial sobre el vocabulario del ganado.

§ 14. ESTRUCTURA Y PROPIEDADES DE LA LENGUA

Nuestra terminología, orientada en las lenguas clásicas, agrava el acceso a la estructura lingüística, fundamentalmente distinta, del egipcio. Términos como transitivo/intransitivo, perfecto/imperfecto, dativo/acusativo son solo utilizables bajo ciertas condiciones y pueden conducir fácilmente a malentender las formas verbales y nominales del egipcio. Ciertamente, el egipcio pertenece a las lenguas que, como las europeas, están flexionadas, pero distingue en el verbo los tipos de acción, en vez de los tiempos, y se complace en utilizar proposiciones de predicado no verbal (nominales y adverbiales), donde los límites entre lo verbal y lo no verbal son completamente escurridizos. Frente a las lenguas de la Antigüedad clásica, el egipcio tiene un número más (el dual, cuyo uso remite, no obstante, en el Reino Medio) y un género menos (el neutro); no existe la declinación por casos. La intemporalidad y la «orientación al objeto» de la lengua egipcia no dejan espacio a la percepción subjetiva del hablante y ocultan, en los niveles más antiguos de la lengua escrita, formas como el conjuntivo o el subjuntivo. En la lengua escrita tardía puede observarse una creciente formación de tiempos mediante los auxiliares (veintidós tiempos en el copto). Una de las dificultades a la hora de restituir a nuestra lengua el significado exacto de las flexiones y de la terminología egipcias se pone de manifiesto, entre otras, con la indicación equívoca de «pseudoparticipio» («perfecto antiguo», «forma de estado», «estativo») o la discusión permanente sobre la esencia de las formas «enfáticas». Con ello, sigue poniéndose de relieve que no se puede llegar a mejorar nuestra visión de los textos egipcios mediante la transformación radical de la terminología, sino solo a través de una investigación cuidadosa e históricamente fundada de los fenómenos gramaticales concretos. Las «reglas» relativamente fijas de nuestras gramáticas abren la sospecha de que solo aprehenden una verosimilitud estadísticamente óptima y, de este modo, ocultan el auténtico objeto, en vez de descubrirlo.

A. H. GARDINER, «Some Aspects of the Egyptian Language», *Proceed. of the British Academy* 23, 1937; W. SCHENKEL, *Einführung in die altägyptische Sprachwissenschaft* (1990); A. LOPRIENO, *Ancient Egyptian. A Linguistic Introduction* (Cambridge, 1995).

Investigaciones especialmente extensas: K. SETHE, *Das ägyptische Verbum*, 3 vols. (1899-1902); ídem, *Der Nominalsatz im Ägyptischen und Koptischen*, 1916 (*ASAW* 33, n.º 3); B. GUNN, *Studies in Egyptian Syntax* (Paris, 1924); H. J. PO-

LOTSKY, *Études de syntaxe copte* (Le Caire, 1944); W. WESTENDORF, *Der Gebrauch des Passivs in der klassischen Literatur der Ägypter* (1953); H. J. POLOTSKY, *Egyptian Tenses* (Jerusalem, 1965); H. SATZINGER, «Die negativen Konstruktionen im Alt- und Mittelägyptischen», *MÄS* 12, 1968; W. SCHENKEL, *Die altägyptische Suffixkonjugation*, 1975 (*ÄgAbh* 32); J. OSING, *Die Nominalbildung des Ägyptischen* (1976); E. DORET, *The Narrative Verbal System of Old and Middle Egyptian* (Genf, 1986).

También es instructivo comparar las formas de expresión en griego y en egipcio de los decretos multilingües: F. DAUMAS, *Les moyens d'expression du Grec et de l'Égyptien* (Le Caire, 1952).

§ 15. LA LENGUA ESCRITA Y SUS ESTADIOS HISTÓRICOS

Egipto ofrece una oportunidad única de seguir el desarrollo de una lengua desde su fijación escrita a lo largo de más de cuatro mil años. Esta escritura atraviesa muchas fases cronológicas, en parte separadas, pero también en parte superpuestas por el uso, si bien había una única forma común a todo el país. La lengua oral, diversificada quizá ya desde el principio en múltiples dialectos, solo se puede captar excepcionalmente a través del copto.

B. H. STRICKER, *De indeeling der Egyptische taalgeschiedenis* (Leiden, 1945) (en discusión con las antiguas ideas de K. Sethe). K. JANSEN-WINKELN, «Diglossie und Zweisprachigkeit im alten Ägypten», *WZKM* 85, 1995, pp. 85-115.

Sobre la cuestión de los dialectos precoptos, véase J. VERGOTE, *CdE* 36, 1961, pp. 237-249, y A. LOPRIENO, *Göttinger Miszellen* 53, 1982, pp. 72-95.

Dentro de la lengua escrita se distinguen normalmente las siguientes fases:

a) El *egipcio antiguo* (aprox. 3000-2140 a.e.), desde las inscripciones conservadas más antiguas hasta el final del Reino Medio. Puesto que los primeros textos largos (biografía de *MṮn* en Berlín) solo aparecen al principio de la Dinastía IV (aprox. 2575 a.e.), las escasas y ortográficamente impenetrables inscripciones de las tres primeras dinastías son «lingüísticamente del todo infecundas» (E. Edel) y no se tiene ningún derecho a suponer la existencia de una fase «arcaica» anterior al egipcio antiguo. Los testimonios textuales más importantes del egipcio antiguo son los *Textos de las Pirámides* (§ 36a). De ellos existen numerosas inscripciones biográficas, jurídicas y religiosas de los funcionarios, decretos reales y cartas; en escritura hierática solo se han conservado unos pocos textos del egipcio antiguo.

Fundamental, E. EDEL, *Altägyptische Grammatik* (Roma, 1955-1964) (*AnOr* 34 y 39); SANDER-HANSEN, *Studien zur Grammatik der Pyramidentexte* (Copenhagen, 1956) (*Analecta Aegyptiaca* 6); J. P. ALLEN, *The Inflection of the Verb in the Pyramid Texts* (Malibu, 1984).

Las inscripciones jeroglíficas más importantes de este período lingüístico han sido reunidas por K. SETHE, *Urkunden des alten Reichs*, 1933 (*Urk*. I); desde entonces el material se ha ampliado considerablemente, sobre todo mediante la publicación de los sepulcros por H. JUNKER y SELIM HASSAN en Guiza (§ 95). El material textual arcaico se halla en P. KAPLONY, *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit* (§ 74).

b) El *egipcio medio* (aprox. 2140-1360 a.e.) es la lengua escrita predominante desde el Primer Período Intermedio hasta la época amarniense, por tanto desde la Dinastía IX hasta la Dinastía XVIII; se mantuvo en uso para los escritos regios y los textos religiosos hasta el final de la cultura egipcia antigua, hasta su sustitución por el neoegipcio y que, por ejemplo, aún se utilizaba en las inscripciones de los templos de época ptolemaica y romana. De ahí que la mayoría de los textos religiosos de Egipto y un extenso número de las obras literarias más significativas estuvieran redactadas en egipcio medio; generalmente, el lego debe familiarizarse primero con este nivel «clásico» de la lengua. Las diferencias con el antiguo egipcio son relativamente pequeñas: prolongación del tono de la primera a la segunda parte existente de las conexiones gramaticales; simplificación de la ortografía y modificaciones fonéticas como por ejemplo la caída de la *s* sorda; supresión de los antiguos pronombres personales absolutos, además de las formas duales; aparición del genitivo indirecto y de los adjetivos relativos; uso generalizado de los verbos auxiliares y, con ellos, una fuerte diferenciación tanto en la expresión como en la narración.

Faltan investigaciones sobre el desarrollo lingüístico del egipcio medio, sobre todo la lengua escrita de la Dinastía XVIII, en la que se identifican ya formas neoegipcias. A su vez, el egipcio medio de los textos tardíos no se ha investigado más que para un solo caso (Dandara).

La gramática egipcia de A. ERMAN, durante tanto tiempo la gramática «clásica» (1894, [4]1928), ha sido sustituida ante todo por las dos grandes gramáticas de A. H. GARDINER, *Egyptian Grammar* (1927, Londres, [3]1957) y G. LEFEBVRE, *Grammaire de l'égyptien classique* (Le Caire, 1940, [2]1955); la gramática de Gardiner está elaborada con criterios didácticos, no sistemáticos. Especialmente rica en ejemplos, esta suele indicarse como el mejor punto de apoyo entre todas las existentes; en cambio, la de Lefebvre presenta la materia con gran sistematización, con menos ejemplos, pero dedicando especial atención a la sintaxis. Dos nuevas gramáticas se esfuerzan por considerar las opiniones de Polotsky: E. GRAEFE, *Mittelägyptische Grammatik für Anfänger* (1987, [4]1994), y W. SCHENKEL, *Materialien zur Vorlesung. Einführung in die klassisch-ägyptische Sprache und Schrift*, 1991), aunque sigue echándose en falta una gramática «ideal» comprensible para principiantes; la de P. GRANDET y B. MATHIEU, *Cours d'égyptien hiéroglyphique* (Paris, 1990-1993), es quizás la que más se acerca a este ideal. Como introducciones breves se utilizan sobre todo H. BRUNNER, *Abriß der mittelägyptischen Grammatik* (1961, [2]1967), y G. ENGLUND, *Introduction to Pharaonic Egyptian* (Uppsala, 1975), reeditado con el título *Middle Egyptian. An Introduction* (Uppsala,

1988). Para el estudio del egipcio medio también puede prestar un buen servicio la sucinta *Altägyptische Grammatik* de EDEL (véase arriba § 15a) y W. WESTENDORF, *Grammatik der medizinischen Texte* (1962); como investigaciones especiales véase además F. JUNGE, *Syntax der mittelägyptischen Literatursprache* (1978); P. VERNUS, *Future at Issue. Tense, Mood and Aspect in Middle Egyptian* (New Haven, 1990). Para el egipcio medio antiguo, véase W. SCHENKEL, *Frühmittelägyptische Studien* (1962), para el tardío, H. JUNKER, *Grammatik der Denderatexte* (1906). Para los textos del Tercer Período Intermedio, ahora, K. JANSEN-WINKELN, *Spätmittelägyptische Grammatik der Texte der 3. Zwischenzeit* (Wiesbaden, 1996).

Las antologías de textos en egipcio medio especialmente útiles como ejercicios son: K. SETHE, *Ägyptische Lesestücke zum Gebrauch im akademischen Unterricht* ([3]1959); también, ídem, *Erläuterungen zu den Ägyptischen Lesestücken* ([2]1960), y A. DE BUCK, *Egyptian Readingbook* (Leiden, 1948). Excelentes colecciones de textos son además las *Urkunden der 18. Dynastie* comenzadas por K. SETHE y terminadas por W. HELCK (*Urk.* IV, los primeros cuatro volúmenes con los fascículos 1-16 de nuevo encontrables en reedición de 1961) y los fascículos de la *Bibliotheca Aegyptiaca* que edita la Fundación Egiptológica Reina Isabel de Bruselas.

c) El *neoegipcio* y el *demótico* (siglos XIV a.e. a III d.e.) pueden considerarse en determinados aspectos la lengua hablada del Reino Medio, elevada por Ajenatón hacia el 1350 a.e. a rango de lengua escrita, expresada con caracteres demóticos desde la Dinastía XXVI (§ 10) y empleada bajo esta forma hasta el final de la cultura egipcia antigua. Actualmente ya está superada la antigua separación de dos niveles lingüísticos. Las diferencias más llamativas con el egipcio medio son el uso determinado e indeterminado del artículo, la formación generalizada de los tiempos con ayuda de los auxiliares, la modificación de la señalización de los posesivos y las perífrasis para los números ordinales, la recuperación del uso de los participios, la reutilización de la alef prostética (como en el antiguo egipcio) y las nuevas formas de la negación.

F. JUNGE, *Einführung in die Grammatik des Neuägyptischen* (Wiesbaden, 1996), ofrece ahora una base nueva para el estudio de este nivel de la lengua; véase también F. NEVEU, *La langue des Ramsès, grammaire du néo-égyptien* (Paris, 1996). La *Neuägyptische Grammatik* de A. ERMAN, [2]1933, aunque superada en muchos aspectos, actualmente es insustituible; J. ČERNÝ y S. I. GROLL, *A Late Egyptian Grammar* (Roma, 1975, [4]1993), no tratan los textos literarios.

Sobre el neoegipcio antiguo, F. BEHNK, *Grammatik der Texte aus El Amarna* (Paris, 1930), sobre el demótico, F. LEXA, *Grammaire démotique* (Praga, 1949); P. DU BOURGUET, *Grammaire fonctionelle et progressive de l'Égyptien démotique* (Louvaine, 1976); E. BRESCIANI, *Nozioni elementari di grammatica demotica* (Milano, 1978); véase también § 10.

Un resumen bibliográfico se halla en A. FARID, *Fünf demotische Sten, en aus Berlin, Chicago, Durham, London und Oxford mit zwei demotischen Türinschriften aus Paris und einer Bibliographie der demotischen Inschriften* (Berlin, 1995).

Las interpretaciones particulares más importantes: K. SETHE, «Das Verhältnis zwischen Demotisch und Koptisch», *ZDMG* 79, 1925, pp. 290-316; F. HINTZE, *Untersuchungen zu Stil und Sprache neuägyptischer Erzählungen*, 2 vols. (1950 y

1952); P. J. FRANDSEN, *An Outline of the Late Egyptian Verbal System* (Copenhagen, 1974); B. KROEBER, *Die Neuägyptizismen vor der Amarnazeit* (1970); H. SATZINGER, *Neuägypische Studien* (1976), sobre el sistema temporal; J. H. JOHNSON, *The Demotic Verbal System*, Chicago, 1976 (*SAOC* 38); J. WINAND, *Études de néo-égyptien, I: La morphologie verbale* (Liège, 1992).

Colecciones de textos en la *Bibliotheca Aegyptiaca* (véase § 15b) y W. ERICHSEN, *Demotische Lesestücke*, 2 vols. (1937 y 1940).

d) El *copto* es, a continuación del neoegipcio, la lengua hablada de la época tardía. En su forma escrita, con caracteres griegos y siete caracteres demóticos suplementarios, desplaza, durante los siglos III y IV de nuestra era, con el triunfo del cristianismo, la lengua escrita demótica y permanece viva hasta el siglo XVIII, incluso después de la dominación árabe, como la lengua del Egipto cristiano. De modo diferente a los estadios primitivos, el copto no constituye una lengua unitaria, sino que está dividida en múltiples dialectos, entre los cuales el sahídico y el bohaírico han alcanzado el mayor grado de difusión y de estandarización de la lengua. La abundancia de términos griegos, propios e importados, marca una fuerte diferencia, junto a la escritura y a la ortografía, con el neoegipcio-demótico, mientras que en la gramática continúan las antiguas tendencias que, entre otras, culminan en un expresivo sistema verbal de veintidós tiempos.

Pioneras fueron las gramáticas de L. STERN (1880) y G. STEINDORFF (1894). Junto a las nuevas gramáticas de W. TILL, *Koptische Grammatik (Saïdischer Dialekt)* (1955, [4]1970); ídem, *Koptische Dialektgrammatik* ([2]1961); J. VERGOTE, *Grammaire copte* (Louvaine, 1973), cabe citar, sobre todo, como introducción T. O. LAMBDIN, *Introduction to Sahidic Coptic* (Macon, 1983). Fundamental para los tiempos verbales H. J. POLOTSKY, *Études de syntaxe copte* (Le Caire, 1944). Abundante información sobre lingüística copta se encuentra en el volumen VIII de la *Coptic Encyclopedia* (New York, 1991).

§ 16. LEXICOGRAFÍA

En 1841 se publicó un primer diccionario de la lengua egipcia de modo totalmente incompleto en edición de J. F. Champollion (*Dictionnaire égyptien en écriture hiéroglyphique*); los intentos provisionales llegan en este sentido hasta 1830 (Th. Young, *Rudiments of an Egyptian Dictionary*). En 1867-1882 H. Brugsch elaboró el diccionario jeroglífico-demótico de siete volúmenes, durante mucho tiempo fundamental, que rápidamente se quedó anticuado por la afluencia de los nuevos textos descubiertos y por los rápidos progresos de la filología egipcia. En 1897 una comisión creada por la Academia alemana comenzó con los preparativos de un nuevo diccionario general, inspirado en el *Thesaurus Linguae Latinae*, y casi todos los egiptólogos de prestigio, tanto alema-

nes como extranjeros, pudieron colaborar. Los impulsores de esta empresa eran A. Erman, que durante los preparativos expuso múltiples tratados «sobre la investigación lexicológica egipcia» (1907 ss.), y su colaborador H. Grapow. En 1926-1931 aparecieron los cinco volúmenes autografiados de la obra, seguidos de unos apéndices publicados separadamente, así como de un volumen de índices (vol. 6, 1950) y un diccionario retrospectivo (vol. 7, 1963). La última edición de la obra apareció en 1992.

Para el berlinés *Wörterbuch der aegyptischen Sprache* se confeccionaron fichas de todo el material textual conocido hacia 1920 del Reino Antiguo hasta los templos ptolemaicos (¡pero sin los textos demóticos!), un total de casi un millón y medio de fichas. Dado que la confección de fichas no ha sido continuada, ni se han reunido nuevas palabras ni se ha establecido una determinación sistemática mejorada de las palabras conocidas, esta obra monumental ha quedado anticuada. La idea de crear nuevos diccionarios especializados como continuación de él solo ha sido realizado con los textos médicos. La afluencia de nuevo material y el progreso constante de la determinación de los significados y los parentescos de las palabras hacen que actualmente ni una de las 2 786 páginas del diccionario de Berlín pueda conservarse sin modificar, de manera que la necesidad de un nuevo diccionario se hace cada vez más urgente, aunque los planes proyectados aún están muy alejados de su realización. Como solución provisional, D. MEEKS ha proporcionado un *Année lexicographique*, del que, sin embargo, solo han aparecido tres números (período 1977-1979, Paris, 1980-1982). Las herramientas bibliográficas auxiliares citadas en § 5 solo pueden considerarse una aportación al léxico fragmentariamente, de manera que continúa existiendo la obligación de hacer una recopilación léxica.

En vez del viejo diccionario manual de ERMAN y GRAPOW, el principiante dispone ahora de un diccionario manual moderno y seguro que contiene el léxico usual de los textos del egipcio medio (alrededor de 5 400 palabras) y que, con su bibliografía (muy incompleta) sobre las palabras, así como con sus mejoras hechas frente al diccionario berlinés, es de gran utilidad para el estudioso avanzado: R. O. FAULKNER, *A Concise Dictionary of Middle Egyptian* (Oxford, 1962), reeditado en 1988, además de R. HANNIG, *Großes Handwörterbuch Ägyptisch-Deutsch*, (Mainz, 1995). Para el léxico neoegipcio, L. H. LESKO, *A Dictionary of Late Egyptian*, 5 vols. (Berkeley, 1982-1990); para los textos demóticos, W. ERICHSEN, *Demotisches Glossar* (Copenhagen, 1954); para el copto, W. E. CRUM, *A Coptic Dictionary* (Oxford, 1939); W. WESTENDORF, *Koptisches Handwörterbuch* (1965-1977); J. ČERNÝ, *Coptic Etymological Dictionary* (Cambridge, 1976); W. VYCICHL, *Dictionnaire étymologique de la langue copte* (Louvaine, 1983). El léxico de los textos médicos se encuentra en H. v. DEINES y W. WESTENDORF, *Wörterbuch der medizinischen Texte*, 2 vols. (1961), y H. v. DEINES y H. GRAPOW, *Wörterbuch der ägyptischen Drogennamen* (1959).

El léxico de los textos literarios ha sido investigado por W. WESTENDORF (en H. GRAPOW, *Der stilistische Bau der Geschichte des Sinuhe*, 1952, pp. 122-124) en el caso del relato de Sinuhé: en este largo texto se emplean 727 palabras, de las cuales 395 solo una vez (total del texto: 2 699 palabras); a la cabeza se hallan, además de las preposiciones, los verbos «dar» y «hacer». Otras valoraciones estadísticas han sido proporcionadas por W. BARTA para el *Diálogo de un hombre cansado de la vida* (*MÄS* 18, 1969, pp. 122-125) y para los libros del Más Allá (*Komparative Untersuchungen zu vier Unterweltsbüchern*, 1990, pp. 104 ss.), y por F. HINT-

ZE para la de Estela Pianj (*ZÄS* 102, 1975, pp. 100-122, con las reflexiones principales). Investigaciones sobre barbarismos o préstamos en egipcio de carácter general solo existen para palabras de origen semítico, que desempeñan un importante papel en el neoegipcio; véanse, además de los trabajos citados en § 13 sobre el léxico comparado, la ordenación de préstamos y barbarismos semíticos y «asiáticos» en general por W. HELCK, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien* ([2]1971), pp. 505-575. Recientemente, los textos ugaríticos han abierto nuevas posibilidades en la identificación de préstamos, por ejemplo en el ámbito del lenguaje técnico militar.

§ 17. VOCALIZACIÓN

Las vocales del egipcio solo se conservan en el copto (§ 15d), esto es, en el estadio más reciente de esta lengua. Para la etapa más antigua, las transcripciones de los nombres y palabras egipcias de los textos en griego, acadio e hitita dan indicaciones sobre la vocalización, aunque no se remontan más allá del Reino Nuevo (1551-1070). Actualmente parece seguro que en neoegipcio existían las vocales *a*, *e*, *i* y *u*, y que una parte de las vocales largas habrían transformado su calidad entre el 1200 y el 800 a.e.: la *ā* se habría convertido en ō, la *ū* en *ē*, mientras que la *ī* y la *ē* no se habrían alterado. G. Fecht ha conseguido recientemente determinar unas vocalizaciones bien fundadas para la serie completa de nombres y títulos del Reino Nuevo, en especial de la época amarniense, que sin duda han hecho avanzar nuestras pronunciaciones artístico-convencionales de las palabras egipcias. Un ejemplo: la pronunciación «Nofretete» es imposible, pues en el Reino Nuevo no existía la *o*; «Nefertiti» sería una convención correcta; «Naftēta» (Fecht y con anterioridad Edel, *JNES* 7, 1948, p. 14) se aproxima lo más posible a la pronunciación contemporánea. El empleo de un sistema mixto de pronunciación a la vez correcto y convencional es muy cuestionable, teniendo en cuenta el pequeño número relativamente seguro de vocalizaciones, puesto que la calidad exacta de las vocales cuneiformes conservadas sigue sin ser definitiva.

K. SETHE, «Die Vokalisation des Aegyptischen», *ZDMG* 77, 1923, pp. 145-207; E. EDEL, «Zur Vokalisation des Neuägyptischen», *MIO* 2, 1954, pp. 30-43; G. FECHT, *Wortakzent und Silbenstruktur*, 1960 (*ÄgFo* 21); ídem, *ZÄS* 85, 1960, pp. 84-91 (nombres amarnianos); OSING, *Nominalbildung* (§ 14), pp. 10-30; E. EDEL, *Neue Deutungen keilschriftlicher Umschreibungen ägyptischer Wörter* (*SBÖAW* 1980); W. VYCICHL, *La vocalisation de la langue égyptienne* (Le Caire, 1990).

§ 18. MÉTRICA

G. Fecht ha elaborado las reglas esenciales de la métrica egipcia tras investigar los acentos de las palabras (sobre la última o la penúltima síla-

ba) y la acentuación de las frases (expiratorias). Esta métrica se caracteriza por ser de tipo acentual: el número de sílabas tónicas, no el número de sílabas, determina el «verso», el cual, por lo general, contiene dos, tres o, en menor medida, cuatro sílabas tónicas. Es sorprendente comprobar que casi todos los textos egipcios incluso las cartas y las titulaturas, están métricamente conformados. Para el egipcio, la formulación lingüística significaba un discurso determinado y cohesionado métricamente. Sin embargo, exteriormente, la construcción métrica solo se hace visible en unos pocos textos mediante «cesuras» (escritura estocástica). Las reglas válidas se transformaron una sola vez, entre los Reinos Antiguo y Medio, mediante una aceleración puntual del acento expiratorio. El análisis métrico de los textos egipcios se ha consolidado solo recientemente; ahora bien, las futuras traducciones, aun renunciando a la articulación métrica, deberán tener en cuenta como mínimo el significado de la estructura en verso al establecer los significados.

G. FECHT, *Literarische Zeugnisse zur «Persönlichen Frömmigkeit» in Ägypten*, 1965 (*Abhandlungen der Heidelberger Akadademie der Wissenschaften* 1), con una lista de las reglas en pp. 28-38; extensamente, ídem, en *HO* ²I, 2 (1970), cap. 19, y en *LÄ*, art. «Prosodie»; sobre esta problemática, G. BURKARD, *SAK* 10, 1983, pp. 79-118. Fecht ha resumido recientemente su punto de vista en J. C. DE MOOR y W. G. E. WATSON, *Verse in Ancient Near Eastern Prose*, 1993, pp. 69-94 («The Structural Principle of Ancient Egyptian Elevated Language»).

III

LA LITERATURA Y LA MÚSICA

§ 19. GENERALIDADES. ANTOLOGÍAS

La delimitación, el análisis y la historia de la «literatura» egipcia aún están en sus inicios. Hasta ahora ha bastado con designar como «literarias» ciertas antologías de obras egipcias. G. Maspero realizó en 1882 una primera colección de traducciones de obras literarias egipcias que ha conservado su carácter de indispensable en el ámbito lingüístico francés hasta la antología de G. Lefebvre (1949), más breve pero mejor fundada. En el ámbito lingüístico alemán la antología de A. Erman (1923) no ha sido aún superada en amplitud, si bien se precisa urgentemente una nueva selección de textos y traducciones más modernas de la literatura egipcia. Aunque estas tres antologías se limitan a las obras literarias, las colecciones de Breasted y Pritchard van más allá de este ámbito, incluyendo textos de todo tipo, en la medida en que sean significativos para la historia egipcia o para el Antiguo Testamento y su ámbito. Si, como parece, en los textos egipcios se encuentra casi solo una lengua métricamente conformada, (§ 18), no deberíamos servirnos de un concepto de «literatura» demasiado estrecho, sino que, junto a las obras teológicas, políticas y científicas, convendría incluir también cartas y biografías. La denominación egipcia de «escritos» o «escritos de los antepasados», perfectamente comparable con nuestro concepto de literatura, parece ser aplicable a todas las manifestaciones escritas actuales de los «antepasados», incluso a sus actos y listas; ciertamente, las cuestiones propiamente terminológicas aún no han sido suficientemente investigadas.

Lo borroso de los términos literarios, la amalgama de historia político-cultural e historia literaria, la construcción de «autores» y la consideración inapropiada de su «desarrollo» han impedido llevar a buen término un primer ensayo de hacer una historia de la literatura egipcia

(M. Pieper, 1927). También los intentos recientes se enfrentan con enormes dificultades: la conservación desigual de las obras literarias de las diferentes épocas, la insuficiencia de muchos términos empleados por la ciencia de la literatura aplicados al material egipcio (¡por ejemplo en el caso de *Sinuhé*) y la ausencia de trabajos previos en este amplio campo. Que, sin embargo, el riesgo merece la pena queda demostrado en la nueva exposición de H. Brunner (1966), quien de forma escueta ha caracterizado las épocas principales y, sobre todo, ha investigado intensamente el Reino Medio como época «clásica» de la literatura egipcia, desarrollando una plétora de géneros y conduciendo el estilo lingüístico a su realización. En el futuro se hará necesario ante todo caracterizar más finamente el rápido desarrollo que tuvo lugar entre las Dinastías XII y XVIII y en la época tardía. Convendrá además determinar y delimitar las diferentes formas de expresión de la literatura egipcia y fomentar paulatina, que no definitivamente, nuestro conocimiento y nuestra comprensión de los textos. Sobre todo G. Posener, en sus *Recherches littéraires*, ha mostrado de modo impresionante, en el caso de la literatura narrativa y didáctica, cómo el trabajo paciente con los fragmentos dispersos puede conducir a actualizar verdaderos tesoros literarios.

Antologías: G. MASPERO, *Les contes populaires de l'Égypte ancienne* (Paris, 1882, [4]1911); A. ERMAN, *Die Literatur der Aegypter* (1923); G. LEFEBVRE, *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique* (Paris, 1949); E. BRESCIANI, *Letteratura e poesia dell'antico Egitto* (Torino, 1969); W. K. SIMPSON, *The Literature of Ancient Egypt* (New Haven, London, 1972); M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian Literature*, 3 vols. (Berkeley-Los Angeles-London, 1973-1980); C. LALOUETTE, *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Égypte*, 2 vols. (Paris, 1984-1987); E. HORNUNG, *Gesänge vom Nil. Dichtung am Hofe der Pharaonen* (1990); J. L. FOSTER, *Echoes of Egyptian Voices. An Anthology of Ancient Egyptian Poetry* (London, 1992). En ámbitos más generales, J. H. BREASTED, *Ancient Records of Egypt*, 5 vols. (Chicago, 1906-1907), reimpresión de 1962, y J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* (Princeton, 1950, [3]1969), cuya parte egipcia está escrita por J. A. WILSON.

Sinopsis general en *Kindlers Literatur Lexikon* I, 1965, pp. 163-217 y más completa en el *HO* I, sección 2 (1952, [2]1970); además, en el sector de la historia de la cultura por W. Wolf (§ 69). Una exposición resumida es proporcionada actualmente por el volumen de A. LOPRIENO (ed.), *Ancient Egyptian Literature. History and Forms* (Leiden, 1996).

Historia: M. PIEPER, «Die aegyptische Literatur», en *Handbuch der Literaturwissenschaft* (1927); además, A. HERMANN, *ZDMG* 83, 1929, pp. 44-66; véase DONADONI, *Storia della letteratura egiziana antica* (Milano, 1957, [2]1968); H. BRUNNER, *Grundzüge einer Geschichte der altägyptischen Literatur* (1966, [4]1986).

Estudios especiales (además de los citados en §§ 20 ss.) y material nuevo: B. VAN DE WALLE, *La transmission des textes littéraires égyptiens* (Bruxelles, 1948); G. POSENER, «Recherches littéraires», *RdE* 6, 1951, pp. 27-48 y volúmenes posteriores; R. CAMINOS, *Literary Fragments in the Hieratic Script* (Oxford, 1956); S. HERRMANN, *Zur Überlieferungsgeschichte mittelägyptischer Literaturwerke*, 1957 (con A. HERMANN, *OLZ* 54, 1959, pp. 252-263).

El ámbito de la literatura egipcia se refleja en una plétora de títulos de libros, de los que H. Brugsch ha reunido en torno a 200 (*Die Aegyptologie*, p. 154); para una nueva recopilación, véase S. Schott (ed. E. Schott), *Bücher und Bibliotheken im alten Ägypten* (1990).

§ 20. GÉNEROS EGIPCIOS ESPECIALES: LAS ENSEÑANZAS

Entre la enorme cantidad de escritos conservados, ya los egipcios destacaron dos amplios géneros literarios con una indicación especial: las «enseñanzas» y los libros de ultratumba. Las enseñanzas (conocidas modernamente como enseñanzas sobre la sabiduría y sobre la vida) se atribuyen a autores ficticios o reales y se distinguen por ello del carácter anónimo general de las demás obras de la literatura egipcia (¡como de todo el arte egipcio!). Un alto funcionario —posteriormente también un bajo funcionario— expone a su discípulo (su «hijo», véase § 61) ciertas advertencias acerca de cómo comportarse en determinadas circunstancias ante sus superiores, sus iguales y sus inferiores, o también ante las divinidades. La plenitud de la experiencia vital se «anuda» en sentencias cuyo desarrollo podemos rastrear en algunos casos a lo largo de milenios; una instrucción se sucede a otra, expone una situación claramente esbozada y extrae la consecuencia. En la Dinastía XVIII las enseñanzas de Ani sacan a relucir estas instrucciones mediante un diálogo fluido entre maestro y discípulo, si bien el primero demuestra ya una sabiduría previamente sistematizada, y no una sabiduría abiertamente pragmática. Desde una posición religiosa, aun cuando siempre se trata de una realización de la *Maat* (§ 60), la larga historia de las «enseñanzas» egipcias presenta unos cambios bien claros, si bien la historia estilística está aún por investigar.

La enseñanza más antigua, no conservada, se atribuye a Imhotep, el alto funcionario del rey Dyoser (hacia 2600 a.e.), y la más reciente, el *Libro demótico de la sabiduría* del Papiro Insinger, procede de la época ptolemaica tardía. Dos de las enseñanzas se ponen en boca de un rey muerto (Áctoes III, es decir, Amenemhat I) y adoptan de este modo una forma intermedia entre la literatura sapiencial y la literatura «política» que aparece bajo muchas formas (§ 23). Como autor de gran éxito hallamos a un funcionario llamado Jeti, que vivió en la corte del rey Sesostris I (1971-1926 a.e.) y que, al margen de la más reciente de las dos enseñanzas políticas, escribió la famosa *Sátira de los oficios* y acaso el *Himno al Nilo*; sus enseñanzas satíricas en honor de los escribas (y por tanto de los funcionarios) fueron constantemente leídas y copiadas en el Reino Nuevo, de ahí que nos hayan llegado unos cien *óstraca* y papiros. Todas las enseñanzas mayores se encuentran en las mejores ediciones, aunque se siguen investigando numerosas cues-

tiones particulares de la literatura sapiencial; existe una exposición reciente de conjunto realizada por H. Brunner.

En general: H. BRUNNER, *Altägyptische Weisheit. Lehren für das Leben* (1988) (reedición de 1991 con el título de *Die Weisheitsbücher der Ägypter*; introducción y traducción de todas las enseñanzas conocidas); obra colectiva *Les sagesses du Proche-Orient ancien* (Paris, 1963), ¡con amplia bibliografía de J. LECLANT, pp. 18-26!; E. HORNUNG y O. KEEL (eds.), *Studien zu altägyptischen Lebenslehren*, 1979 (*OBO* 28); además, las sinopsis citadas en § 19.

Ediciones de las diferentes enseñanzas y las investigaciones especiales más importantes se encuentran en la obra citada de H. BRUNNER. Reciente reelaboración de la doctrina de Merikare expuesta por J. F. QUACK, *Studien zur Lehre für Merikare* (1992).

Investigaciones recientes sobre la difusión de las enseñanzas egipcias: G. E. BRYCE, *A Legacy of Wisdom. The Egyptian Contribution to the Wisdom of Israel* (Lewisburg, London, 1979); M. LICHTHEIM, *Late Egyptian Wisdom Literature in the International Context*, 1983 (*OBO* 52); N. SHUPAK, *Where can Wisdom be found?*, 1993 (*OBO* 130) (comparación del lenguaje en Egipto y en el Antiguo Testamento).

Sobre la supervivencia de determinadas sentencias en el suelo egipcio hasta la época coptorromana, H. BRUNNER, «Ptahhotep bei den koptischen Mönchen», *ZÄS* 86, 1961, pp. 145-147, e ídem, «Ein weiteres Djedefhor-Zitat», *MDAIK* 19, 1963, p. 53.

§ 21. LOS LIBROS DE ULTRATUMBA

Si bien se han conservado enseñanzas de todas las épocas de la historia de la literatura egipcia, el género de libros de ultratumba (o «guías del Más Allá») se limita solo al Reino Nuevo, a pesar de que se encuentran relacionados con las imágenes anteriores de los *Textos de los Sarcófagos* del Reino Medio. Estos libros se extienden hasta la época ptolemaica. Aún están en curso las investigaciones sobre la influencia de estos libros sobre la posterior literatura apocalíptica cristiana. El tema es el circuito nocturno por el mundo subterráneo del dios Sol, que desemboca en su rejuvenecimiento y en su renacimiento matutino. Las visiones poéticas de los lugares del Más Allá y de sus habitantes, salvados o condenados, presentan el reino de los muertos con todos sus horrores, así como con todas sus promesas, y se aventuran hasta el abismo de la no existencia. Los libros ilustrados más antiguos mezclan la palabra y la imagen en una unidad indisoluble en que la auténtica caracterización del Más Allá, inefable e irrepresentable, es totalmente imposible. Después de que la egiptología hubiera despreciado los libros de ultratumba tachándolos de abstrusos, Alexandre Piankoff (1897-1966) inauguró una nueva vía para su valoración literaria y religiosa. Todos estos textos existen en ediciones originales, pero de ellos no hay ni traducción, ni elaboración, ni interpretación. La pscicología profunda ha hallado un interés especial por el mundo imaginario de estos libros.

En general, con bibliografía complementaria, E. HORNUNG, *Ägyptische Unterweltsbücher* (1972) (cuarta edición de 1992 con el título *Die Unterweltsbücher der Ägypter*). Del Amduat del Reino Nuevo ha aparecido una edición del texto: E. HORNUNG, *Texte des Amduat*, Genf, 1987-1994 (*AH* 13-15); sobre los papiros de las Dinastías XXI-XXII, F. SADEK, *Contribution à l'étude de l'Amdouat*, 1985 (*OBO* 65); sobre el *Libro de las Puertas*, E. HORNUNG, *Das Buch von den Pforten des Jenseits*, 1979-1984, (*AH* 7-8) y, posteriormente, una investigación de J. ZEIDLER; sobre textos afines de las letanías solares, véase § 24. Sobre los aspectos generales, también W. BARTA, *Die Bedeutung der Jenseitsbücher für den verstorbenen König*, 1985 (*MÄS* 42), e ídem, *Komparative Untersuchungen zu vier Unterweltsbüchern* (1990); sobre la interpretación psicológica, I. CLARUS, *Du stirbst, damit du lebst* (1979), y G. SCHOELLER, *Isis. Auf der Suche nach dem göttlichen Geheimnis* (1991); A. SCHWEIZER, *Seelenführer durch den verborgenen Raum. Das ägyptische Unterweltsbuch Amduat* (1994).

Sobre el resto de la literatura religiosa (*Textos de las Pirámides*, *Textos de los Sarcófagos*, *Libro de los Muertos*), véase § 36.

§ 22. CUENTOS, NARRACIONES MÍTICAS, DRAMA

Que los «cuentos» egipcios apenas pueden considerarse un género propio, lo muestra la manera como están arraigados los libros de ultratumba en la profundidad de la experiencia religiosa. En su antología básica, E. Brunner-Traut distingue entre cuentos, narraciones míticas, bufonadas e historias mágicas y maravillosas. Con los primeros (que en dos casos caen de pleno en el sector de la novela: el *Relato del náufrago* y el Papiro Westcar), tiene lugar una mezcla de sucesos humanos y acciones divinas que confirman el encuentro del hombre con la divinidad. Cuando los que aparecen actuando son únicamente los dioses (*La lista de Isis*, *La lucha de Horus y Set*, mitos oculares, etc.), debemos hablar de narración mítica, revestida aquí con el ropaje popular; en cambio, los mitos propiamente dichos no solo no están nunca fijados en una narración continua, sino que se reflejan en las referencias y reiteraciones rituales (§ 34). A partir de la actualización ritual de un mito se desarrollan representaciones festivas y mistéricas y, con ellas, dramas en cuya puesta en escena colaboran altos funcionarios por orden y delegación del rey. Los fragmentos dramáticos más antiguos (Papiro dramático rameseo, Piedra de Shabaka) se remontan verosímilmente hasta el Reino Antiguo, si bien no se conservan «libretos» completos de ninguna época histórica.

Es significativo que los cuentos, narraciones míticas, dramas y fábulas conservados solo hayan llegado hasta nosotros en *una* versión; su transmisión era oral y solo excepcionalmente se fijaba por escrito. No se ha conservado ningún ejemplar de fábula popular de época faraónica, aunque pueden verse ilustraciones en papiro y numerosas representaciones en ostraca del Reino Nuevo, por ejemplo, la «guerra

entre el gato y los ratones». También se han conservado algunos proverbios egipcios mediante sus citas en las «enseñanzas» (§ 20), o bien casualmente en algunas cartas —por ejemplo, el dicho característico «mejor media vida que una muerte completa» en una de las cartas de Hekanajt (§ 26).

E. BRUNNER-TRAUT, «Altägyptische Märchen», 1963 (en *Die Märchen der Weltliteratur*, décima edición de 1991 con indicación de fuentes y bibliografía); K. SCHÜSSLER, *Märchen und Erzählungen der Alten Ägypter* (1980).

Sobre las fábulas, véase sobre todo E. BRUNNER-TRAUT, «Ägyptische Tiermärchen», *ZÄS* 80, 1955, pp. 12-32, e ídem, *Altägyptische Tiergeschichten und Fabel* (1967, [6]1980).

Sobre el drama: K. SETHE, *Dramatische Texte zu altägyptischen Mysterienspielen*, 1928 (*UGAÄ* 10); É. DRIOTON, *Le théâtre égyptienne* (Le Caire, 1942); ídem, *Pages d'égyptologie* (Le Caire, 1957), pp. 217-362; intento de actualización en H. W. FAIRMAN, *The Triumph of Horus. An Ancient Egyptian Sacred Drama* (London, 1974).

El conjunto de los proverbios egipcios conservados aún no se han reunido; véase no obstante B. GUNN, «Some Middle Egyptian Proverbs», *JEA* 12, 1926, pp. 282-284; B. H. STRIKKER, «Egyptische spreekwoorden», *OMRO* 50, 1969, pp. 17 ss.; M. LICHTHEIM, «Demotic Proverbs», en *Grammata Demotika, hom. E. Lüddeckens*, 1984, pp. 125-140.

§ 23. BIOGRAFÍA Y LITERATURA POLÍTICA

El texto continuo más antiguo que poseemos de Egipto es la autobiografía de un funcionario (Metjén, hacia o poco después del 2600 a.e.), primer miembro de una serie íntimamente entrelazada de biografías que se extiende hasta el final de la cultura egipcia. Concebidas originariamente no para ser leídas, sino como una especie de breve relato ideal colocada en la tumba, estas biografías se dirigen más tarde directamente a un lector, es decir, al visitante de la tumba. Tanto desde el punto de vista formal como del contenido, así como la fraseología, muestran algunos puntos de contacto con las «enseñanzas» (§ 20) y las dos doctrinas regias conservadas adoptan, como hasta cierto punto también el Gran Papiro Harris (informe del reinado de Rameses III), una posición entre ambos elementos: pedagógicamente, aunque con su variedad de detalles biográficos, describen un «resumen» de las acciones del rey a la vez que informan de un programa político.

Con ello estamos ya en el sector de la literatura *política*, que tiene su inicio en la «literatura de decadencia» (*Umsturzliteratur*) del Primer Período Intermedio (sobre todo las «admonitions»: advertencias y lamentaciones de Ipuur), que halla su florecimiento en el Reino Medio, ensombreciendo la misma literatura narrativa, para perder posteriormente todo su significado. Con ella surgen nuevas formas literarias

como las lamentaciones (el ejemplo más ilustre es el *Campesino elocuente*) y las profecías (por ejemplo, la de *Neferti*). Pero para la discusión y la confirmación final del orden del mundo se sirve también de los géneros tradicionales: las enseñanzas, la biografía e incluso los cuentos. La misma obra literaria más famosa de Egipto, que ya se empleaba como un texto «clásico» en las escuelas del Reino Nuevo, es una muestra de literatura «política»: el relato de *Sinuhé*, descubierto por Chabas en 1863 en el Papiro de Berlín, posteriormente conocido por otros siete papiros y veinticinco *óstraca*. Formalmente, se trata de una obra compleja, en la que se incluyen incluso algunos himnos, difícil de catalogar en ningún género. Podría incluirse en el género autobiográfico, pero este estrecho sector abarca una amplia caracterización épica con reminiscencias hasta de novela picaresca (así A. Hermann). La literatura «política» de Egipto, que trata de la posibilidad y de la problemática del orden terrenal-estatal, no ha producido ninguna obra de propaganda del poder político —¡la misma palabra «propaganda» debería evitarse!—, sino solo, al igual que la Edad Media, una poesía de carácter eminentemente cortesano.

En el Reino Nuevo esta poesía político-cortesana se encuentra en las estelas oficiales de los faraones, en las noticias de sus construcciones y victorias (*Estela poética de Tutmosis III*, poesía de la batalla de Qadesh) y en forma de «novelas regias», en que el rey toma la decisión adecuada frente a la disputa de sus funcionarios. El creciente interés por los sucesos históricos y su singularidad conduce, por una parte, a relatos ricamente detallados de las campañas militares, como los de Camosis, Tutmosis III y Amenofis II; por otra, a un florecimiento de la narración «histórica» que gusta de acompañar a los hechos famosos del pasado en forma de anécdotas (Neferkare y Sisene, la conquista de Jope). El desenlace y, en todo caso, el punto culminante de esta literatura narrativa «histórica» del Reino Nuevo es un documento probablemente ficticio: el relato del mensajero Unamón sobre su viaje a Biblos (hacia el 1080 a.e.), al mismo tiempo una perla del humor egipcio, lleno de un distanciamiento irónico sobre el devenir del tiempo. Las biografías de la época tardía abordan con mayor intensidad que antes los problemas religiosos, su relación con la divinidad; solo unos pocos se preocupan por la actualidad histórico-política, como en el caso, sobre todo, de Udya-Horresnet, un «colaborador» de la época persa (hacia 500 a.e.).

Sobre la literatura política, fundamentalmente G. POSENER, *Littérature et politique dans l'Égypte de la XIIe Dinastie* (Paris, 1956). También R. J. WILLIAMS, «Literature as a Medium of Political Propaganda in Ancient Egypt», en *The Seed of Wisdom* (Hom. Meek, 1964), pp. 14-30.

Biografías sobre Metjén: K. GÖDECKEN, *Eine Betrachtung der Inschriften des Meten*, 1976 (*ÄgAbh* 29). Sobre la *autobiografía*: E. EDEL, «Untersuchungen zur

Phraseologie der ägyptischen Inschriften des Alten Reiches», *MDAIK* 13, 1944; J. JANSSEN, *De traditioneele Egyptische autobiografie vóór het Nieuwe rijk*, 2 vols. (Leiden, 1946) (fraseología; véase a modo complementario CLÈRE, *BiOr* 4, 1947, pp. 1-5 y pp. 135-138); E. OTTO, *Die biografischen Inschriften der ägyptischen Spätzeit*, Leiden, 1954 (*PrÄg* 2); K. JANSEN-WINKELN, *Ägyptische Biographien der 22. und 23. Dinastie*, 1985; M. LICHTHEIM, *Ancient Egyptian Autobiographies Chiefly of the Middle Kingdom*, 1988 (*OBO* 84); J. ASSMANN, *Stein und Zeit* (1991), cap. 7.

Sinuhé: A. H. GARDINER, *Notes on the Story of Sinuhe* (1952; Paris, 1916); H. GRAPOW, *Der stilistische Bau der Geschichte des Sinuhe* (1952); A. HERMANN, «Sinuhe — ein ägyptischer Schelmenroman?», *OLZ* 48, 1953, pp. 101-109; R. KOCH, *Die Erzählung des Sinuhe*, Bruxelles, 1990 (texto). Traducciones en la mayoría de las antologías (§ 19); sobre esto también E. BLUMENTHAL, *Altägyptische Reiseerzählungen* (1982, [2]1984).

Admoniciones: A. H. GARDINER, *The Admonitions of an Egyptian Sage* (Leipzig, 1909) (complementado por A. ERMAN, *SBPAW* 1919, pp. 804-815); J. SPIEGEL, *Soziale und weltanschauliche Reformbewegungen im Alten Ägypten* (1950) (traducción mejorada, pero interpretación conflictiva de los sucesos políticos contemporáneos); R. O. FAULKNER, *JEA* 50, 1964, pp. 24-36 y *JEA* 51, 1965, pp. 53-62 (nueva traducción mejorada); J. VAN SETERS, *JEA* 50, 1964, pp. 13-23 (datación estimada en torno al Segundo Período Intermedio, cuestionado); G. FECHT, *Der Vorwurf an Gott in den «Mahnworten des Ipu-wer»* (1972).

Campesino elocuente (lamentaciones del oasita Junanup): F. VOGELSANG, *Kommentar zu den Klagen des Bauern*, 1913 (*UGAÄ* 6); A. H. GARDINER, «The Eloquent Peasant», *JEA* 9, 1923, pp. 5-25; É. SUYS, *Étude sur le conte du fellah plaideur* (Roma, 1933) (*AnOr* 5); R. B. PARKINSON, *The Tale of the Eloquent Peasant* (Oxford, 1991) (texto).

Profecía de Neferti: W. HELCK, *Die Prophezeiung des Nfr.tj* (1970); E. BLUMENTHAL, *ZÄS* 109, 1982, pp. 1-27.

Novelas regias: A. HERMANN, *Die ägyptische Königsnovelle*, 1938 (*LÄS* 10); ídem, *OLZ* 55, 1960, pp. 252-255 (prolongación en la literatura demótica); S. HERRMANN, «Die Königsnovelle in Ägypten und Israel», *Wiss. Zs. Karl-Marx-Univ. Leipzig, Gesellschafts- und Sprachwiss. Serie 3*, 1953-1954, pp. 51-62.

Unamón: M. A. KOROSTOVTSEV, *Puteschestvie Un-Amuna v Bibl* (Moscú, 1960) (texto); E. EDEL, en K. GALLING, *Textbuch zur Geschichte Israels*, [2]1968, pp. 41-48; H. GOEDICKE, *The Report of Wenamun* (Baltimore-London, 1975); E. BLUMENTHAL, *Reiseerzählungen* (véase en *Sinuhé*).

Textos de Qadesh: Th. VON DER WAY, *Die Textüberlieferung Ramses' II. zur Qadesch-Schlacht*, 1984 (*HÄB* 22).

§ 24. LAS FORMAS LÍRICAS (CANTOS DE AMOR, HIMNOS)

En cuanto a las formas líricas, poseemos de Egipto sobre todo los himnos y las canciones de amor, formalmente relacionadas en parte con las del Reino Nuevo. Junto a estas también se encuentra el género especial de las *Canciones de los arpistas* y, ya en el límite de la literatura, las canciones de los trabajadores y las sentencias mágicas. La prolífica tradición de poesía hímnica egipcia va desde los *Textos de las Pirámides* (§ 36; hacia 2350 a.e.) hasta el templo de Esna de los primeros siglos de la era cristiana y han sido explorados sobre todo por

J. Assmann. El florecimiento más importante tuvo lugar durante el Reino Nuevo, con sus innumerables y artísticos himnos solares (entre otros el *Himno a Atón* de Ajenatón, los *Himnos a Amón* de Leiden). Los temas de estos himnos pueden referirse, además de a los distintos dioses, también al rey, a los objetos y a las ciudades sagradas. Las manifestaciones hímnicas pueden considerarse propiamente literarias siempre que, al igual que en las canciones de amor, se trate de una situación personal o de un estado subjetivo del individuo. Por lo que parece, el mismo egipcio no estableció criterios formales, sino solo funcionales, a la hora de distinguir los himnos de otras formas análogas; los himnos referidos al Más Allá eran indicados como «transfiguraciones», mientras que otros grupos de himnos se calificaban de «exaltaciones» o «canciones matutinas». Como una conjunción especial de repetición y cambio de las invocaciones de los himnos aparece la forma, ineludible sobre todo en el culto, de las letanías, el ciclo de las «letanías solares», que adquirieron su expresión más artística en la Dinastía XVIII.

Himnos: J. ASSMANN, *Ägyptische Hymnen und Gebete* (1975); A. BARUCQ y F. DAUMAS, *Hymnes et prières de l'Égypte Ancienne* (Paris, 1980); J. ASSMANN, *Sonnenhymnen in thebanischen Gräbern* (1983); J. L. FOSTER, *Hymns, Prayers, and Songs. An Anthology of Ancient Egyptian Lyric Poetry* (Atlanta, 1995).

Cantos de amor: S. SCHOTT, *Altägyptische Liebeslieder* (1950); A. HERMANN, *Altägyptische Liebesdichtung*, 1959 (con una sinopsis de las formas líricas egipcias, pp. 66 ss.); J. L. FOSTER, *Love Songs of the New Kingdom* (New York, 1974); M. V. FOX, *The Song of Songs and the Ancient Egyptian Songs* (Madison, 1985); P. VERNUS, *Chants d'amour de l'Égypte antique* (Paris, 1992).

Canciones de los arpistas: M. LICHTHEIM, «The Song of the Harpers», *JNES* 4, 1945, pp. 178-212: E. F. WENTE, «Egyptian "Make Merry" Songs Reconsidered», *JNES* 21, 1962, pp. 118-128 (con H. Brunner, *JNES* 25, 1966, pp. 130 ss.); J. ASSMANN, en *Fragen an die altägyptische Literatur* (1977), pp. 55-84.

Canciones de trabajadores: A. ERMAN, *Reden, Rufe und Lieder in den Grabdarstellungen des Alten Reiches*, 1918 (*APAW* 15); continuación por W. GUGLIELMI, *Reden, Rufe und Lieder auf altägyptischen Darstellungen ... vom Mittl. Reich bis zur Spätzeit* (1973).

Sobre las sentencias mágicas, véanse los trabajos generales referidos en § 37 y A. ERMAN, *Zaubersprüche für Mutter und Kind*, 1901 (*APAW*).

Letanías solares: A. PIANKOFF, *The Litany of Re* (New York, 1964, Bollingen Series XL, 4); E. HORNUNG, *Das Buch der Anbetung des Re im Westen*, 1975-1976 (*AH* 2-3); W. SCHENKEL, *Das Stemma der altägyptischen Sonnenlitanei* (1978).

§ 25. LAS CARTAS

En otros ámbitos de la literatura egipcia deben indicarse las numerosas cartas conservadas, cuyas primeras elaboraciones datan de épocas muy antiguas. En las escuelas de escribas se tomaban de ejemplo «mo-

delos de cartas», ficticias o reales. El remitente y el destinatario siempre estaban indicados; no así la fecha de la carta, que no solía aparecer. Las cartas reales se consideraban «instrucciones» para el destinatario y se han conservado esporádicamente por sus referencias en obras literarias o por su «publicación» en las tumbas de los funcionarios (Pepi II a Herjuf, Sesostris I a Sinuhé, Amenofis II a Usersatet). Los originales de las cartas más antiguas (en papiros) proceden de la época tardía del Reino Antiguo (Dinastías V y VI). Su contenido trata predominantemente de problemas administrativos del funcionariado, pero a veces también de situaciones personales de personas de importancia relativamente menor, como ocurre en el interesante informe del sacerdote funerario y terrateniente Hekanajt (Dinastía XI). Incluso los analfabetos podían aparecer como remitentes, dictando sus cartas o dejando que las enviaran escribas profesionales; también los muertos podían aparecer como destinatarios en las cartas de peticiones y, en las cartas demóticas, incluso las divinidades.

A. M. BAKIR, *Egyptian Epistolography from he 18th to the 21st Dynasty* (The Cairo, 1970); W. HELCK, *Altägyptische Aktenkunde des 3. y 2. Jahrt. v. Chr.*, 1974 (*MÄS* 31); J. CERNÝ, «Late Ramesside Letters», *BiAeg* IX, Bruxelles, 1939; traducción y comentario de E. F. Wente, *Late Ramesside Letters*, 1967 (*SAOC* 33); W. KELCK, «Eine Stele des Vizekönigs *Wśr-St.t*», *JNES* 14, 1955, pp. 22-31 (Amenofis II a su camarada de guerra Usersatet); T. G. H. JAMES, *The Hekanacht Papers* (New York, 1962) (Informe Hekanajt); R. A. CAMINOS, *A Tale of Woe* (Oxford, 1977) («Carta literaria de Moscú»); H.-W. FISCHER-ELFERT, *Die satirische Streitschrift des Papiro Anastasi I*, 1986 (*ÄgAbh* 44); E. F. WENTE, *Letters from Ancient Egypt* (Atlanta, 1990).

Cartas originales más antiguas: G. MÖLLER, *Hieratische Paläographie*, I, Tabla I (Papiro Berlín 11.301); B. GUNN, *ASAE* 25, 1925, pp. 242-255; B. GRDELOFF, *ASAE* 48, 1948, pp. 502-512.

Cartas a los muertos: A. H. GARDINER y K. SETHE, *Egyptian Letters to the Dead*, London, 1928 (Suplementos *JEA* 16, 1930, 19 ss. y 20, 1934, 157 ss.); W. K. SIMPSON, *JEA* 52, 1966, pp. 39-52; G. FECHT, *MDAIK* 24, 1969, pp. 105-128.

Cartas a los dioses: ABD EL-GAWAD MIGAHID, *Demotische Briefe an Götter* (1986).

§ 26. LOS INTERCAMBIOS CON EL EXTERIOR

Durante el Reino Nuevo se encuentran en Egipto algunos motivos procedentes de la literatura del Asia Menor (sobre todo en las narraciones míticas del mar insaciable), sin que llegue a adquirir un significado especial para la literatura egipcia. En cambio, las narraciones demóticas de época ptolemaica y romana están fuertemente influidas por la literatura helenística y reflejan en ella la «cultura sincretística» de esta época. La «novela» demótica *Setna* debe mucho a la tradición local con

motivos centrales como el del concurso de los magos, pero se sirve ella misma de motivos griegos en los relatos sobre el Más Allá, los cuales reaparecen con mayor frecuencia en las narraciones heroicas y en la «saga del rey Petubastis». Característica de esta mezcolanza de dos mundos, que recuerda el intercambio de elementos estilísticos griegos y egipcios en los relieves de la tumba de Petosiris (§ 88), es el título *Egipcios y amazonas* dado por A. Volten a una de estas narraciones. Por otra parte, motivos y formulaciones egipcias hallan cabida en buena medida en la literatura de época helenística y cristiana, sobre todo en las «enseñanzas» (§ 20), en la literatura narrativa y de cuentos (§ 22) y en los *Libros de los Muertos* (§ 21), así como en la literatura «política» (§ 23). El número de paralelismos continúa aumentando, aunque debe comprobarse cuidadosamente en cada caso si de hecho existe una adopción del motivo; siempre conviene tener en cuenta la posibilidad de que aparezcan formas arquetípicas independientes entre sí en distintos ámbitos geográficos.

El mar insaciable: G. POSENER, «La légende de la mer insatiable», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientale et Slaves* 13, 1955, pp. 461-478.

Literatura demótica: F. Ll. GRIFFITH, *Stories of the High Priests of Memphis*, Oxford, 1900 (novela *Setna*); W. SPIEGELBERG, *Der Sagenkreis des Königs Petubastis* (1910); A. VOLTEN, *Ägypter und Amazonen* (1962); E. BRESCIANI, *Der Kampf um den Panzer des Inaros* (1964).

Sobre la «fuerza de irradiación» de la literatura egipcia, entre otros: G. LEFEBVRE, «Bata et Ivan», *CdE* 25, 1950, pp. 17-26 (motivos egipcios en Rusia); E. BRUNNER-TRAUT, «Die Geburtslegende der Evangelien im Lichte ägyptologischer Forschungen», *ZRGG* 12, 1960, pp. 97-111; ídem, *Saeculum* 10, 1959, pp. 161 ss. (cuentos de animales y fábulas); E. BLUMENTHAL y S. MORENZ, *ZÄS* 93, 1966, pp. 21-29 (continuación de la «literatura política» egipcia); W. BURKERT, «Von Amenophis II. zur Bogenprobe des Odysseus», *Grazer Beiträge* 1, 1973, pp. 69-78; sobre la literatura sapiencial, véase § 20.

§ 27. LA ESTILÍSTICA

Sobre el arte estilístico de los egipcios existen ya numerosas investigaciones (sobre todo las de H. Grapow). Las más recientes contienen nuevos aspectos de las reglas métricas descubiertas por G. Fecht (§ 18) y deben completarse en esta dirección. Las obras literarias de todos los géneros trabajan con los medios de expresión elementales del *parallelismus membrorum* («a ti se te trillará la cebada, a ti se te segará el trigo»), construcción paralela de dos versos que puede ampliarse con formas de tres o cuatro miembros hasta el infinito y que sirve como base de la tan apreciada «frase recíproca» («tú perteneces a él, él te pertenece a ti»). El ejemplo más bello de paralelismo en la construcción de estrofas son las «poesías» del *Diálogo de un hombre cansado de la vida*

con su alma, cuya versificación de la lengua oral está fuertemente basada en la imagen y en la seriación de estas imágenes. El contenido real que para el egipcio posee la imagen lingüística, como cualquier otra imagen, sobrepasa con mucho la realidad que concedemos a la metáfora. Las imágenes de la lengua pueden, por ejemplo en época amarniense, trastocarse en este tipo de arte figurativo. Las obras egipcias emplean muy poco la rima, algo más la aliteración; prefieren ligar el sonido externo con el significado interno mediante juegos de palabras que, en el caso del mito, sirvan para clarificar el mundo, dando lugar, en uno y en otro sitio, a un trenzado estilístico de relaciones entre cosas y pensamientos.

Sinopsis con la literatura más antigua: W. GUGLIELMI, en *LÄ*, art. «Métodos estilísticos» («Stilmittel»).

Frases recíprocas: W. WESTENDORF, «Der Rezitationsvermerk *ts-pḫr*», *Ägyptologische Studien für H. Grapow* (1955), pp. 383-402.

Rima: K. SETHE, «Ein altägyptischer Fingerzählreim», *ZÄS* 54, 1918, pp. 16-39, y, finalmente, G. FECHT, *ZÄS* 91, 1964, p. 25.

Juegos de palabras: C. E. SANDER-HANSEN, «Die phonetischen Wortspiele des ältesten Ägyptischen», *AcOr* 20, 1948, pp. 1-22; véase MORENZ, «Wortspiele in Ägypten», *hom. J. Jahn* (1957), pp. 23-32; J. ASSMANN, *Ägypten* (1984), pp. 102-135.

§ 28. LA MÚSICA

En la recitación de las múltiples obras literarias egipcias, en especial himnos, letanías y canciones, se empleaba el canto y el acompañamiento musical (sobre todo con arpas, liras y flautas). Comoquiera que el egipcio tenía la misma palabra para «recitar» y «cantar», se hace con frecuencia difícil o casi imposible, indicar el acompañamiento musical, asegurado, no obstante, en el terreno del culto y de la fiesta. El músico egipcio tenía a su disposición un amplio repertorio de instrumentos, cuyos originales se han conservado gracias a la benignidad del clima y, en buena medida, al empleo de aditamentos en los sepulcros. En los últimos decenios Curt Sachs y Hans Hickmann han podido reconstruir la música antigua egipcia hasta un grado sorprendente, publicando e interpretando con estos instrumentos de los museos de Berlín y El Cairo. A la música vocal e instrumental pertenecen los queronomos, que, con sus indicaciones manuales, guían la melodía. Se han encontrado incluso piezas polifónicas. Los templos mayores poseían sus propios coros musicales, a los que pertenecían las mujeres de los funcionarios más nobles. En la corte del rey siempre había músicos profesionales en atenta disposición, de modo que la historia de la música egipcia también puede dar espacio a la personalidad del artista individual en mucha mayor medida que la historia del arte figurativo.

El material ha sido reunido sobre todo por H. HICKMANN en numerosos artículos y monografías; resúmenes de palabras clave se encuentran en sus colaboraciones al diccionario *La música en la historia y en el presente* y al *Kleines Wörterbuch der Ägyptologie* (1956) de HELCK-OTTO. Más recientemente HICKMANN ha publicado varias sinopsis, por ejemplo: *Musicologie Pharaonique* (Kehl, 1956); *Musikgeschichte in Bildern*, II 1 (1961). Además, L. MANNICHE, *Music and Musicians in Ancient Egypt* (London, 1991) (sinopsis).

Selección de estudios más importantes: C. SACHS, *Die Musikinstrumente des alten Ägyptens* (1921) (colección berlinesa); H. HICKMANN, *Instruments de musique*, Le Caire, 1949 (en el Catálogo General del Museo de El Cairo); ídem, «La trompette dans l'Égypte ancienne», *BIE* 36, 1955, pp. 583-618; ídem, *Le métier de musicien au temps des Pharaons* (Le Caire, ^{2}1954); L. MANNICHE, *Ancient Egyptian Musical Instruments*, 1975 (*MÄS* 34); ídem, *Musical Instruments from the Tomb of Tut'ankhamun* (Oxford, 1976); R. D. ANDERSON, *Musical Instruments* (London, 1976) (Museo Británico); Ch. ZIEGLER, *Catalogue des instruments de musique égyptiens* (Paris, 1979) (Louvre).

§ 29. LA DANZA

Las ricas representaciones de danzas egipcias han sido reunidas e interpretadas por I. Lexová y H. Brunner-Traut. Al mismo tiempo, H. Hickmann ha investigado la relación de la danza con el acompañamiento musical, habiendo logrado reconstruir algunas danzas. Es evidente que la danza debe ser comprendida en su profundidad religiosa como representación propia y como respuesta humana a la presencia de una divinidad —el retorno matinal del dios Sol da pie a toda una creación de danzas; también se realizan danzas ante la tumba misma del muerto—. Los danzantes, solos o en grupo, suelen ser mujeres, rara vez hombres; determinadas danzas cultuales tenían lugar también para el rey, pero se realizaban solo en época romana. Los movimientos de las danzas varían, en todas las épocas, desde pequeños pasos hasta acrobacias, pasando por atrevidos saltos y piruetas.

I. LEXOVÁ, *Ancient Egyptian Dances* (Prague, 1935); E. BRUNNER-TRAUT, *Der Tanz im alten Ägypten*, 1938 (*ÄgFo* 6); H. HICKMANN, «La danse aux miroirs», *BIE*, 37, 1956, pp. 151-190 (reconstrucción); H. WILD en el volumen *Sources orientales* VI (Las danzas sagradas), Paris 1963, pp. 33-117. Una sinopsis fundamental y bien documentada de las danzas egipcias desde la Antigüedad hasta el Reino Nuevo en J. VANDIER, *Manuel* (§ 84), vol. IV, pp. 391-486.

Danzas cultuales especiales: H. KEES, *Der Opfertanz des ägyptischen Königs* (1912) (suplementos *ZÄS* 52, 1915, pp. 61-72 y *NAWG* 1938, pp. 21-30); H. JUNKER, *MDAIK*, 9, 1940, pp. 1-39 (la danza Muu en la tumba); O. KEEL, *Die Weisheit spielt vor Gott* (1974), pp. 38 ss. (danzas acrobáticas).

IV
EL MUNDO RELIGIOSO

§ 30. GENERALIDADES

En todos los ámbitos de la egiptología, la comprensión de la religión egipcia es tan básica como el conocimiento de la lengua. La propia economía, el derecho y la ciencia no pueden entenderse en Egipto sin tener en cuenta su entrelazamiento con la esfera del pensamiento religioso; la arqueología misma se enfrenta constantemente con formas procedentes de esta esfera del pensamiento. Frente a este hecho, de enormes consecuencias, la religión solo ha sido insuficientemente estudiada. Desde H. Brugsch, *Religion und Mythologie der alten Ägypter* (1888), pasando por A. Erman, *Die Religion der Ägypter* (1905, [3]1934), hasta S. Morenz, *Ägyptische Religion* (1960), la presentación global de la religión egipcia ha seguido sin duda una línea ascendente, que se corresponde cada vez más con la autonomía de los fenómenos religiosos y se acerca paulatinamente a las principales fuentes puras. Sin embargo, en materia de religión egipcia, aún estamos muy lejos de llegar a una exposición sólida como la que Erman realizó para la lengua y Schäfer para el arte. Ello se debe a que el importante y abundante conjunto de fuentes, como los textos funerarios, los *Libros de los Muertos* y las inscripciones de los templos, apenas han sido objeto de una interpretación global e investigación individual; una consideración más atenta de ellas transformará con toda seguridad nuestra imagen actual de la religión egipcia.

Frente a cada una de las tres exposiciones llamadas «clásicas» de las creencias egipcias se ha alzado el justo reproche de haber seguido solo las «líneas generales», evitando profundizar en la magia y en las creencias populares. En el terreno de la religión es fácil correr el riesgo de buscar en el pasado una confirmación de las propias intuiciones, filtrando de este modo el material proporcionado por las fuentes. No

obstante, nada más ocioso que pedir imparcialidad y ausencia de presupuestos; el mismo Erman, calificado hoy en día como detentor de una valoración positivista equivocada del pensamiento egipcio, se veía a sí mismo como un «observador imparcial» de los fenómenos religiosos; nadie renunciará de buen grado a esta ficción. Aún somos hijos de nuestro tiempo cuando concedemos valor a lo extraño y a lo inusual, provocando y forzando nuestro pensamiento a seguir nuevas vías. Para evitar inútiles fantasías eruditas, esas deberían transcurrir dentro de los límites marcados por las fuentes originales; en este sentido, la investigación sobre la religión egipcia se halla en relación de dependencia con la filología y la arqueología. Así, desde las épocas más jóvenes, la iconografía religiosa ha adquirido una importancia creciente, puesto que ella puede proporcionar indicaciones valiosas a los textos de manera complementaria.

Dos son los aspectos que amenazan la comprensión de la religión egipcia en todas las épocas (¡ya desde la Antigüedad!): por un lado, el ensayo constante de comprimir sus fenómenos en un esquema fijo, en un *sistema* (como Brugsch); por otro, la *valoración* de estos fenómenos desde otra consideración religiosa (como Erman). El primer peligro lo evitó Henri Frankfort; desde que él puso de manifiesto, con sus conceptos de «multiplicidad de aproximaciones» (*multiplicity of approaches*) y de «multiplicidad de respuestas» consiguiente, el carácter complejo de la religión egipcia, se han visto condenados al fracaso todos los intentos nuevos de esquematización. Sus razones deben tener cuando los investigadores franceses hablan en plural de las «religiones» egipcias, según la idea de G. Jécquier, aunque el mismo Jécquier corre el riesgo de incurrir de nuevo en una esquematización con esta subdivisión.

Una de las lagunas más lamentables de la egiptología es la ausencia de una historia fiable de la religión egipcia. Solo esta podría proporcionar un criterio seguro para valorar la religión egipcia y sus fenómenos. Aunque ya Maspero y sus seguidores insistieron en diferenciar claramente entre lo histórico y lo geográfico en la confusa multiplicidad de los fenómenos religiosos, la *historia* de la religión en la egiptología se ha realizado o demasiado poco o demasiado sumariamente. Como en la literatura egipcia (§ 19), la cuestión histórica tiene que enfrentarse con la desigual situación de las fuentes y con la ausencia de trabajos previos. Sin embargo, al investigar las cuestiones religiosas, no debería descuidarse este hecho, de modo que los esbozos sean progresivamente más claros conforme se vaya avanzando en los resultados concretos y en la exposición de las distintas épocas de la religión. Un paso adelante importante en esta dirección es ahora K. Koch, *Geschichte der ägyptischen Religion* (Stuttgart, 1993), de orientación aún eminentemente fenomenológica para la época más antigua.

De las exposiciones generales puede decirse que la mejor la introducción a la esencia y a los fenómenos de la religión egipcia es la de S. MORENZ, *Ägyptische Religion, 1960 (Die Religionen der Menschheit*, vol. 8, ²1977), completada con el volumen de S. MORENZ *Religion und Geschichte des Alten Ägypten* (1975). Con su extensa bibliografía y su clara exposición del estado alcanzado de la investigación, así como de las controversias aún existentes, sobresale siempre entre todas las demás J. VANDIER, *La religion égyptienne* (Paris, 1944, ²1949, colección «Mana»). Las exposiciones más recientes están siempre influidas por las complejas consideraciones de H. FRANKFORT, *Ancient Egyptian Religion* (New York, 1948; trad. cast. de Francesc Ballesteros *La religión del Antiguo Egipto*, Barcelona, 1998), que ha supuesto un gran paso adelante en nuestra comprensión. Otro paso adelante lo ofrece ahora J. ASSMANN, *Ägypten. Theologie und Frömmigkeit einer frühen Hochkultur* (1984, ²1991); breve exposición en H. BRUNNER, *Grundzüge der altägyptischen Religion* (1983) y St. QUIRKE, *Ancient Egyptian Religion* (London, 1992). Ineludible para cualquier trabajo por los detalles de este enorme sector es siempre H. BONNET, *Reallexikon der ägyptischen Religionsgeschichte* (1952, ²1971).

Sobre la historia de la ciencia y cuestiones metodológicas, véase K. KOCH, *Das Wesen altägyptologischer Religion im Spiegel ägyptologischer Forschung* (1989).

§ 31. LA IMAGEN DE LA DIVINIDAD, LA CREENCIA EN LOS DIOSES

Ya hacia 1880 la *communis opinio* entre los investigadores de vanguardia de la religión era que la religión egipcia, partiendo de un monoteísmo originario «puro», había ido «degenerando» hacia una pluralidad de formas politeístas. Un examen más profundo de su desarrollo histórico sustrajo pronto a esta opinión de todo fundamento; así, no pudo confirmarse la teoría del «protomonoteísmo» detentada por W. Schmidt aplicada a la egiptología, si bien hubo intentos posteriores por despreciar el politeísmo egipcio, al que consideraban una «fachada» tras la cual se mostraría una «divinidad anónima» monoteísticamente interpretable. Si bien la adoración de una divinidad puede llegar hasta la idolatría, en sentido exclusivista, la multiplicidad de manifestaciones de la divinidad siempre estuvo presente en la conciencia de los egipcios, y solo podría llamarse propiamente «monoteísta» a la creencia de Ajenatón, redescubierto por la ciencia moderna como su fundador originario. Pero quizás sea más fructífero para el futuro hablar aquí de conceptos complementarios de una lógica polivalente en los que el singular «dios» y su plural no se excluyen mutuamente, como lo muestran los textos egipcios.

Para el panteón egipcio disponemos del amplio inventario de H. Kees (1941) y del conjunto de monografías recientes; a ello hay que añadir los densos artículos sobre las divinidades egipcias de las enciclopedias de Bonnet, Pauly/Wisowa y Roscher, así como en *RAC* y en *LÄ*. A lo largo de un siglo y medio, las investigaciones han acumulado un inmenso material sobre la religiosidad egipcia y lo cierto es que

hasta ahora no se ha logrado una exposición de los dioses egipcios esbozada con tanta claridad como la de *Los dioses de Grecia* de W. F. Otto. Estas deficiencias tienen su raíz en la imagen henoteísta que los egipcios tenían de la divinidad; las características esenciales de las diferentes divinidades están entremezcladas, se pueden ampliar y diferenciar, mezclándose total o parcialmente (sincretismo), adquiriendo así un carácter evanescente interminable. Al mismo tiempo, las falsas preguntas atenazan nuestra visión; así ocurre cuando, por ejemplo, queremos «deducir» de ellas la esencia de determinadas divinidades («diosa tierra», «madre tierra»), lugares de culto o simplemente escuelas teológicas politizantes. Ya Brugsch había citado irónicamente las «forjas teológicas egipcias»; hoy sabemos que los sacerdotes egipcios carecían de presupuestos organizativos para llegar a una «política religiosa» propiamente dicha (§ 45). Todavía se siguen los métodos topográfico-cultuales en los trabajos modernos tal como fueron establecidos sobre todo por H. Kees; así, este perfiló esmeradamente el conjunto de cultos locales, aunque demostró mayores limitaciones al caracterizar la esencia de los «grandes» dioses. Las mismas inscripciones antiguas y los nombres propios de personas hacen referencia a un conjunto de divinidades universales que eran adoradas en todo el país y que no pueden explicarse por los meros datos de los cultos locales. Ahora bien, ya el origen de los dioses universales, comprensible solo en el transcurso del Reino Antiguo (Re, Osiris, Amón), no puede determinarse por la situación momentánea de las fuentes; cada siglo aporta sus hipótesis particulares a esta cuestión sin que prospere nuestra comprensión. La naturaleza compleja de las divinidades egipcias solo es explorable a partir de una metodología compleja que preste atención al mayor número de factores posible y que cuestione menos el origen de estas divinidades que su significado para el hombre egipcio.

En época histórica la escala de las hierofanías llega desde la naturaleza inanimada (trueno, cuerda, aguas), pasando por plantas y animales, hasta llegar al hombre. K. Sethe y S. Schott han demostrado que estos últimos eran los más recientes a partir de un proceso de «humanización de las fuerzas» ocurrido al principio de la historia. La típica mezcolanza egipcia de cuerpo humano y cabeza animal aparece ya en época antigua y descansa en el principio de intercambiabilidad entre cabeza y atributo: lo que las divinidades de otros ámbitos culturales situaban como atributo en la mano, el egipcio lo pone en la cabeza o en el lugar de la cabeza; pero él conoce también el principio inverso, el de personificar un objeto inanimado o una cosa animada en la cabeza de un hombre. En estos híbridos el egipcio no disponía de otras representaciones divinas, a diferencia de otras culturas, sino que realizaba un estilo distinto e inusual de expresión; de ahí que la iconografía varíe entre distintas posibilidades en el caso de algunas divinidades (Hathor, Anubis,

Horus). Al mismo tiempo, en todas las épocas se adoptaron en el panteón egipcio nuevas divinidades extranjeras y muertos divinizados.

H. KEES, *Der Götterglaube im alten Ägypten* (1941, [5]1983); E. HORNUNG, *Der Eine und die Vielen. Ägyptische Gottesvorstellungen* (1971, [4]1990), edición inglesa mejorada: *Conceptions of God in Ancient Egypt* (Ithaca, 1982), trad. cast. *El uno y los múltiples. Concepciones de la divinidad en el Egipto antiguo* (Trotta, Madrid, 1999); G. HART, *A Dictionary of Egyptian Gods and Goddesses* (London, 1986); C. TRAUNECKER, *Les dieux de l'Égypte* (Paris, 1992); S. ROSSINI y R. SCHUMANN-ANTELME, *Nétèr - dieux d'Egypte* (Lavaur, 1992); D. MEEKS y Ch. FAVARD-MEEKS, *La vie quotidienne des dieux égyptiens* (Paris, 1993), trad. cast. *La vida cotidiana de los dioses egipcios* (Madrid, 1994).

Divinidades particulares: K. SETHE, *Amun und die acht Urgötter von Hermopolis*, 1929 (*APAW* 4); K. MYSLIWIEC, *Studien zur Gott Atum*, 1978-1979 (*HÄB* 5); A. M. BADAWI, *Der Gott Chnum* (1937); SCH. ALLAM, *Beiträge zum Hathorkult (bis zum Ende des Mittleren Reiches)*, 1963 (*MÄS* 4); C. J. BLEEKER, *Hathor and Toth* (Leiden, 1973); M. MÜNSTER, *Untersuchungen zur Göttin Isis vom Alten Reich bis zum Ende des Neuen Reiches*, 1968 (*MÄS* 11); F. LE CORSU, *Isis, Mythe et mystères* (Paris, 1977); J. VANDIER, «Iousâas et (Hathor)-Nébet-Hétépet», *RdE* 16, 1964, hasta 18, 1966 (tres artículos); C. J. BLEEKER, *De beteekenis van de egyptische Godin Maat* (Leiden, 1929); H. JUNKER, *Der sehende und blinde Gott (Mḫnty-irti und Mḫnty-n-irty)*, 1942 (*SBBAW* 7); C. J. BLEEKER, *Die Geburt eines Gottes* (Leiden, 1956) (Min y su fiesta); W. GUGLIELMI, *Die Göttin Mr.t. Entstehung und Verehrung einer Personifikation*, Leiden, 1991 (*PrAeg* 7); R. EL-SAYED, *La déesse Neith* (Le Caire, 1982); A. RUSCH, «Die Entwicklung der Himmelsgöttin Nut zu einer Totengottheit», *MVAG* 27,1, 1922; *Osiris und Amun. Kult und heilige Stätten*; J. G. GRIFFITHS, *The Origins of Osiris and his Cult* (Leiden, [2]1980); M. SANDMAN HOLMBERG, *The God Ptah* (Lund, 1946); S. E. HOENES, *Untersuchungen zu Wesen und Kult der Göttin Sachmet* (1976); D. VALBELLE, *Satis et Anoukis* (Mainz, 1981); J. QUAEGEBEUR, *Le dieu égyptien Shai dans la religion et l'onomastique* (Löwen, 1975); A. DE BUCK, *Plaats et betekenis van Sjoe in de Egyptische theologie* (Amsterdam, 1947); H. TE VELDE, *Seth, God of Confusion*, 1967, [2]1977 (*PrAeg* 6); Cl. DOLZANI, *Il Dio Sobk* (Roma, 1961); I. W. SCHUMACHER, *Der Gott Sopdu, der Herr der Fremdländer*, 1988 (*OBO* 79); H. A. SCHLÖGL, *Der Gott Tatenen*, 1980 (*OBO* 29); P. BOYLAN, *Thoth, the Hermes of Egypt* (London, 1922); H. SPIESS, *Untersuchungen zum Gott Thot* (1991).

Otras problemáticas: F. ABITZ, *König und Gott. Die Götterszenen in den ägyptischen Königsgräbern von Thutmosis IV. bis Ramses III*, 1984 (*ÄgAbh* 40); J. BAINES, *Fecundity Figures. Egyptian Personifications and the Iconology of a Genre* (Warminster, 1985); W. BARTA, *Untersuchungen zum Götterkreis der Neunheit*, 1973 (*MÄS* 42); B. BEGELSBACHER-FISCHER, *Untersuchungen zur Götterwelt des Alten Reiches*, 1981 (*OBO* 37); W. HELCK, *Betrachtungen zur grossen Göttin und den ihr verbundenen Gottheiten* (1971); S. MORENZ, *Die Heraufkunft des transzendenten Gottes in Ägypten* (*SBSAW* 109/2); ídem, *Gott und Mensch im alten Ägypten* (1964, [2]1984); E. OTTO, *Gott und Mensch nach den ägyptischen Tempelinschriften der griechisch-römischen Zeit*, 1964 (*AHAW* 1); F. DUNAND y Ch. ZIVIE-COCHE, *Dieux et hommes en Égypte* (Paris, 1991).

Sobre Ajenatón, J. ASSMANN, «Die "Häresie" des Echnaton», *Saeculum* 23, 1972, pp. 109-126, y sobre la reacción de la época ramésida, ídem, *Re und Amun. Die Krise des polytheistischen Weltbilds im Ägypten der 18.-20. Dinastie*, 1983 (*OBO* 51) (hay traducción en inglés).

Divinidades extranjeras del panteón egipcio: R. Stadelmann, *Syrisch-palästinische Gottheiten in Ägypten*, Leiden, 1967 (*PrAeg* 5); W. Helck, «Zum Auftreten fremder Götter in Ägypten», *OrAnt*, 5, 1966, pp. 1-14.

Hombres deificados: E. Otto, «Gehalt und Bedeutung des ägyptischen Heroenglaubens», *ZÄS* 78, 1943, pp. 28-40; D. Wildung, *Imhotep und Amenhotep*, 1977 (*MÄS* 36); ídem, *Egyptian Saints. Deification in Pharaonic Egypt* (New York, 1977).

§ 32. IDEAS SOBRE LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ

Puesto que las fuentes de la egiptología proceden mayoritariamente de los yacimientos, las ideas egipcias sobre la muerte y el Más Allá pueden elaborarse a partir del abundante material arqueológico y textual. H. Kees ha expuesto los fundamentos y el desarrollo de estas ideas hasta el final del Reino Medio; las ideas sobre el Más Allá en los *Textos de las Pirámides* (§ 36a), investigadas por K. Sethe y otros autores de manera especialmente fundamental, destacan entre todas las demás, mientras que la valoración de los textos de los sarcófagos posteriores (§ 36b) y de los *Libros de los Muertos* (§ 21) se ha iniciado mucho más tarde. Desde las épocas más antiguas, el Más Allá se muestra no solo como la tierra prometida donde el muerto se convierte en «dios» e inicia una vida nueva superior, sino también como un mundo lleno de peligros que llega hasta la total disolución del muerto. J. Zandee ha compilado un catálogo de estos peligros mortales. Para enfrentarse a ellos, se necesita una rápida e intensa preparación para el viaje al Más Allá, de ahí el cuidado que los egipcios ponían en la dotación de las tumbas, en la preparación del cadáver (momificación) y en el equipamiento del muerto con todo lo necesario. En los *Textos de las Pirámides* el objetivo del viaje al Más Allá es el cielo; en el Reino Nuevo, en cambio, el reino de los muertos suele ser el subsuelo; solo el escurridizo *ba* (§ 33) del muerto sigue estando abierto al cielo, aunque la regeneración esperada solo es posible en las profundidades del mundo subterráneo. Durante el Reino Nuevo, relacionado aquí con los grados previos presentes en los *Textos de los Sarcófagos*, se describen ricas topografías del Más Allá subterráneo y, sobre todo, se sistematiza la antigua relación mutua entre promisión y peligro; el juicio de los muertos discrimina a los difuntos de los condenados, que son castigados en los infiernos y arrojados de la existencia. Faltan aún exposiciones que resuman los diferentes destinos en el Más Allá durante el Reino Nuevo; los textos citados en § 21, el *Libro de los Muertos* y la *letanía solar* proporcionan, no obstante, un sinfín de detalles en los que el viaje subterráneo del sol sirve como hilo conductor. Al mismo tiempo, el inmenso material de las creencias en el Más Allá de la época tardía, en que el escepticismo,

siempre latente aunque ahora reforzado, se mezcla con las ideas tradicionales, aún no ha sido compilado, sino que solo se ha valorado en detalles concretos. Dado que muchas ideas egipcias parecen haber seguido influyendo en las creencias del Más Allá de la época tardía y del cristianismo primitivo, se abre aquí un importante campo de investigación también complicado por la complejidad del material.

Para el egipcio, la muerte es una condición más de la existencia; por eso las divinidades son también mortales. Únicamente los condenados hallan en la muerte un final definitivo; para el resto de los seres, es el umbral entre dos sectores de la vida, un rejuvenecimiento y una renovación purificada de la vida. Junto a esta interpretación positiva existe siempre otra posición negativa, para la cual la muerte es un violento «ladrón», y el destino de los separados inseguro y digno de compasión.

H. KEES, *Totenglauben und Jenseitsvorstellungen der alten Ägypter* (1926, [5]1983); S. MORENZ, «Ägyptischer Totenglaube im Rahmen der Struktur ägyptischer Religion», *Eranos-Jahrbuch* 34, 1965 (1967), pp. 399-446 (sobre ello E. HORNUNG, *ZÄS* 119, 1992, pp. 72-78); A. J. SPENCER, *Death in Ancient Egypt* (Harmondsworth, 1982); I. FRANCO, *Rites et croyances d'éternité* (Paris, 1993).

Investigaciones particulares: A. H. GARDINER, *The Attitude of the Ancient Egyptians to Death and the Dead* (Cambridge, 1935); C. E. SANDER-HANSEN, *Der Begriff des Todes bei den Ägyptern* (Copenhagen, 1942); J. ZANDEE, *Death as an Enemy* (Leiden, 1960); Ph. DERCHAIN, «La mort ravisseuse», *CdE* 33, 1958, pp. 29-32; E. LÜDDECKENS, *Untersuchungen über religiösen Gehalt, Sprache und Form der ägyptischen Totenklagen*, 1943 (*MDAIK* 11); K. SETHE, «Zur Geschichte der Einbalsamierung bei den Ägyptern und einiger damit verbundenen Bräuche», *SPBAW* 1934, pp. 211-239; J. SETTGAST, *Untersuchungen zu altägyptischen Bestattungsdarstellungen*, 1963 (*ADIK* 3); véase también S. SCHOTT, *CGA* 218, 1966, pp. 271-304; J. SPIEGEL, *Die Idee vom Totengericht in der ägyptischen Religion*, 1935 (*LÄS* 2); J. YOYOTTE en la obra colectiva *Sources Orientales*, IV *(Le jugement des morts)*, Paris, 1961, pp. 15-80; E. HORNUNG, *Höllenvorstellungen*, 1968 (*ASAW*); R. GRIESHAMMER, *Das Jenseitsgericht in den Sargtexten*, 1970 (*ÄgAbh* 20); Ch. SEEBER, *Untersuchungen zur Darstellung des Totengerichts im Alten Ägypten*, 1976 (*MÄS* 35); Ch. JACQ, *Le voyage dans l'autre monde selon l'Égypte ancienne* (Paris, 1986); R. GERMER, *Mumien. Zeugen des Pharaonenreiches* (1991); E. HORNUNG, *Die Nachtfahrt der Sonne* (1991).

§ 33. ANTROPOLOGÍA RELIGIOSA

Además del cuerpo, el egipcio se refería a la persona humana con una multiplicidad de componentes diversos: *ba*, *ka*, «sombra» y nombre. Una vez ha muerto el hombre, hay que añadir el *aj*, que, por su parte, también está compuesto y representa claramente la forma de existir del alma. La disputa en torno al significado exacto y la traducción de los diferentes componentes es casi tan antigua como la egiptología. Pese a

las numerosas apreciaciones y controversias, la naturaleza del *ba*, del *ka* y del *aj* no ha sido hasta ahora suficientemente explicada. El *ka* ha sido interpretado como una especie de doble (Maspero), espíritu protector (Steindoff), fuerza vital (Erman), *mana* (Moret) y «sí-mismo» o «personalidad» (Gardiner); actualmente parece reinar la unidad en todas estas interpretaciones, en el sentido de ser una fuerza vital, una especie de potencia animada de la que, no obstante, no se agota su esencia. En el *ba* se ve en general el principio del movimiento propio de las divinidades y de los muertos y que puede constituir la esencia de sus manifestaciones externas, sin que se pueda determinar su naturaleza con mayor exactitud. También ofrece dificultades la idea de la «sombra» del hombre, que en el Más Allá desempeña un importante papel; el cuerpo del hombre en el Más Allá, concebido con muchas diferencias, precisa también de una investigación especial. Por su parte, el corazón, pese a su significado central como portador de la voluntad, del pensamiento y de las demás funciones anímico-espirituales, continúa siendo básicamente un órgano y, como tal, puede ser propio de los diferentes componentes (por ejemplo del *ba*: *Diálogo de un hombre cansado de la vida*, l. 40) así como de los grados de desarrollo (*ḫprw*: fórmula 30 del *Libro de los Muertos*) de la personalidad, el nombre constituye un componente totalmente material del hombre y del dios como persona, tanto por su vulnerabilidad como por su utilidad. Mediante el nombramiento del nombre se crea el ser; preservando el nombre se sostiene más allá de la muerte.

Los nombre propios egipcios, reunidos por H. Ranke (§ 48) son· para la antropología religiosa de un valor fundamental. Las cuestiones más elementales sobre la autocomprensión del hombre suelen estar tan poco en el centro de atención de la egiptología que hasta ahora nuestras obras de consulta (Bonnet, Helck-Otto, Posener) carecen de un artículo sobre la voz «hombre» (el *LÄ* presenta con el artículo «Menschenbild» («imagen del hombre»), únicamente un aspecto de la cuestión) y las exposiciones de conjunto de la religión egipcia mencionan el problema ciertamente de pasada. Estas lagunas en la investigación deben cerrarse inmediatamente, de otro modo no podrá entenderse la relación del egipcio con su mundo circundante, desde las divinidades hasta la naturaleza inanimada. En este sentido, lo mucho que hay que distinguir históricamente se muestra a partir de la oscilación del significado de la palabra *rmṯ*, desde la autodesignación del egipcio hasta el vocablo universal «hombre» en el Reino Nuevo.

E. HORNUNG, «Fisch und Vogel: Zur altägyptischen Sicht des Menschen», *Eranos-Jahrbuch* 52, 1983, pp. 455-496.

Sobre cuestiones concretas, L. J. CAZEMIER, *Oud-Egyptiese voorstellingen aangaande de ziel Königskult der Ägypter des Alten Reiches*, 1942 (*ÄgFo* 17); además

MORENZ, *DLZ* 74, 1953, pp. 333-337); U. SCHWEITZER, *Das Wesen des Ka im Diesseits und Jenseits der alten Ägypter*, 1956 (*ÄgFo* 19); A. PIANKOFF, *Le «coeur» dans les textes égyptiens* (Paris, 1930); H. W. OBBINK, *De magische beteekenis van den naam inzonderheit in het Oude Egypte* (Amsterdam, 1925); sobre el significado del nombre, ahora también A. PIANKOFF, *The Litany of Re* (New York, 1964), pp. 3 ss., véase más adelante § 48; A. RUPP, «Der Zwerg in der ägyptischen Gemeinschaft», *CdE* 40, 1965, pp. 260-309; V. DASEN, *Dwarfs in Ancient Egypt and Greece* (Oxford, 1993); E. M. WOLF-BRINKMANN, *Versuch einer Deutung des Begriffes «ba» anhand der Überlieferung der Frühzeit und des Alten Reiches* (1968); L. V. ŽABKAR, *A Study of the Ba Concept in Ancient Egyptian Texts* (Chicago, 1968); B. GEORGE, *Zu den altägyptischen Vorstellungen vom Schatten als Seele* (1970); A. RUPP, *Vergehen und Bleiben* (1976), sobre el concepto de persona; G. ENGLUND, *Akh - une notion religieuse dans l'Égypte pharaonique* (Uppsala, 1978); sobre la relación con los extranjeros, véase § 50; los testimonios egipcios sobre los hombres como «imagen de dios» (desde el Primer Período Intermedio, con una fuerte insistencia en el Reino Nuevo) los ha investigado B. OCKINGA, *Die Gottebenbildlichkeit im alten Ägypten und im Alten Testament* (1984).

§ 34. MITOLOGÍA

La mitología egipcia proporciona, desde la más remota antigüedad, un inmenso y excelente tesoro repleto de motivos míticos (*mitologemas*) y permite, más claramente que en cualquier otra cultura, otear la formación de los mitos desde el principio de la historia. Pues solo a través de la «humanización de las fuerzas» (K. Sethe, S. Schott), en el umbral entre la prehistoria y la historia, los dioses se han convertido en personas, en figuras del mito que sufren y actúan, el cual, en la medida en que se comprende su lenguaje simbólico, interpreta el mundo a partir de sus orígenes. El Egipto faraónico pertenece a una de esas culturas que han vivido hasta el final con y desde el mito, así como su actualización en el culto, la fiesta y la historia; al plantearse el significado del mito para los hombres, Egipto debe invocarse como testigo principal.

Es una característica esencial del mito que no se haya conservado en una narración escrita continua. En las narraciones míticas populares del Reino Nuevo (§ 22) el mito ya se ha roto, ha dejado de ser obligatorio; para los autores antiguos que nos los han transmitido, lo principal ya no son las imágenes, sino su interpretación. Antes de la época tardía (sarcófago de Saft el-Henna, mitos oculares), solo se ha conservado un mito oral (*La destrucción de la humanidad*) en el *Libro de la vaca celeste*. No hay un relato de la creación, pero un sinfín de alusiones conforman un inmenso conjunto de mitos en torno a la creación del mundo y los tiempos primitivos, que, por lo demás, son los temas centrales de todas las mitologías. El mismo ciclo de los mitos de Osiris y Horus solo nos ha llegado ampliamente por la narración interpretada de Plutarco, debiendo reconstruirse para las épocas antiguas a

partir de fragmentos deslavazados. Igual de fragmentaria es nuestra tradición sobre el «combate draconiano» del dios solar contra Apofis. Así, las investigaciones sobre los mitos egipcios no tienen otro camino que reunir las interpretaciones diseminadas por las grandes colecciones de sentencias, en los himnos y en los rituales, diferenciarlas históricamente (¡pues también el mito se transforma!) y reconstruir heurísticamente cada uno de los mitos a partir de ellos mismos.

S. SCHOTT, *Mythe und Mythenbildung im alten Ägypten*, 1945 (*UGAÄ* 15), que se ocupa de la formación de los mitos al principio de la historia. J. ASSMANN, en cambio («Die Verborgenheit des Mythos in Ägypten», *Göttinger Miszellen* 25, 1977, pp. 7-43), lo traslada al Reino Medio y deja para el Reino Antiguo solo las constelaciones de dioses. Sobre esta discusión, véase J. BAINES, «Egyptian Myth and Discourse», *JNES* 50, 1991, pp. 81-105, y sobre la relación entre mito e historia, U. LUFT, *Beiträge zur Historisierung der Götterwelt und der Mythenbeschreibung* (Budapest, 1978). Sinopsis en I. FRANCO, *Petit dictionnaire de mythologie égyptienne* (Paris, 1993).

Ideas sobre la creación: El mejor resumen, por S. SAUNERON y J. YOYOTTE en la obra colectiva *Sources Orientales*, I (*La naissance du monde*), Paris, 1959, pp. 17-91; después J. P. ALLEN, *Genesis in Egypt* (New Haven, 1988), y ahora, para la época primitiva, S. BICKEL, *La cosmogonie égyptienne. Avant le Nouvel Empire*, 1994 (*OBO* 134).

«Destrucción de la humanidad»: E. HORNUNG, *Der ägyptische Mythos von der Himmelskuh*, 1982, ^{2}1991 (*OBO* 46); N. GUILHOU, *La vieillesse des dieux* (Montpellier, 1989).

Mitos en torno a Osiris: TH. HOPFNER, *Plutarch über Isis und Osiris*, 2 vols. (Prag, 1940-1941; reimpresión de 1967); J. Assmann, *Ägypten* (1984), pp. 117-177.

Mitos oculares: F. DE CENIVAL, *Le mythe de l'oeil du soleil* (Sommerhausen, 1988).

Otras tradiciones tardías: J. VANDIER, *Le papyrus Jumilhac* (Paris, 1961); H. STERNBERG, *Mythische Motive und Mythenbildung in den ägyptischen Tempeln und Papyri der griechisch-römischen Zeit* (1985); H. BEINLICH, *Das Buch von Fayum*, 1991 (*ÄgAbh* 51).

§ 35. CULTO Y FIESTA

La antigua religión egipcia es esencialmente una religión cultual. En este sentido, se ha afirmado y documentado repetidamente, sobre todo por S. Schott y E. Otto, la prioridad del rito sobre el mito y la posterior «elaboración mítica» del ritual; falta por preguntar si con ello desaparece la diferencia entre los ladrillos y el edificio entero, es decir, entre los mitologemas (los elementos del «pensamiento mítico») y los ritos (los elementos del culto), por un lado, y, por otro, su conformación en el mito o en el ritual. Lo seguro es que, secundariamente, el mito, con el fin de actualizarse, se sirve de los antiguos ritos; pero solo sobre el fondo mítico se concatenan los ritos con el ritual, en tanto que sus imágenes se convierten en actos y sus personas en actores con un pa-

pel. El ritual conserva el orden del mundo que fundamenta al mito, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas.

Con la transmisión por escrito, iniciada ya en el Reino Antiguo, se han conservado numerosos rituales egipcios textualmente, con indicaciones parciales sobre el transcurso del acto. Conocemos las ceremonias del culto diario del templo en las que los sacerdotes se ocupaban de los ídolos de los dioses, conocemos rituales especiales en el ámbito funerario, de la actividad del rey y, sobre todo, de las fiestas. Otros rituales, por ejemplo los famosos «misterios de Osiris» de Abido, nos son conocidos actualmente, como los mitos, por sus interpretaciones y solo pueden reconstruirse en esbozos; también en Abido se trata de un ritual festivo dramático; auténticos «misterios» y su iniciación correspondiente solo se encuentran en época helenística. Siguiendo a M. Alliot, los rituales pueden dividirse en cultos diarios regulares, cultos festivos regulares y rituales especiales para las muchas celebraciones importantes; también la historia parece ser, desde el punto de vista egipcio, una forma festiva del culto (§ 70); la caza y la guerra están ritualmente dirigidas. El encargado del ritual es siempre, en teoría y según las exposiciones del templo, el rey, si bien en todas las épocas hallamos a sacerdotes y funcionarios sobre los que se delegan funciones cultuales.

S. SCHOTT, «Ritual und Mythe im altägyptischen Kult», *StG* 8, 1955, pp. 285-293; E. OTTO, *Das Verhältnis von Rite und Mythus im Ägyptischen*, 1958 (*SBHAW* 1); G. ROEDER, *Kulte und Orakel im alten Ägypten* (1960).

Selección de los rituales más importantes: A. MORET, *Le rituel du culte divin journalier* (Paris, 1902); K. SETHE, *Dramatische Texte zu altaegyptischen Mysterienspielen*, 1928 (*UGAÄ* 10); M. ALLIOT, *Le culte d'Horus à Edfou au temps des Ptolémées* (Le Caire, 1949-1954); para Edfú, véase ahora también D. KURTH, *Treffpunkt der Götter* (Zürich, 1994); H. H. NELSON, *JNES* 8, 1949, pp. 201-232 y pp. 320-345; S. SCHOTT, *Die Deutung der Geheimnisse des Rituals für die Abwehr des Bösen*, 1954 (*Abh. Mainz* 5); E. OTTO, *Das ägyptische Mundöffnungsritual*, 2 vols., 1960 (*ÄgAbh* 3); Ph. DERCHAIN, *Rites égyptiens I (Le sacrifice de l'oryx)* (Bruxelles, 1962); ídem, *Le Papyrus Salt 825 (B. M. 10051), rituel pour la conservation de la vie en Égypte*, 2 vols. (Bruxelles, 1965); B. ALTENMÜLLER, *Reinigungsriten im ägyptischen Kult* (1968); J. ASSMANN, *Liturgische Lieder an den Sonnengott* (1969); ídem, *Der König als Sonnenpriester* (1970); J.-C. GOYON, *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte* (Paris, 1972); A. R. DAVID, *Religious Ritual at Abydos* (Warminster, 1973); C. HUSSON, *L'offrande du miroir dans les temples égyptiens* (Lyon, 1977); Ph. GERMOND, *Les invocations à la bonne année au temple d'Edfou*, 1986 (*AH* 11); M. L. RYHINER, *L'offrande du lotus dans les temples égyptiens de l'èpoque tardive* (Bruxelles, 1986); B. STRICKER, *Het Zonne-Offer* (Amsterdam, 1989); M. SMITH, *The Liturgy of Opening the Mouth for Breathing* (Oxford, 1993).

Fiestas: W. WOLF, *Das schöne Fest von Opet* (1931); S. SCHOTT, *Altägyptische Festdaten*, 1950 (*Abh. Mainz* 10); ídem, *Das schöne Fest vom Wüstentale*, 1952 (*Abh. Mainz* 11); C. J. BLEEKER, *Die Geburt eines Gottes* (Leiden, 1956) (fiesta de Min); H. SCHÄFER, *Die Mysterien des Osiris in Abydos unter König Sesostris III.*, 1904 (*UGAÄ* 4/2); sobre el ritual de Abido, también W. HELCK, *ArOr* 20, 1952, 72-85, y S. MORENZ, *Die Zauberflöte*, 1952, pp. 72 ss.; disertaciones inéditas sobre

la fiesta Wag (E. WINTER, Wien, 1951) y la fiesta Sokar (G. WOHLGEMUTH, Göttingen, 1957); en torno a esta fiesta, también G. A. GABALLA y K. A. KITCHEN, «The Festival of Sokar», *Or* 38, 1969, pp. 1-76; C. J. BLEEKER, *Egyptian Festivals* (Leiden, 1967); E. HORNUNG y E. STAEHLIN, *Studien zum Sedfest*, 1974 (*AH* 1); J. ASSMANN (ed.), *Das Fest und das Heilige* (1991); A. GRIMM, *Der altägyptische Festkalender in den Tempeln der griechisch-römischen Epoche* (Wiesbaden, 1994).

Sobre la supervivencia, F. BILABEL, «Die gräko-ägyptischen Feste», *Neue Heidelberger Jahrbücher* 1929, pp. 1 ss., y R. MERKELBACH, *Isisfeste in griechisch-römischer Zeit* (1963).

§ 36. LA LITERATURA RELIGIOSA (*TEXTOS DE LAS PIRÁMIDES, TEXTOS DE LOS SARCÓFAGOS, LIBRO DE LOS MUERTOS*)

A partir de la Dinastía V, cuando la religión egipcia sintió la necesidad de dotar al culto de indicaciones escritas de mayor alcance, se desarrolló una amplia literatura religiosa que acompañaba al muerto en las distintas situaciones con que debía enfrentarse en su viaje al Más Allá. Consecuencia de ello es el registro histórico, en pirámides, sarcófagos y papiros, de tres colecciones de sentencias claramente delimitadas:

a) Los *Textos de las Pirámides*: Descubiertos en 1880-1881, cuando se abrieron las pirámides de Saqqara de las Dinastías V y VI, son conocidos al mismo tiempo por la trascendencia de ser las fuentes originales de la religión egipcia más antiguas conocidas hasta entonces (primer informe científico por H. Brugsch, *ZÄS* 19, 1881, pp. 1-15). Primero tuvo lugar la publicación de los textos de cada una de las pirámides por parte de G. Maspero, *Rec. trav.* 3 (1882) a 14 (1893), agrupados luego en *Les inscriptions des Pyramides de Saqqarah* (Paris, 1894); posteriormente, después de una revisión más detallada, la edición de K. Sethe (*Die altägyptischen Pyramidentexte*, 4 vols., 1908-1922, reimpresiones de 1960 y 1969). Desde entonces se citan los *Textos de las Pirámides* según las sentencias y los parágrafos de la edición de Sethe que sustituye a la anterior introducción por «capítulos» del Conde Schack-Schackenburg. Como resultado de los trabajos de G. Jécquier en Saqqara-sur, se ampliaron las 714 sentencias de la edición de Sethe de 1928-1936 con múltiples variantes y un número de sentencias nuevas; desde 1951, otros fragmentos de las pirámides de la Dinastía VI han sido sacados a la luz por Lauer, Garnot y Leclant. La traducción y los comentarios de las sentencias 213 a 582 de Sethe han sido publicados póstumamente en seis volúmenes (*Übersetzung und Kommentar zu den altägyptischen Pyramidentexten*, 1935-1962) y son todavía hoy la base más segura para cualquier trabajo sobre los *Textos de las Pirámides*; la riqueza de sus observaciones, que con frecuencia alumbran otros textos y otras exposiciones, ha sido completada con

los índices del volumen VI. En cuanto a las traducciones completas, las ediciones más antiguas son la de L. Speleers (1934) y la de S. A. Mercer (1952), que han quedado relegadas por la de R. O. Faulkner, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts* (Oxford, 1969). En edición fotográfica solo existen los textos de la pirámide de Onos: A. Piankoff, *The Pyramid of Unas* (New York, 1968). Bibliografía complementaria sobre determinados pasajes se encuentra en C. Crozier-Brelot, *Textes des Pyramides. Index des citations* (Paris, 1971); de esta se han hecho ediciones sucesivas, la última de las cuales es *Sirius — Index des citations des textes des pyramides* (Paris, 1994). Continúa discutiéndose hasta qué punto las sentencias reflejan el ritual del entierro del rey y de su sucesión; en este sentido, las investigaciones de H. Ricke y S. Schott han sido continuadas por J. Spiegel (*Das Auferstehungsritual der Unas-Pyramide*, 1971, *ÄgAbh* 23) y H. Altenmüller (*Die Texte zum Begräbnisritual in den Pyramiden des Alten Reiches*, 1972, *ÄgAbh* 24). O. Firchow ha investigado los aspectos literarios de los *Textos de las Pirámides* (*Grundzüge der Stilistik in den altägyptischen Pyramidentexten*, 1953); J. P. Allen, los aspectos lingüísticos (*The Inflection of the Verb in the Pyramid Texts*, Malibu, 1984); W. Barta, la relación con el rey (*Die Bedeutung der Pyramidentexte für den verstorbenen König*, 1981 (*MÄS* 39); Th. G. Allen ha creado una útil concordancia entre los *Textos de las Pirámides* y las otras dos grandes colecciones de sentencias, reuniendo al mismo tiempo las de las pirámides tardías hasta la época grecorromana: *Ocurrences of Pyramid Texts with Cross Indexes of These and Other Egyptian Mortuary Texts* (Chicago, 1950) (*SAOC* 27); suplementos en *JNES* 17, 1958, p. 151.

b) Los *Textos de los Sarcófagos* aparecen en el Primer Período Intermedio, cuando funcionarios y súbditos se apoderaron de los *Textos de las Pirámides* de los reyes y se dedicaron a modificarlos, a complementarlos y a hacer una selección de ellos para sus propios sarcófagos. Por primera vez se encuentran ahora titulaturas e ilustraciones concretas, estas últimas sobre todo en el *Libro de los Dos Caminos*, una colección especial de sentencias procedentes de El-Bersheh destinadas a orientar topográficamente al muerto en el Más Allá (publicado primero en 1903 por Schack-Schackenburg, actualmente en *CT* VII, sentencias 1029 a 1185, elaboración por L. H. Lesko, *The Ancient Egyptian Book of the Two Ways* (Berkeley, 1972), y E. Hermsen, *Die zwei Wege des Jenseits*, 1991 (*OBO* 112). Un primer recuento de los textos existentes diseminados por los museos más diversos ha sido emprendido por P. Lacau, *Textes religieux*, *Rec. trav.* 26 (1904) a 37 (1917); tras la Primera Guerra Mundial, Breasted y Gardiner iniciaron los preparativos de una edición completa de los textos que, finalmente, sería realizada por Adriaan de Buck (1892-1959), concluida en siete volúmenes (*The Egyptian Coffin Texts*, Chicago, 1936-1961). Una cla-

ve para la clasificación de los textos se encuentra en H. Lesko, *Index of the Spells of Egyptian Middle Kingdom Coffins and Related Documents* (Berkeley, 1979); bibliografía secundaria, en R. Grieshammer, *Die altägyptischen Sargtexte in der Forschung seit 1936*, 1974 (*ÄgAbh* 28). Mientras tanto, existen dos traducciones de todos los textos: R. O. Faulkner, *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, 3 vols. (Warminster, 1973-1978; reedición de 1994), y P. Barguet, *Les textes des sarcophages égyptiens du Moyen Empire* (Paris, 1986). La valoración general está siempre lastrada por la ausencia de un glosario; así, sigue siendo problemática la datación exacta de las diferentes versiones de los *Textos de los Sarcófagos*.

c) Desde C. R. Lepsius se llama *Libro de los Muertos* a los textos funerarios escritos mayoritariamente en papiros del Reino Nuevo y de la época tardía. Lepsius publicó en 1842 un ejemplar de época ptolemaica procedente del Museo de Turín (citado equivocadamente como recensión «saídica»; reedición de B. de Rachewiltz, *Il libro dei morti degli antichi egiziani*, Milano, 1958; trad. cast. *El Libro de los Muertos de los antiguos egipcios*, Barcelona, 1989) en que aparece la consagrada división por «capítulos»; no obstante, dado que todo el «libro» de los muertos consiste en un número variable de sentencias, es más adecuada la denominación de «sentencias». En el II Congreso Internacional de Orientalistas de Londres (1874) Lepsius propuso la idea de una edición completa de todos los ejemplares del Reino Nuevo (entonces llamada recensión «tebana»); así, apareció la edición de los textos en tres volúmenes de su discípulo E. Naville (*Das aegyptische Todtenbuch der XVIII. bis XX. Dinastie*, 1886), insustituible hasta la actualidad. Para su edición Naville se sirvió de setenta y un ejemplares, incrementando el número de las sentencias conocidas de 165 (Lepsius) a 184; actualmente se conocen más de 190 sentencias y numerosos ejemplares más. Para una edición moderna de los textos, tan deseable como urgente, la publicación de los catálogos museísticos sería de una gran ayuda; sin embargo, hasta ahora solo se han publicado los ejemplares del *Libro de los Muertos* de la Universidad de Chicago (T. G. Allen, *The Egyptian Book of the Dead. Documents in the Oriental Institute Museum at the University of Chicago*, Chicago, 1960 (*OIP* 82), mientras que la publicación de los ejemplares de Londres, iniciada por E. A. W. Budge con diversos manuscritos representativos, no se ha llegado a concluir (A. W. Shorter, *Catalogue of Egyptian Religious Papiry in the British Museum: Copies of the Book Pr(t)-m-hrw*, vol. I, London, 1938). Los *Libros de los Muertos* no solo se encuentran en papiros, sino también en pieles, sudarios, vendas de momias, grabados y ostracas. De la época tardía llaman la atención, junto a los *Libros de los Muertos* en escritura jeroglífica, los escritos en hierático y en demótico (por ejemplo F. Lexa, *Das demotische Totenbuch der Pariser Nationalbibliothek*, 1910).

La primera traducción comentada de todo el *Libro de los Muertos* fue ofrecida por Sir Peter Le Page Renouf y E. Naville, *The Egyptian Book of the Dead. Translation and Commentary* (London, 1904); posteriormente, se han realizado nuevas traducciones completas: P. Barguet, *Le Livre des Morts des anciens égyptiens* (Paris, 1967); Th. G. Allen, *The Book of the Dead or Going Forth by Day* (Chicago, 1974); E. Hornung, *Das Totenbuch der Ägypter* (1979, ²1990); R. O. Faulkner, *The Ancient Egyptian Book of the Dead* (London, 1985); además, sinopsis en J.-L. de Cenival, *Le livre pour sortir le jour. Le livre des morts des anciens Egyptiens* (Le Bouscat, 1992). I. Munro, *Untersuchungen zu den Totenbuch-Papyri der 18. Dynastie. Kriterien ihrer Datierung* (London-New York, 1988), se ha esforzado por obtener una datación más exacta para el Reino Nuevo, mientras que de la existencia de las tumbas se ha ocupado M. Saleh, *Das Totenbuch in den thebanischen Beamtengräbern des Neuen Reiches* (1984).

Mientras que estos tres grupos de grandes textos religiosos mantienen su función originaria en el ritual funerario, los *Libros de los Muertos* del Reino Nuevo progresan en torno a una exposición del Más Allá más desligada de lo funcional, algo a lo que ya nos hemos referido al tratar de la literatura (§ 21). Durante las Dinastías XXI-XXII se emplearon, además de los *Libros de los Muertos* en papiro y papiros del *Amduat*, formas mixtas y papiros puramente icónicos (ejemplares en A. Piankoff y N. Rambova, *Mythological Papyri*, Bollingen Series XL, 3, New York, 1957; sinopsis sistemática en A. Niwinski, *Studies on the Illustrated Theban Funerary Papyri of the 11th and 10th Centuries B.C.*, 1989, *OBO* 86). En época romana el *Libro de los Muertos* fue suprimido mediante los breves *Libros de la Respiración*; sobre esto, J. C. Goyon, *Le Papyrus du Louvre n.º 3279* (Le Caire, 1966), e ídem, *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte* (Paris, 1972). Una sinopsis sobre la literatura religiosa egipcia y su puesto en la historia de las religiones la ofrecen J. Leipoldt y S. Morenz, *Heilige Schriften* (1953); especialmente, K. Sethe, *Die Totenliteratur der alten Ägypter*, 1931 (*SBPAW* 18).

§ 37. LA MAGIA

Las grandes colecciones de textos tratadas en el § 36 están entretejidas de fórmulas mágicas dirigidas a allanar el camino de los muertos hacia el Más Allá y a mantener alejados a los seres peligrosos. La magia también se emplea en muchos otros textos literarios y religiosos egipcios, no solo en el terreno de la religión, sino incluso en las poesías más significativas. En todas las épocas el pueblo goza con los relatos de hechos mágicos; la fuerza del mago es imprescindible para la creación y

la conservación del orden del mundo. El automatismo con que actúa el mago le distingue del culto y le sitúa en el sector de la técnica; en tanto que transmisión de una fuerza originaria libre de valores, la magia puede canalizarse hacia el bien o hacia el mal, pudiendo aparecer, pues, como magia «blanca» o como magia «negra». Si llegara a estar sin control, podría aniquilar al mundo que también ella misma ha creado. Los intentos actuales por exponer su finalidad y su significado dentro de la religión egipcia no se han correspondido del todo con su complejidad esencial. La magia se ha contagiado con excesiva facilidad de sus manifestaciones degeneradas, convirtiéndose en un «núcleo cancerígeno» de la religión y en un concepto antiético, aunque solo depende de la ética de lo que tiene a mano. Los textos mágicos griegos y cristianos (coptos) demuestran hasta qué punto ha sido persistente la influencia de la magia egipcia.

El material ha sido parcialmente reunido por F. LEXA, *La Magie dans l'Égypte antique*, 3 vols. (Paris, 1925); existe una nueva selección de J. F. BORGHOUTS, *Ancient Egyptian Magical Texts* (Leiden, 1978).

Exposiciones de conjunto: S. SAUNERON en la obra colectiva *Sources Orientales*, VII (*Le monde du sorcier*) (Paris, 1966); Ch. JACQ, *Egyptian Magic* (Warminster, 1985); A. ROCCATI (ed.), *La magia in Egitto ai tempi dei faraoni* (Verona, 1987); L. KÁKOSY, *Zauberei im alten Ägypten* (1989); E. HORNUNG, *Geist der Pharaonenzeit* (1989), cap. III; R. K. RITNER, *The Mechanics of Ancient Egyptian Magical Practice*, Chicago, 1993 (*SAOC* 54); Y. KOENIG, *Magie et magiciens dans l'Égypte ancienne* (1994); P. ESCHWEILER, *Bildzauber im alten Ägypten*, 1994 (*OBO* 137); R. H. WILKINSON, *Symbol and Magic in Egyptian Art* (London, 1994).

Sobre los textos mágicos griegos, R. MERKELBACH y M. TOTTI, *Abraxas* I-III, 1990-1992.

§ 38. LA PIEDAD PERSONAL

El encuentro del egipcio con el mundo real de los dioses tiene lugar en los cultos oficiales (§ 35) y en la praxis mágica (§ 37), pero también en la piedad personal, en la vida del individuo. En especial, cuando, en caso de necesidad, se invoca a un dios, nos hallamos ante la manifestación espontánea de un fiel; en Egipto este fenómeno se extendió mucho durante la época ramésida. Desde tiempos antiguos, estas acciones estaban enmarcadas en el culto, pero solo en esa época adoptaron una forma libre y personal. Dado que, por lo general, el fiel solo se enfrenta con los dioses en las procesiones festivas y en la consulta de los oráculos, los intermediarios (muertos deificados, animales sagrados) y lugares sagrados rivalizan con las grandes divinidades por la esfera de influencia en el pensamiento religioso. Ante todo, destacan a simple vista los animales sagrados que, desde la época prehistórica, han existido en Egipto ya individualmente (Apis y otros toros sagrados) o en

grupo (rebaños de los templos); el «culto a los animales» no pasa a primer plano más que a finales de la Dinastía XVIII. Este culto afecta tanto a los animales vivos como a los muertos; estos últimos eran cuidadosamente embalsamados. En época tardía esta práctica degenera en un estrafalario «culto a las reliquias» que, sin embargo, fue administrado y organizado a nivel estatal. Como en la magia, también en el culto a los animales conviene distinguir entre finalidad originaria y deformación tardía. A falta de exposiciones de conjunto, o a causa de la insuficiencia de las existentes, los diferentes aspectos de las creencias populares y de la piedad personal solo pueden resumirse a partir de las cuestiones concretas diseminadas por la bibliografía fiable.

Sobre el resumen de G. ROEDER, *Volksglaube im Pharaonenreich* (1952), véase S. MORENZ, *OLZ* 49, 1954, pp. 31-33; faltan aspectos importantes en el nuevo ensayo de A. I. SADEK, *Popular religion in Egypt during the New Kingdom*, 1987 (*HÄB* 27).

La piedad popular es expuesta con mayor cohesión en J. ASSMANN, «Weisheit, Loyalismus und Frömmigkeit», en HORNUNG-KEEL, *Studien zu altägyptischen Lebenslehren* (§ 20), pp. 11-72, y J. BAINES, «Practical Religion and Piety», *JEA* 73, 1987, pp. 79-98; véase además H. BRUNNER, «Eine Dankstele an Upuaut», *MDAIK* 16, 1958, pp. 5-19; ídem, «Die religiöse Wertung der Armut im Alten Ägypten», *Saeculum* 12, 1961, pp. 319-314; G. FECHT, «Literarische Zeugnisse zur "persönlichen Frömmigkeit" in Ägypten», *AHAW* 1965, 1; G. POSENER, *RdE* 27, 1975, pp. 195-210 (testimonios de Amarna). Sobre este tema, véase la literatura hímnica, § 24.

Peregrinaciones: J. YOYOTTE, en la obra colectiva *Sources Orientales*, III (*Les pèlegrinages*), Paris, 1960, pp. 17-74.

Sobre los oráculos, finalmente, con más bibliografía, J. ČERNÝ, en R. A. PARKER, *A Saite Oracle Papyrus from Thebes* (Providence, 1962), pp. 35-48, y J. LECLANT, en A. CAQUOT y M. LEIBOVICI (eds.), *La divination I* (Paris, 1968), pp. 1-23.

Culto a los animales: Th. HOPFNER, *Der Tierkult der alten Ägypter* (1913); H. KEES, *Götterglaube* (§ 31) pp. 4-83; H. BONNET, *Reallexikon* (§ 30) pp. 812-824; D. KESSLER, *Die heiligen Tiere und der König* (1989).

Concepto del destino: S. MORENZ y D. MÜLLER, *Untersuchungen zur Rolle des Schicksals in der ägyptischen Religion*, 1960 (*ASAW* 52).

Sobre el sacerdocio, véase § 45; sobre el templo, § 89.

§ 39. LOS INTERCAMBIOS CON EL EXTERIOR

Ya nos hemos referido a los intercambios entre la religión de los egipcios y las religiones de sus países vecinos al comentar la incorporación de dioses asiáticos al panteón egipcio (§ 31) y la irradiación de la sabiduría egipcia (§ 20) y de las ideas egipcias sobre el Más Allá (§ 32). Desde los inicios de la egiptología, el interés por los paralelismos con las ideas y las formulaciones del Antiguo Testamento ha estado en primer plano. Celosas investigaciones han aportado un sinfín de estos pa-

ralelismos y bien pudiera ser que, en el caso de algunos capítulos del Antiguo Testamento (por ejemplo, Gen 1 o Prov 8) pudiera indicarse el correspondiente egipcio de cada versículo. Sobre este tema, suele olvidarse que, al establecer estos paralelismos, no se ha tenido en cuenta que, detrás de afirmaciones formalmente parecidas o incluso iguales, pueden esconderse presupuestos culturales completamente diferentes. Hay que probar cuidadosamente en cada caso qué ideas religiosas están contenidas primero en las sentencias egipcias, y luego en las vetero-testamentarias. Aun cuando las diferencias que se revelan en este sentido son más fuertes de lo que se ha indicado hasta ahora, sigue pendiente un tema de reflexión común de considerable alcance. De nuevo conviene distinguir aquí entre préstamos auténticos (que por lo general son difíciles de situar en el tiempo y en el espacio) y el hecho de compartir un mismo horizonte cultural del antiguo Oriente (§ 59), algo que parece seguro hacia el final de la prehistoria, pero que aún no se ha investigado para las religiones históricas de Egipto y de Asia Menor.

El Reino Nuevo es una época de constantes y prolongados intercambios en ambas direcciones. En las ciudades vecinas hititas y en las ciudades-estado sirias, fenicias y palestinas constantemente topamos con motivos religiosos del valle del Nilo; en Egipto se encuentran en la misma época la veneración de dioses asiáticos. Lejos, en el Sur, encontramos una dinastía autóctona del Sudán, que, gobernando Egipto como la Dinastía XXV («etíope»), fue una protectora ortodoxa de la religiosidad egipcia. Una nueva ola de intercambios trajo el contacto de Egipto con Grecia, con el judaísmo tardío y, finalmente, con el cristianismo. El pensamiento egipcio y el helenístico se entremezclan en la figura de Serapis, que, al igual que la diosa Isis, protectora de las legiones romanas, se extenderá por toda Europa. También el cristianismo triunfante, al que finalmente debían escapársele Serapis e Isis, está ya entremezclado con las ideas egipcias, claramente destacadas en la gnosis y en los escritos apócrifos, así como en los escritos canónicos del Nuevo Testamento. En intercambio positivo o negativo con la religiosidad egipcia, los autores antiguos y los Padres de la Iglesia nos han transmitido una plétora de observaciones (¡muchas veces falsas interpretaciones!) sobre la fase final de la historia de la religión egipcia, sobre las que se ha basado mucho tiempo la imagen occidental de la religión egipcia mucho antes del redescubrimiento de las fuentes originales.

Sobre todo el ámbito de los intercambios la mejor información la proporciona el capítulo XI de S. MORENZ, *Religion* (§ 30). Sobre el complejo «Egipto y la Biblia» hay ideas generales en S. MORENZ en *RGG* [3]I 118-120; P. MONTET, *L'Égypte et la Bible* (Neuchâtel, 1959), en alemán: *Das alte Ägypten und die Bibel* (1960); K. A. KITCHEN, *Alter Orient und altes Testament* (1965); ídem, *The Bible in its World* (Exeter, 1977); O. KEEL, *Die Welt der alt-orientalen Bildsymbolik und das Alte Testament*, para el ejemplo de los Salmos, 1972, [4]1984; ídem, *Jahwe-Visionen*

und Siegelkunst (1977); ídem, *Das Hohelied* (1986); D. B. REDFORD, *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times* (Princeton, 1992).

Las irradiaciones de la religión egipcia en el Asia Menor deben aún compilarse y elaborarse, en parte al menos la publicación. Sobre Grecia, véase S. MORENZ, «Ägypten und die altorphische Kosmogonie», en *Aus Antike und Orient* (Hom. Schubart, 1950), pp. 64-111.

Sobre la herencia egipcia en el judaísmo tardío y en el cristianismo primitivo, J. DORESSE, *Des hiéroglyphes à la croix* (Istanbul, 1960).

Sobre la «misión de Isis», D. MÜLLER, *Ägypten und die griechischen Isis-Aretalogien*, 1961 (*ASAW* 53/1); S. MORENZ, «Ägyptische Nationalreligion und sogenannte Isismission», *ZDMG* 11, 1962, pp. 432-436, sobre la religión en el Egipto grecorromano el volumen *Religions en Égypte hellénistique et romaine* (Paris, 1969), y el conjunto de estudios editados por M. J. VERMASEREN *Études préliminaires aux religions orientales dans l'Empire romain* (Leiden, 1961 ss.); además la bibliografía de J. LECLANT y G. CLERC, *Inventaire bibliographique des Isiaca* (Leiden, 1972-1991).

Para una sinopsis resumida de la religión greco-egipcia, véase MERKELBACH, *Isis regina — Zeus Sarapis* (Stuttgart-Leipzig, 1995).

Las fuentes griegas y romanas de la religión egipcia han sido compiladas y terminadas con un extenso índice por Th. HOPFNER, *Fontes historiae religionis aegyptiacea* (1922-1925).

V
EL ESTADO Y SU ESTRUCTURA

§ 40. LA REALEZA

En ausencia de una palabra y de un concepto que designe en egipcio al «estado», la institución de la realeza se halla en el centro del pensamiento político. El carácter sacro de esta institución fue elaborado con toda claridad por A. Moret en un estudio fundamental; y debemos a H. Frankfort una imagen mejor perfilada de la «realeza divina» en el Antiguo Oriente. Desde Moret y Frankfort, la doctrina comúnmente aceptada de la doble naturaleza del faraón como «auténtico dios y auténtico hombre», o, brevemente, como «rey divino», desató desde un principio dudas y limitaciones justificadas. G. Posener ha puesto de manifiesto diferencias significativas entre la concepción egipcia de los dioses (de su naturaleza y de su esfera de acción) y la de la realeza. Contra este autor se ha argumentado que esa no confiere al rey egipcio la imagen ideal de la divinidad, si bien no puede negarse que el egipcio establece unos márgenes relativamente estrechos para la «divinidad» de su rey y, con frecuencia, habla de él como de una «auténtica» divinidad[1]. Para llegar a una nueva interpretación satisfactoria de estos fenómenos contradictorios, este autor, en el marco de su interpretación de la imagen egipcia de la historia (§ 70), ha hecho el intento de ver en el faraón a un hombre que desempeña el papel de dios creador. En la función de este papel lleva los atributos divinos, dispone de las fuerzas y de las propiedades del creador del mundo; con él se jalona el ámbito de sus tareas: establecer y reafirmar el orden creado en el principio del mundo. Como caracteres propios del papel, las «frases» pro-

1. La distinción alemana entre *Göttlichkeit* (carácter de divinidad) y *Gottheit* (figura de una divinidad) no puede apreciarse en castellano, en el que la palabra «divinidad» contiene ambos matices. (*N. del T.*).

mulgadas aparte sin ayuda previa dotan al rey de un valor promulgativo concreto y abren al mismo tiempo una perspectiva sorprendente sobre el devenir histórico de la ideología real. Otros epítetos o títulos del rey se esfuerzan por relacionarlo con la divinidad mediante una fórmula fija, cuyo contenido difícilmente puede adivinar nuestra investigación. Así, el supuesto lógico de que la antigua definición del rey como «Horus» comporta una «encarnación» de este dios vuelve a ser cuestionado con la posibilidad del papel del rey. Más claras y familiares por su valor expresivo son las antiguas definiciones del rey como «hijo» (Dinastía IV) y como «imagen» (Dinastía XVII, con algunos antecedentes de la Dinastía XII) del dios solar, es decir, del creador del mundo, las cuales se extienden hasta los ptolomeos. Los cinco títulos canónicos del rey, elaborados a lo largo del Reino Antiguo, han sido ampliamente investigados, aunque, según nuestra visión de la esencia y del desarrollo histórico de la realeza, aún no han sido completamente desarrollados. Un nuevo y fructífero planteamiento se encuentra en la cuestión, hasta ahora investigada solo por H. Goedicke para el Reino Antiguo, sobre en qué contexto se empleaba cada uno de los títulos reales. Además de los epítetos y títulos del rey, su ornamentación y el ceremonial de palacio están también aún a la espera de un estudio general; finalmente, aunque todas las investigaciones de la realeza egipcia resaltan la fiesta *Sed* (fiesta de regeneración del rey), faltan una auténtica síntesis y una interpretación de las representaciones individuales diseminadas de esta fiesta, así como de sus ritos. La inseguridad de detalles que comporta la falta de investigaciones parciales tan esenciales lastra todas las interpretaciones al uso de la realeza y de la estructura del estado egipcio; estas deben cotejarse constantemente, como hipótesis de trabajo, con las fuentes primarias.

De algunos reyes, en especial de los del Reino Nuevo, conocemos muchos detalles y caracteres personales. En este sentido, aún se pueden hacer muchas investigaciones sobre la aplicación práctica de la ideología regia en la historia y sobre el rey como persona humana que representa un papel divino. Para ello disponemos del testimonio altamente personal de las momias de la mayoría de los señores del Reino Medio. No obstante, hasta ahora solo existen monografías importantes de unos pocos períodos de gobierno. La mayoría de los reyes siguen siendo meros nombres y datos, material para listas de reyes, al igual que lo eran ya para los egipcios (§ 71). Lo que sabemos de los reyes egipcios, sus nombres, sus títulos y sus parientes, ya era conocido por C. R. Lepsius (1858), E. Brugsch y U. Bouriant (1887), y H. Gauthier (1907-1917) lo reunió resumidamente en los «libros de los reyes».

A. MORET, *Du caractère religieux de la royauté pharaonique* (Paris, 1902); H. FRANKFORT, *Kingship and the Gods* (Chicago, 1948, reedición de 1978) (trad. cast.

Reyes y dioses, Madrid, 1978); H. JACOBSON, *Die dogmatische Stellung des Königs in der Theologie der alten Ägypter*, 1939 (*ÄgFo* 8); G. POSENER, *De la divinité du Pharaon*, Paris, 1960 (*Cahiers de la Société Asiatique* XV; sobre el tema, H. KEES, *OLZ* 57, 1962, pp. 476-478); E. HORNUNG, *Geschichte als Fest* (1966); W. BARTA, «Untersuchungen zur Göttlichkeit des regierenden Königs», 1975 (*MÄS* 32); M. A. BONHÊME y A. FORGEAU, *Pharaon. Les secrets du pouvoir* (Paris, 1988); D. O'CONNOR y D. P. SILVERMAN (ed.), *Ancient Egyptian Kingship* (Leiden, 1995).

Sobre el mito del origen divino del faraón: H. BRUNNER, *Die Geburt des Gottkönigs*, 1964, [2]1986 (*ÄgAbh* 10); J. ASSMANN, en *Funktionen und Leistungen des Mythos*, 1982 (*OBO* 48), pp. 13-61. El cambio histórico de la relación del rey con la divinidad ha sido tratado por S. MORENZ, *Die Heraufkunft des transzendenten Gottes in Ägypten*, 1964 (*SBSAW* 109/2) (sobre ello J. ZANDEE, *ThLZ* 91, 1966, pp. 261-265).

Sobre los apodos del Reino Medio, E. BLUMENTHAL, *Untersuchungen zum ägyptischen Königtum des mittleren Reiches* (1970); para el Reino Nuevo, R. MOFTAH, *Studien zum ägyptischen Königsdogma im Neuen Reich* (1985), y E. HORNUNG, *MDAIK* 15, 1957, pp. 120-132; para la época tardía, N.-C. GRIMAL, *Les termes de la propagande royale égyptienne de la 19e Dinastie à la conquête d'Alexandre* (Paris, 1986). S. MORENZ, *Die Erwählung zwischen Gott und König in Ägypten*, Sino-Japonica (Hom. A. Wedemayer, 1956), pp. 118-137, trata sobre los dichos del «amor» mutuo, esto es, la «elección» entre la divinidad y el rey.

Sobre la valoración de la realeza, véase el trabajo citado en § 82 de RÖßLER-KÖHLER, sobre la corregencia W. J. MURNANE, *Ancient Egyptian Coregencies* (Chicago, 1977).

Sobre la titulatura: H. MÜLLER, *Die formale Entwicklung der Titulatur der ägyptischen Könige*, 1938 (*ÄgFo* 7); S. SCHOTT, *Zur Krönungstitulatur der Pyramidenzeit*, 1956 (*NAWG* 4); J. G. GRIFFITHS, «Remarks on the Horian Elements in the Royal Titulary», *ASAE* 56, 1959, pp. 63-86; H. GOEDICKE, *Die Stellung des Königs im Alten Reich*, 1960 (*ÄgAbh* 2); W. BARTA, *Zur Konstruktion der ägyptischen Königsnamen*, 1987 (*ZÄS* 114); 1989 (*ZÄS* 116).

Sobre el ornato, sigue sin haber una obra de conjunto.

Sobre el ceremonial de palacio, véase entretanto la sinopsis de H. KEES, *Ägypten*, 1933, pp. 179-185, y A. HERMANN, «Jubel bei der Audienz», *ZÄS* 90, 1963, pp. 49-66.

Sobre la fiesta *Sed*, cuya mención debe entenderse muchas veces solo como deseo (incluso para el Más Allá) y no como fiesta celebrada realmente, véase § 35.

Sobre el aspecto jurídico de la realeza: H. BRUNNER, «Die Lehre vom Königserbe im frühen Mittleren Reich», *Ägyptologische Studien für H. Grapow* (1955), pp. 4-11.

Artículos breves sobre reyes concretos, en P. VERNUS y J. YOYOTTE, *Les Pharaons* (Paris, 1988), reeditado como *Dictionnaire des Pharaons* (Paris, 1996), y Th. SCHNEIDER, *Lexikon der Pharaonen* (Zürich, 1994).

Sobre el rey «deportivo»: W. DECKER, *Die physische Leistung Pharaos. Untersuchungen zu Heldentum, Jagd und Leibesübungen der ägyptischen Könige* (1971).

Sobre la investigación fundamental de la momia de Rameses II, L. ROUBET, *La momie de Ramsès II* (Paris, 1985).

Libro de los reyes: H. GAUTHIER, *Le livre des rois d'Égypte*, 5 vols. (Le Caire, 1907-1917); *MIFAO* 17-21 (con suplementos *Rec. trav.* 40, 1923, pp. 177-204 e índice *BIFAO* 15, 1918, pp. 1-138) comprende todas las aportaciones conocidas hasta entonces sobre los nombres reales y las titulaturas, dataciones y parientes reales.

Una nueva ordenación de las titulaturas, en J. VON BECKERATH, «Handbuch der ägyptischen Königsnamen», 1984 (*MÄS* 20); en este sentido para el Tercer Período Intermedio M.-A. BONHÊME, *Les noms royaux dans l'Égypte de la 3e Pério-*

de Intermédiaire (Le Caire, 1987), y en general para las listas reales D. B. REDFORD, *Pharaonic King-Lists, Annals and Day-Books* (Mississauga, 1986).

Sobre la pervivencia del rey, D. WILDUNG, *Die Rolle ägyptischer Könige im Bewusstsein ihrer Nachwelt*, 1969 (*MÄS* 17).

§ 41. LA FAMILIA REAL

Pese a que los reyes gustaban de afirmar que habían sido llamados a su cargo «ya en el huevo», su poder divino comienza solo en el momento de su ascensión al trono. Los príncipes no desempeñan, a excepción de algunos casos raros, ningún papel político o cultual durante el Reino Medio y el Antiguo; en general, el mismo príncipe heredero y su función adquieren un sentido solo con relación al rey y la enorme descendencia de Rameses II se pierde ya en la total oscuridad en la generación de los nietos. Durante el Reino Antiguo, en cambio, nos encontramos con una especie de «clan real» en el que los parientes de la casa real detentan todos los puestos claves de la administración y de la clase sacerdotal. Apenas puede determinarse el grado exacto de parentesco, pues el título de príncipe «hijo del rey» (y su correlativo «hija del rey») también es ostentado por nietos y bisnietos; aquí surge la pregunta, aún por responder, de si el título frecuente *rḫ niswt* está reservado para los parientes lejanos del «clan real», de manera que aún deben estudiarse más la estructura exacta y al ámbito de estas macrofamilias. Solo durante el Tercer Período Intermedio, como resultado de una consciente política familiar, se consolida de nuevo la influencia del clan regio, observable en adelante en finísimas ramificaciones. En esta época y en las dinastías subsiguientes hasta la dominación persa, desempeñan un papel especial, cultual y político, una serie de hijas del rey que gobiernan el Alto Egipto como «esposas del dios» (de Amón) y heredan su cargo por adopción.

Durante la Dinastía XII, y posteriormente de manera puntual durante las Dinastías XVIII y XXI, el sucesor al trono adopta, en calidad de corregente, un título real propio y una datación propia; los ramésidas se contentan con ceder al príncipe heredero determinadas regalías. Parece que el hijo mayor de la esposa principal (por lo general la hermana o la semihermana del rey) tenía preferencia para la sucesión del trono; los hijos de las numerosas esposas podían aspirar legítimamente al trono solo en ausencia de este aspirante. La reina egipcia ocupa, así, un puesto clave en la sucesión real y, sobre todo en los cambios de una dinastía a otra, era la portadora de la legitimidad para el poder. Con no poca frecuencia, esta influencia adopta formas políticas hasta la incorporación del cargo real por Nofrusobek, Hatshepsut y Tausret; por supuesto, también debe distinguirse históricamente la posición de la reina. En

la Dinastía XII, y en la época tardía, esta ocupa una posición secundaria en la acción política, pero en el Reino Antiguo y, sobre todo, en el Reino Nuevo pasan a primer plano importantes figuras de mujeres.

Sobre las reinas: W. SEIPEL, *Untersuchungen zu den ägyptischen Königinnen der Frühzeit und des Alten Reiches* (1980); L. TROY, *Patterns of Queenship in Ancient Egyptian Myth and History* (Uppsala, 1986); presentación individual en S. RATIÉ, *La Reine-Pharaon* (Paris, 1972) (Hatshepsut).

El Archivo de Amarna (§ 79) da información sobre los preliminares de una boda real, si bien solo del enlace con una princesa extranjera.

Para las esposas del dios de las Dinastías XVII a XXVI: C. E. SANDER-HANSEN, *Das Gottesweib des Amun* (Copenhagen, 1940); J. YOYOTTE, «Les vierges consacrées d'Amon thébain», *CRAIBL* 1961, pp. 43-52; M. GITTON, *Les divines épouses de la 18e dynastie* (Paris, 1984); E. GRAEFE, *Untersuchungen zur Verwaltung und Geschichte der Institution der Gottesgemahlin des Amun*, 1981 (*ÄgAbh* 37).

Príncipes: B. SCHMITZ, *Untersuchungen zum Titel Sa-njswt «Königssohn»* (1976); M. RÖMER, *Zum Problem von Titulatur und Herkunft bei den ägyptischen «Königssöhnen» des Alten Reiches* (1977).

§ 42. LOS FUNCIONARIOS, LA ADMINISTRACIÓN

En teoría, la difícil tarea de proteger la permanencia del orden cósmico en el ámbito terrenal descansa solo sobre los hombros del rey. En la práctica, le asisten los funcionarios y los sacerdotes del país; legitimados por el encargo del rey, estos regulan la administración y el culto, sirven a la persona del rey y hacen de intermediarios entre este y el mundo exterior. A partir de unos comienzos modestos y patriarcales, a lo largo del Reino Antiguo se desarrolla una burocracia diversificada rica en resortes y complicadas jerarquías cuya plétora de títulos parece inagotable; ya Brugsch compiló más de 2 000 títulos y denominaciones profesionales, mientras que, según K. Baer, durante el Reino Antiguo había unos 1 600 títulos en uso. Las diversas reformas administrativas documentadas no precisaron de acciones represivas; además, la especialización no comportaba rigidez en la concepción de los resortes; la carrera de altos funcionarios, tal como está documentada en la serie de títulos y autobiografías (§ 23), muestra frecuentes cambios entre las diferentes ramas de la administración. En todas las épocas lo decisivo no era el cambio de cargo público, sino el rango que determinaba la proximidad al rey y la participación de su poder. La influencia y la importancia del mismo visir (§ 43), punta teórica de la administración, quedan relegadas algunas veces por detrás de otros funcionarios como los grandes administradores, arquitectos y generalísimos del Reino Nuevo. La historia de José refleja la posibilidad, perfectamente real, de ascensión relámpago independiente del origen social, bien documentada en la administración egipcia. Aquí, las urgencias

políticas rompen con un principio imperante bien fundamentado mítica y jurídicamente: la transmisión hereditaria del cargo de padre a hijo o a otro pariente; este principio solo se ejerce en primer lugar en los cargos jerárquicamente inferiores, aunque, en el Reino Nuevo, también se aplica al visirato y a los altos sacerdotes de Tebas: en el primer caso se mantuvo en manos de una familia más de 60 años, mientras que en el segundo perduró aún más. Se conservan numerosas fuentes de época tardía sobre herencia y venta de cargos públicos. Sobre las fecundas investigaciones de los aspectos jurídicos, políticos y económicos del funcionariado egipcio son orientadores sobre todo los trabajos de H. Kees y W. Helck; la historiografía encuentra en ellos una base sólida para cualquier consideración futura de la influencia del funcionariado en la conformación del estado egipcio.

G. HUSSON y D. VALBELLE, *L'état et les institutions en Égypte des premiers pharaons aux empereurs romains* (Paris, 1992); W. HELCK, *Untersuchungen zu den Beamtentiteln des ägyptischen Alten Reiches*, 1954 (*ÄgFo* 18); ídem, *Zur Verwaltung des Mittleren und Neuen Reichs*, 1958 (*PrAeg* 3), con un índice de 1975 y complementos por LECLANT y HEYLER, *OLZ* 56, 1961, pp. 117-129 y CERNÝ, *BiOr* 19, 1962, pp. 140-144; K. BAER, *Rank and Title in the Old Kingdom* (Chicago, 1960) (importante para la jerarquía de los títulos); N. STRUDWICK, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom* (London, 1985); N. KANAWATI, *Governmental Reforms in Old Kingdom Egypt* (Warminster, 1980); W. A. WARD, *Index of Administrative and Religious Titles of the Middle Kingdom* (Beirut, 1982) (con un suplemento de H. G. FISCHER, New York, 1985); L. GESTERMANN, *Kontinuität und Wandel in Politik und Verwaltung des frühen Mittleren Reiches* (1987); M. MEGALLY, *Recherches sur l'économie, l'administration et la comptabilité égyptiennes à la 18e Dinastíe* (Le Caire, 1977); G. VITTMANN, *Priester und Beamte im Theben der Spätzeit* (1978) (para la administración de las «esposas del dios», véase § 41).

Monografías sobre funcionarios concretos se hallan principalmente solo en las publicaciones de sus inscripciones; véase, no obstante, para Senenmut, CH. MEYER, *Senenmut. Eine prosopographische Untersuchung* (1982), y P. DORMAN, *The Monuments of Senenmut* (London-New York, 1988), y, para la época tardía, J. LECLANT, *Montouemhat* (Le Caire, 1961).

§ 43. LOS VISIRES

Entre los funcionarios de la época primitiva, los guardianes del sello detentaban el rango más elevado. En cambio, a partir del Reino Antiguo, el funcionario más alto ostentaba el título de *ṯ3ty*, para el que se ha adoptado la traducción de «visir». Durante las Dinastías III y IV solo los príncipes podían ser designados visires, mientras que a finales del Reino Antiguo tampoco el rey nombraba visires titulares en funciones. Determinados trajes de ceremonias relacionados con el cargo desaparecieron solo con la dominación persa de Egipto en el 343 a.e. Ciertos «reglamentos de servicio», formalmente próximos a las «enseñanzas»

(§ 20), localizables en diversos grabados de visires de la Dinastía XVIII, nos informan bien del ámbito de tareas del visir. Junto a la coordinación de todas las ramas de la administración y la inspección de los monopolios estatales (sobre todo el comercio exterior), le estaba confiado, como primera instancia jurídica, el control de la administración de justicia y los archivos; las funciones sacerdotales, así como la dirección de edificios y expediciones, también estaban relacionadas con el cargo, aunque no las funciones militares. La división del cargo en un visirato del Alto Egipto y otro del Bajo Egipto está constatada para el Reino Nuevo desde Tutmosis III, aunque aún es insegura para la Dinastía XIII. La influencia política de los visires estaba sometida a fuertes oscilaciones, por lo que debe ser objeto de una investigación especial, siempre que las fuentes lo permitan.

La documentación sobre los funcionarios conocidos de aquella época en A. WEIL, *Die Veziere des Pharaonenreiches* (1908); mejor catalogación para el Reino Antiguo en HELCK, *Beamtentitel* (§ 42), pp. 134-142, y STRUDWICK, *Administration* (§ 42); para las Dinastías XI-XII, M. VALLOGGIA, *BIFAO* 74, 1974, pp. 123-134; para la Dinastía XIII, L. HABACHI, *SAK* 11, 1984, pp. 113-126; para el R. N., HELCK, La administración (§ 42).

Sobre los reglamentos de servicio: G. P. F. VAN DEN BOORN, *The Duties of the Vizier* (London-New York, 1988); sobre las funciones del visir, además de las citadas obras de W. HELCK, también A. THÉODORIDÈS, «Le rôle du Vizir dans la Stèle Juridique de Karnak», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*, 3.ª serie, vol. 9, 1962, pp. 45-135.

Para las dudas sobre la división durante la Dinastía XIII, véase V. BECKERATH, Segundo Período Intermedio (§ 78), pp. 95-97.

§ 44. LA ADMINISTRACIÓN PROVINCIAL INTERIOR Y EXTERIOR

A principios de la época histórica, la administración del país emana de los dominios del rey, donde se almacenan los impuestos y se redistribuyen los depósitos de la residencia (Menfis). La división por «distritos» se percibe ya en la Dinastía III y, en el Alto Egipto, adopta su forma definitiva como máximo a principios de la Dinastía IV (hay una lista de estos distritos en el templo del valle de Esnofru). Durante la Dinastía V, los funcionarios de provincia, que ejercen temporalmente sus funciones por encargo del rey, dejan paso a los príncipes locales cuyo cargo, hereditario, ampliaría posterior y paulatinamente su poder; a finales del Reino Antiguo, estos príncipes serían el factor político más poderoso en ausencia del rey. Esta dominación feudal se extiende durante todo el Primer Período Intermedio, atrayéndose cada vez más los privilegios del rey; solo bajo Sesostris III se abolirá definitivamente. En el futuro, los hilos de la administración provincial concurren de nuevo en la corte de Tebas, al Sur, y de Menfis, al Norte; el límite entre am-

bas tierras se sitúa como máximo al norte de Asiut. Las cabezas de la administración en las provincias son ahora los «alcaldes» de los grandes lugares. En el Tercer Período Intermedio la administración central cede ante una nueva forma de dominación feudal que, de nuevo, será desmantelada en la Dinastía XXVI.

La administración de los territorios dominados en el Reino Nuevo en Nubia y Siria/Palestina tiene en cuenta las relaciones diferentes, por lo que no es la misma en ambos sectores. Ya a finales de la Dinastía XVII, Nubia pasa a depender de un «virrey» («hijo del rey») que, desde Tutmosis IV lleva el título completo de «Hijo del rey de Cush y administrador de los territorios del sur»; el departamento desapareció a principios de la Dinastía XXI, cuando los egipcios se retiraron de Nubia. En el transcurso de la Dinastía XVIII el control de los territorios nubios hasta la cuarta catarata queda dividido en dos provincias: Wawat (Baja Nubia) y Cush (Alta Nubia); ambas se encuentran en esta época bajo el dominio de un «representante» del virrey. La administración egipcia se apoya aquí, en primer lugar, en las fortalezas y en sus comandantes; los príncipes locales tenían una importancia menor. En cambio, la administración egipcia de Asia descansa sobre todo en los príncipes de las ciudades de Siria y Palestina. En época amarniense está documentada la existencia de tres provincias (W. Helck propone los nombres de Amurru, Upe y Canaán); sus gobernadores (en egipcio: «administradores de los territorios del norte»; en acadio: *rabisu*), que residían en las ciudades de Simyra, Kumidi y Gaza, no estaban bajo las órdenes de ningún virrey, sino que recibían sus indicaciones directamente de la corte. Mientras que los virreyes nubios y sus funcionarios han dejado tras de sí múltiples inscripciones, el material de la administración de Siria y Palestina se limita en lo esencial a las cartas amarnienses, por lo que aún está sujeto a algunas incertezas.

Egipto: W. HELCK, *Die altägyptischen Gaue* (1974); E. MARTIN PARDEY, *Untersuchungen zur ägyptischen Provinzialverwaltung bis zum Ende des Alten Reiches*, 1976 (*HÄB* 1).

Nubia: La lista más actual de los virreyes y el resto de la bibliografía en L. HABACHI, *LÄ*, «Königssohn von Kusch».

Asia: ABDUL KADER MOHAMMED, «The Administration of Syro-Palestine during the New Kingdom», *ASAE* 56, 1959, 105-137; W. HELCK, «Die ägyptische Verwaltung in den syrischen Besitzungen», *MDOG* 92, 1960, pp. 1-13; ídem, Relaciones (§ 59) pp. 256-267; E.D. OREN, *JSSEA* 14, 1984, pp. 37-56.

§ 45. LOS SACERDOTES

Es imposible establecer una clara distinción entre sacerdotes y funcionarios durante la época primitiva. El rango especial de los sacerdotes

se configura a lo largo del Reino Antiguo; los cargos sacerdotales superiores podían proveerse con funcionarios beneméritos. De este modo, los límites de la influencia política del sacerdocio estuvieron siempre estrechados por los nombramientos del rey y del resto de sus funcionarios; tendencias clericales declaradas solo se encuentran en época ramésida y alcanzan su punto culminante con el «estado teocrático» de la Dinastía XXI, cuando los altos sacerdotes de Tebas asumieron el poder del mundo en el Alto Egipto. Para el ejercicio del culto, el sacerdote debe acreditarse como delegado del rey, el único «señor del ritual»; por supuesto, la heredabilidad del cargo (§ 42) es especialmente fuerte en el sacerdocio. H. Kees ha demostrado en múltiples investigaciones que los funcionarios sacerdotales podían ser considerados, ya en el Reino Nuevo, e incluso aún en el Tercer Período Intermedio, como «prebendas» que servían de sustento material a familias distinguidas.

Sobre la carrera y la jerarquía estamos bien informados por detalladas noticias (por ejemplo, la biografía del alto sacerdote Bakenjon, de la Dinastía XIX), si bien faltan datos o valoraciones sobre el número total de sacerdotes accidentales en las grandes celebraciones. En la cima de los sacerdotes del templo estaban los «profetas» (según la expresión griega; en egipcio: «los servidores de los dioses»), por encima de los cuales podía haber un «director de profetas». Los grandes templos poseían, por orden jerárquico, desde un «primer profeta» hasta un «cuarto profeta»; así, el «primer profeta de Amón en Karnak» es referido también como «alto sacerdote» de Tebas, mientras que los «altos sacerdotes» de Menfis y Heliópolis disponían de un título arcaico especial —«director principal de los obreros» o bien «mayor de los visionarios» (?)—. Entre los «profetas» se hallaban los «padres de los dioses» y los «puros» (*wab*, *wʿb*); junto a ellos, había títulos especiales para los sacerdotes funerarios y colaboradores de los rituales festivos. Finalmente, también pertenecían al personal del templo escribas, cantantes, músicos y, para la administración de los bienes del templo, siempre importantes y ampliados por los nuevos regalos del rey, un administrador principal («jefe de la casa») con plantilla propia. Los «sacerdotes de horas» inferiores estaban organizados en cuatro *phyla*, que cumplían diferentes servicios. En el culto de las divinidades femeninas, muchas mujeres disponían también del título de «profetisa». Como en los grandes templos las divinidades iban siempre en aumento, podían aparecer en las titulaturas de sus altos sacerdotes las divinidades correspondientes.

Sinopsis en H. KEES, *Ägypten* (1933), pp. 242-263; S. SAUNERON, *Les prêtres de l'ancienne Égypte* (Paris, 1957, [2]1967, edición mejorada de 1988). Especialmente H. KEES, *Das Priestertum im ägyptischen Staat vom Neuen Reich bis zur Spätzeit*, Leiden, 1953 (*PrAeg* 1; índices y anexos de 1958); J. LECLANT, *Enquêtes sur les sa-*

cerdoces et les sanctuaires égyptiens à l'époque dite «éthiopienne» (Le Caire, 1954); G. VITTMANN, *Priester und Beamte* (§ 42); H. B. SCHÖNBORN, *Die Pastophoren im Kult der ägyptischen Götter* (1976); F. VON KÄNEL, *Les prêtres ouâb de Sekhmet* (Paris, 1984). Para la organización de las *phyla*, A. M. ROTH, *Egyptian Phyles in the Old Kingdom*, 1991 (*SAOC* 48).

Altos sacerdotes de Tebas entre las Dinastías XVII y XX: G. LEFEBVRE, *Histoire des Grands Prêtres d'Amon de Karnak jusqu'à la XXIe Dinastie* (Paris, 1929); continuación hasta la Dinastía XXVI: H. KEES, *Die Hohenpriester des Amun von Karnak von Herihor bis zum Ende der Äthiopenzeit*, 1964 (*PrAeg* 4). Altos sacerdotes de Menfis: CH. MAYSTRE, *Les grands prêtres de Ptah de Memphis*, 1992 (*OBO* 113). Heliópolis: M. I. MOURSI, *Die Hohenpriester des Sonnengottes von der Frühzeit Ägyptens bis zum Ende des Neuen Reiches*, 1972 (*MÄS* 26).

§ 46. LA ORGANIZACIÓN MILITAR

En el Reino Antiguo el empleo de «tropas» estaba al servicio predominantemente de las construcciones y de las expediciones mineras y comerciales; las operaciones propiamente militares eran raras. Las funciones militares se circunscribían al ámbito de lo civil y no reclamaban una organización especial; como los sacerdotes y los trabajadores, los soldados se dividían en *phyla* aún en el Reino Nuevo. Las luchas intestinas del Primer Período Intermedio exigían la aparición de un ejército profesional, los nuevos tipos de armas, una especialización, y las funciones militares del imperio durante el Reino Nuevo no podían realizarse sin un ejército bien formado y organizado. Los funcionarios militares ganaron influencia política al final de la Dinastía XVIII, mientras que los «oficiales de frente» apenas destacaban. La consideración de los combatientes y de los oficiales fue escasa en todas las épocas, a pesar de los salarios regios en forma de metales preciosos, posesiones de tierras y esclavos, y a pesar de las destacadas gestas heroicas personales de la Dinastía XVIII. El egipcio gustaba dedicarse a la organización militar y cedía las funciones de campo en buena parte a los soldados extranjeros; ya en el Reino Antiguo se encuentra a nubios y libios en servicios egipcios, y en el Reino Nuevo se añaden negros, tropas auxiliares sirias y marineros, y, en época tardía, judíos y griegos. Los extranjeros conformaban unidades propias, pero los altos oficiales eran egipcios.

La equiparación entre las graduaciones egipcias y las modernas puede realizarse solo con mucha cautela. Así, altos oficiales de muy distintos rangos detentan el título de «director de las tropas», equiparado normalmente al de «general». El título superior de «director principal de las tropas» o «generalísimo» se aplica la mayoría de las veces en el Reino Nuevo a los príncipes reales. Si bien la unidad táctica más pequeña tenía un efectivo fijo de 50 hombres y los *phyla* de 200 a 250

hombres, parece que el potencial humano de las unidades mayores variaba según la necesidad. En el Reino Nuevo, tras la aparición de los carros de combate en la época hicsa, se creó, junto a la «infantería» (*mnfꜣt*), un «cuerpo de carros» con oficiales propios; los jinetes solo aparecen ocasionalmente (¿como exploradores?). La flota egipcia, cuyos navíos fueron empleados por ejemplo en la lucha contra los hicsos, operaba siempre en estrecha coordinación con las tropas terrestres.

Sinopsis en H. KEES, *Ägypten* (1933) pp. 227-242 y R. O. FAULKNER, «Egyptian Military Organization», *JEA* 39, 1953, pp. 32-47. Más especializado, W. HELCK, *Der Einfluß der Militärführer in der 18. ägyptischen Dynastie*, 1939 (*UGAÄ* 14); L. CHRISTOPHE, «L'Organisation de l'Armée égyptienne à l'époque ramesside», *Revue du Caire* 20, 1957, pp. 387-405; E. KOMORZYNSKI, «Über die soziale Stellung des altägyptischen Soldaten», *ASAE* 51, 1951, pp. 111-122; A. R. SCHULMAN, *Military Rank, Title and Organization in the Egyptian New Kingdom*, Berlin, 1964 (*MÄS* 6); además: J. YOYOTTE y J. LOPEZ, *BiOr* 26, 1969, pp. 3-19; A. J. SPALINGER, *Aspects of the Military Documents of the Ancient Egyptians* (New Haven-London, 1982); A. KADRY, *Officers and Officials in the New Kingdom* (Budapest, 1982); P. M. CHEVEREAU, *Prosopographie des cadres militaires égyptiens de la Basse Epoque* (Antony, 1985); ídem, *RdE* 38, 1987, pp. 13-48 (para el R. A. y el Primer Período Intermedio) y *RdE* 42, 1991, pp. 43-88 (R. M., continuación 43, 1992, pp. 11-34); ídem, *Prosopographie des cadres militaires égyptiens du Nouvel Empire* (Antony, 1994); A. M. GNIRS, *Militär und Gesellschaft* (Heidelberg, 1996).

Carros de combate: A. R. SCHULMAN, «The Egyptian Chariotry: A Reexamination», *JARCE* 2, 1963, pp. 75-98; ídem, «Chariots, Chariotry, and the Hyksos», *JSSEA* 10, 1979-1980, pp. 105-153.

Flota: T. SÄVE-SÖDERBERGH, *The Navy of the Eighteenth Egyptian Dynasty* (Uppsala, 1946).

Problemas y métodos de la técnica militar en el Antiguo Oriente han sido tratados por Y. YADIN, *The Art of Warfare in Biblical Lands*, 2 vols. (New York, 1963), y V. I. AVDIEV, *Voennaja Istorija Drevnego Egipta*, (Moskau, 1959).

Sobre la policía: W. HELCK, Militärführer pp. 57-59, y la administración (§ 42) pp. 73-76; sobre los grupos paramilitares de la Matoi, GARDINER, *Onomastica* (§ 60) I 73*-89*, y G. POSENER, *ZÄS* 83, 1958, pp. 38-43.

Sobre el armamento: H. BONNET, *Die Waffen der Völker des Alten Orients* (1926), y W. WOLF, *Die Bewaffnung des altägyptischen Heeres* (1926).

§ 47. LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA

El derecho es la realización de la *Maat* (§ 60); quien comete una injusticia, él mismo se excluye del orden justo de las cosas. El juicio de Osiris ante el tribunal de los dioses en Heliópolis es una imagen mítica de cómo se decide en derecho una contienda en favor del débil según la costumbre. Las expresiones egipcias que designan lo «correcto» están orientadas en el derecho civil hacia una «separación» de los dos bandos contendientes. Donde rige el derecho, se decide mediante el modelo de fuentes concluyentes, mediante el juramento y el testimonio.

El rey conoce la esencia de la *Maat* y la decide conjuntamente con sus funcionarios; para ello, no precisa ninguna codificación que valide las leyes. Se hacen nuevas leyes mediante decretos reales; el visir (§ 43), como supremo árbitro y sacerdote de la Maat, supervisa su cumplimiento y es la última instancia posible en todas las contiendas. No abundan las referencias a las disposiciones del rey, si bien se necesita, obviamente, la confirmación del faraón para los castigos corporales. Los tribunales locales y provinciales se reclutaban entre los funcionarios locales y estaban subordinados a la inspección del visir; en los casos importantes podían instaurarse tribunales especiales. En el Reino Nuevo largos decretos del rey y disposiciones reguladoras resolvían las anomalías existentes en la administración y en la justicia (Horemheb, Seti I), pero solo bajo el rey persa Darío I puede hablarse de una compilación de las sentencias egipcias. La ausencia de códigos obliga a la investigación a partir de los protocolos y los pactos originales, esto es, de los casos concretos. Gracias a la forma escrita de todos los convenios, el carácter amistoso de los egipcios y la bondad del clima, el número de papiros jurídicos (además de las fuentes «publicadas» en inscripciones, por ejemplo, Hapdyefai y Mes) es en conjunto muy elevado, si bien desigualmente repartido en función de la época. El material textual demótico (§ 10) es especialmente abundante y en determinados ámbitos, como el derecho civil y el derecho matrimonial, está especialmente desarrollado, mientras que para la época antigua es mucho más difícil de reconstruir, dada la escasez y poca fiabilidad de las informaciones sobre las normas jurídicas vigentes y su aplicación. Nuestro conocimiento del derecho penal se basa, en lo esencial, en los casos de alta política, como los procesos contra una reina de la Dinastía VI, contra los asesinos de Rameses III y contra los ladrones de tumbas tebanas; por supuesto, las fuentes de época ramésida ofrecen suficiente material para investigaciones aparte. En el Reino Nuevo los castigos se realizaban mediante azotes, mutilaciones, deprivaciones o incautación de bienes, deportación y trabajos forzados; no había ningún inconveniente en servirse de la tortura para obtener confesiones, si bien la pena de muerte (hoguera o decapitación en el «palo») se limitaba, tanto en la teoría (*Enseñanza a Merikare*) como en la práctica, a casos excepcionales.

En el Reino Nuevo los tratados egipcios con los hititas (Rameses II) y los mitani (Tutmosis IV), ciertas «reglas del juego» militares (intangibilidad de los mensajeros, concesión de la libre retirada) y el derecho de asilo aparecen en términos que son una premonición del derecho internacional. Las inscripciones regias se esfuerzan por justificar la guerra como una reacción a las «sublevaciones».

Buena sinopsis por E. SEIDL en *HO*, 3, con un volumen complementario (Leiden, 1964). La historia del derecho egipcio ha sido tratada por ERWIN SEIDL en

múltiples volúmenes complementarios: *Einführung in die ägyptische Rechtsgeschichte bis zum Ende des Neuen Reiches*, [2]1951 (*ÄgFo* 10); *Ägyptische Rechtsgeschichte der Saiten und Perserzeit*, 1956, [2]1968 (*ÄgFo* 20); *Ptolemäische Rechtsgeschichte*, [2]1962 (*ÄgFo* 22). Véase además I. M. LURJE, *Studien zum altägyptischen Recht* (1971); B. MENU, *Recherches sur l'histoire juridique, économique et sociale de l'ancienne Égypte* (Versailles, 1982); B. MENU (ed.), *Égypte pharaonique: pouvoir, société* (Paris, 1996).

Investigaciones especiales: K. SETHE y J. PARTSCH, *Demotische Urkunden zum ägyptischen Bürgschaftsrechte* (1920); U. KAPLONY-HECKEL, *Die demotische Tempeleide*, 2 vols., 1963 (*ÄgAbh* 6); J. A. WILSON, «The Oath in Ancient Egypt», *JNES* 7, 1948, pp. 129-156; G. R. HUGHES, *Saite Demotic Land Leases*, 1952 (*SAOC* 28); E. SEIDL, «Zum juristischen Wortschatz der alten Ägypter», *Hom. F. Dornseiff*, 1953, pp. 320-329; E. SEIDL, «Vom Erbrecht der alten Ägypter», *ZDMG* 107, 1957, pp. 270-281; H. GOEDICKE, «Untersuchungen zur altägyptischen Rechtsprechung I», *MIO* 8, 1963, pp. 333-367 («arbitrajes» en el Reino Antiguo); T. MRSICH, *Untersuchungen zur Hausurkunde des Alten Reiches*, 1968 (*MÄS* 13); B. MENU, *Le régime juridique des terres et du personnel attaché à la terre* (Lille, 1970); H. GOEDICKE, *Die privaten Rechtsinschriften aus dem Alten Reich* (1970); S. ALLAM, *Das Verfahrensrecht in der altägyptischen Arbeitersiedlung von Deir el-Medineh* (1973); D. LORTON, *The Juridical Terminology of International Relations in Egyptian Texts* (Baltimore-London, 1974); J. J. PEREPELKIN, *Privateigentum in der Vorstellung der Ägypter des Alten Reiches*, ed. R. MÜLLER-WOLLERMANN (1986); A. G. MCDOWELL, *Jurisdiction in the workmen's community of Deir el-Medina* (Leiden, 1990); S. ALLAM (ed.), *Grund und Boden in Altägypten* (1994).

Derecho matrimonial: E. LÜDDECKENS, *Ägyptische Eheverträge*, 1960 (*ÄgAbh* 1), anexos en *AcOr* 25, 1961, pp. 238-249; sobre la terminología jurídica, E. SEIDL, *ZDMG* 113, 1963, pp. 204-207; P. W. PESTMAN, *Marriage and Matrimonial Property in Ancient Egypt* (Leiden, 1961).

Derecho penal: D. LORTON, «The Treatment of Criminals in Ancient Egypt», *JESHO* 20, 1977, pp. 2-64.

«Casos» famosos: T. E. PEET, *The Great Tomb Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty*, 2 vols. (Oxford, 1930) (anexos en *JEA* 22, 1936, pp. 169-193); R. ANTHES, «Das Bild einer Gerichtsverhandlung und das Grab des Mes aus Sakkara», *MDAIK* 9, 1940, pp. 93-119; sobre la conjura contra Rameses III, A. DE BUCK, *JEA* 23, 1937, pp. 152-164, y H. GOEDICKE, *JEA* 49, 1963, pp. 71-92; sobre el «escándalo de Elefantina», T. E. PEET, *JEA* 10, 1924, pp. 116-127, y S. SAUNERON, *RdE* 7, 1950, pp. 53-62; sobre los *affaires* Paneb, véase ALLAM, *Hieratische Ostraka und Papyri aus der Ramessidenzeit* (1973).

§ 48. PROSOPOGRAFÍA, DENOMINACIONES

Los nombres de las personas conocidas de época ptolemaica han sido recogidos, ordenados por ramas administrativas y grupos profesionales, en la *Prosopographia Ptolemaica* de W. Peremans y E. Van't Dack (Louvain, 1950 ss., complementos de la obra, *CdE* 21, 1946, pp. 267-269). Aún estamos lejos de una prosopografía igualmente resumida del Egipto faraónico, si bien ya existen importantes trabajos preliminares en esta dirección; por lo que se refiere a la administración (§ 42), W. Helck ha reunido abundante material prosopográfico de los visi-

res, tesoreros, administradores principales, administradores centrales de los graneros, director del tesoro del palacio y alcaldes de Tebas; H. Kees (§ 45), para el sacerdocio tebano del Reino Nuevo y del Tercer Período Intermedio; Chevereau, para lo militar (§ 46), F. Jonckheere y otros, para los médicos (§ 64), D. Franke, en general, para el Reino Medio. El cuidadoso *corpus* de la escultura tardía de B. V. Bothmer y H. de Meulenaere (§ 90) incluye también material relativo a la prosopografía tardía que, por su parte, es ineludible para el estudio de la administración, de la estructura de la población y de las relaciones genealógicas. Entretanto, es de gran ayuda para estos estudios la colección editada por H. Ranke y la valoración de los nombres personales egipcios, que ha sido complementada recientemente con el libro de nombres demóticos de E. Lüddeckens; se halla aquí también a disposición de la historia de la religión un valioso material que llega hasta el principio del tercer milenio a.e. Los nombres personales teofóricos (compuestos de nombres de dioses) reflejan el significado de los dioses para la vida del individuo e informan de algunas divinidades de las que no existe más documentación; un amplio grupo de nombres propios, aunque poco investigado, contiene el nombre del rey regente y, así, la posibilidad de su datación. Además de su nombre de pila, el egipcio podía también tener un nombre «bonito» sustitutivo; los diminutivos cariñosos suelen aparecer en las inscripciones oficiales y, desde la Dinastía V, son habituales incluso para los reyes.

H. RANKE, *Die ägyptischen Personennamen*, 3 vols. (1935-1977); ídem, *Grundsätzliches zum Verständnis der ägyptischen Personennamen*, 1936-1937 (*SBHAW* 3); J. J. STAMM, «Probleme der akkadischen und ägyptischen Namengebung», *WdO* 2, 1955, pp. 111-119; H. DE MEULENAERE, *Le surnom égyptien à la Basse Époque* (Istanbul, 1966); P. VERNUS, *Le surnom au Moyen Empire* (Rom, 1986).

Los nombres personales de la época antigua, en P. KAPLONY, *Inschriften* (§ 74) I, pp. 379-672; para el R. M., D. FRANKE, *Personendaten aus dem Mittl. Reich* (*ÄgAbh* 41, 1984); para la época tardía, E. LÜDDECKENS, *Demotisches Namenbuch* (1980 ss.).

Nombres teofóricos: K. HOFFMANN, *Die theophoren Personennamen des älteren Ägyptens*, 1915 (*UGAÄ* 7); W. HELCK, «Zu den theophoren Eigennamen des Alten Reiches», *ZÄS* 79, 1954, pp. 27-33.

Las publicaciones anuales revelan continuamente nombres propios desconocidos, de manera que las listas deben ser constantemente revisadas.

Para el nombre como parte de la personalidad, véase § 33.

§ 49. ESTRUCTURA SOCIAL, ESCLAVITUD

Durante mucho tiempo la división aceptada de la población prehistórica en nómadas y campesinos ha simplificado demasiado la estruc-

tura social y ahora empieza a dejar paso a una imagen distinta. Valdría la pena llevar a cabo una nueva investigación, geográfica e históricamente documentada, del material egipcio, que, ya para la prehistoria tardía, permite conocer distintas formas transitorias entre campesinos, pastores y nómadas, además de una mano de obra ampliamente adiestrada e incluso una primera explotación de las canteras. Durante el esplendor del Reino Antiguo hubo espacio para una clase «libre» de tribus estrictamente nómadas, si bien faltan fuentes en este sentido. No parece que hayan existido campesinos «libres», puesto que, en tanto que bienes del estado, los trabajadores de la tierra, los artesanos y los sirvientes dependían todos en igual medida del rey y de los administradores nombrados por él. Siendo el comercio también de carácter estatal (§ 55), falta una clase de vendedores y comerciantes propiamente dichos; de «profesiones libres» ni siquiera puede hablarse. Así, todas las clases sociales exhiben, en el esplendor del Reino Antiguo, si empleamos nuestros criterios modernos, distintos grados de falta de libertad, en dependencia del sostén regio. Esta falta de libertad es mayor entre los trabajadores de la tierra hasta formas que deben caracterizarse de «posesión» o de esclavitud; ya en la Dinastía IV los trabajadores de la tierra asignados por el rey a sus funcionarios podían convertirse en propiedad transferible. Por supuesto, la esclavitud no desempeñó en el Reino Antiguo ninguna función económica; la prodigalidad de trabajos y expediciones públicas era posible mediante servicios civiles obligatorios, más comparables con el moderno servicio militar que con la esclavitud antigua.

A finales del Reino Antiguo, gracias al creciente número de decretos proteccionistas y privilegios del rey, surge, en el ámbito de los templos y de las donaciones funerarias, la propiedad privada protegida; tras el derrumbamiento de la realeza, liberada de sus vínculos actuales, se genera, en la confusión del Primer Período Intermedio, una nueva clase de campesinos libres, obreros y «burgueses», que muestran con orgullo la posesión privada de sus tierras, animales, casas y barcos. El desarrollo ulterior de esta clase de propietarios, compuesta especialmente por funcionarios y sacerdotes al amparo de una realeza fortalecida, apenas ha sido investigado; tampoco se ha llevado a cabo una descripción de las relaciones sociales propias del Reino Nuevo. Pese al número creciente de prisioneros de guerra, que contribuyen a las campañas militares del Reino Medio y del Reino Nuevo, la trascendencia económica de los esclavos sigue siendo escasa. Los esclavos sirios eran apreciados manifiestamente para trabajos especiales de cocina, tejidos y elaboración de cerveza; para estas tareas eran preferidos antes que los egipcios; la demanda creciente encubría el tráfico regular de esclavos. Como los esclavos ya poseían propiedades, podían servir ellos mismos como criados y casarse con libres; la contraposición so-

cial con los hombres «libres» era pequeña, y la liberación, ampliamente atestiguada, ponía fin a la relación de posesión solo en lo esencial.

W. HELCK, «Die soziale Schichtung des ägyptischen Volkes im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.», *JESHO* 2, 1959, pp. 1-36; O. D. BERLEV, «Les prétendus "citadins" au Moyen Empire», *RdE* 23, 1971, pp. 23-48; A. M. BAKIR, *Slavery in Pharaonic Egypt* (Cairo, 1952; reedición de 1978).

§ 50. LOS EXTRANJEROS

Desde la Dinastía V está documentada la presencia de nubios en calidad de sirvientes, soldados y policías en Egipto; a lo largo de todas las vicisitudes de la historia, los nubios estuvieron muy solicitados para estas funciones hasta los tiempos actuales. Los demás extranjeros, con quienes los egipcios del Reino Antiguo (§ 59) entraron poco en contacto, carecieron de significado para su estructura social. Solo a finales del Reino Medio comienza a dar muestras de existencia una amplia clase de esclavos asiáticos en las profesiones más diversas (§ 49); algunos asiáticos, quizá como mercenarios, pudieron atraerse a la realeza durante el Segundo Período Intermedio; con los hicsos, Egipto entra por primera vez bajo la dominación de una dinastía de señores extranjeros. Con ello Egipto se abre mucho más que antes a los estilos extranjeros, que hasta entonces se habían considerado extraños, desordenados y ridículos. Por su manera de ver el mundo, los egipcios siempre habían sentido un profundo desprecio por todo lo extraño, por todo lo que no perteneciera al orden egipcio; pero, por su sentido práctico, se servían de todo lo extranjero, superior muchas veces, y durante el Reino Nuevo, llegaron incluso a aficionarse. Las mujeres sirias les aportaron un sentido de lo erótico más nuevo y liberado; los funcionarios sirios se promocionaron en la administración y, en época ramésida, podían ascender hasta las funciones superiores del estado. Las hijas de los príncipes asiáticos pasaban a formar parte del harén del rey, y sus hijos eran educados en el palacio real; pero hasta este momento no está documentada, pese a los intensos ensayos en este sentido, la existencia de ninguna esposa principal del rey que fuera extranjera.

Esta expansión de los extranjeros en la sociedad egipcia no estuvo exenta de influencias en la actitud religiosa de los egipcios. Por lo menos desde la época amarniense, el extranjero dejó de ser para los egipcios lo caótico-extranjero, y pasó a estar sometido, como Egipto, a la preocupación por el orden de los dioses; este conocimiento continúa teniendo su espacio (el «hermanamiento» de egipcios e hititas bajo Rameses II), pero con la dominación extranjera ininterrumpida desde la Dinastía XXII, la soberbia aversión antigua vuelve a imponerse y se in-

crementa hasta el odio fanático por lo extranjero. La historia de la época tardía está repleta de constantes disensiones entre los sectores egipcio, libio, griego y judío de la población.

W. HELCK, «Die Ägypter und die Fremden», *Saeculum* 15, 1964, pp. 103-114 (sobre la actitud espiritual); E. OTTO, «Anerkennung und Ablehnung fremder Kultur in der ägyptischen Welt», *Saeculum* 19, 1968, pp. 330-343; A. THEODORIDÈS, «Les relations de l'Égypte pharaonique avec ses voisins», *RIDA* 22, 1975, pp. 87-140; A. LOPRIENO, *Topos und Mimesis. Zum Ausländer in der ägyptischen Literatur* (1988); D. VALBELLE, *Les Neuf Arcs* (Paris, 1990).

Nubios: H. G. FISCHER, «The Nubian Mercenaries of Gebelein», *Kush* 9, 1961, pp. 44-80 (especialmente pp. 76-79 sobre la colonia nubia de Egipto).

Testimonios asiáticos en Egipto durante el Reino Nuevo en TH. SCHNEIDER, *Asiatische Personennamen in ägyptischen Quellen des Neuen Reiches*, 1992 (*OBO* 114).

Judíos: S. HERRMANN, *Israels Aufenthalt in Ägypten* (1970); además, abundante bibliografía sobre los judíos en el Egipto helenístico, véase por ejemplo V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilization and the Jews* (1959), II parte; sobre el antisemitismo, J. YOYOTTE, «Les origines égyptiennes de l'antijudaisme», *RHR* 82, 1963, pp. 133-143; H. HEINEN, «Ägyptische Grundlagen des antiken Antijudaismus», *Trierer Theologische Zeitschrift* 101, 1992, pp. 124-149.

§ 51. LA POBLACIÓN (ESTADÍSTICAS, ANTROPOLOGÍA FÍSICA)

Para los datos exactos de la población del Egipto faraónico, nuestras fuentes no son suficientes. Las apreciaciones precavidas deben partir en primer lugar de las relaciones de época grecorromana. Para esta, los autores antiguos proporcionan un número global de unos 7 millones (Diodoro I 31, 8) o 7,5 millones sin los alejandrinos (Flavio Josefo, *De bello judaico* II 16). Con ello debería darse al mismo tiempo un nivel máximo de población en el Reino Nuevo; las apreciaciones modernas están o bien ligeramente por encima (A. Moret, *Le Nil*, p. 547 nota 3: 8 millones; H. D. Schaedel, *LÄS* 6, p. 56: 8-9 millones), o bien claramente por debajo (K. Baer, *JARCE* 1, 1962, p. 44: 4,5 millones en época ramésida). Para épocas aún más antiguas deben bastar cifras esencialmente menores, quizás unos 2 millones (así Hayes, *Scepter of Egypt* I, p. 277, para el Reino Medio), si bien todas las estimaciones son aún muy inseguras. El primer censo moderno, de 1821, dio por resultado algo menos de 21,5 millones de habitantes.

Respecto a la duración media de la vida y a la esperanza media de vida, de nuevo se pueden encontrar ciertos puntos de apoyo en el amplio material de la época grecorromana. De los 168 datos de vidas de las estelas de Kom Abu Billu, Hooper ha contabilizado una duración media de vida de apenas 33 años para los siglos III-IV d.e.; a causa de la elevada mortalidad infantil, la esperanza media de la vida estaba situada seguramente por debajo de los 25 años (25,4 según las etique-

tas de las momias: F. Baratte y B. Boyaval, *CRIPEL* 2, 1974, pp. 161 ss.). Existen numerosos datos exactos de época faraónica sobre la edad alcanzada (resumen en F. Jonckheere, *CdE* 30, 1955, pp. 29-31), aunque están demasiado diseminados temporal y socialmente para ser objeto de estadística; 110 años sigue siendo la «edad ideal» deseada, si bien nunca alcanzada; mientras que 80 años, e incluso algunos más, parecen ser seguros en algunos casos.

A causa de las inundaciones periódicas, la población estaba concentrada, seguramente desde el principio, en un espacio limitado; puede apreciarse el esbozo del plano de una ciudad en el caso de Ajetatón, la residencia de Ajenatón. Casi todos los asentamientos urbanos de época faraónica han sido sobreedificados varias veces y, por ello, se han perdido para nosotros; solo las relaciones sociales (§ 49) permiten mostrar la existencia de pequeños asentamientos urbanos al principio mismo de la historia. Especialmente productiva fue, desde el principio, la investigación de las poblaciones de Elefantina y de la «ciudad de Rameses», al este del Delta. Como, durante el Reino Antiguo, los reyes residían en diferentes «palacios», se forma una población urbana solo durante las agitaciones del Primer Período Intermedio; para el Reino Nuevo podemos contar por lo menos tres grandes ciudades: Menfis, Tebas y la «ciudad de Rameses».

F. W. RÖSING, *Qubbet el Hawa und Elephantine. Zur Bevölkerungsgeschichte von Ägypten* (1990).

Estadística: T. WALCK-CZERNECKI, «La population de l'Égypte à l'époque Saïte», *BIE* 23, 1941, pp. 37-62; E. A. HOOPER, «Data from Kom Abu Billou on the Length of Life in Graeco-Roman Egypt», *CdE* 31, 1956, pp. 332-340; B. BOYAVAL, *CdE* 52, 1977, pp. 345-351 (época grecorromana).

Cálculos aproximados para la época primitiva en K. BUTZER, *Early Hydraulic Civilization in Egypt*, Chicago 1976, pp. 83 ss.

Números relativos para los nomos de la época ptolemaica en J. BINGEN, *CdE* 21, 1946, p. 148; pirámide de edades en HUMBERT und PRÉAUX, *Recherches sur le recensement dans l'Égypte romaine* (1952) p. 159.

Edad ideal: J. JANSSEN, «On the Ideal Lifetime of the Egyptians», *OMRO* 31, 1950, pp. 33-44.

Ciudades: Sinopsis básica de M. BIETAK en *LÄ*, artículo «Stadt(anlage)».

El tipo racial del antiguo egipcio, que todavía hoy se conserva ocasionalmente, es el resultado de una mezcla ya prehistórica, predominantemente de elementos mediterráneos y etiópicos; las influencias orientales continúan durante la época histórica. En este sentido, pueden intervenir formas muy diferentes en la formación del cráneo, sin necesidad de aceptar la hipótesis de la «invasión» de razas nuevas. La mayoría de las investigaciones antropológicas se apoyan aún exclusivamente en el valor testimonial de los esqueletos; por supuesto, Egipto, con su momificación y con las típicas imágenes humanas de su arte,

ofrece ya espléndidas posibilidades de un control que no solo es válido para las épocas prehistóricas. Es necesaria una ulterior aclaración de la metódica y de los detalles para llegar a afirmaciones seguras.

P. E. NEWBERRY, «Ägypten als Feld für anthropologische Forschung», *AO* 27/1, 1928; H. JUNKER, «Zu der Frage der Rassen und Reiche in der Urzeit Ägyptens», *ÖAW* 1949 n.º 21; D. E. DERRY, «The Dynastic Race in Egypt», *JEA* 42, 1956, pp. 80-85 (diferencias craneométricas entre la prehistoria y la historia); A. WIERCINSKI, «Introductory Remarks concerning the Anthropology of Ancient Egypt», *Bull. Société Geogr. d'Égypte* 31, 1958, pp. 73-84; E. STROUHAL, «Rassengeschichte Ägyptens», en I. SCHWIDETSKY (ed.), *Rassengeschichte der Menschheit* (1975), pp. 9-89.

§ 52. LA FAMILIA, LA POSICIÓN DE LA MUJER

En sentido estricto, la familia era la célula del estado y de la sociedad, y, la mayoría de las veces, estaba compuesta únicamente de una pareja y de sus hijos menores de edad. Relaciones de parentesco tan concretas como «tío» o «primo» debían de ser muy complicadas y carecían de cualquier significado importante claro, puesto que se trataba primariamente de una relación social, no biológica. La monogamia, en las mismas clases socialmente dominantes, era lo normal; el matrimonio entre hermanos se limitaba, antes de la época romana, casi exclusivamente a la casa real, que, durante las Dinastías XVIII y XIX, conoce incluso el matrimonio con la propia hermana. De la posición destacada de la mujer Diodoro (I, 27) informa aun de que esta estaba legalmente casi equiparada al hombre y, por aclaraciones aportadas en el contrato matrimonial (Contrato matrimonial, § 47), asegurada en su independencia financiera; los contratos de separación solo se conocen hasta ahora para la época tardía. Para la herencia, los hijos y las hijas estaban equiparados. Obligación especial del hijo era la preocupación por la existencia del padre en el Más Allá, si bien desde ahí se han desarrollado los rudimentos de un culto a los antepasados solo en la casa real.

E. FEUCHT, *Das Kind im Alten Ägypten* (Frankfurt a. M., 1995).

La *posición de la mujer* ha sido muy tratada y desde el principio de manera especialmente intensiva: *Nofret — Die Schöne. Die Frau im alten Ägypten*, 1984 und 1985 (catálogo de exposición); C. DESROCHES NOBLECOURT, *La femme au temps des pharaons* (Paris, 1986); B. S. LESKO (ed.), *Women's Earliest Records. From Ancient Egypt and Western Asia* (Atlanta, 1989); G. ROBINS, *Women in ancient Egypt* (London, 1993). Sobre los títulos femeninos: W. A. WARD, *Essays on Feminine Titles of the Middle Kingdom* (Beirut, 1986).

Matrimonios entre hermanos: J. CERNÝ, «Consanguineous Marriages in Pharaonic Egypt», *JEA* 40, 1954, pp. 23-29; H. THIERFELDER, *Die Geschwisterehe im hellenist.-römischen Ägypten* (1960).

Sobre la diversa circunscripción de la filiación en las diferentes épocas: K. SETHE, *ZÄS* 49, 1911, pp. 95-99, también D. FRANKE, *Altägyptische Verwandtschaftsbezeichnungen im Mittleren Reich* (1983).

§ 53. LA VIDA COTIDIANA

Gracias a las tiernas y precisas representaciones de su vida terrenal de que se rodeaban los egipcios del Reino Antiguo y Nuevo en sus tumbas, conocemos de su vida cotidiana una plétora de detalles como ningún otro pueblo de la Antigüedad ha proporcionado. Sus costumbres, sus actividades domésticas y laborales, sus relaciones con las personas y con las cosas que les rodeaban, sus vestidos variables según las modas y sus complementos con adornos y cosméticos, su alegría por el deporte, el juego y la conversación, todo ello podemos captarlo tan cerca como lo permite la enorme distancia en el tiempo. Que estos detalles sumamente terrenales se hallen en las tumbas es algo que da fe de la unidad y la incomparabilidad de su vida: con sus preocupaciones por el Más Allá y por el enterramiento, demostraba alegría por el Más Acá y volvía su mirada hacia la maravilla y la amenidad del mundo creado. Las fuentes literarias, numéricamente escasas, las cartas y los documentos de la vida diaria constatan y completan el cuadro colorista de las imágenes de las tumbas. Los papiros y las ostracas de Deir el-Medina (§ 95) permiten describir día a día, durante algunos años, la vida de esta colonia de obreros de época ramésida que, ciertamente, se hallaba en circunstancias especiales, así como seguir, a lo largo del tiempo, los destinos de algunos individuos, desde el visir hasta el portador del agua.

El amplio material relativo a la historia de la cultura (§ 69) ha sido analizado, en desigual medida, con mayor énfasis sobre la vida diaria, en P. MONTET, *So lebten die Ägypter vor 3000 Jahren* (1960); WALEY-EL-DINE SAMEH, *Alltag im Alten Ägypten* (1963); F. DAUMAS, *La vie dans l'Égypte ancienne* (Paris, 1968); E. BRUNNER-TRAUT, *Die Alten Ägypter. Verborgenes Leben unter Pharaonen* (1974, [4]1987); T. G. H. JAMES, *Pharaoh's People. Scenes from Life in Imperial Egypt* (London, 1984).

Sobre los vestidos: H. BONNET, *Die ägyptische Tracht bis zum Ende des Neuen Reiches*, 1917 (*UGAÄ* 7, 2); E. STAEHELIN, *Untersuchungen zur ägyptischen Tracht im Alten Reich*, 1966 (*MÄS* 8).

Deporte y juego: W. DECKER, *Sport und Spiel im Alten Ägypten* (1987).

Sobre el juego de las damas: T. KENDALL, *Passing through the Netherworld. The Meaning and Play of Senet* (Boston, 1978); E. PUSCH, *Das Senet-Brettspiel im alten Ägypten*, 1979 (*MÄS* 38).

§ 54. LA ECONOMÍA

Teóricamente, la totalidad de la tierra, los productos, las riquezas del suelo, los medios de producción y la fuerza del trabajo son propiedad del rey, que, como padre universal, provee de lo necesario a sus funcionarios y a todo el pueblo. En la práctica, ya en el transcurso del Rei-

no Antiguo, la propiedad se ramifica mediante muestras de favor del rey (§ 49) y, con ello, en una economía privada de alcance limitado que, con el primer hundimiento del orden del estado, se hace autárquica. En las diferentes ramas de la economía, sobre todo en el comercio exterior y en la explotación de las canteras, el monopolio del rey prevaleció hasta la época tardía. El poder creciente del templo se interpuso entre las posesiones del rey y las propiedades privadas; en el punto culminante de esta tendencia, en la Dinastía XX, la mayor parte de las tierras y del ganado son propiedad del templo gracias a las donaciones del rey. Aquí se percibe uno de los múltiples factores que condujeron al hundimiento del estado distributivo y a la crisis económica durante la época ramésida. A finales de la Dinastía XX, Egipto, tantos siglos potencia económica dominante del mundo antiguo, es una tierra pobre. La historia de la economía del Reino Nuevo, su eclosión y su declive económico y sus complejas causas, además de las relaciones difícilmente identificables entre la propiedad estatal y la privada, han sido investigadas sobre todo por W. Helck y J. J. Janssen. El material relacionado con el tema ha sido ordenado fundamentalmente teniendo en cuenta las relaciones de propiedad, aunque es clarificador también de innumerables bienes económicos, ofreciendo a la historia de la economía un conocimiento en detalle que permite preservarla del uso de patrones simplificados.

W. HELCK, *Materialien zur Wirtschaftsgeschichte des Neuen Reiches*, 6 vols., 1961-1969 (*Abh. Mainz*, 1960, n.º 10-11, 1963, n.º 2-3, 1964, n.º 4, 1969, n.º 4; además, índices de I. Hofmann, 1970); ídem, *Wirtschaftsgeschichte des alten Ägypten im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.* (Leiden, 1975), y para la época tardía D. MEEKS, «Les donations aux temples dans l'Égypte du Ier millén. av. J. C.», en *State and Temple Economy in the Ancient Near East* (ed. E. Lipinski, Leuven, 1979), II, pp. 605-687; J. J. JANSSEN, «Prolegomena to the Study of Egypt's Economic History during the New Kingdom», *SAK* 3, 1975, pp. 127-185. Además, S. MORENZ, *Prestige-Wirtschaft im Alten Ägypten*, *SBBAW* 1969, cuaderno 4; M. MEGALLY, *Recherches sur l'économie, l'administration et la comptabilité égyptiennes à la XVIIIe dynastie* (Le Caire, 1977); D. A. WARBURTON, «Keynes'sche Überlegungen zur altägyptischen Wirtschaft», *ZÄS* 118, 1991, pp. 76-85; ídem, *State and Economy in Ancient Egypt. Fiscal Vocabulary of the New Kingdom*, 1996 (*OBO* 151).

Buena sinopsis sobre las materias primas de Egipto y su explotación en la Antigüedad en H. KEES, *Ägypten* (§ 69), pp. 126 ss. Fundamental para el *catastro* del Reino Nuevo A. H. GARDINER, *The Wilbour Papyrus*, 4 vols. (Oxford, 1941-1952).

Sobre cuestiones especiales también A. SCHARFF, «Ein Rechnungsbuch des königlichen Hofes aus der 13. Dyn.», *ZÄS* 57, 1922, pp. 51-68; W HELCK, «Wirtschaftliche Bemerkungen zum privaten Grabbesitz im Alten Reich», *MDAIK* 14, 1956, pp. 63-75; B. ADAMS, *Fragen altägyptischer Finanzverwaltung nach Urkunden des Alten und Mittleren Reiches* (1956).

Véase también los siguientes párrafos sobre la esclavitud (§ 49) y sobre los metales nobles (§ 57).

§ 55. COMERCIO Y TRANSPORTE

En el estrecho y alargado valle del Nilo, el río y sus ramificaciones son las vías de transporte naturales. Los trayectos menores se recorrían a pie o en palanquín; el asno parece que se empleaba solo como animal de carga. El carro de dos ruedas tirado por una pareja de caballos era empleado en el Reino Nuevo en las «excursiones» del rey y de los altos funcionarios. Para los demás trayectos, tanto en el valle del Nilo como en el Delta, se empleaba la embarcación, siendo aprovechada tanto para ir corriente arriba como corriente abajo; Herodoto (II, 9) estima la duración del viaje de Heliópolis a Tebas (aprox. 750 km.) en nueve días, algo de lo que, sin embargo, se puede dudar; otras indicaciones lo estimaban en catorce días o más. En los desiertos orientales y occidentales las pistas marcadas allanaban los caminos hacia los oasis, las minas y las canteras; también aquí los asnos eran el único animal para cabalgar y cargar, puesto que el camello solo empezó a usarse en la época persa.

El predominio de la provisión del estado impedía que se desarrollara cualquier comercio interior ni exterior digno de mención, si bien, ciertamente, existieron mercados locales donde se intercambiaban los excedentes importantes de la remuneración natural (§ 57) por productos manufacturados. Las materias primas necesarias eran importadas por el comercio exterior estatal; estas contenían un valor ideológico de «regalos» o «tributos» del extranjero, si bien eran pagadas con productos egipcios. Las listas y las exposiciones de los «tributos» dan una buena muestra del alcance y del tipo de la importación; para la exportación estamos limitados a las excavaciones ocasionales y a las descripciones del archivo amarniano (§ 79). Es indicativo que, entre los bienes comerciales, aparezcan también seres vivos que tienen un significado exclusivamente cultual: pigmeos del África central, animales exóticos (§ 63) de Asia y de África.

Las relaciones comerciales han sido consideradas en la exposición general de las relaciones de Egipto con el extranjero del § 59; se incluyen también indicaciones sobre los bienes comerciales.

Especialmente, sobre las relaciones comerciales Egipto-Mesopotamia, W. F. LEEMANS, *Foreign Trade in the Old Babylonian Period*, Leiden, 1960 (resumen en *JESHO* 3, 1960, pp. 21-37); para el período babilonio medio, D. O. EDZARD, *JESHO* 3, 1960, pp. 38-55.

Las rutas comerciales con el Asia Menor las ha investigado H. KEES, «Ein Handelsplatz des MR im Nordostdelta», *MDAIK* 18, 1962, pp. 1-13; el comercio con *Grecia*, J. G. MILNE, «Trade between Greece and Egypt before Alexander the Great», *JEA* 25, 1939, pp. 177-183, con Creta, W. HELCK, «Die Fahrt von Ägypten nach Kreta», *MDAIK* 39, 1983, pp. 81-92.

Tráfico marítimo: J. POUJADE, *Trois flotilles de la VI*[e] *dynastie des Pharaons* (Paris, 1948); H. BIESS, *Rekonstruktionen ägyptischer Schiffe des Neuen Reiches*,

tesis doctoral inédita (Göttingen, 1963); MOH. ZAKI NOUR y otros, *The Cheops Boats I*, Kairo, 1960 (totalmente conservados, barco de 43 m de eslora de la Dinastía IV); B. LANDSTRÖM, *Ships of the Pharaos* (New York-London, 1970); A. GÖTTLICHER y W. WERNER, *Schiffsmodelle im alten Ägypten* (1971); S. R. K. GLANVILLE, *Wooden Model Boats* (London, 1972); D. JONES, *Model Boats from the Tomb of Tut'ankhamun* (Oxford, 1990); las actas de un astillero regio de la Dinastía XVIII han sido publicadas en GLANVILLE, *ZÄS* 66, 1931, pp. 105-121 y *ZÄS* 68, 1932, pp. 7-41, las actas de transportes marítimos, en J. J. JANSSEN, *Two Ancient Egyptian Ship's Logs*, Leiden, 1961 (suplemento a *OMRO* 42).

Sobre el tráfico terrestre en general, J. A. WILSON, *JNES* 14, 1955, pp. 225-228; sobre los carros, M. A. LITTAUER y J. H. CROUWEL, *Chariots and Related Equipment from the Tomb of Tut'ankhamun* (Oxford, 1985); U. HOFMANN, *Fuhrwesen und Pferdehaltung im alten Ägypten* (1989); C. ROMMELAERE, *Les chevaux du Nouvel Empire égyptien* (Bruxelles, 1991); sobre el empleo de camellos en Egipto que, pese a las excavaciones prehistóricas, solo está documentado para la época ptolemaica, véase finalmente M. RIPINSKY, *JEA* 71, 1985, pp. 134-141, y P. ROWLEY-CONWY, *JEA* 74, 1988, pp. 245-248.

Sobre las expediciones por el desierto, K.-J. SEYFRIED, *Beiträge zu den Expeditionen des Mittleren Reiches in die Ost-Wüste*, 1981 (*HÄB* 15), así como la sinopsis de R. GUNDLACH y E. BLUMENTHAL en el *LÄ*. El *mercado* ha sido tratado por J. J. JANSSEN, *De markt op de oever* (Leiden, 1980).

§ 56. LA ECONOMÍA RURAL

Egipto, el granero del mundo antiguo, era autárquico desde el punto de vista agrícola. Solo a consecuencia de la confusión política tenemos noticia de hambrunas, sobre todo en el Primer Período Intermedio. El ritmo de la labranza y el nivel de la renta, así como de los impuestos, dependía del nivel de la inundación anual del Nilo, que, por ello, era registrado cuidadosamente desde la época antigua. Dos cosechas están aseguradas solo para la época ptolemaica; ejemplos anteriores son inseguros. Sigue discutiéndose el problema de la exención de impuestos, algo que de ningún modo se aplicaba a todos los templos. Los métodos de labranza que se han conservado hasta la época moderna de Egipto están ilustrados profusamente en las imágenes funerarias del Reino Antiguo y del Nuevo. Menos sabemos del riego, punto central de la agricultura actual; de las herramientas modernas, solo el *shaduf* (brazos contrapesados por cubos) es conocido ya en el Reino Antiguo; la *saqia* (noria) comenzó a emplearse solo a lo largo de la época ptolemaica. La vieja idea de Egipto como una civilización «hidráulica» debe reelaborarse con nuevos trabajos; el riego artificial se hizo necesario solamente después del Reino Antiguo. En pleno apogeo estaba la horticultura; la viticultura desempeñaba un papel mayor que en la actualidad y fue impulsada al exterior en el Delta oriental y occidental, y también en los oasis del desierto occidental. Los cántaros de vino encontrados en el palacio del rey están caracterizados como los demás

productos agrícolas (carne, grasa, miel, aceite) por su cosecha y origen y, por ello, son una fuente importante para la cronología y la historia de la economía.

La domesticación de animales comenzó a principios del Neolítico y continuó en época histórica. Prehistóricos son el perro, el buey, la oveja, la cabra, el cerdo y el asno; el gato y distintas especies de aves parece que solo a lo largo del Reino Antiguo fueron domesticados; el caballo y el pollo doméstico aparecen en el Reino Nuevo procedentes del Próximo Oriente. Los censos de ganado, que, por regla general, tenían lugar cada dos años, forman en el Reino Antiguo la base de la datación oficial y fueron habituales también en época tardía. Para las diferentes épocas, el número exacto de existencias y de botines refleja el gran significado económico de la ganadería.

Exposición de conjunto solo existe para la época ptolemaico-romana: M. SCHNEBEL, *Die Landwirtschaft im hellenistischen Ägypten* (1925); F. HARTMANN, *L'agriculture dans l'ancienne Égypte* (Paris, 1923), no llega hasta la época faraónica. Buena sinopsis en H. KEES, *Ägypten* (§ 69), pp. 18-53.

Amplio material, también para la ganadería, ahora en W. HELCK, *Materialien* (§ 54) y para la Dinastía XI en el Informe Hekanajt (§ 25; para una valoración, véase K. BAER, *JAOS* 83, 1963, pp. 1-19). Continuación y dotado de amplia bibliografía, el artículo «Ernte» de A. HERMANN en el *RAC* (1964).

Sobre el regadío, W. SCHENKEL, *Die Bewässerungsrevolution im Alten Ägypten* (1978), y E. ENDESFELDER, «Zur Frage der Bewässerung im pharaonischen Ägypten», *ZÄS* 106, 1979, pp. 37-51.

Hambrunas: J. VANDIER, *La famine dans l'ancienne Égypte* (Le Caire, 1936).

Tributación: A. H. GARDINER, «Ramesside Texts relating to the Taxation und Transport of Corn», *JEA* 27, 1941, pp. 19-73; ídem, «A Protest against unjustified Tax-Demands», *RdE* 6, 1951, pp. 115-133; sobre los tributos de la tierra, K. BAER, *JARCE* 1, 1962, 31 ss.

Sobre el *shaduf*, N. DE G. DAVIES, «Tomb of Neferhotep I» 70-73, sobre la *saqia*, E. LITTMANN, *ZÄS* 76, 1940, pp. 45-54, así como L. MÉNASSA y P. LAFERRIÈRE, *La sâqia, technique et vocabulaire de la roue à eau égyptienne* (Le Caire, 1974).

Horticultura: J.-C. HUGONOT, *Le jardin dans l'Égypte ancienne* (Frankfurt a. M., 1989).

El amplio material sobre la viticultura y sobre la ganadería aún no ha sido tratado monográficamente; sinopsis sobre lo primero, A. LERSTRUP, «The Making of Wine in Egypt», *Göttinger Miszellen* 129, 1992, pp. 61-76; sobre la fabricación de cerveza, W. HELCK, *Das Bier im Alten Ägypten* (1971).

Para la domesticación, sobre todo J. BOESSNECK, *Die Haustiere in Altägypten* (1953) y H. EPSTEIN, *The Origin of the Domestic Animals of Africa* (New York, 1971); sobre la cría de ganado vacuno, W. GHONEIM, *Die ökonomische Bedeutung des Rindes im alten Ägypten* (1977); sobre el gato, J. MALEK, *The Cat in Ancient Egypt* (London, 1993); sobre el caballo, C. ROMMELAERE, *Les chevaux du nouvel empire égyptien* (Bruxelles, 1991); sobre las aves, O. MAHMOUD, *Die wirtschaftliche Bedeutung der Vögel im Alten Reich* (1991); sobre la apicultura, G. KUÉNY, «Scènes apicoles dans l'ancienne Égypte», *JNES* 9, 1950, pp. 84-93.

Amplia selección de escenas agrícolas se encuentra en las obras generales de L. KLEBS, J. VANDIER y W. WRESZINSKI (§ 91).

§ 57. TRABAJO, SALARIOS, PRECIOS

La mejor ojeada al trabajo y a los salarios de un amplio grupo de personas viene proporcionada por las actas de la colonia de trabajadores de Deir el-Medina (§ 95) de la época ramésida. A partir de este material, W. Helck pudo reconstruir una semana laboral originariamente consistente en nueve jornadas de trabajo y un día libre, pero muestra también la tendencia al «fin de semana libre» con dos días libres; además había numerosas fiestas religiosas. En cuanto a la remuneración con productos naturales, disponemos de numerosos documentos de los Reinos Medio y Nuevo: pan, cerveza y carne, sacos de maíz (cebada y espelta); también se pagaba en valor metálico (sobre todo cobre, menos frecuente plata). Estos datos se contraponen a las menciones concretas de los precios, la mayoría del Reino Nuevo. Las raciones mismas estaban, en el caso de los simples trabajadores y esclavas, muy por encima del mínimo vital; los especialistas y los capataces, aun manteniendo a una familia grande, podían disponer de un «cabo libre» de sus ingresos que podían emplearlo en la compra de otros productos. Los productos de la tierra y agrícolas eran baratos; el ganado, los esclavos y los productos manufacturados, en cambio, eran caros; los ingresos anuales de un trabajador correspondían aproximadamente al valor de un toro o de un buen esclavo. Los precios muestran una fuerte oscilación y deben ser cuidadosamente evaluados, puesto que el material disponible es demasiado pequeño para obtener una estadística fiable; solo pueden datarse unos pocos datos sobre precios, de modo que la supuesta «inflación» de la época ramésida tardía se apoya en un material estadísticamente equívoco y solo puede valer como hipótesis de trabajo. Las caídas ocasionales de la remuneración estatal ya habían conducido con anterioridad a las primeras «luchas obreras» de los trabajadores y obreros de Deir el-Medina; por las actas tenemos noticia de una huelga en el año 20 de Rameses III (noviembre de 1156 a.e.).

Las primeras monedas se acuñaron en el siglo IV a.e. por los reyes de la Dinastías XXIX y XXX para los soldados griegos. Con anterioridad, algo ya verificado en el Reino Antiguo, se empleaban determinados pesos metálicos como medidas de valor, pequeñas unidades de valor eran intercambiadas por unidades de cereales. Conjuntamente con los precios, parece que la relación de valor de metales oro-plata-cobre sufrió también fuertes oscilaciones, si bien también en este punto la valoración se ve dificultada por la débil base estadística; en época ramésida, la relación de valor era aproximadamente de 200:100:1. La plata se obtenía en Egipto solo en cantidades pequeñas y era importada predominantemente del Próximo Oriente, mientras que el oro y el cobre existían en cantidades suficientes, tanto en Egipto como en sus posesiones nubias.

M. GUTGESELL, *Arbeiter und Pharaonen. Wirtschafts- und Sozialgeschichte im Alten Ägypten* (1989); A. EGGEBRECHT y otros, *Geschichte der Arbeit. Vom Alten Ägypten bis zur Gegenwart* (1980), pp. 23-94 y 418-425; M. DELLA MONICA, *La classe ouvrière sous les pharaons* (Paris, 1975); A. R. DAVID, *The Pyramid Builders of Ancient Egypt* (London, 1986); J. CERNÝ, *A Community of Workmen at Thebes in the Ramesside Period* (Cairo, 1973) (Deir el-Medina); D. VALBELLE, *«Les Ouvriers de la tombe». Deir el-Médineh à l'époque ramesside* (Le Caire, 1985); L. H. LESKO (ed.), *Pharaoh's Workers. The Villagers of Deir el Medina* (New York, 1994); W. HELCK, «Feiertage und Arbeitstage in der Ramessidenzeit», *JESHO* 7, 1964, pp. 136-166. Sobre la mano de obra, R. DRENKHAHN, *Die Handwerker und ihre Tätigkeiten im Alten Ägypten*, 1976 (*ÄgAbh* 31).

Huelga: W. F. EDGERTON, «The Strikes in Ramses III's Twenty-Ninth Year», *JNES* 10, 1951, pp. 137-145.

Salarios y precios: fundamental J. J. JANSSEN, *Commodity Prices from the Ramesside Period*, Leiden 1975.

Acuñación de monedas: J. W. CURTIS, «Coinage of Pharaonic Egypt», *JEA* 43, 1957, pp. 71-76 (primeras monedas); J. J. PEREPELKIN en *Drevnij Egipet* (Hom. Golenischeff, Moscú, 1960), pp. 162-171.

Oro: J. VERCOUTTER, «The Gold of *Kush*», *Kush* 7, 1959, pp. 120-153 (lavaderos de oro en Nubia); J. J. JANSSEN, *SAK* 3, 1975, pp. 153-156; para la construcción de minas de oro en el desierto oriental, D. MEREDITH, *JEA* 39, 1953, p. 95 con bibliografía en la nota 1; cifras de producción aproximadas (Egipto 1 680, Nubia 1550 toneladas en época faraónica y ptolemaica) en H. QUIRING, «Goldproduktion in Altertum und Neuzeit», *Statistische Praxis* (1949, cuaderno 8).

§ 58. GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA

Bien pronto la pluralidad de topónimos presentes en los textos egipcios indujo a los egiptólogos a realizar investigaciones geográficas y topográficas. Ya Brugsch (1857-1860) y Dümichen (1865-1885) compusieron la obra de varios tomos *Geographische Inschriften altägyptischer Denkmäler*; en 1879-1880 apareció un primer *Dictionnaire géographique* de H. Brugsch, resumen de más de 1400 páginas que, entretanto, fue reemplazado por la obra de consulta en siete volúmenes de H. Gauthier, que, por su método propio de transliteración, se hace difícil de manejar. El *Tübinger Atlas des Vorderen Orients* proporciona una nueva base con sus números complementarios. Una gran parte de los topónimos reunidos y constantemente ampliados por las nuevas excavaciones se refiere al exterior de Egipto, en especial Siria y Palestina; el horizonte geográfico de estas listas de pueblos extranjeros va, en el Reino Nuevo, desde Troya (Ilión) hasta la costa de Somalia. Con ello la egiptología pone a disposición de la investigación geográfico-topográfica del Próximo Oriente antiguo, del Asia Menor, de Sudán y del mundo insular del Mediterráneo oriental, un valioso material de largo alcance en el pasado. La tarea más importante y difícil de la investigación es la localización de los topónimos que, hasta ahora, solo

está asegurada para una fracción. En cuanto a la diversidad del material, es indicativa la controversia sostenida durante mucho tiempo sobre la localización exacta de la «ciudad de Rameses» en el este del Delta; la localización de la mayoría de los topónimos egipcios de Siria y Palestina es también muy debatida, y la identificación definitiva de los conceptos geográficos mayores como Keftiu o Haunebut solo se ha conseguido después de un largo y rutilante proceso de investigación. Las excavaciones arqueológicas y las listas de lugares vecinos son de gran ayuda para una localización provisional y aproximada. Los egipcios han realizado topografías e incluso confeccionado mapas, si bien lo conservado no basta para llevar a cabo una localización. Dado que, en el arte egipcio, el paisaje apenas se bosqueja, el contenido de la geografía antigua solo se alcanza mediante una combinación cuidadosa de los detalles de la investigación (topografía, arqueología, geología, fauna y flora). La existencia de diferencias parciales considerables con la época moderna es constatada ya por los escritores antiguos: en vez de los dos brazos del Nilo que hoy dividen el Delta, Diodoro (I, 33) cuenta siete, y en el Reino Antiguo había por lo menos tres; en Fayum la relación recíproca entre el mar, la tierra fértil y el desierto era diferente de la situación actual; respecto al Alto y Medio Egipto, cabe suponer una prolongación del cauce del río en múltiples sitios. Las variaciones climáticas son seguras en la prehistoria; se debate aún la existencia de estas variaciones durante la época histórica.

H. Gauthier, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, 7 vols., Le Caire, 1925-1931.

Sobre las relaciones geográficas y geopolíticas, H. Kees, *Das alte Ägypten. Eine kleine Landeskunde* ([2]1958).

Mapas especiales de las diferentes épocas y temas en el *Tübinger Atlas des Vorderen Orients*, 1975 ss. (aún sin concluir), también en números especiales; entre otros: K. Zibelius, *Ägyptische Siedlungen nach Texten des Alten Reiches* (1978); F. Gomaà, *Ägypten während der Ersten Zwischenzeit* (1980); ídem, *Die Besiedlung Ägyptens während des Mittleren Reiches*, 2 vols., 1986-1987; D. Kessler, *Historische Topographie der Region zwischen Mallawi und Samalut* (1981); F. Gomaà, R. Müller-Wollermann, W. Schenkel, *Mittelägypten zwischen Samalut und dem Gabal Abu Sir* (1991); W. Helck, *Die altägyptischen Gaue* (1974).

Sobre la problemática de la provisión de mapas «históricos», véase I. Gamer-Wallert en W. Röllig (ed.), *Von der Quelle zur Karte* (1991), pp. 133-144.

P. Montet, *Géographie de l'Égypte ancienne*, 2 vols. (Paris, 1957 y 1961), ha ordenado el material para el Alto y Bajo Egipto por nomos (precisa ser completado).

Fundamental para la topografía de los nomos concretos es siempre la exposición de Gardiner en *AEO*; desde entonces, numerosas investigaciones especiales.

Una síntesis de topografía, historia, cultura y religión la ofrecen J. Baines y J. Malek, *Atlas of Ancient Egypt* (Oxford, 1980), trad. cast. *Egipto. Dioses, templos y faraones* (Barcelona, 1988).

Especial para las *zonas urbanas*: E. Otto, *Topographie des thebanischen Gaues*, 1952 (*UGAÄ* 16), además Nims, *JNES* 14, 1955, pp. 110-123; A. Badawi,

Memphis als zweite Landeshauptstadt im Neuen Reich (Kairo, 1948); J. A. WILSON, «Buto and Hierakonpolis in the Geography of Egypt», *JNES* 14, 1955, pp. 209-236; sobre Ávaris-ciudad de Rameses, M. BIETAK, *Tell ed-Dab'a II* (1975).

Para el Reino Antiguo, la selección completa de los nombres de los dominios forma una fuente importante H. K. JACQUET-GORDON, *Les noms des domaines funéraires sous l'Ancien Empire Égyptien* (Le Caire, 1962).

Para la topografía antigua continúa siendo útil J. BALL, *Egypt in the Classical Geographers* (Cairo, 1942) (¡sobre todo los itinerarios antiguos!); A. CALDERINI y S. DARIS, *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano* (Il Cairo, 1935 ss.); A. BERNAND, *Le delta égyptien d'après les textes grecs* (Le Caire, 1970); E. AMÉLINEAU, *La géographie de l'Égypte à l'époque copte* (Paris, 1893).

Los nombres egipcios de lugares del Próximo Oriente los ha tratado finalmente de manera resumida W. HELCK, *Relaciones con el exterior* (§ 59); para los nombres creto-micénicos y el problema de Keftiu, E. EDEL, *Die Ortsnamenliste aus dem Totentempel Amenophis' III* (1966).

Medición de la tierra: A. SCHLOTT-SCHWAB, *Die Ausmaße Ägyptens nach altägyptischen Texten* (1969, [2]1981).

Mapas de una parte del Wadi Hammamat: G. GOYON, *ASAE* 49, 1949, pp. 337-392, y M. BAUD, *BIFAO* 90, 1990, pp. 51-63.

Clima: K. W. BUTZER, *Studien zum vor- und frühgeschichtlichen Landschaftswandel der Sahara*, Partes I-III, 1958-1959 (*Abh. Mainz, Mathem.-naturwiss. Klasse* 1958, n.º 1, 1959, n.º 2); metodológicamente importante también B. L. VAN DER WAERDEN, *JEOL* 10, 1945-1948, pp. 422-424.

§ 59. RELACIONES CON EL EXTERIOR

En la prehistoria Egipto estaba diseminado en una red de amplias relaciones culturales cuyo alcance y principales vías de comunicación han ganado progresivamente forma gracias a las recientes investigaciones. Al principio de la historia, cuando el joven estado descubrió sus peculiaridades culturales y se vio diferenciado del mundo circundante, se esbozaron la mayor parte de estas vías de comunicación. Entre las más frecuentadas destaca la estrecha relación con la ciudad de Biblos, al pie del Líbano; pintores egipcios de todas las épocas, que Montet y Dunand pudieron hallar en sus tumbas de Biblos, son, junto con muchas descripciones de textos egipcios, una prueba del vivo intercambio. Las expediciones egipcias del Reino Antiguo discurrían por regiones libias y nubias y, desde la Dinastía V, llegaban más allá del Mar Rojo hasta la lejana tierra del incienso de Punt (costa de Somalia). Al Oeste, solo se perciben unos pocos avances más allá de la península del Sinaí hacia el sur de Palestina. Las relaciones comerciales con el Asia Menor y Creta durante el Reino Antiguo son inseguras, aunque probables. En el Reino Medio, las incursiones egipcias en Palestina y Nubia eran muy escogidas; el final del aislamiento cultural y la amplia apertura hacia el mundo exterior comenzaron solo con la época de los hicsos y alcanzan su punto culminante en la Dinastía XIX. Gracias a las felices ex-

cavaciones de Amarna, Bogazköy y Ugarit, poseemos un amplio material sobre el trato diplomático y las relaciones políticas y culturales con los reinos principales y las ciudades-estado del Próximo Oriente en el Reino Nuevo. En el Sur y en el Norte, hallazgos y listas toponímicas (§ 58) nos muestran un horizonte mayor: Cnossos, Pylos, Troya y otras ciudades portuarias de Egea pertenecen ya al mundo egipcio; en Sudán los egipcios realizan incursiones hasta la cuarta catarata y entran en contacto por primera vez (?) con los negros. El Tercer Período Intermedio trae consigo una nueva época de aislamiento, si bien los productos egipcios llegan, mediante las navegaciones de los egipcios, hasta el Mediterráneo occidental (Cartago, España). En época tardía, pues, las relaciones con el Asia Menor y con el continente griego adquieren mayor significado.

Gracias a una serie de excelentes monografías, que abarcan casi la totalidad del material geográfico, la investigación en materia de las relaciones de Egipto con el mundo circundante alcanza ya un estado elevado. Exigencias ulteriores podrían centrarse en una mayor atención en la época tardía y en nuevas monografías sobre Punt, Libia, Asia Menor y el mundo griego del primer milenio a.e.

Sinopsis general de D. VALBELLE, *Les neuf arcs. L'égyptien et les étrangers de la préhistoire à la conquête d'Alexandre* (Paris, 1990).

Próximo Oriente: W. HELCK, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, 1962, ^{2}1971 (*ÄgAbh* 5); desde entonces, también W. A. WARD, *Egypt and the East Mediterranean World* (Beirut, 1971); TH. SCHNEIDER, *Asiatische Personennamen in ägyptischen Quellen des Neuen Reiches*, 1992 (*OBO* 114). Sobre la época neobabilónica, D. J. WISEMAN, «Some Egyptians in Babylonia», *Iraq* 28, 1966, pp. 154-158.

Creta y Egea: J. VERCOUTTER, *Essai sur les relations entre Égyptiens et Préhellènes* (Paris, 1954); ídem, *L'Égypte et le monde égéen préhellénique* (Kairo, 1956); E. EDEL, lista topográfica (§ 58); W. HELCK, *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägäis bis ins 7. Jahrh. v. Chr.* (1979) (2.ª ed. mejorada por R. DRENKHAHN, 1995); P. W. HAIDER, *Griechenland - Nordafrika. Ihre Beziehungen zwischen 1500 und 600 v. Chr.* (1988); W. V. DAVIES y L. SCHOFIELD, *Egypt, the Aegean and the Levant* (London, 1995).

España: I. GAMER-WALLERT, *Ägyptische und ägyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel* (1978).

Libia: W. HÖLSCHER, *Libyer und Ägypter*, 1937 (*ÄgFo* 4); G. FECHT, «Die *Ḥ3tiw* in *Ṯḥnw*, eine ägyptische Völkerschaft in der Westwüste», *ZDMG* 106, 1956, pp. 37-60; A. LEAHY, *Libya and Egypt, c. 1300-750 BC* (London, 1990).

Nubia: T. SÄVE-SÖDERBERGH, *Ägypten und Nubien. Ein Beitrag zur Geschichte altägyptischer Außenpolitik* (Lund, 1941); W. B. EMERY, *Egypt in Nubia* (London, 1965); G. POSENER, «Pour une localisation du pays Koush au Moyen Empire», *Kush* 6, 1958, pp. 39-65; W. Y. ADAMS, *Nubia, Corridor to Africa* (London, 1977); P. SHINNIE, *Ancient Nubia* (London, 1996).

Punt: R. HERZOG, *Punt* (1968).

Otras relaciones africanas: J. LECLANT, «Égypte-Afrique», *BSFE* 21, 1956, pp. 29-41; K. ZIBELIUS, *Afrikan. Orts- und Völkernamen in hieroglyphischen und hie-*

ratischen Texten (1972); R. HERZOG, «Ägypten und das negride Afrika», *Paideuma* 19/20, 1973/1974, pp. 20-212; J. VERCOUTTER, J. LECLANT y otros, *L'Image du Noir dans l'art occidental I* (Fribourg, 1976).

Sobre la prehistoria, § 74; sobre el arte, § 88.

VI
EL MUNDO DEL ESPÍRITU

§ 60. LOS FUNDAMENTOS DEL PENSAMIENTO, DE LA FILOSOFÍA Y DE LA CIENCIA

Desde el principio, y después a lo largo de su fase positivista, la egiptología ha proyectado con toda naturalidad sobre el Antiguo Egipto las categorías del pensamiento moderno; de este modo, ha llegado a apreciaciones grotescas y equivocadas de sus fenómenos. J. H. Breasted (1865-1935) fue uno de los primeros que se esforzó en recorrer el camino inverso, elaborando las categorías egipcias a partir de los textos existentes y de sus ideas. La respuesta clásica a la pregunta por este otro tipo de pensamiento, con frecuencia designado como «prelógico», fue formulada por H. Frankfort con su descripción del pensamiento «creador de mitos» (*mitopoético*) del Antiguo Oriente. En este sentido el asunto ha estado oscurecido por el hecho de que el pensamiento egipcio nunca ha estado determinado exclusivamente por el mito y las leyes que le son propias, sino que puede librarse de él y seguir una consideración racional. El pensamiento egipcio *integra* el mito, pero no está absorbido por él. Es una característica egipcia que su escritura comprende imagen *y* letra, su idea de la divinidad, dios *y* los dioses, su medicina, magia *y* ciencia, su pensamiento, mito *y* razón, sin que lo uno deje de jugar con lo otro. Esta complementariedad nos es familiar desde hace tiempo por la ley egipcia de la dualidad («las dos tierras», etc.); ciertamente es ajena a los cálculos de una lógica diádica, pero es tan «prelógica» como pueda serlo la física cuántica. Como paradigma de una lógica poliádica, Egipto puede adquirir una nueva significación, que hasta ahora le ha sido negada, para la filosofía y su historia. El pensamiento egipcio ha elaborado afirmaciones filosóficas independientes de las creencias religiosas, por lo menos en el ámbito de la ontología y de la ética. Para otros sectores, es de esperar una preparación mejor del material que facilite a la filosofía hacer una valoración.

En el centro de la ontología y de la ética egipcia está el concepto de orden, la *Maat*. Esta señala una posición ideal de las cosas, pero no debe pensarse ni menos personificarse como una especie de «sustancia abstracta» —de nuevo se muestra el carácter complementario de la lógica egipcia—. En tanto que orden del mundo instaurado en la creación, la Maat determina también el comportamiento humano. Quien se sale de ella, renuncia al ser. Reconocer el origen y las condiciones del ser, su afirmación frente al no ser, era la preocupación fundamental de la filosofía egipcia. La diferencia ontológica, la limitación y la transitoriedad son puestas claramente de relieve, y una de las raíces de los grandes logros de la cultura egipcia es sin duda la seguridad en el sentimiento de medida y de limitación que brota de la comprensión egipcia del ser. También aquí hay que entrar en una valoración de la ciencia egipcia. Esta era consciente de un sinfín de fenómenos; sin embargo, se limitaba a aquellos sectores que tenían un significado práctico o cultual para los hombres. Así se entiende que los mayores resultados de la ciencia egipcia se hayan dado en el sector de la medicina y de la matemática aplicada. En los *Libros de los Muertos* (§ 21) el mismo impulso científico condujo a una «exploración» sistemática del reino subterráneo de los muertos; precisamente en este ámbito el «saber» correcto tenía para el egipcio un gran significado. El método de delimitar y ordenar sistemáticamente objetos típicos mediante listados dio lugar a listas (onomástica) de «todo lo que es», en las que el conjunto del cosmos se transforma en un mundo de objetos. Estos «inventarios del mundo», junto a la escritura jeroglífica, son el ejemplo más claro de capacidad de abstracción, para la que los egipcios estaban perfectamente capacitados.

Para el planteamiento de la cuestión es importante J. H. BREASTED, *Development of Religion and Thought in Ancient Egypt* (London, 1912), y H. FRANKFORT y otros *Before Philosophy* (1949), trad. cast. *El pensamiento prefilosófico* (México, 1954).

Sobre las formas del pensamiento, véase también E. HORNUNG, *Geist der Pharaonenzeit*, 1989 (reed. 1992), ed. francesa *L'esprit du temps des Pharaons* (Paris, 1996); E. BRUNNER-TRAUT, *Frühformen des Erkennens am Beispiel Altägyptens* (1990); J. FALLOT, *La pensée de l'Égypte antique* (Paris, 1992).

Sobre la categoría de dualidad, E. OTTO, *Die Lehre von den beiden Ländern Ägyptens in der ägyptischen Religionsgeschichte*, *Studia Aegyptiaca* I, *AnOr* 17, 1938, pp. 10-35; otros ejemplos del *pensamiento complementario*, en J. ZANDEE, *Het ongedifferentierde denken der oude Egyptenaren* (Leiden, 1966) (conferencia inaugural), y E. HORNUNG, *Der Eine und die Vielen* (1971), pp. 233-240, trad. cast. *El uno y los múltiples. Concepciones de la divinidad en el Egipto antiguo* (Trotta, Madrid, 1999, pp. 218-224). *Les Études Philosophiques* n.º 2-3, 1987 están dedicados a la antigua filosofía egipcia, enormemente respetada por la filosofía antigua, y a sus influencias posteriores.

Sobre la ontología, los primeros planteamientos y el material correspondiente se hallan en Ph. DERCHAIN, *Zijn en niet-zijn volgens de Egyptische filosofie*, *Dialoog*

2, 1962, pp. 171-189 (en holandés y francés), y E. HORNUNG, *Der Eine und die Vielen* (1971), pp. 166-179, trad. cast. *El uno y los múltiples. Concepciones de la divinidad en el Egipto antiguo* (Trotta, Madrid, 1999, pp. 159-171).

Sobre el espacio y el tiempo, H. BRUNNER, «Zum Raumbegriff der Ägypter», *StG* 10, 1957, pp. 612-620; ídem, «Zum Zeitbegriff der Ägypter», *StG* 8, 1955, pp. 584-590; E. OTTO, «Altägyptische Zeitvorstellungen und Zeitbegriffe», *WaG* 14, 1954, pp. 135-148; J. ASSMANN, *Zeit und Ewigkeit im alten Ägypten* (*SBAHW* 1975); E. HORNUNG, *Jahrbuch Eranos* 47, 1978, pp. 269-307; J. ASSMANN, *Stein und Zeit* (1991), cap. II. Sobre la causalidad, H. FRANKFORT, *op. cit.*, pp. 23-29.

Sobre la ética E. OTTO ha hecho una sinopsis en el *LÄ*. Sobre el concepto de *Maat*, J. ASSMANN, *Maât, l'Égypte pharaonique et l'idée de justice sociale* (Paris, 1989), e ídem, *Ma'at. Gerechtigkeit und Unsterblichkeit im Alten Ägypten* (1990).

Ciencia: S. SCHOTT, «Voraussetzung und Gegenstand altägyptischer Wissenschaft», *Jahrb. AdW Mainz* 1951, pp. 277-295; M. CLAGETT, *Ancient Egyptian Science. A Source Book* I-II, (Philadelphia, 1989-1995).

Onomástica: A. H. GARDINER, *Ancient Egyptian Onomastica*, 3 vols. (London, 1947).

§ 61. LA EDUCACIÓN

La existencia de múltiples escuelas egipcias dedicadas a la elaboración de los textos nos permite estar bastante bien informados sobre los métodos y los objetivos de la educación egipcia. El material específico ha sido reunido, traducido y valorado sistemáticamente por H. Brunner. Una imagen típica de la educación es la del fiel funcionario civil, que cumple con la *Maat* (§ 60) en todas sus acciones. Mediante las normas de la *Maat*, instructores (el «padre» egipcio) e instruidos (el «hijo») se encontraban unidos, y, siempre que fuera necesario, estaban justificados los métodos disciplinarios. Estas normas debían buscarse en las obras conservadas tradicionales (por ejemplo en las *enseñanzas*, § 20), las cuales, por ello mismo, ocupaban el centro de la educación y debían siempre transcribirse. Junto a ellas estaban las tareas prácticas de la administración, que también debían estar tomadas de la tradición, y que no precisaban de ninguna fundamentación ni análisis crítico. A las clases superiores les seguían probablemente, en la «casa de la vida» del templo, diversas orientaciones generales de tipo médico y funerario. Ahí se produjeron y se conservaron los escritos religiosos y científicos.

H. BRUNNER, *Altägyptische Erziehung* (1957, [2]1991), E. OTTO, «Bildung und Ausbildung im alten Ägypten», *ZÄS* 81, 1956, pp. 41-48; R. M. y J. J. JANSSEN, *Growing up in Ancient Egypt* (London, 1990); E. FEUCHT, *Das Kind im Alten Ägypten* (Frankfurt a. M., 1995).

Sobre las casas de la vida, recientemente, Ph. DERCHAIN, *Le Papyrus Salt*, 825 (§ 35) pp. 48-61.

Sobre la educación en el palacio real, también H. BRUNNER, *ZÄS* 86, 1961, pp. 90-100.

§ 62. LA IMAGEN DEL MUNDO

La estructura egipcia del edificio del mundo, perfectamente caracterizada, se divide en tres niveles: cielo, tierra y mundo subterráneo. Bien delimitado por todos los lados, el mundo es susceptible de ser medido; no solo se proporcionan medidas exactas del país de Egipto (§ 58), sino también de ciertas regiones del mundo subterráneo (*Amduat*, § 21). Todos los niveles están rodeados de agua y oscuridad, es decir, categorías del mundo caótico anterior a la creación, que, según la concepción egipcia, el acto de la creación no había logrado superar. Las ideas escatológicas, predominantemente expuestas en los textos mágicos (§ 37), también dan cuenta del fin de los tiempos. En su mundo, el egipcio se orienta mirando al Sur: el Oeste es la «derecha», el Este, la «izquierda». Todas las direcciones terminan en el límite del mundo; más allá de este se «debilitan», es decir, quedan superadas. En las representaciones del mundo circundante el egipcio muestra de nuevo la complementariedad de su pensamiento (§ 60): el cielo es una especie de «baldaquino» con cuatro puntos de apoyo, pero también una vaca o una diosa que se extiende sobre la superficie de la tierra y cuyo cuerpo se baña en las aguas del cielo. El río Nilo tiene su equivalente en el cielo y en el mundo subterráneo; incluso en época tardía, se creía que la fuente de las aguas primordiales de *Nun* se hallaba en el límite meridional de Egipto (Elefantina), aunque el horizonte geográfico llegaba ya hasta el caudal del Nilo blanco y azul. Por lo mismo, se ha localizado la fuente del Nilo subegipcio en El Cairo antiguo.

H. SCHÄFER, *Ägyptische und heutige Kunst und Weltgebäude der alten Ägypter. Zwei Aufsätze* (1928); importante resumen del mismo autor en *Von ägyptischer Kunst*, pp. 239 ss.); lo complementa H. BRUNNER, «Die Grenzen von Zeit und Raum bei den Ägyptern», *AfO* 17, 1954/1955, pp. 141-145, y E. HORNUNG, «Chaotische Bereiche in der geordneten Welt», *ZÄS* 81, 1956, pp. 28-32. Escatología: S. SCHOTT, «Altägyptische Vorstellungen vom Weltende», *Analecta Biblica* 12, 1959, pp. 319-330; L. KÁKOSY, «Schöpfung und Weltuntergang in der ägyptischen Religion», *Acta Antiqua* (Budapest) 11, 1963, pp. 17-30; J. ASSMANN, *Stein und Zeit* (1991), cap. X («Königsdogma und Heilserwartung. Politische und kultische Chaosbeschreibungen»).

Orientaciones: G. POSENER, «Sur l'orientation et l'ordre des points cardinaux chez les Égyptiennes», *NAWG* 1965, n.º 2. *Otras investigaciones especiales*: O. KAISER, *Die mythische Bedeutung des Meeres in Ägypten, Ugarit und Israel* (^{2}1962); E. HORNUNG, «Licht und Finsternis in der Vorstellungswelt Altägyptens», *StG* 18, 1965, pp. 73-83; W. WESTENDORF, *Altägyptische Darstellungen des Sonnenlaufes auf der abschüssigen Himmelsbahn*, 1966 (*MÄS* 10); D. KURTH, *Den Himmel stützen* (Bruxelles, 1975).

Sobre el infierno, § 21; sobre el significado del desierto en el Antiguo Egipto falta hasta ahora una investigación.

§ 63. EL MUNDO ANIMAL Y VEGETAL

Las representaciones exactas del arte egipcio primitivo facilitan la determinación de los tipos de animales y plantas y proporcionan, conjuntamente con los hallazgos geológicos y las producciones textuales, un amplio material para la investigación de la fauna y de la flora egipcia antigua y su significado para los habitantes del país. La afortunada colaboración entre los científicos y los egiptólogos, como en el caso de Victor Loret (1859-1946) y Ludwig Keimer (1893-1957), demuestra la existencia de investigaciones detalladas en este sector, si bien falta una exposición sistemática. En parte, tanto la fauna como la flora eran contempladas en el Antiguo Egipto de manera distinta a la actualidad. En el transcurso de las épocas históricas animales como el león, el avestruz, el caballo del Nilo y el cocodrilo fueron exterminados de Egipto, incluso el papiro ha experimentado un claro retroceso desde antiguo en el sur del Sudán, aunque ahora vuelve a ser plantado en Egipto. Mayores aún son las diferencias en cuanto a la época prehistórica con su clima más húmedo.

Las actividades con plantas y animales estaban determinadas y limitadas por exigencias prácticas y cultuales. Los egipcios apenas han producido tratados botánicos o zoológicos, aunque se preocuparon enormemente por la representación artística de las especies. Incluso lexicológicamente las especies estaban nítidamente diferenciadas, si bien el desarrollo sistemático era escaso. Términos generales como «animal» o «planta» no existen, y el reino animal se inserta sumariamente en el reino general de la vida aire/agua/tierra. Los animales, como las plantas, podían ser portadores de fuerzas divinas o incluso contrarios a la divinidad. El animal afirmado y sacrificado servía de «enemigo» por lo demás, aunque el egipcio saludaba al animal como compañero de la creación y creía, en el Reino Medio, que la preocupación bondadosa del dios se extendía a todos los seres. Animales y plantas «exóticas», importados del extranjero desde el Reino Antiguo, eran conservados en jardines zoológicos y botánicos del palacio real y manifestaban el poder del faraón sobre toda la naturaleza viva.

Animales: J. Boessneck, *Die Tierwelt des alten Ägypten* (1988); ídem, *Gemeinsame Anliegen von Ägyptologie und Zoologie* (*SBBAW* 1981, cuaderno 5); y, del mismo autor, numerosas investigaciones concretas sobre hallazgos de animales. Breve sinopsis en E. Hornung, «Die Bedeutung des Tieres im alten Ägypten», *StG* 20, 1967, pp. 69-84, y una nueva sinopsis de P. F. Houlihan, *The Animal World of the Pharaohs* (London, 1996).

Monografías mayores: L. Keimer, *Histoires de serpents dans l'Égypte ancienne et moderne* (Le Caire, 1947); C. de Wit, *Le rôle et le sens du lion dans l'Égypte ancienne* (Leiden, 1951); I. Gamer-Wallert, *Fische und Fischkulte im Alten Ägypten*, 1970 (*AgAbh* 21); D. J. Brewer y R. F. Friedman, *Fish and Fishing in*

Ancient Egypt (Warminster, 1989); P. F. HOULIHAN, *The Birds of Ancient Egypt* (Warminster, 1986); O. MAHMOUD, *Die wirtschaftliche Bedeutung der Vögel im Alten Reich* (1991); W. GHONEIM, *Die ökonomische Bedeutung des Rindes im Alten Ägypten* (1977); L. STÖRK, *Die Nashörner* (1977); V. VON DROSTE ZU HÜLSHOFF, *Der Igel im alten Ägypten*, 1980 (*HÄB* 11); A. BEHRMANN, *Das Nilpferd in der Vorstellungswelt der Alten Ägypter* (Frankfurt a. M, 1989-1996).

Sobre un tratado egipcio antiguo sobre serpientes, S. SAUNERON, *Un traité égyptien d'ophiologie* (Le Caire, 1989).

Sobre animales domésticos, véase § 56; sobre la fauna y la flora, véase § 97.

Plantas: R. GERMER, *Flora des pharaonischen Ägypten* (1985); L. KEIMER, *Die Gartenpflanzen im alten Ägypten* (1924, reimpresión de 1967); vol. II editado por R. Germer (1984); G. CHARPENTIER, *Recueil de matériaux épigraphiques relatifs à la botanique de l'Égypte antique* (Paris, 1981).

De entre las múltiples publicaciones especiales, pueden indicarse I. WALLERT, *Die Palmen im Alten Ägypten*, 1962 (*MÄS* 1); J. DITTMAR, *Blumen und Blumensträusse als Opfergabe im alten Ägypten*, 1986 (*MÄS* 43); N. BAUM, *Arbres et arbustes de l'Égypte ancienne* (Louvain, 1988); L. MANNICHE, *An Ancient Egyptian Herbal* (London, 1989).

§ 64. LA MEDICINA

Desde que G. Ebers publicara por primera vez (1875) el manual médico del Papiro Ebers, la medicina de la época faraónica ha experimentado una destacada colaboración conjunta entre egiptólogos y médicos. La representación del fenómeno médico en el arte, los hallazgos anatómicos y patológicos en las momias y en los esqueletos, y, sobre todo, la extensa literatura egipcia sobre el tema proporcionan un amplio material de conjunto. Como complemento a las informaciones médicas ajenas a las «escuelas médicas» hay que añadir, sobre todo en la literatura mágica, a los escritores antiguos. Los libros técnicos egipcios tratan especialmente de cirugía (Papiro Edwin Smith), medicina interna (Papiro Chester Beatty VI), ginecología (Papiro médico Kahun) y veterinaria (Papiro veterinario Kahun); obras de conjunto como el Papiro Ebers proponen diagnósticos y recetas para diversas enfermedades. En su *Esbozo*, H. Grapow, junto con H. von Deines y W. Westendorf, ha llevado a cabo una completa exposición y evaluación. Aún no se ha realizado una elaboración sistemática similar del material arqueológico. F. Jonckheere, que, entre otros, ha aportado materiales complementarios y distintos conocimientos, ha realizado una exposición de la prosopografía médica conocida entonces en el volumen 3 de su obra *La médecine égyptienne*. La famosa especialización de la medicina egipcia, conocida ya por Herodoto (II, 84), se entrevé ya en parte en los títulos del Reino Antiguo. Las fuentes hititas del siglo XIII a.e. muestran la enorme estimación de que gozaba ya en el extranjero.

Como la causa de las enfermedades se atribuye a la acción de fuerzas negativas, el mago (§ 37) ocupa un lugar legítimo en la medicina egipcia con la práctica de la psicoterapia; conviene no precipitarse al despachar este hecho como una degeneración. Junto a los grandes resultados científicos (vocabulario técnico propio, diagnósticos exactos y diferenciados con indicaciones sobre perspectivas de tratamiento, abundante instrumental, el corazón como centro del sistema vascular, etc.), la medicina egipcia se encuentra ya desde épocas antiguas fuertemente entrelazada con la religión y el folklore. Este nuevo planteamiento se muestra especialmente fructífero para nuestro conocimiento del conjunto de la cultura egipcia antigua y de su continuidad.

H. GRAPOW y otros, *Grundriss der Medizin der alten Ägypter*, hasta ahora 9 vols. (1954-1973); F. JONCKHEERE, *La médecine égyptienne*, 3 vols. (Bruxelles, 1944-1958); G. LEFEBVRE, *Essai sur la médecine égyptienne de l'époque pharaonique* (Paris, 1956); A.-P. LECA, *La médecine égyptienne au temps de pharaons* (Paris, 1971); W. WESTENDORF, *Erwachen der Heilkunst. Die Medizin im alten Ägypten* (1992); Th. BARDINET, *Les papyrus médicaux de l'Égypte pharaonique* (Paris, 1995); J. F. NUNN, *Ancient Egyptian Medicine* (London, 1996).

Sobre los médicos, además de JONCKHEERE, también P. GHALIOUNGUI, *The Physicians of Pharaonic Egypt* (Mainz, 1983); F. VON KÄNEL, *Les prêtres-ouâb de Sekhmet* (Paris, 1984), y sobre su papel en el extranjero E. EDEL, *Ägyptische Ärtzte und ägyptische Medizin am hethitischen Königshof* (1976).

Sobre las doctrinas médicas de los textos religiosos, B. H. STRICKER, *De geboorte van Horus*, 5 vols. (Leiden, 1963-1989), y D. MÜLLER, «Die Zeugung durch das Herz in Religion und Medizin der Ägypter», *Or.* 35, 1966, pp. 247-274; sobre la continuidad de la medicina egipcia en Occidente, finalmente, J. B. de C. M. SAUNDERS, *The Transitions from Ancient Egyptian to Greek Medicine* (Lawrence, 1963).

Sobre la odontología, Th. BARDINET, *Dents et mâchoirs dans les représentations religieuses et la pratique médicale de l'Égypte ancienne* (Roma, 1990).

Sobre la momificación y las enfermedades atribuidas a las momias, R. GERMER, *Mumien. Zeugen des Pharaonenreiches* (1991); J. E. HARRIS y E. F. Wente, *An X-Ray Atlas of the Royal Mummies* (Chicago-London, 1980).

Nuevas traducciones de los textos médicos: W. WESTENDORF, *Papyrus Edwin Smith*, 1966; P. GHALIOUNGUI, *The Ebers Papyrus* (Cairo, 1987). Sobre los métodos de curación, el volumen VI del *Grundriss* aporta un diccionario con los nombres de drogas egipcias; también R. GERMER, *Untersuchung über Arzneimittelpflanzen im Alten Ägypten* (1979).

§ 65. LA MATEMÁTICA Y LA METROLOGÍA

El número de tratados matemáticos egipcios es inferior al de tratados médicos, si bien textos como el Papiro Rhind y el Papiro matemático de Moscú proporcionan un buen repaso de las operaciones de cálculo más usuales. Estas se derivan de la experiencia y no precisan de ninguna fundamentación teórica; pero el egipcio podía solucionar sin complicadas teorías sencillas ecuaciones algebraicas o calcular el contenido

de superficies y cuerpos (pirámides truncadas, trapecios, circunferencias, con π = aprox. 3.16). Las tareas de los libros de enseñanza se basaban en ejercicios prácticos, sobre todo en la administración (así en el cálculo de los impuestos) y las medidas agrónomas. Esta limitación se supera por medio de un rico vocabulario técnico y algunas «acciones de la fantasía». El sistema numeral era decimal, pero no conocía ni el cero ni el valor de posición. El cálculo de fracciones funcionaba casi solo con quebrados básicos, los métodos de cálculo partían sobre todo de la adición. Pese a este formalismo, atemperado por algunas tablas auxiliares, los resultados fueron, ya desde épocas antiguas (por ejemplo en la construcción de las pirámides), suficientemente sorprendentes.

R. J. GILLINGS, *Mathematics in the Time of the Pharaohs* (Cambridge/Mass., 1972). Buena sinopsis en K. VOGEL, *Vorgriechische Mathematik*, parte I: Prehistoria y Egipto (1958), y O. NEUGEBAUER, *The Exact Sciences in Antiquity* (Providence, ^{2}1957).

Textos: A. B. CHACE y otros, *The Rhind Mathematical Papyrus*, 2 vols. (Oberlin/Ohio, 1927) (reimpresión de 1979); G. ROBINS y Ch. SHUTE, *The Rhind Mathematical Papyrus* (London, 1987); W. W. STRUVE, *Mathematische Papyrus des Staatlichen Museums der Schönen Künste in Moskau* (1930); hay también abundante bibliografía sobre temas concretos.

Sobre los procedimientos básicos de la adición, R. J. GILLINGS, *JEA* 51, 1965, pp. 95-106; algunas cuestiones básicas, en W. F. REINEKE, *ZÄS* 105, 1978, pp. 67-76.

Medidas y pesos: sinopsis, por ejemplo, en VOGEL, *op. cit.*, pp. 29 ss., y GARDINER, *Grammar* (§ 15 b) § 266. W. M. F. PETRIE, *Ancient Weights and Measures* (London, 1926); S. R. K. GLANVILLE, «Weights and Balances in Ancient Egypt», *Proceed. Royal Institution of Great Britain* 29, 1936, pp. 10-40; W. F. REINEKE, «Der Zusammenhang der altägyptischen Hohl- und Längenmasse», *MIO* 9, 1963, pp. 145-163; D. VALBELLE, *Catalogue des poids à inscriptions hiératiques de Deir el-Médineh* (Le Caire, 1977); E. ROIK, *Das Längenmaßsystem im alten Ägypten* (Hamburg, 1993). Medidas de longitud: 1 vara (*mḥ*) = 7 palmos (*šzp*) = 28 dedos (*ḏbʿ*) = 52.3 cm; 1 milla (*itrw*) = 200 brazas (*ḫt*) = 20 000 varas = 10.5 km. Medidas de superficie: 1 área (*sṯʿt*) = 2 735 m^2 (según el Reino Antiguo). Medidas de capacidad: 1 fanega (*ḥḳʿt*) = 10 *hn* = 320 partes (*rʾ*) = alrededor de 5 litros (el contenido exacto varía en los originales-*hn* conservados); 1 saco (*ḫʿr*) tenía en el Papiro Rhind 20, en el Reino Nuevo, 16 fanegas. Pesos: 1 *dbn* = 10 *ḳdt* = antes del Reino Nuevo, unos 13.8 g, en el Reino Nuevo, unos 91 g. Para la medición del tiempo, § 66.

Números: K. SETHE, *Von Zahlen und Zahlworten und was für andere Völker und Sprachen daraus zu lernen ist* (1916); el simbolismo de los números aún no se ha investigado lo suficiente. Es importante la indicación de R. MOFTAH, *CdE* 39, 1964, pp. 44-60, sobre la posibilidad de «leer» los números como palabras, aunque el número de lecturas posibles debe haber sido bastante grande.

§ 66. LA ASTRONOMÍA Y LA MEDICIÓN DEL TIEMPO

Los monumentos astronómicos de Egipto datan básicamente de la época ramésida y de la época ptolemaico-romana, y ya en el siglo XIX han

sido objeto de una intensa investigación. H. Brugsch reunió el material hasta entonces conocido en su *Thesaurus inscriptionum Aegypticarum* (1883-1891) para el conocimiento de los planetas y de las estrellas, el cual apenas ha sufrido ampliaciones. O. Neugebauer y R. A. Parker han emprendido una compilación moderna de los textos astronómicos existentes (tres volúmenes), sobre todo de las listas decanas y de las explicaciones de las observaciones del cielo. También los textos religiosos, como los *Textos de las Pirámides* (§ 36a) o los libros del Más Allá (§ 21), contienen afirmaciones astronómicas. La exactitud de las observaciones era pobre, orientada como estaba a objetivos en parte prácticos (calendario) y en parte cultuales (fiestas, orientación de los muertos por el cielo nocturno), suficientes para estos objetivos. La rigidez del esquema establecido de una vez por todas hace que la información sobre fenómenos celestes especiales sea excepcional; los eclipses se citan en los textos escatológicos casi como pura posibilidad; en cuanto a la identificación de cometas, solo se ha conservado un único ejemplo dudoso (*Urk.* IV 1238 ss.). La observación de las estrellas mismas adolece, durante la época del Antiguo Egipto, de una fuerte esquematización; con seguridad solo se han identificado la osa mayor y Orión. Distintos factores han coadyuvado en ello, parcialmente imputables al cambio de posición de las estrellas fijas, por lo que la certeza actual no puede extrapolarse a la época faraónica. El horóscopo fue aceptado en Egipto tardíamente en época de los ptolomeos, y, con él, la astrología y la observación precisa de la astronomía greco-babilónica.

En la medición del tiempo se conservó el sentido práctico del egipcio. Su año («cambio anual») de 365 días fijos (tres estaciones con cuatro meses de treinta días y cinco epagómenos) es la forma más elemental de año que se ha podido crear, y, al renunciar a corregirlo, comportó una larga desviación del calendario anual frente a la posición «natural». El embrollo fue fundado paulatinamente por el relato de años «grandes» y «pequeños» de los textos religiosos, referidos en todo caso al número identificable de lunas nuevas (13 en los años «grandes», 12 en los «pequeños»). En el culto, desde muy temprano, aparece un calendario lunar especial, pero el escaso número de fechas dobles (según el «cambio anual» y el calendario lunar) dificulta las investigaciones sobre su exactitud. R. A. Parker ha demostrado, para la época ptolemaico-romana, la existencia de un ciclo de 25 años que, probablemente, habría sido empleado con anterioridad. El calendario mensual estaba dividido en tres décadas (sobre la semana laboral de diez días, véase § 57), el día, en 12 horas diurnas y 12 nocturnas, cuya duración se rige en el Reino Nuevo por el lapso de oscuridad y por ello puede ser diferenciable. Los egipcios no conocieron ninguna subdivisión más de las horas. Para medir el tiempo se servían de relojes de sol y de agua y, para la noche, de tablas decimales.

O. NEUGEBAUER y R. A. PARKER, *Egyptian Astronomical Texts*, 3 vols. (Providence/London, 1960-1969); O. NEUGEBAUER, «The History of Ancient Astronomy. Problems and Methods», *JNES* 4, 1995, pp. 1-38 (¡con abundante bibliografía!); B. L. VAN DER WAERDEN, *Die Anfänge der Astronomie* (Groningen o. J.); Ch. LEITZ, *Studien zur ägyptischen Astronomie*, 1989, [2]1991 (*ÄgAbh* 49); ídem, *Altägyptische Sternuhren* (Louvain, 1995). Se está a la espera de un nuevo estudio sobre las afirmaciones astronómicas de los *Textos de las Pirámides* por R. KRAUSS.

Investigaciones especiales: S. SCHOTT en W. GUNDEL, *Dekane und Dekansternbilder*, 1936 (*Studien der Bibliothek Warburg* 19); Z. ŽÁBA, *L'orientation astronomique dans l'ancienne Égypte, et la précession de l'axe du monde* (Prague, 1953) (sobre ello, Lauer, *BIFAO* 60, 1960, pp. 171-183); Ph. DERCHAIN en la obra colectiva *Sources Orientales*, V, *La Lune*, Paris, 1962, pp. 19-68; sobre el posible informe de un *eclipse de sol* el 30 de septiembre del 610 a.e., véase Chr. E. HORNUNG, *ZÄS* 92, 1965, pp. 38 ss.

Sobre el zodíaco: B. L. VAN DER WAERDEN, «History of the Zodiac», *AfO* 16, 1952-1953, pp. 216-230, y NEUGEBAUER-PARKER, *op. cit.*, III, pp. 203-212; sobre la astrología, O. NEUGEBAUER, «Demotic Horoscopes», *JAOS* 63, 1943, pp. 115 ss.; G. R. HUGHES, «A Demotic Astrological Text», *JNES* 10, 1951, pp. 256-264; R. A. PARKER, *A Vienna Demotic Papyrus on Eclipse- and Lunar-Omina* (Providence, 1959) (influencia babilónica). El horóscopo egipcio más antiguo ha sido datado en el 4 de abril del 38 a.e. (*JEA* 54, 1968, pp. 231 ss., demótico).

Medición del tiempo: K. SETHE, «Die Zeitrechnung der alten Aegypter im Verhältnis zu der anderer Völker», *NAWG* 1919, pp. 287-320; 1920, pp. 28-55 y pp. 97-141; S. SCHOTT, *Altägyptische Festdaten* (§ 35); R. A. PARKER, *The Calendars of Ancient Egypt*, Chicago, 1950 (*SAOC* 26), ahí también sobre los calendarios lunares cíclicos. Medición del tiempo: L. BORCHARDT, *Die altägyptische Zeitmessung* (1920); A. POGO, «Egyptian Water Clocks», *Isis* 25, 1936, pp. 403-425. Como que las estaciones del año y los meses no se indican siempre igual en la literatura, proporcionamos aquí una concordancia:

3ḫt = estación de la «inundación»
Mes I: Tot; mes II: Paofi; mes III: Famenot; mes IV: Farmuti.
prt = estación de la siembra o «invierno»
Mes I: Tybi; II: Mejir; III: Famenot; IV: Farmuti.
šmw = estación de la «cosecha» o «verano»
Mes I: Pajons; II: Payni; III: Epifi; IV: Mesore.

Los cinco epágomenos (E. WINTER, *WZKM* 56, 1960, pp. 262-266; P. DER MANUELIAN, *JNES* 45, 1986, pp. 1-18) se consideran los cumpleaños de Osiris, Horus, Set, Isis y Neftis (identificados por primera vez en el Informe Hekanajt, § 25). La lista de los días fastos y nefastos se encuentra ahora ampliamente expuesta y comentada en Ch. LEITZ, *Tagewählerei*, 1994 (*ÄgAbh* 55).

§ 67. LA FÍSICA, LA QUÍMICA Y LA MINERALOGÍA

Todavía está por investigar qué hay que entender por conocimientos o por teorías químicas y físicas en el Antiguo Egipto. A. Piankoff pretende haber hallado en las tumbas reales de la Dinastía XX las huellas de una «física teológica» (*La création du disque solaire*, 1953, p. 1), aunque sus pensamientos no han podido desarrollarse más. Sobre la química y la mineralogía, A. Lucas, R. J. Forbes y J. R. Harris han reu-

nido abundante material, en el que es secundaria la cuestión de los conocimientos y teorías químicas de los egipcios. En ausencia de textos técnicos egipcios sobre el tema, fundamentalmente la metalurgia ha podido reconstruirse bastante bien a partir de las representaciones y de los hallazgos realizados.

A. LUCAS y J. R. HARRIS, *Ancient Egyptian Materials and Industries* (London, [5]1989) (las primeras tres ediciones desde 1926 solo por A. Lucas); R. J. FORBES, *Studies in Ancient Technology*, 9 vols. (Leiden, 1955-1964); J. R. HARRIS, *Lexicographical Studies in Ancient Egyptian Minerals* (Berlin, 1961). Sobre la alquimia, J. LINDSAY, *The Origins of Alchemy in Graeco-Roman Egypt* (London, 1970); F. DAUMAS, «L'alchimie a-t-elle une origine égyptienne?», en *Das römisch-byzantinische Ägypten* (Mainz 1983), pp. 109-118.

Sobre la metalurgia, R. J. FORBES, *Metallurgy in Antiquity* (Leiden, 1950); S. CURTO, «Postille circa la Metallurgia Antico-Egizia», *MDAIK* 18, 1962, pp. 59-69; sobre esto, también B. SCHEEL, «Studien zum Metallhandwerk», *SAK* 12-14, 1985-1987, y E. PUSCH, *Ägypten und Levante* 1, 1990, pp. 75-113, sobre las herramientas recientemente halladas en el Delta oriental. El bronce (desde la Dinastía XI) y el hierro (desde la Dinastía XVIII) se importaron inicialmente del Asia Menor y esencialmente solo se elaboró en Egipto de modo tardío (excepto en los trabajos aislados con hierro de meteorito de la época antigua).

Sobre los metales nobles, véase § 57; sobre la fabricación del vidrio, B. NOLTE, «Die Glasgefässe im alten Ägypten», 1968 (*MÄS* 14); E. RIEFSTAHL, *Ancient Egyptian Glass and Glazes in the Brooklyn Museum* (Brooklyn, 1968); J. D. COONEY, *Glass* (London, 1976) (British Museum); sobre la fayenza, A. KACZMARCZYK y R. E. M. HEDGES, *Ancient Egyptian Faience* (Warminster, 1983).

Sobre las piedras en general, T. DE PUTTER y C. KARLSHAUSEN, *Les pierres utilisées dans la sculpture et l'architecture de l'Égypte pharaonique* (Bruxelles, 1992); R. y D. D. KLEMM, *Steine und Steinbrüche im Alten Ägypten* (Berlin, 1993).

§ 68. LA TÉCNICA

Los procedimientos técnicos, en tanto que medios para conseguir un fin, no eran dignos de reseñar para el egipcio, por lo que solo se representaban o se describían de manera excepcional. Así, todas las indicaciones sobre cómo se erigían las pirámides o los templos, se levantaban los obeliscos o se explotaban las minas se basan en las reconstrucciones modernas, es decir, en respuestas hipotéticas a la pregunta «¿cómo fue posible?». Ocasionalmente, ciertos hallazgos (como las rampas del templo de Karnak) o imágenes (transporte de cargas) pueden servir de punto de apoyo y, por tanto, de indicios o informaciones para hipótesis de trabajo. La importancia de la observación exacta de las huellas de trabajos técnicos se pone de manifiesto en las investigaciones de J. Röder en las canteras egipcias, que pueden informar en puntos decisivos sobre las explicaciones anteriores (el empleo de cuñas para la partición de piedras solo data de la época romana, en época fa-

raónica se empleaba la técnica de cincelado). Para la metodología de la egiptología, las investigaciones sobre las técnicas representan solo un caso excepcional: en este sector los resultados solo se pueden comprobar a través de experimentos, en la medida en que la supuesta técnica de la época faraónica se realiza con métodos parecidos.

Los manuales citados en § 67 (LUCAS-HARRIS y FORBES) tratan de numerosas cuestiones técnicas. Sobre la técnica del cincelado, además de las obras durante tanto tiempo clásicas de R. ENGELBACH, *The Aswan Obelisk with some remarks on the ancient engineering* (Cairo, 1922) y *The Problem of the Obelisks* (London, 1923), hay que añadir ahora J. RÖDER, «Zur Steinbruchgeschichte des Rosengranits von Assuan», *Archäologischer Anzeiger* 1965, pp. 467-552; D. y R. KLEMM, *SAK* 7, 1979, pp. 103-140; ídem, *Die Steine der Pharaonen* (1981).

Técnicas arquitectónicas: D. ARNOLD, *Building in Egypt. Pharaonic Stone Masonry* (New York-Oxford, 1991).

Sobre el transporte de materias pesadas, para el que disponían de la fuerza humana, ganados de transporte, calandrado, arrastre y barcos, por ejemplo AL. BADAWY, «The Transport of the Colossus of Djehutihetep», *MIO* 8, 1963, pp. 352-332, y H. Chevrier, *RdE* 22, 1970, pp. 15-39.

Otras técnicas: A. RIETH, «Zur Technik des Bohrens im alten Ägypten», *MIO* 6, 1958, pp. 176-186; sobre las herramientas y su denominación, abundante material en W. K. SIMPSON, *Papyrus Reisner II* (Boston, 1965), también E. KÜHNERT-EGGEBRECHT, *Die Axt als Waffe und Werkzeug im alten Ägypten*, 1969 (*MÄS* 15).

VII

LA HISTORIA: DESARROLLO, TRANSMISIÓN, INTERPRETACIÓN

§ 69. EXPOSICIONES DE CONJUNTO, HISTORIA DE LA CULTURA, PERÍODOS HISTÓRICOS

Con una extensión en el tiempo próxima a los tres mil años, la historia de Egipto abarca un inmenso material de estudio cada vez más difícil de sintetizar en todos sus detalles. Las primeras exposiciones de conjunto debían cimentarse en las informaciones de los escritores antiguos y en las fuentes concretas del Reino Nuevo y de época tardía. Sin embargo, con las investigaciones innovadoras de De Rougé sobre los monumentos del Reino Antiguo (1866), ya la edad antigua comenzó a cobrar una forma más clara y distinta, obteniendo el reconocimiento, según las posibilidades de la época, de G. Maspero (1875 ss.), H. Brugsch (1877) y A. Wiedemann (1884). El punto culminante se alcanzó con la exposición de la historia egipcia en la *Historia de la Antigüedad* de E. Meyer (1884 ss., última edición de 1953/1958 a cargo de H. W. Stier), donde el sólido y sintético conocimiento de los detalles se suma a una ordenación soberana de los fenómenos en la historia universal de la Antigüedad. Al igual que la minuciosidad y la visión de conjunto de la obra de Meyer, la popularidad y la facilidad de lectura de la obra de J. H. Breasted *A History of Egypt* (New York, 1905) no se han visto superadas hasta ahora; solo el rápido progreso inesperado de nuestro conocimiento en todos los ámbitos de la historia egipcia y del antiguo Oriente ha conducido a una situación en que ambas obras solo pueden ser empleadas como complemento de las modernas exposiciones. Por su riqueza de material, también los tres volúmenes de la obra histórica de W. M. Flinders Petrie (*A History of Egypt*, Londres, 1894-1905) puede ofrecer aún un buen servicio.

Una primera ojeada al transcurso de la historia de Egipto y de sus épocas principales se halla en las síntesis de E. Otto, *Ägypten. Der Weg des Pharaonenreiches* (1953, [4]1966); A. H. Gardiner, *Egypt of the Pharaohs* (Oxford, 1961), trad. cast. de Emili Olcina *El Egipto de los faraones* (Barcelona, 1994), E. Hornung, *Grundzüge der ägyptischen Geschichte*, 1965, [2]1978, y muchas otras; W. Wolf, *Das alte Ägypten* (1971), ofrece un compendio de la historia complementado con una antología de fuentes textuales. Dado que la selección a partir del abundante material y, por tanto, el acento de la exposición son cosas muy distintas, lo mejor es no confiarse a una única exposición o interpretación de los fenómenos históricos. E. Drioton y J. Vandier, *L'Égypte* (colección «Clio», *Les peuples de l'orient méditerranéen II*, Paris, 1938, [4]1962), proporcionan prolijas informaciones, así como indicaciones sobre cuestiones debatidas (con un resumen del estado de la investigación) y una útil bibliografía; en todo caso, las investigaciones recientes (desde 1952) se han contemplado solo en un anexo a la obra, sin haberse actualizado el texto. Bajo nueva edición ha aparecido ahora J. Vercoutter, *L'Égypte et la Vallée du Nil, I* (Paris, 1992), volumen II (hasta el final del Reino Nuevo) por C. Vandersleyen, 1995. En el ámbito del *HO*, W. Helck ha presentado en 1968 una *Historia del Antiguo Egipto* ([2]1981); N. Grimal ha ofrecido luego una prolija exposición de conjunto en *Histoire de l'Égypte ancienne*, Paris, 1988 (trad. cast. *Historia del Egipto Antiguo*, Madrid, 1997); véase además, con otros acentos, B. Trigger, *Ancient Egypt. A Social History* (Cambridge, 1983), trad. cast. *Historia del Antiguo Egipto* (Barcelona, 1985), y B. J. Kemp, *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilization* (London-New York, 1989), trad. cast. *El Antiguo Egipto: anatomía de una civilización* (Barcelona, 1992). Bajo nuevos aspectos, J. Assmann ha expuesto ahora una historia del Antiguo Egipto, su «sentido» para los antiguos egipcios y para la tradición occidental: *Ägypten. Eine Sinngeschichte* (München, 1996).

Para la historia de la cultura, la antigua obra de A. Erman *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum* (1886), reelaborada por H. Ranke en 1923, ha sido la exposición más válida durante medio siglo. Hoy disponemos de dos obras que se complementan especialmente: la exposición, fenomenológicamente construida, ineludible siempre por su detallismo, de H. Kees (*Ägypten*, 1933, en *Handbuch der Altertumswissenschaft* III, 1, 3, 1) y la de orientación histórica y sinóptica de W. Wolf, *Kulturgeschichte des Alten Ägypten* (1962). Una combinación de ambos métodos ha sido intentada por F. Daumas, *La civilisation de l'Égypte pharaonique* (Paris, 1965), en la que hace un tratamiento fenomenológico de los diferentes ámbitos de la cultura según una sinopsis histórica y lo complementa con un útil anexo lexicográfico. Se pueden citar adicionalmente las amplias exposiciones de W. C.

Hayes, *The Scepter of Egypt*, 2 vols. (New York, 1953-1959), y A. Eggebrecht (ed.), *Das alte Ägypten* (1984), además de la nueva historia de la cultura de E. Strouhal, *Life in Ancient Egypt* (Cambridge, 1992).

H. Ranke ha mostrado que la diferencia de tres épocas (Reinos Antiguo, Medio y Nuevo) ya la hacían los mismos egipcios (§ 70); esta división ha prevalecido en conjunto al igual que las divisiones por dinastías (Anexo II), que la egiptología ha aceptado desde Manetón (§ 71). Las malas designaciones antiguas «época de transición» (época entre el Reino Antiguo y el Reino Medio) y «época de los hicsos» (entre el Reino Medio y el Reino Nuevo) han quedado esquematizadas en los últimos treinta años como «Primer» y «Segundo Período Intermedio», completado en las últimas publicaciones por un «Tercer Período Intermedio» (Dinastías XXI a XXIV). Hasta ahora no han surgido otras propuestas convincentes de periodización, y las esquematizaciones de la historia universal como los sistemas de Spengler, Toynbee y Jaspers no han dado resultado para el material egipcio.

§ 70. LA IMAGEN DE LA HISTORIA

Las informaciones históricas de todas las culturas, antes de ser consideradas como hechos «reales» de la historia, deben ser cuestionadas en función de su esquema mental: qué seleccionan y qué orden de los acontecimientos establecen, es decir, en función de su imagen de la historia. La egiptología ofrece ejemplos especialmente abundantes de cómo el solevantamiento de esta exigencia metódica ha conducido a reconstrucciones falseadas del devenir histórico (época primitiva, Primer Período Intermedio, Dinastía XX). H. Ranke fue el primero en cuestionarse la comprensión del orden histórico de los egipcios, al descubrir que Menes, Nebhepepre y Amosis pasaban ya para los egipcios del Reino Nuevo como fundadores de una nueva época. El autor de este libro se ha esforzado en múltiples trabajos por entender la imagen egipcia de la historia como una imagen ritual sustraída a las categorías corrientes, excesivamente esquemáticas, cíclico/lineal, con lo cual ha hallado conveniente dar un nuevo impulso a la filosofía de la historia. La historia era para el egipcio una renovación festiva (¡aunque no inmediatamente periódica!) de acontecimientos originarios y se celebraba, como todos los actos cultuales, según un ritual. Teóricamente, solo sucede lo que es necesario y está prescrito; la imagen egipcia de la historia, no obstante, no sabe de ninguna fundación festiva de nuevos tipos de sucesos por parte de dioses y reyes. El esquema sólidamente establecido del proceso histórico determina, de manera efectiva hasta los Ptolomeos, tanto las manifestaciones fundamentales de la historia egipcia como la usurpación de los primeros monumentos, «renovación» per-

manente de los constructores y las campañas de los faraones. Las diferencias temporales comportan que al menos en el Reino Nuevo se dio un interés por los sucesos que rompían con el esquema normal único.

H. RANKE, *Vom Geschichtsbilde der alten Aegypter*, *CdE* 6, 1931, pp. 277-286; S. SCHOTT, «Mythe und Geschichte», *Jahrbuch AdW*, Mainz, 1954, pp. 243-266; G. BJÖRKMAN, «Egyptology and Historical Method», *Orientalia Suecana* 13, 1964, pp. 9-33 (fiabilidad de las fuentes, especialmente para el Primer Período Intermedio); E. OTTO, «Geschichtsbild und Geschichtsschreibung in Ägypten», *WdO* 3, 1966, pp. 161-176; E. HORNUNG, *Geschichte als Fest* (1966); ídem, «Zum altägyptischen Geschichtsbewusstsein», en H. MÜLLER-KARPE (ed.), *Archäologie und Geschichtsbewusstsein* (1982), pp. 13-30; U. LUFT, *Beiträge zur Historisierung der Götterwelt und der Mythenschreibung* (1978); J. ASSMANN, *Stein und Zeit* (1991), cap. XI («Politik zwischen Ritual und Dogma»); P. VERNUS, *Essai sur la conscience de l'Histoire dans l'Égypte pharaonique* (Paris, 1995).

§ 71. FUENTES

Gracias a las fuentes conservadas por casualidad de la administración y de la justicia, de la economía y de la vida cotidiana, disponemos de una visión valiosa del transcurso «real» de la historia egipcia; el alcance y el valor de la información que puede obtenerse de ellas, así como las evidencias arqueológicas, no dependen, en última instancia, del método ni del planteamiento del historiador. La transmisión conscientemente elaborada que en Egipto supone la inmensa mayoría de nuestras fuentes históricas consiste, sobre todo, en inscripciones regias, informaciones y biografías de funcionarios y otros testimonios de la literatura «política» (§ 23); en este sentido, ya existe una selección y una interpretación de los sucesos en correspondencia con la imagen válida de la historia (§ 70) y debe tenerse en cuenta a la hora de valorarlos. Además de las inscripciones regias, que en apariencia consisten en meras frases «anquilosadas» y parecen ser muchas veces copias literales de otras más antiguas, existen informaciones tan vivas y acaso tan auténticas como la descripción de la derrota de los hicsos por el rey Camosis o algunos detalles de los relatos bélicos de Tutmosis III y Amenofis II. Lo que de auténtico haya en ellos solo se puede determinar en comparación con otras inscripciones; cuanto más se investiga la fraseología de las fuentes, tanto más claramente se transforma la en apariencia rigidez formal en un cuadro vivo del devenir histórico. El peligro de comprender erróneamente los textos religiosos como fuentes de sucesos históricos ocurridos entre los «reinos» prehistóricos o las «escuelas teológicas» históricas parece hoy erradicado, si bien la cautela justificada sobre el significado de las fuentes no debería ser un impedimento a la hora de valorar el desarrollo espiritual de Egipto.

La descripción del devenir histórico se limita en Egipto a la presentación de anales, de listas reales y libros de relatos bélicos. Se ha conservado solo un único original (el Papiro de Turín de la Dinastía XIX) y media docena de fragmentos perpetuados en piedra y que provienen todos de las Dinastías XVIII y XIX; para esta época, las inscripciones de huéspedes nos demuestran en los monumentos antiguos y en los trabajos de restauración del príncipe Jaemuese un enorme interés por el pasado histórico. Al igual que la obra histórica de Manetón, también se han perdido las fuentes reales que este sacerdote egipcio pudo haber utilizado hacia el 280 a.e.; los fragmentos de Manetón conservados por otros escritores antiguos (sobre todo Josefo y Eusebio) conservan, pese a las múltiples y evidentes falsificaciones, algunas informaciones correctas y valiosas.

General: D. B. REDFORD, *Pharaonic King-Lists, Annals and Day-Books* (Mississauga, 1986). Los informes más importantes sobre datos históricos casuales sin elaborar provienen de las excavaciones de Amarna y Deir el-Medina (§ 95). La traducción más completa de textos regios y privados de la tradición oficial se hallan en J. H. BREASTED, *Ancient Records* (§ 19). Las ediciones de los textos que deben traerse a colación con fines científicos se hallan en las *Urkunden des ägyptischen Altertums* (Sección I: *Urkunden des Alten Reichs*; II: *Hieroglyphische Urkunden der griechisch-römischen Zeit*; III: *Urkunden der älteren Äthiopenkönige*; IV: *Urkunden der 18. Dynastie*; V: *Religiöse Urkunden*; VI: *Urkunden mythologischen Inhalts*; VII: *Urkunden des Mittleren Reiches*; VIII: *Thebanische Tempelinschriften aus griechisch-römischer Zeit*), 1903 ss.; de ellas, solo se han traducido las *Urk.* IV-VI. Sobre la Estela de Camosis, L. HABACHI, *The Second Stela of Kamose* (Glückstadt, 1972).

Extractos de anales (Piedra de Palermo, fragmentos de El Cairo, etc.): H. SCHÄFER, *Ein Bruchstück altägyptischer Annalen* (*APAW* 1902); H. GAUTHIER, *Le Musée égyptien III* (Le Caire, 1915), pp. 29-53; W. M. F. PETRIE, *Ancient Egypt*, 1916, pp. 114-120 y pp. 182-184; J. L. DE CENIVAL, *BSFE* 44, 1965, pp. 13-17; W. KAISER, *ZÄS* 86, 1961, pp. 39-54; P. F. O'MARA, *The Palermo Stone and the Archaic Kings of Egypt* (La Canada, 1979-1980); los ensayos de reconstrucción se separan los unos de los otros.

Papiro real de Turín: ediciones válidas, A. H. GARDINER, *The Royal Canon of Turin* (Oxford, 1959).

Anales bélicos y demás: H. GRAPOW, *Studien zu den Annalen Thutmosis des Dritten und zu ihnen verwandten historischen Berichten des Neuen Reiches*, 1949 (*Abh. der Deutschen AdW zu Berlin, Philos.-hist. Klasse* 1947, n.º 2).

Inscripciones de huéspedes: W. HELCK, «Die Bedeutung der ägyptischen Besucherinschriften», *ZDMG* 102, 1952, pp. 39-46.

Manetón: texto en W. G. WADDELL, *Manetho*, London, 1940 (The Loeb Classical Library), y F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, III parte, C, vol. I (Leiden, 1958); análisis crítico en W. HELCK, *Untersuchungen zu Manetho und den ägyptischen Königslisten*, 1956 (*UGAÄ* 18).

Información sobre las últimas dinastías autóctonas en la *Crónica demótica* algo más antigua: W. SPIEGELBERG, «Die sogenannte Demotische Chronik» (*Demotische Studien* 7), 1914, además de los múltiples trabajos recientes de J. H. JOHNSON.

§ 72. CRONOLOGÍA Y GENEALOGÍA

La investigación metódica de la cronología egipcia ofrece especiales dificultades por la necesidad de cotejar las afirmaciones y las listas de los monumentos egipcios con los datos astronómicos, así como la de valorar los sincronismos con la historia del Próximo Oriente. Este ámbito se remite a los pocos especialistas que, empleando métodos muy diversos, suelen llegar a resultados completamente distintos. Pese a ello, ya a finales del siglo pasado Ed. Meyer y Ed. Mahler lograron crear una base cronológica segura para algunas épocas y, en época más reciente, ha sido sobre todo R. A. Parker quien, mediante una cuidadosa combinación, que no hace desaparecer el margen de error, de los datos históricos y astronómicos, ha consolidado nuestro esquema cronológico. Los puntos de apoyo principales para la determinación absoluta siguen siendo los dos datos sobre Sotis del Papiro Ebers y del Papiro Illahun, aunque se han visto impregnados de una serie de dudas que, en el caso del Papiro Ebers, siguen siendo impugnadas y no permiten una datación exacta. También los datos lunares y los sincronismos entre Egipto y el Próximo Oriente siguen siendo inciertos a causa de su repetición cíclica, en la medida en que se haga un uso aislado de ellos; solo la combinación de todos los medios auxiliares puede conducir a una determinación exacta de las diferentes épocas. De este modo, la falta de concordancia entre los datos históricos y los astronómicos puede aún depurarse más. En el caso de que esto no sea posible, el margen de error debe determinarse con la mayor exactitud con el fin de preservar el carácter científico. Las determinaciones de las edades por el método del radiocarbono solo tienen significado para la prehistoria de Egipto, a causa del margen de error de varios siglos; en este sentido, conviene tener en cuenta que el cálculo del tiempo medio estimado ha variado y que la «conversión» de los datos mediante la reciente dendrocronología da por resultado otros (la mayoría más altos) valores.

Para determinar la cronología relativa, solo se cuenta, además de las fuentes datadas, con tres puntos de apoyo: los datos de los anales, el Papiro de Turín y los fragmentos de la obra de Manetón (§ 71). Las dificultades surgen a causa de los diferentes métodos de datación. En época primitiva los años se mencionan según los acontecimientos más destacados; en el Reino Antiguo se cuentan por la racaudación de impuestos (por lo general cada dos años), después por los años de reinado de los reyes, si bien de distintas maneras: en el Reino Medio se cuenta el año de reinado de año nuevo en año nuevo, mientras que en el Reino Nuevo, de un aniversario a otro.

El egipcio concedía valor a las filiaciones exactas y solía alardear en época tardía de largas listas de antepasados (¡hasta 60 generaciones!). Esto permite reconstruir conexiones genealógicas concretas

de varios siglos, aunque solo tienen un valor cronológico para el Reino Antiguo.

Los fundamentos fueron puestos por ED. MEYER, *Aegyptische Chronologie* (*APAW* 1904); apéndices en *APAW* 1907 y *Die ältere Chronologie Babyloniens, Assyriens und Ägyptens* (1931). Con abundante material aunque con informaciones repetidas, L. BORCHARDT, *Quellen und Forschungen zur Zeitbestimmung der ägyptischen Geschichte*, 3 vols. (Berlin-Kairo, 1917-1938), y R. WEILL, *Bases, méthodes et résultats de la chronologie égyptienne* (Paris, 1926) (con apéndices de 1928). Una nueva formación del inventario, sobre todo para el segundo milenio a.e. y para todo el Próximo Oriente, en P. Åström (ed.), *High, Middle or Low*, 3 partes (Gothenburg, 1987-1989). Sobre la *conversión* de las cronologías relativa y absoluta empléese P. V. NEUGEBAUER, *Hilfstafeln zur technischen Chronologie* (1937); sobre los datos del calendario juliano al gregoriano, PARKER, *Calendars* (§ 66), p. 8. Sobre la medición del tiempo, § 66; sobre la genealogía, L. BORCHARDT, *op. cit.*, vol. II (1935), pp. 92-114.

Prehistoria: H. J. KANTOR en R. W. EHRICH, *Chronologies in Old World Archaeology* (Chicago, 1965). La cronología relativa se apoya desde 1901 en el sistema de Petrie de «escalonamiento de datos»; para una crítica de ello, véase W. KAISER, *ZÄS* 81, 1956, pp. 91-100. Sobre el método del radiocarbono y su «graduación» (calibración), por ejemplo, I. M. E. SHAW, *JNES* 44, 1985, pp. 295-317.

Reino Antiguo: desde L. BORCHARDT (*op. cit.*, II, 1935) ya no se ha vuelto a investigar cronológicamente. Por ello, la datación de las primeras dinastías es completamente insegura y oscila en varios siglos. Si bien la cronología relativa de algunas dinastías está bien establecida, la determinación absoluta solo puede calcularse a partir de principios de la Dinastía XI (2134 a.e. o más tarde). Las dataciones halladas en Dahshur (§ 95) han vuelto a poner en cuestión los datos de Manetón; también es una cuestión debatida la regularidad de las «mediciones».

Reino Medio: fundamental, W. F. EDGERTON, «Chronology of the Twelfth Dynasty», *JNES* 1, 1942, pp. 307-314; mejoras realizadas por L. H. WOOD, *BASOR* 99, 1945, pp. 5-9, y R. A. PARKER, *Calendars* (§ 66). Nuevos valores posteriores en algunos siglos en R. KRAUSS, *Sothis- und Monddaten. Studien zur astronomischen und technischen Chronologie Altägyptens*, 1985 (*HÄB* 20), que parte de Elefantina como punto de referencia sotíaco y, así, consigue una concordancia mejor con los datos relativos. Además, para el Segundo Período Intermedio, D. FRANKE, *Or* 57, 1988, pp. 113-138 y pp. 245-274, así como U. LUFT, *Die chronologische Fixierung des ägyptischen Mittleren Reiches nach dem Tempelarchiv von Illahun* (Wien, 1992).

Reino Nuevo: E. HORNUNG, *Untersuchungen zur Chronologie und Geschichte des Neuen Reiches*, 1964 (*ÄgAbh* 11); R. KRAUSS, *Das Ende der Amarnazeit*, 1978 (*HÄB* 7), así como el trabajo citado de KRAUSS sobre el Reino Medio; J. VON BECKERATH, *Chronologie des ägyptischen Neuen Reiches*, 1994 (*HÄB* 39). La inseguridad sobre la duración del reinado de Horemheb sigue existiendo (12-13 o bien 26 años), mientras que el inicio del reinado de Rameses II se ha establecido ahora en el 1279 a.e. En este sentido, los datos del Reino Nuevo no son independientes de los puntos fijos de la astronomía ni de las fechas de Manetón, puesto que solo los múltiples datos relativos y los sincronismos con el Asia Occidental permiten una delimitación exacta.

Época tardía: Desde el 690 a.e. (inicio del reinado de Taharka) todos los datos son seguros en que la nueva determinación de la Dinastía XXVI debe tenerse en cuenta (R. A. PARKER, *MDAIK* 15, 1957, pp. 208-212; E. HORNUNG, *ZÄS* 92, 1965, pp. 38 ss.), que afecta hasta la Dinastía XXV y los reyes meroíticos. Para las Dinastías XXI a XXIV y para los primeros reyes etíopes aún existen dudas considerables.

§ 73. PREHISTORIA

La ampliación de nuestro conocimiento actual de la larga serie de distintas «culturas» de la prehistoria egipcia se ha desarrollado en un lapso de tiempo sorprendentemente corto; ya en 1880, a pesar de las investigaciones innovadoras de Chabas y Schweinfurth, se ponía seriamente en duda la existencia de una prehistoria en suelo egipcio. El «descubrimiento de la prehistoria egipcia», que con las excavaciones de Petrie y Quibell adoptó un gran auge desde 1894, se describe en el capítulo 2 de W. Wolf, *Funde in Ägypten* (1966).

La bibliografía más antigua está recogida en Ch. Bachatly, *Bibliographie de la préhistoire égyptienne (1869-1938)* (Le Caire, 1942); nueva bibliografía, en K. R. Weeks, *An Historical Bibliography of Egyptian Prehistory* (Winona Lake, 1985), y S. Hendrickx, *Analytical Bibliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan* (Louvain, 1995). Desde las excelentes sinopsis de J. Vandier, *Manuel* (§ 84), volumen I (1952), y W. C. Hayes, «Most Ancient Egypt», *JNES* 23, 1964, pp. 73-114, 145-192 y 217-274 (incompleto, sin las culturas neolíticas del Alto Egipto y de Nubia), el material ha aumentado enormemente con los múltiples informes de excavaciones; entre ellos, los de Nubia juegan un gran papel. Una primera orientación es proporcionada por M. A. Hoffman, *Egypt before the Pharaohs* (London, 1980, ^{2}1991), y B. Midant-Reynes, *La préhistoire de l'Égypte* (Paris, 1992); para Nubia, F. Wendorf y N. M. Taos, *The Prehistory of Nubia* (Dallas, 1968); F. Wendorf y R. Schild, *Prehistory of the Nile Valley* (New York, 1976); I. Hofmann, *Die Kulturen des Niltals von Aswan bis Sennar* (1967). Teniendo en cuenta los aspectos ecológicos, K. W. Butzer, *Early Hydraulic Civilization in Egypt. A Study in Cultural Ecology* (Chicago, 1976), se ha ocupado del tránsito de la prehistoria a la historia; sobre el Bajo Egipto, Th. von der Way, *Untersuchungen zur Spätvor- und Frühgeschichte Unterägyptens* (1994), y E. C. M. van den Brink, *The Nile Delta in Transition: 4th-3rd Millenium B. C.* (Tel Aviv, 1992).

§ 74. ÉPOCA PRIMITIVA

W. B. Emery, *Archaic Egypt* (Harmondsworth, 1961) (Pelican Books; véase Lauer, *RdE* 14, 1962, pp. 113-118), proporciona una buena sinopsis sobre el descubrimiento, la historia y la cultura material de la época antigua (Dinastías I y II). Los yacimientos arqueológicos más productivos de esta época son las necrópolis arcaicas de Abido (§ 95), de Saqqara-norte (W. B. Emery), de Heluán (Zaki Saad) y de Abu Roash (A. Klasens). El material de las inscripciones, sobre todo las ta-

pas de cerámica selladas, ha sido recopilado por P. Kaplony, *Die Inschriften der ägyptischen Frühzeit*, 3 vols., 1963 (*ÄgAbh* 8, suplementos en *ÄgAbh* 9, 1964 y 15, 1966: *Kleine Beiträge zu den Inschriften der ägyptischen Frühzeit*); sobre su valoración, sobre todo, W. Helck, *Untersuchungen zur Thinitenzeit*, 1987 (*ÄgAbh* 45) y, como resumen de un reinado, G. Godron, *Études sur l'Horus Den* (Genf, 1990). Puntos de gran discusión en las investigaciones continúan siendo el desarrollo, el punto temporal y el primitivo detentor de la ominosa «unificación» que, evidentemente, debe situarse antes de «Menes» y del principio de la época «dinástica»; sobre esto y sobre otros problemas, véase W. Kaiser, «Einige Bemerkungen zur ägyptischen Frühzeit», *ZÄS* 84-86, 1959-1961 y, sobre todo, *ZÄS* 91, 1964, pp. 86-125; también la cuestión de si era Abido o Saqqara el lugar de enterramiento de los primeros reyes y la historicidad del «rey fundador» Menes. Continúa debatiéndose la lectura y la explicación de los nombres de los reyes arcaicos, si bien su sucesión está, en lo esencial, bien establecida. Amplia bibliografía sobre la cuestión de las relaciones predinásticas y protodinásticas entre Egipto y el Próximo Oriente se encuentra en W. Wolf, *Die Kunst Ägyptens* (1957) p. 676 (43[1]); como complemento, véase § 59 y una serie de excavaciones protohistóricas en Palestina. Un ensayo de dilucidación de la base religioso-espiritual, en H. Junker, *Die Geisteshaltung der Ägypter in der Frühzeit*, 1961 (*SBÖAW* 237/1).

§ 75. REINO ANTIGUO

Hasta ahora, la historia política del Reino Antiguo (Dinastías III a VIII) solo ha sido abordada en el ámbito de las exposiciones de conjunto. Una breve y ponderada introducción al mundo espiritual y religioso de esta época ha sido ofrecida por H. Junker, *Pyramidenzeit* (1949), mientras que la historia espiritual detallada del Reino Antiguo de J. Spiegel, *Das Werden der altägyptischen Hochkultur* (1953), va más allá de las fuentes y en muchos aspectos sigue teniendo un carácter hipotético. Nuevas exposiciones recientes son proporcionadas por C. Lalouette, *Au royaume d'Égypte. Le temps des rois-dieux* (Paris, 1991), y G. Andreu, *L'Égypte au temps des pyramides* (Paris, 1992). K. Sethe, *Urkunden des Alten Reichs*, [2]1933 (= *Urk.* I, falta traducción), ha compilado las fuentes de las inscripciones sobre la historia de esta época, si bien nuestro material ha sido fuertemente ampliado mientras tanto por las excavaciones de Guiza, Saqqara (§ 95) y otros sitios; como complemento a la Dinastía III, J. Kahl y otros, *Die Inschriften der 3. Dynastie*, 1995 (*ÄgAbh* 56). H. Goedicke, *Königliche Dokumente aus dem Alten Reich*, 1967 (*ÄgAbh* 14), y también A. Roccati, *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien* (Paris, 1982), han pro-

porcionado una nueva reelaboración de los decretos reales del Reino Antiguo. Sobre las construcciones monumentales relativamente bien investigadas (pirámides y santuarios sagrados), véase § 89; sobre los *Textos de las Pirámides*, nuestras fuentes más importantes para la religión y el mundo espiritual del Reino Antiguo tardío, § 36a. Las excavaciones recientes mantienen nuestra imagen del edificio del estado y de la administración (§ 42) del Reino Antiguo en constante cambio, mostrando que la impresión primitiva de la unidad monumental del estado ya en la Dinastía IV es una fuerte simplificación. El descubrimiento, en 1951, del segundo nivel de las pirámides de Saqqara (Z. Goneim, véase § 95) y los trabajos de A. Fakhry y R. Stadelmann en Dahshur han dado como resultado una nueva mirada sorprendente del medio siglo, hasta ahora completamente oscuro, entre Dyoser y Quéope; para la Dinastía III, véase N. Swelim, *Some Problems on the History of the Third Dynasty* (Alexandria, 1983). Para la debatida fase final del Reino Antiguo tras la muerte de Fíope II, véase ahora R. Müller-Wollermann, *Krisenfaktoren im ägyptischen Staat des ausgehenden Alten Reichs* (1986).

§ 76. PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

El intento de reconstruir históricamente el Primer Período Intermedio (Dinastías IX a XI), tal como fue realizado por H. Stock, *Die erste Zwischenzeit Ägyptens*, Rom, 1941 (*AnOr* 31), tropezó con fuertes críticas y el rechazo (entre otros G. Posener, *BiOr* 8, 1951, pp. 165-172; J. A. Wilson, *JNES* 10, 1951, p. 132). Desde entonces, la discreción en la investigación se ha ajustado más a la ambigüedad interpretativa del estado de las fuentes; entre tanto, una serie de importantes trabajos previos ha proporcionado una base mejor para una reconstrucción, sobre todo en el ámbito de la arqueología: J. Seidlmayer, *Gräberfelder aus dem Übergang vom Alten zum Mittleren Reich. Studien zur Archäologie der Ersten Zwischenzeit* (Heidelberg, 1990); nueva sinopsis proporcionada por F. Gomaà, *Ägypten während der Ersten Zwischenzeit* (1980). W. Schenkel ha compilado y traducido las inscripciones de esta época (Menfis-Heracleópolis-Tebas, 1965, *ÄgAbh* 12); de la edición de los textos por J. J. Clère y J. Vandier solo ha aparecido el primer número: *Textes de la Première Période Intermédiaire et de la XIème dynastie*, *BiAeg* X (Bruxelles, 1948). Hay que añadir ediciones tan importantes de textos concretos como los de J. Vandier, *Mo'alla* (Le Caire, 1950) (véase H. Kees, «Aus den Notjahren der Thebais», *Or.* 21, 1952, pp. 86-97), H. G. Fischer, *Inscriptions from the Coptite Nome* (*AnOr* 40, Rom 1964), e ídem, *Dandara in the Third Millenium B. C.* (New York, 1968). Cronológicamente, el Primer Pe-

ríodo Intermedio ha sido reducido en menos de un siglo y, por ello, es esencialmente fácil de identificar; los trabajos de E. Brovarski y otros apuntan, por cierto, a una necesaria revisión. El brusco cambio espiritual de esta época ha sido objeto de diversas interpretaciones; buenos ejemplos de ello son E. Otto, *Der Vorwurf an Gott* (1951), si bien algunos de los textos ahí empleados están datados muy posteriormente.

§ 77. REINO MEDIO

Una exposición fundamental de la eclosión y decadencia del Reino Medio (Dinastías XI a XIV) es proporcionada por H. E. Winlock, *The Rise and Fall of the Middle Kingdom in Thebes* (New York, 1947), sobre la base de sus largas excavaciones en la necrópolis tebana. Más allá han ido ahora D. Wildung, *Sesostris und Amenemhet* (1984), J. Bourriau y St. Quirke, *Pharaohs and Mortals. Egyptian Art in the Middle Kingdom* (Cambridge, 1988), así como, para los inicios de esta época, L. Gestermann, *Kontinuität und Wandel in Politik und Verwaltung des frühen Mittleren Reiches in Ägypten* (1987), y C. Obsomer, *Sésostris Ier* (Bruxelles, 1995). Para la historia y la cultura de las Dinastías XII y XIII, la excavación de los aposentamientos nubios (Buhen, Mirgissa, Uronarti, etc.) ha proporcionado nuevas fuentes; deben añadirse la publicación de las actas administrativas de la época de Sesostris I (W. K. Simpson, *Papyrus Reisner I-IV*, Boston, 1963-1986), las nuevas investigaciones de los yacimientos de las pirámides por D. Arnold y la valoración histórica de los informes de las expediciones (véase § 55). Para el final de la Dinastía XII, I. Matzker, *Die letzten Könige der 12. Dynastie* (1986); para la Dinastía XIII, W. C. Hayes, *A Papyrus of the Late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum* (Brooklyn, 1955) ha realizado una revisión fundamental de las concepciones primitivas; desde entonces, el problema de la posible inclusión de las Dinastías XIII y XIV en el Reino Medio ha ganado actualidad (véase § 78). Otros trabajos sobre la cronología en § 72, así como L. Habachi, *Studies on the Middle Kingdom* (Budapest, 1987); St. Quirke, *Middle Kingdom Studies* (New Malden, 1991); ídem, *The Administration of Egypt in the Late Middle Kingdom* (New Malden, 1990). El mundo espiritual del Reino Medio ha sido descrito por H. G. Evers a partir de las formas de expresión del arte (§ 90); la investigación de Posener ha ilustrado otro aspecto de la literatura «política» de esta época (§ 23); aún es precisa la valoración de los *Textos de los Sarcófagos* para obtener una imagen afinada (§ 36 b).

§ 78. SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

El conocimiento del Segundo Período Intermedio (Dinastías XV a XVII) ha sido esencialmente mejorado en los últimos años. Actualmente es fundamental la exposición de J. von Beckerath, *Untersuchungen zur politischen Geschichte der zweiten Zwischenzeit in Ägypten*, 1965 (*ÄgFo* 23), que comprende también las Dinastías XIII y XIV y, de este modo, la época de tránsito entre el Reino Medio y la época de los hicsos; muchas exposiciones incluyen estas dos dinastías en el Segundo Período Intermedio, pese a la permanencia de la unidad estatal y la continuidad espiritual. Como complemento a von Beckerath debemos también prestar atención, para la época subsiguiente de los hicsos, a las fuentes arqueológicas y textuales del Próximo Oriente (finalmente con resultados muy diversos, W. Helck, Relaciones [§ 59], y J. van Seters, *The Hyksos*, New Haven/London, 1966); no parece haberse llegado a un acuerdo definitivo sobre la cuestión del posible predominio del elemento hurrita o del elemento semita occidental entre los hicsos. Las recientes excavaciones de M. Bietak en la residencia de los hicsos de Ávaris (Tell ed-Dab'a) han aportado un amplio material nuevo. Para las relaciones contemporáneas en Nubia es importante la reciente interpretación del informe arqueológico de Kerma (no una «factoría comercial» egipcia, sino la residencia del señor de Cush: F. Hintze, *ZÄS* 91, 1964, pp. 79-86, trabajos posteriores recientes de Ch. Bonnet: *Kerma, Territoire et Métropole*, Le Caire, 1986, etc.), así como la ilustración de la Estela de Camosis (§ 71); la salvaguardia internacional de las antigüedades nubias ha proporcionado un amplio material nuevo para el grupo C y la cultura de Kerma. Finalmente, sobre la cronología interna de la Dinastía XVII, A. Dodson, *Göttinger Miszellen* 120, 1991, pp. 33-38.

§ 79. DINASTÍA XVIII Y PERÍODO AMARNIENSE

Exposiciones especiales de la época del gran reinado han sido realizadas por F. Bilabel, *Geschichte Vorderasiens und Ägyptens vom 16. bis 11. Jahrhundert v. Chr.* (1927), y G. Steindorff junto con K. C. Seele, *When Egypt Ruled the East* (Chicago, 1945, [2]1957); este último libro sustituye y actualiza la antigua obra fundamental de G. Steindorff, *Die Blütezeit des Pharaonenreichs* (1900). Una nueva monografía sobre la Dinastía XVIII se debe a C. Lalouette, *Thèbes ou la naissance d'un Empire* (Paris, 1986); sobre los inicios de esta época, C. Vandersleyen, *Les guerres d'Amosis* (Bruxelles, 1971). Las investigaciones fundamentales sobre la realeza (§ 40), la administración (§ 42), el sacerdocio (§ 45), la organización militar (§ 46), la economía (§ 54), las relaciones de Egip-

to con los países circundantes (§ 59), la imagen de la historia (§70) y la cronología (§ 72) han ampliado nuestro conocimiento de esta última etapa floreciente de Egipto en ámbitos esenciales; el mundo espiritual del Reino Nuevo (Dinastías XVIII a XX) ha obtenido nuevos aspectos gracias sobre todo a la investigación de los libros de ultratumba (§ 21), de la poesía amorosa (§ 24), de la arquitectura religiosa (§ 89) y de los fenómenos religiosos (§§ 30 ss.) y no se remite, tal como lo conocemos hoy en día, a la disposición creativa de las primeras épocas. Las fuentes históricas de esta época aumentan constantemente, si bien son insuficientes para solucionar múltiples problemas. Las *Urkunden der 18. Dynastie* han sido recogidas con gran detalle desde 1906 por K. Sethe, y desde 1955 por W. Helck (*Urk.* IV, 22 números editados, reimpresión de los primeros 16 números de 1961); la traducción empezada ya en 1914 (números 1-4) por K. Sethe y continuada por W. Helck en 1961 ha sido completada en 1984 por un colectivo; los índices han aparecido en 1988, y han sido completados más tarde por W. Helck, *Historisch-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie* (1975, [2]1983). Debemos a M. Sandman (*Texts from the Time of Akhenaten*, Bruxelles, 1938, *BiAeg* VIII, con un índice de L. G. Leeuwenburg, Leiden, 1943; falta una traducción) una compilación especial de textos de la época de Ajenatón. Para el archivo de Amarna (relación epistolar entre Amenofis III y Amenofis IV con los príncipes asiáticos) sigue siendo obligada la consulta de J. A. Knudtzon (*Die El-Amarna-Tafeln*, 2 vols., 1915, reimpresión de 1964); nueva traducción de W. L. Moran, *Les Lettres d'El-Amarna* (Paris, 1987) (edición inglesa: *The Amarna Letters*, Baltimore-London, 1992). Una nueva e importante fuente de época amarniense ha sacado a la luz la publicación de los bloques de Amarna empleados en la edificación de Hermópolis y del templo de Karnak. Para una orientación general de esta época son de utilidad H. A. Schlögl, *Echnaton-Tutanchamun. Fakten und Texte* (1983, [4]1993), y G. T. Martin, *A Bibliography of the Amarna Period and its Aftermath* (London-New York, 1991). Sobre Tutankhamón, cuyo tesoro funerario ya ha sido explorado en múltiples exposiciones, véase N. Reeves, *The Complete Tutankhamun. The King, the Tomb, the Treasure* (London, 1990), trad. cast. *Todo Tutankhamón* (Barcelona, 1991).

§ 80. PERÍODO RAMÉSIDA

Para la época ramésida (Dinastías XIX y XX) las fuentes no son mucho menos ricas que para la Dinastía XVIII; su preparación y conclusión se debe a K. A. Kitchen, *Ramesside Inscriptions*, 8 vols. (Oxford, 1968-1989), así como su traducción de estas fuentes (*Translations*, 1993

ss.; *Notes and Comments*, 1993 ss.); así, puede accederse a las inscripciones históricas de Medinet Habu gracias a su traducción (W. F. Edgerton y J. A. Wilson, *Historical Records of Ramses III*, 1936 (*SAOC* 12); más reciente, A. J. Peden, *Egyptian Historical Inscriptions of the 20th Dynasty* (Jonsered, 1994). C. Lalouette, *L'Empire des Ramsès* (Paris, 1985), ofrece una sinopsis de toda la época ramésida; sobre Rameses II, K. A. Kitchen, *Pharaoh Triumphant* (Warminster, 1982), und Ch. Desroches-Noblecourt, *Ramsès II. La véritable histoire* (Paris, 1996); sobre el desarrollo de la religión, J. Assmann, *Re und Amun. Die Krise des polytheistischen Weltbilds im Ägypten der 18.-20. Dynastie*, 1983 (*OBO* 51); sobre la política interior, P. Vernus, *Affaires et scandales sous les Ramsès* (Paris, 1993). Sobre la cuestión de los pueblos del mar (Rameses III pudo deshacerse definitivamente de su amenaza), G. A. Lehmann, *Die mykenisch-frühgriechische Welt und der östliche Mittelmeerraum in der Zeit der «Seevölker»-Invasionen* (1985); sobre Rameses III, P. Grandet, *Ramsès III, histoire d'une règne* (Paris, 1993), y del mismo autor *Le Papyrus Harris I* (Le Caire, 1994). En cuanto al material completo de Deir el-Medina, cuya elaboración aún sigue en curso, véanse §§ 57 y 95. Investigaciones genealógicas y cronológicas de la época ramésida y del Tercer Período Intermedio han sido realizadas por M. L. Bierbrier, *The Late New Kingdom in Egypt* (Warminster, 1975); una nueva toma de posición del final de la Dinastía XX se encuentra en A. Niwinski, en *Gegengabe* (hom. Brunner-Traut, 1992), pp. 235-262.

§ 81. TERCER PERÍODO INTERMEDIO

El trabajo intensivo de las fuentes escritas ha arrojado luz sobre muchos puntos de la historia política, económica y religiosa de esta oscura época y, hasta donde lo permiten las fuentes, ha permitido la clarificación de una serie de puntos discutidos. De la historia política se ocupa ampliamente K. A. Kitchen, *The Third Intermediate Period in Egypt* (Warminster, 1972, [2]1986); también M.-A. Bonhême, *Les noms royaux dans l'Égypte de la 3ème période intermédiaire* (Le Caire, 1987); M. Römer, *Gottes- und Priesterherrschaft in Ägypten am Ende des Neuen Reiches* (Wiesbaden, 1994), y sobre la época libia F. Gomaà, *Die libyschen Fürstentümer des Deltas vom Tod Osorkons II. bis zur Wiedervereinigung Ägyptens durch Psametik I.* (1974). A. Niwinski ha puesto sólidas bases para la historia espiritual y religiosa mediante su ordenación tipológica de los sarcófagos (§ 92) y de los papiros (*Studies on the Illustrated Theban Funerary Papyri of the 11th and 10th Centuries B. C.*, 1989, *OBO* 86). Sobre las excavaciones en Tanis, véase § 95; sobre las relaciones exteriores, A. Malamat, *Das davidische und salomonische Königreich und seine Beziehungen zu Ägypten und Syrien* (1983).

§ 82. ÉPOCA TARDÍA

Al establecer un «Tercer Período Intermedio», la época tardía queda circunscrita a las Dinastías XXV a XXXI y, de este modo, se ha hecho superficial, si bien algunos autores incluyen aún todo el primer milenio a.e. Aún continúa el abandono de la historia espiritual y cultural de esta época, algo que se deja notar también en las sensibles lagunas de las referencias bibliográficas de esta *introducción*; en cambio, las abundantes fuentes de la historia política han sido objeto de estudios relativamente buenos. F. K. Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert v. d. Zeitwende* (1953), ofrece una sinopsis de todo este período; M. F. Gyles, *Pharaonic Policies and Administration, 663 to 323 B. C.* (Chapel Hill, 1959), se ocupa sobre todo de la realeza y de la administración de esta época. De modo complementario, U. Rössler-Köhler, *Individuelle Haltungen zum ägyptischen Königtum der Spätzeit* (1991), se ocupa de la actitud hacia la realeza en las fuentes privadas desde la Dinastía XXI hasta la época romana. Nuestro conocimiento de la Dinastía XXV ha sido mejorado esencialmente por J. Leclant: *Montouemhat, quatrième prophète d'Amon, Prince de la Ville* (Le Caire, 1961); *Recherches sur les monuments thébains de la XXV[e] dynastie dite éthiopienne* (Le Caire, 1965); la mayor parte de las fuentes históricas más importantes se hallan en H. Schäfer, *Urkunden der älteren Äthiopenkönige* (*Urk.* III, 1905, sin traducción) y M. F. L. Macadam, *The Temples of Kawa* (London, 1949-1955) (sobre Méroe, véase más abajo); sobre la estela triunfal de Pianji (Peye) existe una nueva edición de N.-C. Grimal, *La stèle triomphale* (Le Caire, 1981). La Dinastía XXVI ha sido investigada además de por Kienitz y Gyles por H. de Meulenaere, *Herodotos over de 26ste dynastie* (Louvain, 1951); sobre la institución de la «adoratriz de Amón», véase § 41. La dominación asiria es tratada por H.-U. Onasch, *Die assyrischen Eroberungen Ägyptens*, 2 vols. (1994); las relaciones con Babilonia, por A. Spalinger, *SAK 5*, 1977, pp. 221-244. La publicación de las estelas del serapeo aún está en sus inicios, mientras que los papiros arameos de Elefantina están concluidos: B. Porten, *Archives from Elephantine* (Berkeley-Los Angeles, 1968); P. Grelot, *Documents araméens d'Égypte* (Paris, 1972). Exposiciones fundamentales de la dominación persa (Dinastía XXVII) se deben a G. Posener, *La première domination Perse en Égypte* (Le Caire, 1936), y E. Bresciani, «La satrapia d'Egitto» (*Studi Classici e Orientali* 7, 1958, pp. 132-188); la ayuda militar griega ha sido tratada por P. Salmon, *La politique égyptienne d'Athènes* (Bruxelles, 1965). Sobre la historia espiritual de la época tardía hay una primera orientación en E. Otto, «Die Endsituation der ägyptischen Kultur», *WaG* 11, 1951, pp. 203-213, e ídem, *Die biographischen Inschriften* (§ 23); sobre el fenómeno del «arcaísmo» hay un resumen

realizado por P. der Manuelian, *Living in the Past: Studies in Archaism of the Egyptian Twenty-Sixth Dynasty* (London, 1993).

La historia de los «reyes etíopes» (Dinastía XXV) se traslada, con su expulsión de Egipto, hacia el reino meroítico y solo concluye hacia el 300 d.e.; así, se conserva en Sudán una reserva de formas estatales y culturales egipcias que se extienden más allá del final de la época tardía. Sinopsis sobre esta cultura de tránsito, en P. L. Shinnie, *Méroe. A Civilization of the Sudan* (New York, 1967); F. Hintze, *Alte Kulturen im Sudan* (1967); I. Hofmann, *Studien zum meroïtischen Königtum* (1971), y, sobre los inicios, L. Török, *The Birth of an Ancient African Kingdom* (Lille, 1995) (*CRIPEL*, suplemento n.º 4).

§ 83. COMENTARIOS FINALES

Casi todas las exposiciones de la historia de Egipto concluyen con la dominación del país por Alejandro Magno (332 a.e.). En la época subsiguiente, la grecorromana, las fuentes griegas pasan a primer plano, si bien la egiptología puede y debe hacer su aportación a la historia de este período. Para una visión general del período que va del 332 a.e. hasta el 642 d.e., véase A. K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs* (Berkeley, 1986); C. Préaux, *Le monde hellénistique*, 2 vols. (Paris, 1978), se ocupa extensamente de este período hasta el 146 a.e. Diversos aspectos afectan a las dos exposiciones de conjunto de H. Maehler y V. M. Strocka (ed.), *Das ptolemäische Ägypten* (1978), y G. Grimm, H. Heinen y E. Winter, *Das römisch-byzantinische Ägypten* (1983). De época ptolemaica (G. Hölbl, *Geschichte des Ptolemäerreiches*, Darmstadt, 1994) procede una serie de fuentes históricas en escritura jeroglífica (Estelas de Mendes y Pithom, decretos sacerdotales, biografías), que fueron parcialmente reunidas por K. Sethe, *Hieroglyphische Urkunden der griechisch-römischen Zeit, 1904-1916* (*Urk.* II, 3, textos sin traducción). Antirreyes egipcios se alzaron por doquier contra la dominación macedónica, sumos sacerdotes locales y estrategas ejercieron sus funciones hasta la época romana. Los señores extranjeros del país se presentaban como faraones y se manifestaban como tales adoptando las titulaturas correspondientes; nombres y títulos regios con forma jeroglífica los tenemos hasta Maximino Daia (*CdE* 29, 1940, pp. 119-123); la referencia más antigua de Gauthier, *Livre de rois* (§ 40), llega hasta Decio, completada ahora con J.-C. Grenier, *Les titulatures des empereurs romains dans les documents en langue égyptienne* (Bruxelles, 1989).

La intensa actividad constructora propia de los faraones de esta época ha proporcionado un material inmensamente rico para la fase final de la historia espiritual de Egipto. Total o parcialmente publicadas

están las inscripciones y exposiciones del templo de Edfú (de Rochemonteix y Chassinat, *Le Temple d'Edfou*, 14 vols., Le Caire, 1892-1934; vol. 15, 1985, de S. Cauville y D. Devauchelle, los vols. 1 y 2, reeditados en 1984 ss.), Dandara (E. Chassinat y F. Daumas, *Le Temple de Dendara*, 9 vols., Le Caire, 1934-1987; F. Daumas, *Les Mammisis de Dendara*, Le Caire, 1959), Esna (S. Sauneron, *Esna*, 8 vols., 1959-1982), File (H. Junker y E. Winter, *Philä*, 2 vols., Wien, 1958-1965; también E. Vassilika, *Ptolemaic Philae*, Leuven, 1989), Tebas (O. Firchow, *Thebanische Tempelinschriften aus griechisch-römischer Zeit*, *Urk*. VIII, 1957; Ch. Kuentz, «La porte d'Evergète à Karnak», *MIFAO* 84, 1961) y Nubia (*Les temples immergés de la Nubie*, Le Caire, 1911 ss., ediciones recientes del *Center of Documentation in Kairo*); a ello deben añadirse dos volúmenes sobre Kom Ombo (A. Gutbub, *Textes fondamentaux de la théologie de Kom Ombo*, Le Caire, 1973; ídem, *Kôm Ombo I*, ed. D. Inconnu-Bocquillon, Paris, 1995), así como las publicaciones de una serie de tiempos menores. Solo hay traducciones de los textos de Esna y File, cuya elaboración aún está en sus inicios; véase, por ejemplo para Edfú, R. B. Finnestad, *Image of the World and Symbol of the Creator* (Wiesbaden, 1985); S. Cauville, *La théologie d'Osiris à Edfou* (Le Caire, 1983); ídem, *Essai sur la théologie du temple d'Horus à Edfou*, 2 vols. (Le Caire, 1987); D. Kurth, *Treffpunkt der Götter* (Zürich, 1994). Es de esperar que en el futuro se lleve a cabo una integración, precisada de amplias elaboraciones, de las fuentes jeroglíficas y demóticas de la historia del Egipto grecorromano.

VIII
ARQUEOLOGÍA Y ARTE FIGURATIVO

§ 84. GENERALIDADES. MANUALES

En 1890 G. Steindorff tradujo al alemán la obra de G. Maspero *L'archéologie égyptienne* (Paris, 1887, ^{2}1907) con el título de *Historia del arte egipcio* y, de este modo, expresó una concepción de la arqueología que aún sigue prevaleciendo y que encuentra su justificación en el elevado rango que ocupa la historia del arte (§ 87) como ordenación y valoración estética de los monumentos dentro de la arqueología. El objeto de la investigación arqueológica, sin embargo, no es solo las obras de arte, sino todos los restos materiales, incluso los «aspectos más técnicos» de los objetos. En egiptología conviene evitar claramente el descuido de los temas propiamente no artísticos pertenecientes al sector de la historia de la cultura (objetos de uso corriente) o de la religión (amuletos, escarabeos, *ushebtis*). Exceptuando a Engelbach, los antiguos manuales y esbozos de la arqueología egipcia siguen una construcción histórica y, de este modo, ponen en primer plano predominantemente las formas artísticas. El manual fundamental, si bien incompleto, de Jacques Vandier logra una afortunada combinación entre el orden histórico y el sistemático: el primer volumen (desde la prehistoria hasta la Dinastía III) trata cronológicamente objetos tan distintos como amuletos, peines, etc.; en los demás volúmenes, por el contrario, prevalece el orden sistemático (vol. II, arquitectura; vol. III, escultura; vols. IV-VI: bajorrelieves), si bien se establecen diferenciaciones temporales.

J. VANDIER, *Manuel d'archéologie égyptienne*, 6 vols. (Paris, 1952-1978) (sobre su composición, véase más arriba). La sinopsis más antigua de A. SCHARFF, en W. OTTO, *Handbuch der Archaeologie I* (1939) pp. 433-642, aún no ha sido reelaborada. En algunos aspectos sigue siendo útil G. JÉQUIER, *Materiaux pour servir*

à l'établissement d'un dictionnaire d'archéologie égyptienne, *BIFAO* 19 (1922). R. ENGELBACH, *Introduction to Egyptian Archaeology* (Cairo, 1946, [2]1961) va más allá de los límites de la arqueología y ensalza especialmente las existencias del Museo de El Cairo en el conjunto de todas las antigüedades egipcias (útil por su orden sistemático). Sobre un aspecto «más técnico», W. M. F. PETRIE, *The Arts and Crafts of Ancient Egypt* (London, 1923), además de los manuales citados en § 67.

§ 85. INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA DE CAMPO

La regla de que el suelo es mejor conservante que el museo es especialmente válida aplicada a las condiciones climáticas de Egipto; en este sentido, la investigación arqueológica de campo se encuentra ante un dilema entre el intento de proveer nuevo material arqueológico y la certeza de que la recuperación y el inventario de los monumentos no son en absoluto equiparables con los depurados métodos del futuro. El juicio de las generaciones futuras sobre los «momentos estelares» de la arqueología del siglo XX puede ser igual de duro que nuestra valoración actual de la investigación de campo del siglo XIX, con su búsqueda sin escrúpulos de piezas de museo y la irreflexiva destrucción de los conjuntos arqueológicos. Todavía son visibles las serias deficiencias técnicas de las excavaciones de Petrie (véase § 2), que en su tiempo se preocupó de realizar un inventario sistemático y completo de los yacimientos arqueológicos, así como de su conservación, pero que dio poco valor a una estratigrafía nítida; el resultado fueron importantes lagunas de datación (por ejemplo las piezas de Kamares en Illahun), si bien hay que reconocer que el método estratigráfico apenas es aplicable a los yacimientos normales de las excavaciones egipcias. En el fondo, cada excavación exige su método específico propio. Un perjuicio fundamental se resiste a desaparecer de la investigación de campo del siglo XX: muchas excavaciones apenas se publican o se hace de modo incompleto, por lo que se pierden para la investigación científica. Así, el inventario y la conservación de los monumentos ya excavados y abandonados a causa de su rápido deterioro tienen una incondicionalmente prioridad ante el trabajo de la pura excavación. Las excepciones solo están justificadas cuando los posibles yacimientos arqueológicos han sido directamente dañados, como en la gran operación de salvamento de Nubia desde 1960; en este caso, la colaboración internacional y los nuevos métodos de prospección arqueológica inmediata de amplios espacios dieron un buen resultado. Recientemente, el empleo de métodos científico-naturales ha adquirido una importancia mayor.

Sobre el método y las técnicas de excavación, W. M. F. PETRIE, *Seventy Years in Archaeology* (London, 1931); Th. WIEGAND, en W. OTTO, *Handbuch der Archäologie I* (1939), pp. 96 ss. (z. T. en discrepancia con Petrie); W. B. EMERY,

Egypt in Nubia (London, 1965), pp. 51-53 (excavación típica de una necrópolis de Nubia por el método Reisner-Emery); G. R. H. Wright, «A Method of Excavation Common in Palestine», *ZDPV* 82 (1966), pp. 113-124 (método Albright); M. Bietak, *MDAIK* 23, 1968, pp. 85-88 (Tell ed-Dab'a).

Informes regulares y amplios sobre las excavaciones (y z. T. también sobre otros trabajos arqueológicos como la restauración, el inventario epigráfico o arquitectónico, etc.) en Egipto han sido ofrecidos por J. Leclant en la revista *Orientalia* (desde el vol. 19, 1950, en contacto con los informes de U. Schweitzer del vols. 17-18); breves sinopsis sobre la investigación de campo en todo el Próximo Oriente también en el *Archiv für Orientforschung.*

Sobre la conservación, véase § 96.

§ 86. EPIGRAFÍA Y MÉTODOS AUXILIARES

En egiptología la investigación de campo tiene que ver predominantemente con objetos con inscripciones, por lo que debe concederse a la epigrafía una posición destacada. Ya mucho antes del desciframiento de la escritura egipcia, viajeros egipcios habían creado reproducciones de algunas versiones, relativamente correctas y aún útiles en la actualidad, de textos jeroglíficos al lado de muchos productos de la fantasía (por ejemplo, de 1681, el dibujo de obeliscos de C. de Bruyn, reproducido en *JEOL* 12, 1951-1952, p. 157). Sin las obras monumentales de Champollion, Rossellini y Lepsius son impensables los grandes logros de la egiptología del siglo XIX, y el trabajo epigráfico de los antiguos viajeros (sobre todo Burton, Hay y Wilkinson) adquiere un mayor significado, puesto que permitió la conservación de algunos escritos deteriorados y superando en exactitud las copias a mano alzada de los primeros tiempos. Pero también las primeras fotografías, que contienen actualmente un mayor interés, han permitido la conservación de muchos materiales valiosos. Gracias a sus fieles copias y facsímiles en color, el matrimonio Davies (Norman de Garis Davies, 1865-1941, y Nina Davies, 1881-1965) creó desde 1900 un buen modelo para reproducir imágenes de inscripciones y cuadros; estas reproducciones pertenecen, junto a la fotografía y al clisé (papel o látex, ¡pero no de relieves polícromos!), a uno de los tres métodos más importantes de la epigrafía. No debe olvidarse un presupuesto técnico: la iluminación, en las tumbas y templos egipcios, decisiva para la calidad de la lectura así como de la reproducción; la epigrafía se ha independizado definitivamente de las lámparas de petróleo y del flash gracias a la ampliación de la red eléctrica en Egipto, el empleo de modernos equipos electrógenos portátiles y la luz halógena. Las imágenes policromáticas bien iluminadas son en la actualidad el método de la reproducción más fiable del original. Los elevados costes de su publicación impiden, no obstante, que este método óptimo sea algo habitual en egiptología; en este

sentido, se desaprovechan oportunidades que nunca más se presentarán: muchos de los monumentos más bellos de Egipto desaparecerán antes de que hayan sido correctamente inventariados.

R. A. CAMINOS y H. G. FISCHER, *Ancient Egyptian Epigraphy and Palaeography* (New York, 1976); C. TRAUNECKER, en *Problems and Priorities*, pp. 261-298.

§ 87. HISTORIA DEL ARTE EGIPCIO

A la sombra de la valoración negativa de Winckelmann y Goethe, la investigación del arte y de la historia del arte egipcio solo podía desarrollarse de manera vacilante. En 1882 G. Perrot y Ch. Chipiez consiguieron una primera y necesaria exposición de conjunto (*Histoire de l'art dans l'antiquité*, vol. I), si bien solo la cuidadosa elaboración de sus leyes formales por Heinrich Schäfer (1869-1957) puso las bases para la comprensión de las formas artísticas egipcias y de su autonomía. La comparación de Schäfer entre las estructuras del arte griego y «pregriego» intensificó al mismo tiempo la discusión de la teoría del arte con las formas egipcias. La viva discusión en torno a los principios del gusto artístico egipcio puso en primer plano las diferencias históricas del mundo formal, si bien Walther Wolf relacionó, en una primera historia real del arte egipcio de 1957, los resultados de la investigación estructural y de la ciencia teorética del arte que sirvió de base para ulteriores investigaciones. Hoy podemos «leer» a grandes rasgos el lenguaje formal del arte egipcio y seguir la evolución de sus manifestaciones sobre la base de la historia espiritual egipcia, pero la datación de algunas de las obras artísticas de Egipto solo puede realizarse con un margen de error de siglos. Para poder continuar aquí es preciso esforzarse en realizar un microtrabajo en los detalles de las formas hasta conseguir un catálogo relativamente fiable de las características cronológicas.

H. SCHÄFER, *Von ägyptischer Kunst* (1919, [4]1963); W. WOLF, *Die Kunst Ägyptens* (1957). Entre las exposiciones de conjunto actuales destaca sobre todo la de C. VANDERSLEYEN (ed.), vol. 15 de la *Propyläen-Kunstgeschichte* (*Das alte Ägypten*, 1975). Del resto de las numerosas obras cabe citar: K. MICHALOWSKI, *L'art de l'ancienne Égypte* (Paris, 1968, [9]1994); H. W. MÜLLER. *Ägyptische Kunst* (1970); J. LECLANT (ed.), *Le monde égyptien. Les Pharaons*, 3 vols. (Paris, 1978-1980); D. WILDUNG, *Ägyptische Kunst* (1988).

Para una consideración individual de obras escogidas es indicativa H. RANKE, *Meisterwerke der ägyptischen Kunst* (1948).

Obras con una buena selección de imágenes de todo el arte egipcio son sobre todo K. LANGE, *Ägyptische Kunst* ([2]1939), e ídem con M. HIRMER, *Ägypten. Architektur, Plastik, Malerei in drei Jahrtausenden* (1955, [5]1975).

Existen exposiciones fundamentales y bien documentadas de períodos concretos de la época primitiva y del Reino Nuevo: H. ASSELBERGHS, *Chaos en beheer-*

sing. Documente uit aeneolithisch Egypte (Leiden, 1961); W. ST. SMITH, *A History of Egyptian Sculpture and Painting in the Old Kingdom* (Boston, [2]1949).

Para el Reino Nuevo, D. WILDUNG, *Sesostris und Amenemhet* (1984). Las exposiciones citadas en el § 90 de Evers y v. Bothmer están orientadas predominantemente hacia la escultura, si bien son fundamentales para el conjunto del arte del Reino Medio o bien de la época tardía.

Sobre la cuestión de la personalidad del artista, H. JUNKER, *Die gesellschaftliche Stellung der ägyptischen Künstler im Alten Reich*, 1959 (*SBÖAW* 233); W. WOLF, *Die Stellung der ägyptischen Kunst zur antiken und abendländischen und Das Problem des Künstlers in der ägyptischen Kunst* (1951); A. MEKHITARIAN, «Personnalité de peintres thébains», *CdE* 31 (1956), pp. 238-248; W. BARTA, *Das Selbstzeugnis eines altägypt. Künstlers*, 1970 (*MÄS* 22).

Sobre los procedimientos de creación y el canon de proporcionalidad, véanse los §§ 90 y 91.

§ 88. LOS INTERCAMBIOS CON EL EXTERIOR

Los intercambios artísticos de Egipto con su mundo circundante siguen, a grandes rasgos, las mismas líneas que sus relaciones políticas y culturales con el extranjero (§ 59); como allí, encontramos un primer punto culminante a principios de la historia, un segundo en el Reino Nuevo y un tercero en el tránsito de la época tardía hacia la época grecorromana. Los motivos «mesopotámicos» y las formas estilísticas al final de la prehistoria parecen hablar menos de una influencia unidireccional que de un arte prehistórico unitario del Próximo Oriente del que el gusto artístico específicamente egipcio se habría deslindado al principio de la historia. Así, solo tras el final de la prehistoria y de sus agitadas relaciones culturales pudo ocurrir un auténtico intercambio entre el arte egipcio y el de su mundo circundante (sobre la bibliografía, véase § 74). Fundamental para las relaciones transversales desde los Reinos Antiguo y Nuevo en el Mediterráneo oriental es la fructífera investigación de W. St. Smith, *Interconnections in the Ancient Near East. A Study of the Relationships between the Arts of Egypt, the Aegean, and Western Asia* (New Haven-London, 1965); se reconocen aquí también las diferencias características que, especialmente sobre la esencia y las relaciones del arte egipcio y el del Asia Menor, se manifiestan como influencias ocasionalmente palpables en los Reinos Antiguo y Medio. En el Reino Nuevo las influencias procedentes del Asia Menor y de Minos parecen jugar un papel muy significativo; sobre estos últimos, B. J. Kemp y R. S. Merrillees, *Minoan Pottery in Second Millenium Egypt* (Mainz, 1980). Por otra parte, el arte egipcio siguió ejerciendo influencia más allá del final del Reino Nuevo en el ámbito sirio, sobre todo en los fenicios (P. Wagner, *Der ägyptische Einfluß auf die phönizische Architektur*, 1980; G. Hölbl, «Ägyptische Kunstelemente im phönikischem Kulturkreis des 1. Jahrt. v. Chr.», *Or*

58, 1989, pp. 318-325; amplio material también en el catálogo editado por S. Moscati, *I Fenici*, Milano, 1988) y en el arte de los sellos de Palestina (O. Keel, *Jahwe-Visionen und Siegelkunst*, 1977; ídem y otros, *Studien zu den Stempelsiegeln aus Palästina/Israel*, 3 vols., 1985-1990 (*OBO* 67, 88, 100).

Las posibles influencias sobre el arte griego primitivo aún han sido poco investigadas; para un «diagnóstico de contraste», véase R. ANTHES, «Affinity and Difference between Egyptian and Greek Sculpture and Thought in the Seventh and Sixth Centuries B. C.», *Proceedings of the American Philosophical Society* 107, 1963, pp. 60-81. Para el arte de la época tardía, las influencias del Asia Menor no tienen especial significado, pero podían haberse mostrado (J. D. COONEY, «Persian Influence in Late Egyptian Art», *JARCE* 4, 1965, pp. 39-48). Los contactos entre Egipto y el arte griego fueron más profundos desde la Dinastía XXVI y dieron como resultado las peculiares formas mixtas y la coexistencia de elementos estilísticos egipcios y griegos en la tumba del sumo sacerdote Petosiris (hacia 320 a.e.), además de una multiplicidad de monumentos de época ptolemaica y romana; véase, en este sentido, W. WOLF, «Zur Auseinandersetzung zwischen der ägyptischen und griechischen Kunst», *AfO* 6, 1931, pp. 263-273; IBRAHIM NOSHY, *The Arts in Ptolemaic Egypt* (London, 1937); L. CASTIGLIONE, «Dualité du style dans l'art sépulcral égyptien à l'époque romaine», *Acta Antiqua* (Budapest) 9, 1961, pp. 209-230, y las obras generales citadas en el § 83.

§ 89. ARQUITECTURA

Sobre los monumentos arquitectónicos egipcios y su historia han aparecido recientemente tanto exposiciones generales como investigaciones ampliamente desarrolladas. Una exposición de conjunto se debe a D. Arnold, *Lexikon der ägyptischen Baukunst* (Zürich, 1994). J. L. de Cenival, *Ägypten* (1964), ofrece una buena sinopsis, atenta también a las cuestiones técnicas, en la serie «Architektur der Welt»; los volúmenes I y II de J. Vandier, *Manuel* (§ 84) son una buena información introductoria a la arquitectura religiosa y profana desde la prehistoria hasta el final del Reino Nuevo, dotada de amplias indicaciones bibliográficas y planos; por su construcción estrictamente sistemática, la antigua obra de G. Jéquier, *Manuel d'archéologie égyptienne* (solo un volumen: *Les éléments de l'architecture*, Paris, 1924) aún no ha sido sustituida como fuente de información sobre los elementos arquitectónicos concretos. Al. Badawy, *A History of Egyptian Architecture*, 3 vols. (Giza, 1954; Berkeley-Los Angeles, 1966-68), ha ofrecido una historia de la arquitectura egipcia hasta finales del Reino Nuevo. Numerosas y valiosas investigaciones monográficas contiene la serie fundada por L. Borchardt y continuada por H. Ricke y G. Haeny *Beiträge zur ägyptischen Bauforschung und Altertumskunde* (12 números desde 1926).

Sobre la técnica arquitectónica, D. ARNOLD, *Building in Egypt. Pharaonic Stone Masonry* (New York-Oxford, 1991); A. J. SPENCER, *Brick Architecture in Ancient Egypt* (Warminster, 1979). El desarrollo primitivo de la *forma de las tumbas* es tratado, además de las exposiciones de conjunto, por G. REISNER, *The Development of the Egyptian Tomb down to the Accession of Cheops* (Cambridge/Mass., 1936); especialmente sobre la *tumba de roca*, H. BRUNNER, *Die Anlagen der ägyptischen Felsgräber bis zum Mittleren Reich*, 1936 (*ÄgFo* 3), y sobre la época tardía, D. EIGNER, *Die monumentalen Grabbauten der Spätzeit in der theban. Nekropole* (1984). Las investigaciones recientes se han desprendido de nuevo de la distinción esquemática entre Alto y Bajo Egipto.

Sobre la pirámide como forma de tumba más prominente tratan ampliamente V. MARAGIOGLIO y C. A. RINALDI, *L'architettura delle piramidi Menfite*, 8 vols. (Torino, 1963-1977); de J. PH. LAUER, *Histoire monumentale des pyramides d'Egypte*, solo ha aparecido un volumen sobre las pirámides escalonadas de la Dinastía III (Le Caire, 1962).

Buenas sinopsis sobre todo por I. E. S. EDWARDS, *The Pyramids of Egypt* (London, 1947, [4]1991, y R. STADELMANN, *Die ägyptischen Pyramiden* (1985, [2]1991); ídem, *Die großen Pyramiden von Giza* (1990).

Sobre cuestiones especiales, J. PH. LAUER, *Le mystère des pyramides*, Paris, 1974 (antes *Le problème des pyramides d'Egypte*, 1948), que en las pp. 110-161 entabla también una amplia polémica con la «piramidología», la cual, desde hace unos cien años (el primero fue J. Taylor en 1859), pese a las múltiples refutaciones, continúa intentando extraer de las medidas de las pirámides una mística esotérica de los números. No menos fructífera es la explicación de la pirámide como sede de una «iniciación» mística en la moderna teosofía y en sus seguidores. Tales especulaciones no podían finalmente ganar terreno debido a que la cuestión de la función y del significado religioso de las pirámides ya hace tiempo que ha sido abandonada por la ciencia frente a los problemas técnicos; actualmente, la interpretación de la pirámide funeraria como copia en piedra de la mítica «colina primitiva» (Kristensen, de Buck) va imponiéndose progresivamente. No obstante, sigue discutiéndose la técnica y la duración de la construcción de la pirámide, puesto que no existe información del Antiguo Egipto; casi cada año aparecen nuevas propuestas y reflexiones; en este sentido, véase, sobre la pirámide de Quéope, G. GOYON, *Le secret des bâtisseurs des grandes pyramides Khéops* (Paris, 1990).

Sobre los templos, D. ARNOLD, *Die Tempel Ägyptens* (1992), y F. TEICHMANN, *Der Mensch und sein Tempel: Ägypten* (1978). Sobre los grandes recintos del Reino Nuevo solo los templos de Rameses III en Medinet Habu y de Seti I en Abido han encontrado una publicación (todavía incompleta) con enormes pretensiones de exactitud y suficiente amplitud: *Medinet Habu*, hasta ahora 8 vols., Chicago, 1930 ss. (en la serie *OIP*); U. HÖLSCHER, *The Excavation of Medinet Habu*, 5 vols. (Chicago, 1934-1954); A. H. GARDINER y M. CALVERLEY, *The Temple of King Sethos I at Abydos*, hasta ahora 4 vols. (London, 1933-1958); como sinopsis orientativa también U. HÖLSCHER, *Die Wiedergewinnung von Medinet Habu im westlichen Theben* (1958). Para Karnak es obligado *The Temple of Khonsu*, 2 vols. (Chicago, 1979-1981); para Luxor, H. BRUNNER, *Die südlichen Räume des Tempels von Luxor* (1977); para Abu Simbel, CH. DESROCHES-NOBLECOURT y CH. KUENTZ, *Le petit temple d'Abou Simbel*, 2 vols. (Le Caire, 1968). Junto a ello progresa afortunadamente la publicación de los templos de la época grecorromana, véase las ediciones citadas en el § 83 y, sobre la forma especial de las «casas de nacimiento» (*mamisis*), F. DAUMAS, *Les Mammisis des temples égyptiens* (Paris, 1958). Para los templos de los muertos del Reino Antiguo, H. RICKE, *Bemerkungen zur ägyptischen Baukunst des Alten Reiches I-II* (1944-1950), ha puesto una

base; para los templos peripterales, L. BORCHARDT, *Ägyptische Tempel mit Umgang* (1938), y F. W. v. BISSING, *Die Baugeschichte des südlichen Tempels von Buhen*, *SBBAW* 1942, cuaderno 9; para los templos solares de la Dinastía V, W. KAISER, «Zu den Sonnenheiligtümern der 5. Dynastie», *MDAIK* 14, 1956, pp. 104-106, y E. WINTER, «Zur Deutung der Sonnenheiligtümer der 5. Dynastie», *WZKM* 54, 1957, pp. 222-233. Sobre el orden de la decoración, fundamental D. ARNOLD, *Wandrelief und Raumfunktion in ägyptischen Tempeln des Neuen Reiches*, 1962 (*MÄS* 2), y E. WINTER, *Untersuchungen zu den ägyptischen Tempelreliefs der griechisch-römischen Zeit* (1968).

La arquitectura profana de Egipto (palacios, casas, almacenes, fortalezas) está básicamente peor conservada que la sagrada y presenta, por ello, grandes dificultades a la investigación. A ello hay que añadir que los yacimientos de Amarna, Illahun y Deir el-Medina (§ 95) ocupan, sociológica o históricamente, un lugar especial y no pueden considerarse como casos típicos. Para las casas, sobre todo H. RICKE, *Der Grundriß des Amarna-Wohnhauses*, 1932 (*WVDOG* 56); L. BORCHARDT y H. RICKE, *Die Wohnhäuser in Tell el-Amarna*, 1980 (*WVDOG* 91); E. ROIK, *Das altägyptische Wohnhaus und seine Darstellung im Flachbild* (1988); sobre las diferencias sociales en Amarna, CH. TIETZE, *ZÄS* 112, 1985, pp. 48-84. Gracias a las excavaciones de Nubia hemos podido echar una sorprendente ojeada a las desarrolladísimas fortificaciones del Alto Egipto del Reino Nuevo; un primer resumen de los resultados obtenidos ha sido proporcionado por A. W. LAWRENCE, «Ancient Egyptian Fortifications», *JEA* 51, 1965, pp. 69-94; véase además H. S. SMITH, *The Fortress of Buhen* (London, 1976).

Los obeliscos, formas típicamente egipcias, han sido tratados en múltiples monografías: L. HABACHI, *The Obelisks of Egypt* (New York, 1977); K. Martin, *Ein Garantsymbol des Lebens*, 1977 (*HÄB* 3); E. DONDELINGER, *Der Obelisk* (1977), y, para los obeliscos deportados de Egipto, E. IVERSEN, *Obelisks in Exile*, 2 vols. (Copenhagen, 1968-1972).

Una presentación de la enorme variedad del lenguaje técnico de los arquitectos egipcios ha sido facilitada por L. A. CHRISTOPHE, «Le vocabulaire d'architecture monumentale d'après le papyrus Harris I», *Mél. Maspero I*, 4 (1961), pp. 17-29; también P. SPENCER, *The Egyptian Temple. A Lexicographical Study* (London, 1984); también se han conservado muchos *planos de construcciones* (bibliografía en W. K. SIMPSON, *Papyrus Reisner I*, 1963, p. 63, n. 10). Sobre las diferentes partes de las construcciones, O. KOENIGSBERGER, *Die Konstruktion der ägyptischen Tür*, 1936 (*ÄgFo* 2); S. WIEBACH, *Die ägyptische Scheintür* (1981); G. HAENY, *Basilikale Anlagen in der ägyptischen Baukunst des Neuen Reiches* (1970); para las cuestiones técnicas, véase la bibliografía citada en el § 68.

§ 90. ESCULTURA

La escultura egipcia surge por una motivación religiosa; dioses y hombres se esfuerzan por ampliar sus posibilidades de existencia mediante imágenes duraderas vivificadas por los ritos. La tarea del artista egipcio no era conceder duración a una forma de apariencia casual, sino a una forma intemporal; el artista copia el prototipo divino o humano en posición normal ideal o en edad ideal. Las excepciones a esta norma, como las representaciones realistas de las edades (atestiguadas desde la V Dinastía: H. G. Fischer, *JARCE* 2, 1963, pp. 23 ss.), son raras, aun-

que de gran significado para la transformación histórica del arte egipcio. Buena muestra de la inmensa riqueza de formas posibles dentro de una norma establecida se halla en el catálogo tipológico de B. Hornemann (*Types of Ancient Egyptian Statuary*, 7 partes, Copenhagen, 1951-1969), así como cualquier catálogo de las grandes colecciones (§ 96). Una excelente orientación histórica y tipológica de la escultura del Reino Antiguo hasta el Reino Nuevo es el tercer volumen (1958) de J. Vandier, *Manuel* (§ 84). Para la interpretación y la datación son asimismo importantes las investigaciones sobre las artes figurativas de las distintas épocas; en este sentido, se debe a H. G. Evers (*Staat aus dem Stein*, 2 vols., 1929) una exposición fundamental sobre todo el Reino Medio; para el Reino Nuevo puede servir de ejemplo R. Tefnin, *La statuaire d'Hatshepsout* (Bruxelles, 1979). Sobre la época tardía, largo tiempo descuidada, que produjo grandes cosas en el campo de la escultura, se han ocupado en primer lugar K. Bosse, *Die menschliche Figur in der Rundplastik der ägyptischen Spätzeit von der XXII. bis XXX. Dynastie*, 1936 (*ÄgFo* 1), y H. Drerup, *Ägyptische Bildnisköpfe griechischer und römischer Zeit* (*Orbis antiquus* 3, 1950). Desde 1950 B. von Bothmer, en colaboración con H. de Meulenaere y H. W. Müller, trabajan en un *Corpus of Late Egyptian Sculpture*, cuyo significado, sobre todo en las cuestiones metódicas, va mucho más allá del sector de la escultura de la época tardía; los primeros resultados importantes, así como nuevas dataciones y nuevos *joins* de fragmentos diseminados, se hallan en el catálogo de una exposición del Museo de Brooklyn (*Egyptian Sculpture of the Late Period*, Brooklyn, 1960).

Sobre el significado religioso y la función de las estatuas, M. WEYNANTS-RONDAY, *Les statues vivantes* (Bruxelles, 1926); F. ABITZ, *Statuetten in Schreinen als Grabbeigaben*, 1979 (*ÄgAbh* 35).

Sobre grupos de estatuas concretos, H. KAYSER, *Die Tempelstatuen ägyptischer Privatleute im Mittleren und Neuen Reich*, 1936 (tesis de Heidelberg continuada por E. OTTO, «Zur Bedeutung der ägyptischen Tempelstatue seit dem Neuen Reich», *Or* 17, 1948, pp. 448-466; A. SHOUKRY, *Die Privatgrabstatue im Alten Reich* (Kairo, 1951); H. BONNET, «Herkunft und Bedeutung der naophoren Statue», *MDAIK* 17, 1961, pp. 91-98; C. CHAUDEFAUD, *Les statues porte-enseignes de l'Égypte ancienne* (Paris, 1982); H. SATZINGER, *Der heilige Stab als Kraftquelle des Königs* (1981); R. SCHULZ, *Die Entwicklung und Bedeutung des kuboiden Statuentypus* (1992).

La forma especial de la esfinge ha sido tratada finalmente por DESSENNE, *Le Sphinx. Étude iconographique*, vol. I (Paris, 1957), y H. DEMISCH, *Die Sphinx* (1977).

Sobre las figuras y modelos de sirvientes, que estaban menos ligadas al carácter intemporal de las imágenes prototípicas y, por tanto, permitían una mayor libertad al artista, véase J. H. BREASTED JR., *Egyptian Servant Statues* (New York, 1948), o bien H. E. WINLOCK, *Models of Daily Life in Ancient Egypt* (Cambridge/Mass., 1955).

Sobre la tipología de las figuras de muertos (*ushebtis*), sobre todo H. D. SCHNEIDER, *Shabtis*, 3 vols. (Leiden, 1977); J.-F. AUBERT-L. AUBERT, *Statuettes

égyptiennes, Chaouabtis — Ouchebtis (Paris, 1974); H. A. SCHLÖGL-A. BRODBECK, *Ägyptische Totenfiguren aus öffentlichen und privaten Sammlungen der Schweiz* (1990).

El proceso de elaboración es tratado por R. ANTHES, «Werkverfahren ägyptischer Bildhauer», *MDAIK* 10, 1941, pp. 79-121; el pintado, por P. REUTERSWÄRD, *Studien zur Polychromie der Plastik I* (Stockholm, 1958); sobre la cuestión del retrato en Egipto se halla un resumen general con bibliografía en W. WOLF, *Kunst* (§ 87); además, nuevas reflexiones en J. ASSMANN, «Ikonologie der Identität», en M. KRAATZ (ed.), *Das Bildnis in der Kunst des Orients* (1990), pp. 17-36.

Sobre la orfebrería en bronce es obligado G. ROEDER, *Ägyptische Bronzewerke* (1937), e ídem, *Ägyptische Bronzefiguren* (1956).

§ 91. BAJORRELIEVES

Los relieves, la pintura y el dibujo, difícilmente diferenciables en el arte egipcio, suelen agruparse desde hace tiempo bajo la etiqueta de «bajorrelieves». Por lo general, los dibujos solo aparecen esbozados en las tumbas (véase M. Baud, *Les dessins ébauchés de la nécropole thébaine*, 1935, *MIFAO* 63), como trazos previos a los relieves cromáticos o como esbozos de fragmentos de piedra calcárea (ostracas); estas «óstraca icónicas» han sido reunidas por J. Vandier d'Abbadie (*Catalogue des ostraca figurés de Deir el-Médineh*, 4 números, Le Caire, 1936-1959; n.º 5, 1986, por A. Gasse) y E. Brunner-Traut (*Die altägyptischen Scherbenbilder der deutschen Museen und Sammlungen*, 1956); véase también B. E. J. Peterson, *Zeichnungen aus einer Totenstadt* (Stockholm, 1973), y E. Brunner-Traut, *Egyptian Artists' Sketches* (Istanbul, 1979), así como en general W. Forman y H. Kischkewitz, *Die altägyptische Zeichnung* (1971), y W. H. Peck, *Egyptian Drawings* (New York, 1978). La pintura tuvo un enorme significado en el seno de la arquitectura profana, en las casas y en los palacios, si bien solo nos han llegado unas pocas muestras de pinturas del suelo o de la pared: H. Frankfort, *The Mural Painting of El-Amarneh* (London, 1929) y F. W. v. Bissing, *Der Fußboden aus dem Palaste des Königs Amenophis IV. zu El Hawata im Museum zu Kairo* (1941). Incomparablemente mejor conservadas son las pinturas funerarias egipcias iniciadas ya en la prehistoria (pinturas murales de Hieracómpolis). Las reproducciones en blanco y negro solo podían proporcionar una leve impresión acerca de la temática y de las líneas, mientras que la policromía es apreciable únicamente en las numerosas ediciones modernas, cuya calidad es cada vez mejor. Con mayor intensidad que la temática religiosa, las escenas de las tumbas de la vida funeraria aparecen en primer plano; tanto en las pinturas como en los relieves, estas escenas hacen que los bajorrelieves sean una auténtica mina y una magnífica ilustración de la historia cultural de Egipto; desde este aspecto histórico-cultural están

orientadas las grandes y útiles colecciones de L. Klebs (*Die Reliefs des Alten Reiches*, 1915; *Die Reliefs und Malereien des Mittleren Reiches*, 1922; *Die Reliefs und Malereien des Neuen Reiches I*, 1934) y W. Wreszinski (*Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte*, 3 partes, 1923-1940). Una nueva y resumida tipología de estas escenas de la vida cotidiana se encuentra en los volúmenes IV-VI (1964-1978) de J. Vandier, *Manuel* (§ 84). G. Jéquier, *Décoration égyptienne* (Paris, 1911), y P. Fořtová-Šámalová, *Das ägyptische Ornament* (Prag, 1963, además de E. Brunner-Traut, *OLZ 60, 1965*, pp. 464-467), han atendido al rico desarrollo de la ornamentación. Finalmente, también los *jeroglíficos* (§ 8), que apenas han sido incluidos hasta ahora bajo la consideración artística, pertenecen a los bajorrelieves.

El canon de proporciones que está a la base de la escultura y de los bajorrelieves egipcios ha sido ampliamente tratado por E. IVERSEN, *Canon and Proportions in Egyptian Art* (London, 1955; Warminster, ^{2}1975); W. DAVIS, *The Canonical Tradition in Ancient Egyptian Art* (Cambridge, 1989); el *proceso de elaboración* del bajorrelieve, en C. RANSOM-WILLIAMS, *The Decoration of the Tomb of Perneb* (New York, 1932) y SMITH, *History* (§ 87), cap. XIII.

Sobre el uso y significado de los colores en el Antiguo Egipto, A. HERMANN ha proporcionado una excelente sinopsis y amplia bibliografía en el artículo «Farbe» («Colores») (1967) del *RAC*.

§ 92. ARTES DECORATIVAS

Los restos arqueológicos de los tesoros funerarios incólumes del Reino Antiguo y del Reino Nuevo proporcionan la mejor idea general de las artes decorativas de los egipcios; pueden citarse sobre todo los adornos de la reina Hotepheres de la Dinastía IV (descubiertos en 1925, publicados por G. Reisner y W. St. Smith, *The Tomb of Hetep-heres the Mother of Cheops*, Cambridge/Mass., 1955), los del rey Tutankhamón de la Dinastía XVIII (descubiertos en 1922-1923, de los que se han publicado solo algunas piezas; sinopsis en N. Reeves, *The Complete Tutankhamun*, London, 1990), así como los del funcionario Qa de la Dinastía XVIII (descubiertos en 1906, véase E. Schiaparelli, *La tomba intatta dell'architetto Cha. Relazione sui lavori della Missione archeologica italiana in Egitto*, vol. II, 1927) y Senedyem de la Dinastía XIX (descubierto en 1886, publicado solo parcialmente). Seguramente las artes decorativas egipcias no han estado al servicio de las necesidades de los muertos de manera tan exclusiva como parece por los yacimientos; muchas de sus producciones son solo ornamentos funerarios secundarios, si bien la preocupación por el Más Allá propiciaba una motivación especial.

Para una exposición de conjunto, W. WOLF, *Das ägyptische Kunstgewerbe* (1931), y H. KAYSER, *Ägyptisches Kunsthandwerk* (1969).

De los acabados formales y artesanales de la joyería egipcia dan buena idea, junto a los tesoros funerarios mencionados (véase también F. W. v. BISSING, *Ein thebanischer Grabfund aus dem Anfang des neuen Reichs*, 1900), sobre todo los dos grandes tesoros de la Dinastía XII de Illahun y Dahshur (hoy en El Cairo y Nueva York).

Una amplia selección se encuentra en M. VILIMKOVA y M. ABDUL-RAHMAN, *Altägyptische Goldschmiedekunst* (1969); C. ALDRED, *Jewels of the Pharaohs* (London, 1971); A. WILKINSON, *Ancient Egyptian Jewellery* (London, 1971); C. ANDREWS, *Ancient Egyptian Jewellery* (London, 1990); sobre los ornamentos pectorales, especialmente E. FEUCHT-PUTZ, *Die königlichen Pektorale* (1967), y E. FEUCHT, *Pektorale nichtköniglicher Personen*, 1971 (*ÄgAbh* 22).

Muchos muebles egipcios se han conservado en los grandes yacimientos funerarios; ordenación hasta el Reino Nuevo en G. KILLEN, *Ancient Egyptian Furniture, I* (Warminster, 1980). El trono es tratado por K. P. KUHLMANN, *Der Thron im Alten Ägypten* (1977).

Para los ataúdes y sarcófagos sigue siendo fundamental V. SCHMIDT, *Sarkofager, mumiekister, og mumiehylstre i det gamle Aegypten* (Kopenhagen, 1919), además de, para el R. A., A. M. DONADONI ROVERI, *I sarcofagi egizi dalle origini alla fine dell'Antico Regno* (Roma, 1969); para el R. M., H. Willems, *Chests of Life* (Leiden, 1988) y G. LAPP, *Typologie der Särge und Sargkammern von der 6. bis 13. Dynastie* (Heidelberg, 1993); para el R. N., W. C. HAYES, *Royal Sarcophagi of the XVIIIth Dynasty* (Princeton, 1935); para el Tercer Período Intermedio, A. NIWIŃSKI, *21st Dynasty Coffins from Thebes* (Mainz, 1988); y para el Período Tardío, M.-L. BUHL, *The Late Egyptian Anthropoid Stone Sarcophagi* (Copenhagen, 1959).

Otras producciones de las artes decorativas egipcias son tratadas en los siguientes dos parágrafos. Para las armas, véase § 46; para los instrumentos musicales, § 28.

§ 93. CERÁMICA

La cerámica está abundantemente representada en todos los yacimientos de Egipto, pero solo la prehistórica y la cerámica decorada del Reino Nuevo desempeñan un papel significativo en la historia del arte; fuera de estas épocas de esplendor, las vasijas de barro son principalmente simples objetos utilitarios y, con sus formas intemporales, difícilmente se adaptan a una datación exacta. Actualmente, tras las pioneras apreciaciones de W. Y. Adams sobre la cerámica meroítica y cristiana de Nubia, un grupo internacional de estudio ha conseguido grandes avances en la clasificación y en la datación de la cerámica del Antiguo Egipto. Algunos resultados, en Do. Arnold (ed.), *Studien zur altägyptischen Keramik* (1981); también en Do. Arnold y J. Bourriau, *An Introduction to Ancient Egyptian Pottery* (Mainz, 1993). Este grupo publica desde 1975 también un *Bulletin de liaison du groupe internationale d'étude de la céramique égyptienne*. Los antiguos trabajos han quedado por ello superados, si bien faltan resúmenes actualizados.

De superior rango que la cerámica son, en la historia del arte egipcio, las vasijas de piedra, cuyo cénit va de la prehistoria tardía hasta la Dinastía III. En cualquier caso, «decoradas» con inscripciones, causan impresión solo por la cualidad del material (desde la Dinastía IV casi exclusivamente alabastro), la forma y la elaboración. Exposición del tema en A. EL KHOULI, *Egyptian Stone Vessels*, 3 vols. (Mainz, 1978); también B. G. ASTON, *Ancient Egyptian Stone Vessels. Materials and Forms* (Heidelberg, 1994). Sobre las vasijas metálicas, A. RADWAN, *Die Kupfer- und Bronzegefäße Ägyptens* (1983); sobre las vasijas de fayenza E.-CH. STRAUSS, *Die Nunschale — eine Gefäßgruppe des Neuen Reiches*, 1974 (*MÄS* 30), y G. A. D. TAIT, «The Egyptian Relief Chalice», *JEA* 49, 1963, pp. 93-139; sobre las vasijas de vidrio, § 67.

§ 94. AMULETOS, SELLOS, ESCARABEOS

Las artes decorativas egipcias han desarrollado una plétora difícilmente resumible de formas y materiales en la confección de amuletos y sellos. La ampliación del material y su dispersión en las colecciones públicas y privadas de todo el mundo hace que la ordenación, la datación y la interpretación de estos objetos sean enormemente inseguras. De las grandes colecciones de amuletos solo se han publicado hasta ahora las de El Cairo (G. Reisner, *Amulets*, 2 vols., Cairo, 1907 y 1958) y las del University College London (W. M. F. Petrie, *Amulets*, London, 1914); también C. Müller-Winkler, *Die ägyptischen Objekt-Amulette*, 1987 (sel. Matouk y, en general, con fundamentos para una nueva datación), y Ch. Herrmann, *Ägyptische Amulette aus Palästina/Israel*, 1994 (*OBO* 138). Continúa faltando una elaboración histórico-religiosa de estos objetos.

Los sellos cilíndricos fueron utilizados en Egipto desde el principio de la época histórica y tuvieron su cénit en la época primitiva (material en P. KAPLONY, *Inschriften*, véase § 74) y en el R. A. (P. KAPLONY, *Die Rollsiegel des Alten Reiches*, 2 vols., Bruxelles, 1977-1981). Desde el final de la Dinastía V se vieron desplazados cada vez más por los anillos de sellos con estampilla (sobre la terminología, S. SCHOTT, «Wörter für Rollsiegel und Ring», *WZKM* 54, 1957, pp. 177-185). Con estos nuevos grupos, están representados sobre todo los sellos con forma de escarabajo (*escarabeos*), con lo que el límite entre el sello y el amuleto es difícil de establecer, si bien la conformación de la parte inferior con escritura, figuras o símbolos proporciona un criterio adicional de ordenación tipológica y cronológica; las fórmulas religiosas de los escarabeos-amuletos están comprendidas con frecuencia en la criptografía (§ 11). Introducciones a este amplio sector de los escarabeos, que resarce a los coleccionistas de la ausencia de una numismática egipcia, han sido hechas por E. HORNUNG y E. STAEHLIN, *Skarabäen und andere Siegelamulette aus Basler Sammlungen* (1976); E. STAEHLIN, *Ägyptens heilige Pillendreher* (1982); O. KEEL y CH. UEHLINGER, *Altorientalische Miniaturkunst* (1990); J. SLIWA, *Skarabeusze Egipskie* (Krakau, 1995).

Para la datación, nuevos fundamentos por B. JAEGER, *Essai de classification et datation des scarabées Menkhéperrê* (Freiburg/Schweiz, 1982), y O. KEEL, *Corpus*

der Stempelsiegel-Amulette aus Palästina/Israel, Einleitung, 1995 (*OBO*, Serie Arqueológica 10); una bibliografía por G. T. MARTIN, *Scarabs, Cylinders and other Ancient Egyptian Seals* (Warminster, 1985); y para los sellos en general, W. BOOCHS, *Siegel und Siegeln im Alten Ägypten* (1982).

Con el final de la Dinastía XXVI desaparece los hasta entonces apreciadísimos sellos y amuletos con forma de escarabeos, si bien persisten como símbolo religioso en las gemas mágicas.

§ 95. PRINCIPALES YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

La bibliografía de B. Porter y R. L. B. Moss (§ 5), ordenada por criterios topográficos, contiene también un repaso de los estudios recientes de todos los yacimientos y, al añadir indicaciones de material inédito, posibilita una orientación completa del trabajo arqueológico realizado hasta la fecha. A ello se añaden los informes regulares de J. Leclant sobre los trabajos y las excavaciones recientes (§ 85). Basta, pues, con hacer aquí un extracto de algunos de los yacimientos egipcios especialmente importantes; en general, una vez más, nos remitimos a la historia de las excavaciones de W. Wolf citada en § 2.

Abusir. La excavación de las pirámides y de los templos solares de la Dinastía V fue realizada por F. W. Bissing y la Deutsche Orient-Gesellschaft en 1898-1908, por el Schweizerisches Institut für Bauforschung (H. Ricke) y el Deutsches Archäologisches Institut (H. Stock) en 1955-1957. Los resultados de las primeras excavaciones fueron publicados por F. W. v. BISSING *et al.*, *Das Re-Heiligtum des Königs Ne-woser-re (Rathures)*, 3 vols. (1905-1928); L. BORCHARDT, *Das Grabdenkmal des Königs Ne-user-re'*, 1907 (*WVDOG* 7); ídem, *Das Grabdenkmal des Königs Nefer-ir-ke-re'*, 1909 (*WVDOG* 11), e ídem, *Das Grabdenkmal des Königs S'ahu-re'*, 2 vols. (1910) y 1913 (*WVDOG* 14, 26). La publicación de la última excavación fue realizada por H. RICKE, *Das Sonnenheiligtum des Königs Userkaf*, 2 vols., Kairo, 1965-1969 (*Beiträge Bf* 7-8). Desde 1975 una misión checa (M. Verner) está trabajando en los yacimientos de la Dinastía V; sobre ello, M. VERNER, *Verlorene Pyramiden, vergessene Pharaonen. Abusir* (Prag, 1994).

Abido. Tras los antiguos esfuerzos (entre otros, los de Mariette) por hallar la «tumba de Osiris», vinieron luego los trabajos de E. AMÉLINEAU (*Les nouvelles fouilles d'Abydos*, 3 vols., Paris, 1899-1904) en el palacio real arcaico en 1894-1898, y las excavaciones posteriores de W. M. F. PETRIE en 1899-1901 (*The Royal Tombs of the Earliest Dynasties*, 2 vols., London, 1900 y 1901) y, relacionados con ellas, otros trabajos tanto en los santuarios como en el recinto del templo de Petrie con sus colaboradores y arqueólogos: W. M. F. PETRIE, *Abydos*, 3 vols., London, 1902-1904; M. A. MURRAY, *The Osireion at Abydos*, London, 1904; D. RANDALL-MACIVER y A. C. MACE, *El Amrah and Abydos* (London, 1902); E. NAVILLE, T. E. PEET y W. L. S. LOAT, *The Cemeteries of Abydos*, 3 vols. (London, 1913-1914). El descubrimiento iniciado por MURRAY y NAVILLE y el inventario del *osireo* (cenotafio de Seti I) fue continuado en 1925-1930 por la Egypt Exploration Society bajo la dirección de H. FRANKFORT (*The Cenotaph of Seti I at Abydos*, 2 vols., London, 1933); además, desde 1927 se inició el inventario del templo mayor por A. M. CALVERLEY (§ 89), actualmente continuado por J. BAINES. El templo de

Rameses II ha sido emprendido por K. KUHLMANN. En 1955 la Administración de Antigüedades de Egipto sacó a la luz un palacio de Seti I junto al templo (E. B. GHAZOULI, *ASAE* 58, 1964, pp. 108-166). Desde 1977 el Deutsches Archäologisches Institut (W. Kaiser, G. Dreyer) ha continuado realizando fructíferas investigaciones en la necrópolis arcaica.

Amarna (Tell el-Amarna). Tras los trabajos de una misión francesa en las tumbas (1883 ss.), el descubrimiento del archivo por unos nativos (1887) y la primera excavación en el recinto urbano por Petrie (1891-1892, publicado por PETRIE, *Tell el-Amarna*, London, 1894), en 1907 la Deutsche Orient-Gesellschaft recibió una concesión de excavación; las excavaciones de 1911-1914 continuadas por L. Borchardt solo han sido publicadas fragmentariamente (informes preliminares *MDOG* 34, 1907 hasta 57, 1917; P. TIMME, *Tell el-Amarna vor der deutschen Ausgrabung im Jahre 1911*, 1917 (*WVDOG* 31); para las casas de los habitantes, véase § 89. La Egypt Exploration Society, que ya desde 1901 se había preocupado de la empresa y de la publicación de las tumbas de roca (N. DE G. DAVIES, *The Rock Tombs of El Amarna*, 6 vols., London, 1903-1908), continuó desde 1921 la excavación del sector urbano (*The City of Akhenaten*, 3 vols., London, 1923-1951; informes preliminares en *JEA* 7, 1921 hasta 22, 1936). Excavaciones recientes han sido realizadas por B. J. KEMP desde 1977 (véase su *Amarna Reports*, 1984 ss.).

Bubastis. En 1887-1889, excavaciones por E. NAVILLE para la Egypt Exploration Fund (*Bubastis*, London, 1891; *The Festival-Hall of Osorkon II.*, London, 1892); en 1906, hallazgo del tesoro de plata (C. C. EDGAR, «The Treasure of Tell Basta», en *Le Musée égyptien* 2, 1907, pp. 93-108); en 1939 y en 1943-1944, descubrimiento de un pequeño templo de la Dinastía VI por LABIB HABACHI (*Tell Basta*, Cairo, 1957).

Dahshur. En 1893-1895 fueron excavados los palacios de las Dinastías IV y XII por J. DE MORGAN (*Fouilles à Dahchour*, 2 vols., Wien, 1894 y 1903); en 1951-1955, A. FAKHRY descubrió los lugares de culto de la pirámide aplastada (*The Monuments of Sneferu at Dahshur*, 3 vols., Cairo, 1959-1961); desde 1980, R. STADELMANN, las construcciones anexas a la pirámide roja.

Deir el-Medina, población y construcciones funerarias de los artesanos y obreros de la necrópolis del rey del Reino Nuevo, situada en la orilla occidental de Tebas. Ya en 1818 los nativos hicieron aquí importantes hallazgos pertenecientes a diferentes museos. El pequeño templo ptolemaico fue descubierto en 1912 por Baraize; en 1915 comenzaron las excavaciones del Institut Français d'Archéologie Orientale, primero en la necrópolis, luego en el sector urbano (hasta 1951). B. BRUYÈRE presentó una sinopsis de los trabajos realizados hasta 1040 en la *RdE* 5, 1946, pp. 11-24; en 1924-1953 publicó amplios informes de las excavaciones en el vol. I hasta el XXVI de las *FIFAO*; a ello hay que añadir la publicación aún por terminar de las ostracas por J. CERNÝ (no transliteradas), G. POSENER (transliteradas) y J. VANDIER D'ABBADIE (ostracas icónicas) en los *Documents de fouilles* (desde 1934) y la publicación de tumbas concretas. Véase también § 57.

Elefantina, puesto fronterizo avanzado en el Sur e importante centro religioso ya desde la época primitiva, ofrece, junto a sus templos, una de las pocas construcciones urbanas conservadas y, especialmente, una colonia militar judía del quinto milenio a.e. de la que se han conservado numerosos papiros arameos. En 1906-1909, excavaciones alemanas (O. Rubensohn) y francesas; en 1932, descubrimiento del santuario de Hekaib (L. HABACHI, *The Sanctuary of Heqaib*, Mainz, 1985) y, desde 1969, excavaciones regulares del Deutsche Archäologisches Institut y del Schweizerisches Institut für Bauforschung (informes preliminares en *MDAIK* 26, 1970 ss.).

Guiza. En 1902 los santuarios y los cementerios que rodean las tres grandes pirámides de la Dinastía IV fueron repartidos en tres concesiones: la americana

(Universidad de Harvard), la italiana (Museo de Turín) y la alemana (Universidad de Leipzig). La parte italiana, después de una primera campaña de excavación (S. CURTO, *Gli scavi italiani a El-Ghiza*, Roma, 1963), recayó sobre Harvard; poco después, la alemana recayó en la Wiener Akademie der Wissenschaften. Para esta última, H. JUNKER excavó en 1912-1914 y 1925-1929 en la necrópolis occidental, y expuso sus resultados en una publicación completa y ampliamente comentada que aún sigue siendo modélica (*Gîza*, 12 vols., 1929-1955). Las excavaciones americanas fueron dirigidas y publicadas por G. REISNER (*Mycerinus. The Temples of the Third Pyramid at Giza*, Cambridge, Massachussets, 1931; *A History of the Giza Necropolis*, 2 vols., Cambridge, Massachussets, 1942-1955). Otras excavaciones fueron realizadas en 1929-1939 por SELIM HASSAN (*Excavations at Giza*, 10 vols., Cairo, 1932-1960), en 1949-1950 por ABU BAKR (*Excavations of Giza*, Cairo, 1953); como descubrimiento más reciente, en 1954, cabe señalar el hallazgo casual de una barca fúnebre junto a la pirámide de Quéope (M. ZAKI NOUR y otros, *The Cheops Boat*, Part I, Cairo, 1960). Los monumentos del R. N. (sobre todo las estelas) han sido expuestos por Ch. M. ZIVIE, *Giza au deuxième millénaire* (Le Caire, 1976) y, para la época tardía, ídem, *Giza au premier millénaire* (Boston, 1991).

Saqqara se ha convertido, ya desde el descubrimiento del *serapeo* por A. Mariette (1851), en uno de los yacimientos arqueológicos más famosos. A lo largo del siglo XX el trabajo se ha concentrado en primer lugar en el recinto de la pirámide escalonada (desde 1923: C. M. FIRTH y J. E. QUIBELL, *The Step Pyramid*, 2 vols., Cairo, 1935); J.-Ph. LAUER, *La Pyramide à degrès*, 4 vols. (Le Caire, 1936-1959); posteriormente, en la necrópolis arcaica septentrional, donde W. B. Emery, en contacto con los primeros trabajos de Quibell de 1935-1956, puso al descubierto las tumbas de los reyes y funcionarios de la Dinastía I: *The Tomb of Hemaka* (Cairo, 1938); *Hor-Aha* (Cairo, 1939); *Great Tombs of the First Dynasty*, 3 vols. (Cairo-London, 1949-1958). El resto de la extensa necrópolis fue concluido sobre todo por los trabajos ulteriores de J. E. QUIBELL en 1905-1914: *Excavations at Saqqara*, 6 vols. (Cairo, 1907-1923) y G. JÉQUIER en 1924-1936: sinopsis en *Douze ans de fouilles dans la nécropole memphite* (Neuchâtel, 1940), además de numerosas publicaciones especiales. Grandes resultados comportaron también, desde 1937, las excavaciones de Selim Hassan, Z. Goneim, etc., relacionadas con la pirámide de Onos, si bien solo una parte ha sido publicada hasta la fecha. En 1951-1955 ZAKARIA GONEIM sacó a la luz un segundo nivel del recinto piramidal de la Dinastía III: *Horus Sekhem-khet, Part I* (Cairo, 1957); *Die verschollene Pyramide* (1955). Los trabajos británico-holandeses en la necrópolis del R. N. se vieron coronados por el redescubrimiento de las tumbas de Horemheb (1975) y de Maya (1986); véase también G. T. MARTIN, *The Hidden Tombs of Memphis* (London, 1991) y A.-P. ZIVIE, *Memphis et ses nécropoles au Nouvel Empire* (Paris, 1988).

Tanis. También en este yacimiento arqueológico del este del Nilo estuvieron excavando Mariette y Petrie (*Tanis*, 2 vols., London, 1885-1889). Los templos y las construcciones funerarias del Tercer Período Intermedio, en el que se destruyeron muchos monumentos antiguos, fueron sacados a la luz en 1928-1956 por una misión francesa bajo la dirección de P. Montet; desde 1965, la excavación ha sido continuada por J. Yoyotte, y desde 1985 por Ph. Brissaud. Muchos complejos mayores se hallan publicados en P. MONTET, *La nécropole royale de Tanis*, 3 vols. (Paris, 1947-1960) (véase además P. MONTET, *Le lac sacré de Tanis*, Paris, 1966), aparte de numerosos monumentos concretos en la revista *Kêmi*. H. KEES, *Tanis. Ein kritischer Überblick zur Geschichte der Stadt*, *NAWG* 1944, pp. 145-182, y P. MONTET, *Tanis. Douze années de fouilles dans une capitale oubliée du Delta égyptien* (Paris, 1942), han presentado algunas sinopsis. En 1987 tuvo lugar en

París una exposición sobre Tanis (catálogo: *Tanis. L'or des pharaons*, además de G. GOYON, *La découverte des trésors de Tanis*, 1987).

Tebas no solo es la Meca de todos los que viajan a Egipto, sino que sigue siendo uno de los lugares más fecundos para el trabajo arqueológico. En los últimos años han pasado a un primer plano no tanto las tareas de excavación como las de inventario y demás investigaciones de los monumentos sin exceptuar, por supuesto, el sorprendente hallazgo, en 1989, de un escondrijo de estatuas en el templo de Luxor. El complejo del templo de Karnak y su arquitectura histórica bimilenaria, los otros grandes templos de las orillas oriental y occidental, las amplias necrópolis regias y privadas de la parte occidental difícilmente son accesibles a los turistas por la frecuente insuficiencia o ausencia de publicaciones científicas. De todos modos, la bibliografía sobre los monumentos tebanos es ya tan amplia que aquí no solo no pueden citarse las obras más importantes, sino solo algunas sinopsis resumidas; los detalles completos se encuentran en la citada bibliografía de PORTER-MOSS (§ 5), actualizada para Tebas en versión reciente. Ch. F. NIMS y W. SWAAN (*Thebes of the Pharaohs*, London, 1965) ofrecen una ojeada experta y ampliamente ilustrada de todas las ruinas. Sobre las necrópolis de la orilla occidental orientan bien G. STEINDORFF y W. WOLF, *Die Thebanische Gräberwelt*, 1936 (*LÄS* 4); sobre la Tebas de la época grecorromana, A. BATAILLE, *Les Memnonia* (Le Caire, 1952). Sobre los cementerios regios, E. THOMAS, *The Royal Necropoleis of Thebes* (Princeton, 1966); E. HORNUNG, *Tal der Könige* (1982, ^{5}1990); N. REEVES y R. H. WILKINSON, *The Complete Valley of the Kings* (London, 1996), trad. cast. *Todo el Valle de los Reyes*; y CH. LEBLANC, *Ta Set Neferou, I* (Le Caire, 1989) (Valle de las Reinas); sobre las tumbas halladas de los funcionarios, S. HODEL-HOENES, *Leben und Tod im Alten Ägypten* (1991), y, sobre todo, F. KAMPP, *Die Thebanische Nekropole* (Mainz, 1996).

§ 96. MUSEOS, CONSERVACIÓN, FALSIFICACIONES

Buena parte de los restos materiales de la cultura egipcia se halla diseminada por los museos públicos y las colecciones privadas de todo el mundo. Solo el libro de inventario del Museo Nacional de El Cairo comprende unos 10 000 objetos y la sección egipcia del Louvre unos 3 000. Este material solo puede someterse a una valoración científica de manera lenta y fragmentaria, pues los museos deben no solo publicar sus tesoros, sino también, principalmente, ordenarlos, conservarlos y poner una selección de ellos al alcance del visitante. Gracias a la actividad de algunos conservadores y a la colaboración comprensiva de la dirección de los museos y colegas especialistas, ha sido posible la publicación de algunas colecciones; el Rijksmuseum van Oudheden de Leiden se esforzó desde muy pronto por publicar sistemáticamente sus pertenencias (C. Leemans, 1839 ss., después P. A. Boeser, Holwerda y van Wijngaarden, *Beschreibung der Ägyptischen Sammlung des Niederländischen Reichsmuseums der Altertümer in Leiden*, 14 vols., Den Haag, 1908-1932); en cuanto a El Cairo, han aparecido hasta ahora, gracias a la colaboración internacional, unos 100 volúmenes del *Catalogue général du Musée du Caire*; también en Turín existen ya nume-

rosos volúmenes del nuevo catálogo general. Desde 1977 el *Corpus Antiquitatum Aegyptiacarum* (catálogo Lose-Blatt de antigüedades egipcias) incluye algunos grupos de objetos y colecciones de todo el mundo. Junto a estos y muchos otros catálogos poseemos para las colecciones egipcias una serie de directores de museos destacados entre los cuales W. C. HAYES, *The Scepter of Egypt*, 2 vols. (New York, 1953 y 1959, [2]1990) ocupa una posición especial: aquí se ilustra la historia y la cultura egipcia por una gran colección (*Metropolitan Museum of Art*, New York), de manera que el lego obtiene una imagen cerrada de la Antigüedad egipcia, y el especialista una sinopsis cronológicamente ordenada sobre la las existencias del Museo. De los innumerables catálogos recientes cabe indicar solo el de M. SALEH y H. SOUROUZIAN, *Offizieller Katalog: Die Hauptwerke im Ägyptischen Museum Kairo* (1986); *The Luxor Museum of Ancient Egyptian Art* (Cairo, 1979); *Ägyptisches Museum Berlin*, ed. de K.-H. Priese (1991). Las citas de las piezas de museos inducen a confusión a causa de los diferentes métodos de numeración. Pocos son los museos que, como el de Berlín, realizan sus citas mediante un número ininterrumpido de inventario; el Museo de El Cairo emplea cinco sistemas paralelos de numeración (día de entrada, catálogo general, número de inventario provisional, número de exposición y numeración separada del tesoro de Tutankhamón), de manera que una cita como «El Cairo 687», a causa de su ambigüedad, carece de valor; también el Louvre emplea diversos sistemas (sobre ello, P. KRIEGER, *RdE* 12, 1960, pp. 93-97; sobre el Museo de Leiden, M. J. RAVEN, *OMRO* 72, 1992, pp. 7-14); en otros museos (sobre todo el de Turín) se distingue entre el número de inventario «antiguo» y el «nuevo».

Sobre el origen y la historia de las grandes colecciones dan una orientación la Serie III (1950) del *CHE*, además de J.-J. FIECHTER, *La moisson des dieux — la constitution des grandes collections égyptiennes 1815-1830* (Paris, 1994); breves indicaciones de los catálogos y directores más importantes del mundo se hallan en DRIOTON-VANDIER, *L'Égypte* (§ 69), pp. XXVIII-XXXI, W. WOLF, *Kunst* (§ 87), pp. 666 ss., y J. VANDIER, *Manuel* (§ 84), vol. III, pp. 542-546.

Publicaciones regulares de sus existencias se encuentran en las revistas de museos como *BMQ*, *BMFA*, *BMMA*, *OMRO*, *Bulletin des Musées Royaux d'Art et d'Histoire* (Bruselas), *Brooklyn Museum Annual*, *La Revue du Louvre*, *Bulletin Medelhavsmuseet* (Estocolmo), etc.

Como primera exposición monográfica cabe citar la de G. B. Belzoni en 1821 en Londres sobre sus hallazgos en el Valle de los Reyes (tumba de Seti I); la siguiente tuvo lugar en 1953 en el Kunsthalle de Basilea («Tesoros del arte del Antiguo Egipto»); desde 1961, sobre todo las exposiciones sobre Tutankhamón atraen enormes flujos de visitantes, si bien se encuentran otras exposiciones sobre Egipto con una orientación temáticamente diferente y de interés mundial.

Sobre la conservación de antigüedades hay abundante informaciónn en H. J. PLENDERLEITH, *The Conservation of Antiquities and Works of Art* (London, 1956, [2]1972), y el volumen complementario I del *Berliner Jahrbuch für Vor- und Früh-*

geschichte (restauración y conservación, 1964), además de M. FACKELMANN, *Restaurierung von Papyrus und anderen Schriftträgern aus Ägypten* (Zutphenm, 1985).

Es fácil desenmascarar las numerosas falsificaciones primitivas que se ofrecen a los viajeros de Egipto, si bien se hallan imitaciones afortunadas de los originales (¡recientemente hasta de las estatuillas!); véase por ejemplo L. BORCHARDT, *Ägyptische Altertümer, die ich für neuzeitlich halte* (1930), o bien E. RIEFSTAHL, *JNES* 10, 1951, pp. 65 -73.

§ 97. EN TORNO AL CONOCIMIENTO DEL PAÍS

Quien se ocupe del Egipto antiguo se dará cuenta de la utilidad que proporciona el conocimiento del país moderno. El medio en el que un día floreció la cultura egipcia, la invariabilidad de las condiciones geológicas y climáticas, la variedad de costumbres ancestrales y las intuiciones de la población ayudan a comprender mejor los testimonios antiguos. Ciertamente, el final de la inundación anual del Nilo (1966) significa una ruptura profunda en el desarrollo del paisaje y del clima. El conocimiento exacto del país solo es posible mediante los viajes y las estancias en las diferentes épocas del año, si bien el viajero actual tampoco puede renunciar a orientaciones auxiliares.

Una primera guía de viajes fundamental se remonta ya a 1847 (WILKINSON, *Hand-book for Travellers in Egypt*, [11]1907), muy anterior a los primeros viajes turísticos de masas que Th. Cook organizó desde 1869. La precisión y el detallismo de la guía de K. BAEDEKER (*Ägypten und der Sudân*, elaborada por G. STEINDORFF desde 1897, última edición [8]1928) gozan en la actualidad de una fama legendaria y parecen excesivos para el apresurado viajero moderno; entre las guías modernas, la *Guide Bleu* (M. Baud, *Égypte*, Paris, 1950; revisión de D. MEEKS y J. J. FAUVEL 1971, trad. cast. *Guía azul*) y E. BRUNNER-TRAUT-V. HELL, *Ägypten. Studienreiseführer mit Landeskunde* ([6]1988), complacen con mucho las exigencias científicas.

Para determinados sectores geográficos existe un número creciente de monografías y guías especializadas. Aún no ha sido comercializado un nuevo mapa cartográfico que se corresponde con los antiguos mapas 1:100 000 del Informe de Egipto (1934 y antes; además *Index of Place Names Appearing on the Normal 1:100 000 Scale Map Series of Egypt*, Cairo, 1932), de modo que el viajero debe conformarse con la mayoría de los poco fiables mapas turísticos habituales; para el Sudán están a disposición los mapas de escala 1:250 000 del Sudan Survey Department. Sobre una nueva obra cartográfica histórica (TAVO), véase § 58.

Obras fundamentales sobre la geología de Egipto son W. F. HUME, *Geology of Egypt*, 5 vols., Cairo, 1925-1948; RUSHDI SAID, *The Geology of Egypt* (Amsterdam-New York, 1962); ídem, *The Geological Evolution of the River Nile* (New York, 1981); F. EL-BAZ, *The Geology of Egypt. An Annotated Bibliography* (Leiden, 1984). Sobre la flora: V. TÄCKHOLM, *Students' Flora of Egypt* (Cairo, 1956), y, más extensamente, V. TÄCKHOLM y M. DRAR, *Flora of Egypt*, 3 vols. (Cairo, 1941-1954).

La fauna moderna solo se ha tratado hasta ahora en investigaciones individuales: J. ANDERSON, *Reptilia and Batrachia* (London, 1898) (reedición de 1965); ídem, *Zoology of Egypt: Mammalia* (London, 1902); R. MEINERTZHAGEN, *Nicoll's*

Birds of Egypt, 2 vols. (London, 1930); W. W. BOWEN, *Catalogue of Sudan Birds*, 2 vols. (1931); G. A. BOULENGER, *Zoology of Egypt, The Fishes of the Nile* (London, 1907), pero véanse las obras recientes sobre la época faraónica en § 63. Introducciones al folklore: G. LEGRAIN, *Louqsor sans les Pharaons* (Bruxelles-Paris, 1914); W. S. BLACKMAN, *The Fellâhîn of Upper Egypt* (London, 1927); H. A. WINKLER, *Bauern zwischen Wasser und Wüste* (1933), e ídem, *Ägyptische Volkskunde* (1936).

§ 98. EPÍLOGO: EGIPTO Y OCCIDENTE

El influjo que sobre los países lejanos le ha sido dado ejercer a las formas y a las ideas egipcias (véase §§ 26, 39, 59, 82, 88) se limita no solo se al mundo inmediatamente circundante en África y al Mediterráneo oriental, sino que se extiende también en el tiempo y en el espacio. Visto desde Occidente, se manifiesta en primer lugar como el encuentro de Grecia con el exótico mundo de Egipto; más exactamente: con la tardía cultura egipcia, trastocada ya por su inmenso pasado, que sufre una segunda estilización bajo la vestidura helenística. Lo que para Occidente significa «Egipto», desde finales de la Antigüedad hasta Mozart, Goethe y los románticos es una caricatura escindida de la cultura superior originaria. Si se prescinde de la sana desconfianza de Goethe y de la actitud discrepante de los románticos, siempre resta un efecto sorprendente que este Egipto helenístico alienado ha ejercido sobre el mundo espiritual occidental, desde el Humanismo (Erasmo de Rotterdam, Juan Reuchlin) hasta *La flauta mágica* de Mozart, no menos que sobre el arte figurativo europeo. Un papel especial ha desempeñado, en este sentido, la novela *Séthos* de J. Terrasson (1731).

La imagen originaria de la cultura egipcia primitiva ha ido liberándose paulatinamente de los añadidos tardíos gracias al descubrimiento de las fuentes originales desde Champollion; las nuevas y acaso más profundas capas de las posibilidades de comprensión del encuentro entre Occidente y Egipto se derivan de este hecho. Las fuerzas creativas procedentes de este encuentro renovado ya han sido explotadas entre otros muchos por R. M. Rilke, Thomas Mann y Paul Klee y, a la vista de los desarrollos más recientes del pensamiento occidental, parece que el encuentro auténticamente fructífero del mundo moderno con Egipto no ha hecho sino empezar y, para el futuro, contiene sugerentes posibilidades de gran riqueza y creatividad. En este sentido, la egiptología se muestra como una ciencia que no solo se dedica a la investigación de un pasado milenario, sino que actúa, en el sentido de A. von Harnack, «en la preparación de lo futuro».

S. MORENZ, *Die Begegnung Europas mit Ägypten*, 1969 (antes *SBSAW* 1968 n.º 5); abundante material desde la Antigüedad hasta Champollion en IVERSEN,

Myth of Egypt (§ 2); J. BALTRUŠAITIS, *La quête d'Isis. Introduction à l'Egyptomanie* (Paris, 1967, [2]1985) (trad. cast. *En busca de Isis*, Madrid, 1996); J.-M. HUMBERT, *L'Egyptomanie dans l'art occidental* (Paris, 1989). Muchos de los antiguos viajeros han sido explorados en la serie *Voyageurs occidentaux en Égypte* (Le Caire, 1970 ss.).

Goethe y Egipto: M. PIEPER, «Ein Brief Goethes über Ägypten», *MDAIK* 2, 1932, pp. 127-134; L. VOLKMAN, «Goethe und Ägypten», *ZÄS* 72, 1936, pp. 1-12; K. H. DITTMANN, «Goethe und die «ägyptischen Sachen»», *MDAIK* 12, 1943, pp. 96-106.

La flauta mágica y su trasfondo «egipcio»: S. MORENZ, *Die Zauberflöte. Eine Studie zum Lebenszusammenhang Ägypten-Antike-Abendland* (1952); E. STAEHLIN, «Zum Motiv der Pyramiden als Prüfungs- und Einweihungsstätten», en *Studies in Egyptology* (FS M. Lichtheim, Jerusalem, 1990), II 889-932.

Rilke y Egipto: A. HERMANN, «Rilkes ägyptische Geschichte», *Symposion* 4, 1955 (reedición de Wissenschaftliche Buchgesellschaft).

Sobre Thomas Mann, A. GRIMM, *Joseph und Echnaton. Thomas Mann und Ägypten* (1992); sobre James Joyce, M. L. TROY, *Mummeries of Resurrection: The Cycle of Osiris in Finnegans Wake* (Uppsala, 1976).

Anexo I

ABREVIATURAS EMPLEADAS

AAA	*Annals of Archeology and Anthropology*, Liverpool, 1908-1948.
AÄA	*Archiv für ägyptische Archäologie*, Wien, 1938.
Abh Mainz	*Akademie der Wissenschaften und der Literatur in Mainz, Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaftlichen Klasse.*
AcOr	*Acta Orientalia*, Leiden, 1923 ss.
ADAIK	*Abhandlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo*, Glückstadt-Hamburg-New York, 1958 ss.
AdW	*Akademie der Wissenschaften.*
AEO	A. H. Gardiner, *Ancient Egyptian Onomastica*, 3 volúmenes, London, 1947.
AfO	*Archiv für Orientforschung*, Graz, 1923 ss.
ÄgAbh	*Ägyptologische Abhandlungen*, Wiesbaden, 1960 ss.
ÄgFo	*Ägyptologische Forschungen*, Glückstadt-Hamburg-New York, 1936 ss.
AH	*Aegyptiaca Helvetica*, Genève, 1974 ss.
AHAW	*Abhandlungen der Heidelberger Akademie der Wissenschaften Philosophisch-historische Klasse.*
AJA	*American Journal of Archeology*, Baltimore, 1885 ss.
AJSL	*American Journal of Semitic Languages and Literatures*, Chicago, 1884-1941.
ANET	J. B. Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton, [2]1955.
AnOr	*Analecta Orientalia*, Roma, 1931 ss.
AO	*Der Alte Orient*, Leipzig.
APAW	*(Königlich) Preußische Akademie der Wissenschaften, Abhandlungen der Philosophisch-historischen Klasse.*
ArOr	*Archiv Orientální*, Praha, 1929 ss.
ASAE	*Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, Le Caire, 1900 ss.
ASAW	*Abhandlungen der Sächsischen Akademie* (antes *Königlich Sächsische Gesellschaft der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse.*
BASOR	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, New Haven, 1920 ss.
Beiträge Bf	*Beiträge zur ägyptischen Bauforschung und Altertumskunde*, Kairo.
BiAeg	*Bibliotheca Aegyptiaca*, Bruxelles, 1932 ss.

BIE	*Butlletin de l'Institut d'Égypte* (antes de 1919 *Institut Égyptien*), Le Caire, 1859.
BIFAO	*Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, Le Caire, 1901 ss.
BiOr	*Bibliotheca Orientalis*, Leiden, 1943 ss.
B. M.	British Museum.
BMFA	*Bulletin of the Museum Fine Arts,* Boston.
BMMA	*Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*, New York, 1906 ss.
BMQ	*British Museum Quarterly*, London.
BSAC	*Bulletin de la Société d'archéologie copte*, Le Caire, 1935 ss.
BSFE	*Bulletin de la Société française d'egyptologie*, Paris, 1949 ss.
Bull.	Bulletin.
CdE	*Chronique d'Égypte,* Bruxelles, 1926 ss.
CG	*Catalogue général du Musée du Caire.*
CHE	*Cahiers d'histoire égyptienne*, Le Caire, 1948 ss.
CRAIBL	*Comptes rendues à l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, Paris.
CRIPEL	*Cahiers de recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Egyptologie de Lille,* Paris-Lille, 1973 ss.
CT	A. de Buck, *The Egyptian Coffin Texts,* 7 vols., Chicago, 1935-1961.
DLZ	*Deutsche Literaturzeitung*, Berlin-Leipzig, 1880 ss.
Din.	Dinastía.
EA	*Amarnatafeln nach J. A. Knudtzon, Die El-Amarna Tafeln,* 2 vols., Leipzig, 1915 (reedición de 1964).
FIFAO	*Fouilles de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, Le Caire, 1924 ss.
FuF	*Forschungen und Fortschritte*, Berlin.
GGA	*Göttingische Gelehrte Anzeigen*, Göttingen-Berlin, 1739 ss.
HÄB	*Hildesheimer Ägyptologische Beiträge*, Hildesheim, 1976 ss.
HO	*Handbuch der Orientalistik, I. Abteilung (Der Nahe und der Mittlere Osten)*, Leiden, 1952 ss.
hom.	homenaje.
IFAO	Institut Français d'Archéologie Orientale.
JA	*Journal Asiatique*, Paris, 1822 ss.
JAOS	*Journal of the American Oriental Society*, Baltimore-New Haven, 1851 ss.
JARCE	*Journal of the American Research Center in Egypt*, Boston, 1962 ss.
JEA	*Journal of Egyptian Archaeology*, London, 1914 ss.
JEOL	*Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux*, Leiden, 1933 ss.
JESHO	*Journal of the Economic and Social History of the Orient*, Leiden, 1958 ss.
JNES	*Journal of Near Eastern Studies*, Chicago, 1942 ss.
JSSEA	*Journal (1-7: Newsletter) of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, Mississauga, 1970 ss.
LÄ	*Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1972 ss.
LÄS	*Leipziger Ägyptologische Studien*, Glückstadt-Hamburg-New York, 1935-1939.
LD	C. R. Lepsius, *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien*, Berlin, 1849-1858.
MÄS	*Münchner Ägyptologische Studien*, Berlin, 1962 ss.
MDAIK	*Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo* (hasta 1944 *Mitteilungen des Deutschen Instituts für ägyptische Altertumskunde in Kairo*), Berlin-Wiesbaden, 1930 ss.
MDOG	*Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, Berlin, 1899 ss.
Mél.	*Mélanges.*
MIFAO	*Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'archéologie orientale du Caire*, Le Caire, 1902 ss.

MIO *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung*, Berlin, 1953 ss.
MVAG *Mitteilungen der Vorderasiatisch(-Ägyptisch)en Gesellschaft*, Leipzig-Berlin, 1896-1944.
MVEOL *Mededelingen en Verhandelingen van het Vooraziatische-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux*, Leiden.
NAWG *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen, I. Philologisch-historische Klasse, Fachgruppe I.*
OBO *Orbis Biblicus et Orientalis*, Freiburg/Schweiz und Göttingen, 1973 ss.
OIC *The University of Chicago, Oriental Institute Communications*, Chicago.
OIP *The University of Chicago, Oriental Institute Publications*, Chicago, 1924 ss.
OLZ *Orientalistische Literaturzeitung*, Berlin-Leipzig, 1898 ss.
OMRO *Oudheidkundige Mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden*, Leiden, 1920 ss.
Or *Orientalia, Nova Series*, Roma, 1932 ss.
OrAnt *Oriens Antiquus*, Roma, 1962 ss.
PM B. Porter y R. L. B. Moss, *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings*, 7 vols., Oxford, 1927-1952; segunda edición desde 1962.
PrAeg *Probleme der Ägyptologie*, Leiden, 1953 ss.
PSBA *Proceedings of the Society of Biblical Archeology*, London, 1879-1918.
PW *Pauly-Wissowa, Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, Stuttgart, 1894 ss.
R. A. Reino Antiguo.
RAC *Reallexikon für Antike und Christentum*, Stuttgart, 1950 ss.
RdE *Revue d'Égyptologie*, Paris-Le Caire, 1933 ss.
Rec. trav. *Recueil des travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiens et* (o *RT*) *assyriens*, Paris, 1870-1923.
RGG *Die Religion in der Geschichte und Gegenwart*, Tübingen.
R. M. Reino Medio.
R. N. Reino Nuevo.
RHR *Revue d'Histoire des Religions*, Paris, 1880 ss.
SAK *Studien zur altägyptischen Kultur*, Hamburg, 1974 ss.
SAOC The Oriental Institut of the University of Chicago, *Studies in Ancient Oriental Civilization*, Chicago 1931 ss.
SBBAW *Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse.*
SBHAW *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse.*
SBÖAW *Österreichische Akademie der Wissenschaften* (antes: *Akademie der Wissenschaften in Wien*), *Philosophisch-historische Klasse*, *Sitzungsberichte.*
SBSAW *Berichte über die Verhandlungen* (antes *Sitzungsberichte*) *der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig*, *Philosophisch-historische Klasse.*
sel. selección por.
SNR *Sudan Notes and Records*, Khartum, 1918 ss.
SrG *Studium Generale*, Berlin-Heidelberg-New York, 1948 ss.
Tb *Totenbuch* (véase el § 36c).
ThLZ *Theologische Literaturzeitung*, Leipzig-Berlin, 1903 ss.
UGAÄ *Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens*, Leipzig-Berlin, 1903 ss.

Urk.	*Urkunden des ägyptischen Altertums*, Leipzig-Berlin, 1903 ss.
WaG	*Die Welt als Geschichte*, Stuttgart, 1935 ss.
Wb	*Wörterbuch der ägyptischen Sprache*, editado por A. Erman y H. Grapow, Leipzig-Berlin, 1926-1963.
WdO	*Die Welt des Orients*, Göttingen, 1947 ss.
WVDOG	*Wissenschaftliche Veröffentlichungen der Deutschen Orientgesellschaft*, Berlin, 1900 ss.
WZKM	*Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, Wien, 1886 ss.
ZÄS	*Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde*, Leipzig-Berlin, 1836 ss.
ZDMG	*Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, Leipzig-Wiesbaden, 1847 ss.
ZDPV	*Zeitschrift für Religions- und Geistesgeschichte*, Köln, 1949 ss.

Anexo II

SINOPSIS CRONOLÓGICA

(Sobre la problemática de la cronología absoluta, véase el § 72)

ÉPOCA PRIMITIVA
(aprox. 2950-2640 a.e.)

Dinastía I (aprox. 2950-2770)
Dinastía II (aprox. 2770-2640)

REINO ANTIGUO
(aprox. 2640-2134 a.e.)

Dinastía III (aprox. 2640-2575)
(Dyoser, etc.)
Dinastía IV (aprox. 2575-2465)
(Esnofru, Quéope, Dyedefre, Quefrén, Micerino, etc.)
Dinastía IV (aprox. 2465-2325)
(Userkaf, Sahure, Neferirkare, Niuserre, Asosi, Onos)
Dinastía VI (aprox. 2325-2150)
(Teti, Fíope I, Merenre, Fíope II, etc.)
Dinastías VII y VIII (aprox. 2150-2134)

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO
(aprox. 2134-2040 a.e.)

Dinastías IX y X (en Heracleópolis) (aprox. 2134-2040)
Dinastía XI (en Tebas) (aprox. 2134-2040)

REINO MEDIO
(aprox. 2040-1650 a.e.)

Dinastía XI (en todo Egipto) (aprox. 2040-1991)
(Mentuhotep I a III)
Dinastía XII (1991-1785)
(Amenemhat I, 1991-1962; Sesostris I, 1971-1926; Amenemhat II, 1929-1892; Sesostris II, 1897-1878; Sesostris III, 1878-1841; Amenemhat III, 1844-1797; Amenemhat IV, 1798-1789; Neferusobek, 1789-1785. ¡Intersecciones con otras corregencias!) Las publicaciones más recientes presentan propuestas alternativas que sitúan los inicios de la Dinastía XII en 1976, 1955 o 1938.
Dinastía XIII (en Lisht y el Alto Egipto) (aprox. 1785-1650)
Dinastía XIV (en el Delta) (aprox. 1715-1650)

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO
(aprox. 1650-1540 a.e.)

Dinastías XV y XVI (hicsos) (aprox. 1650-1540)
Dinastía XVII (en Tebas) (aprox. 1650-1540)

REINO NUEVO
(1540-1070 a.e.)

Dinastía XVIII (1540-1295)
(Amosis, 1540-1515, Amenofis I, 1515-1494; Tutmosis I, 1494-1482; Tutmosis II, 1482-1479; Hatshepsut 1479-1457; Tutmosis III, 1479-1425; Amenofis II, 1427-1401; Tutmosis IV, 1401-1391; Amenofis III, 1391-1353; Amenofis IV (Ajenatón), 1353-1336; Tutankhamón, 1336-1327; Ay, 1326-1322; Horemheb, 1322-1295. (¡Intersecciones con otras corregencias!)
Dinastía XIX (época ramésida antigua) (1295-1188)
(Seti I, 1293-1279; Rameses II, 1279-1213; Merenptah, 1213-1203, etc.)
Dinastía XX (época ramésida tardía) (aprox. 1188-1070)
(Rameses III 1184-1153, etc.)

TERCER PERÍODO INTERMEDIO
(aprox. 1070-715 a.e.)

Dinastía XXI («estado divino» o «estado teocrático») (aprox. 1070-945)
Dinastía XXII (bubastitas, época libia) (aprox. 945-715)
(Sesonquis, Osorcón, Tacelotis)
Dinastía XXIII (dinastía adyacente) (aprox. 808-715)
Dinastía XXIV (en el Delta) (aprox. 725-711)
(Tefnajt, Bocoris)

ÉPOCA TARDÍA (715-332 a.e.)

Dinastía XXV (Etiopía) (715-664)
Dinastía XXVI (Saíta) (664-525)
(Psamético I, 664-610, Necao II, 610-595, Psamético II, 595-589, Apries, 589-570, Amasis, 570-526, Psamético, III 526-525)
Dinastía XXVII (primera dominación persa) (525-404)
Dinastía XXVIII (Amirteo de Sais) (404-399)
Dinastía XXIX (399-380)
Dinastía XXX (Nectánebo de Sebennytos) (380-343)
Dinastía XXXI (segunda dominación persa) (343-332)

ÉPOCA GRECORROMANA (332 a.e.-395 d.e.)

Ptolomeos (304-30 a.e.)

OTROS TÍTULOS

Erik Hornung
El uno y los múltiples.
Concepciones de la divinidad en el Egipto antiguo

Antonio Piñero (editor)
Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi (3 vols.)

Florentino García Martínez
Textos de Qumrán

Teresa Rojas Rabiela (directora)
Historia general de América Latina vol. 1:
Las sociedades originarias

Santiago Montero
Diccionario de adivinos, magos y astrólogos
de la Antigüedad

Rainer Albertz
Historia de la religión de Israel
en el tiempo del Antiguo Testamento (2 vols.)

Julio Trebolle Barrera (editor)
Paganos, judíos y cristianos en los textos de Qumrán

Francisco Diez de Velasco
Lenguajes de la Religión.
Mitos, símbolos e imágenes de la Grecia antigua

Henry Maspero
El taoísmo y las religiones chinas

Santiago Montero
Diosas y adivinas.
Mujer y adivinación en la Roma antigua

Julio Trebolle Barrera
La Biblia judía y la Biblia cristiana.
Introducción a la historia de la Biblia

Ramón Teja
Emperadores, obispos, monjes y mujeres:
protagonistas del cristianismo antiguo

Francisco García Bazán
Aspectos inusuales de lo sagrado

Raimon Panikkar
La experiencia filosófica de la India

Julien Ries (coordinador)
Tratado de antropología de lo sagrado:
1. Los orígenes del homo religiosus
2. El hombre indoeuropeo y lo sagrado
3. Las civilizaciones del Mediterráneo

Francisco Diez de Velasco
Introducción a la historia de las religiones.
Hombres, ritos, Dioses